ALBUM

CERVANTINO ARAGONÉS

ENCUADERNACION
LUIS GARCIA
Gravina, 4 pral.
[illegible]

R. 75.858

NT: 6.888

CB: 2054600

LBFD. 1335

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

L. Rius

Zaragoza 20-VII-1931

ALBUM

CERVANTINO ARAGONÉS

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA

1547 - 1616

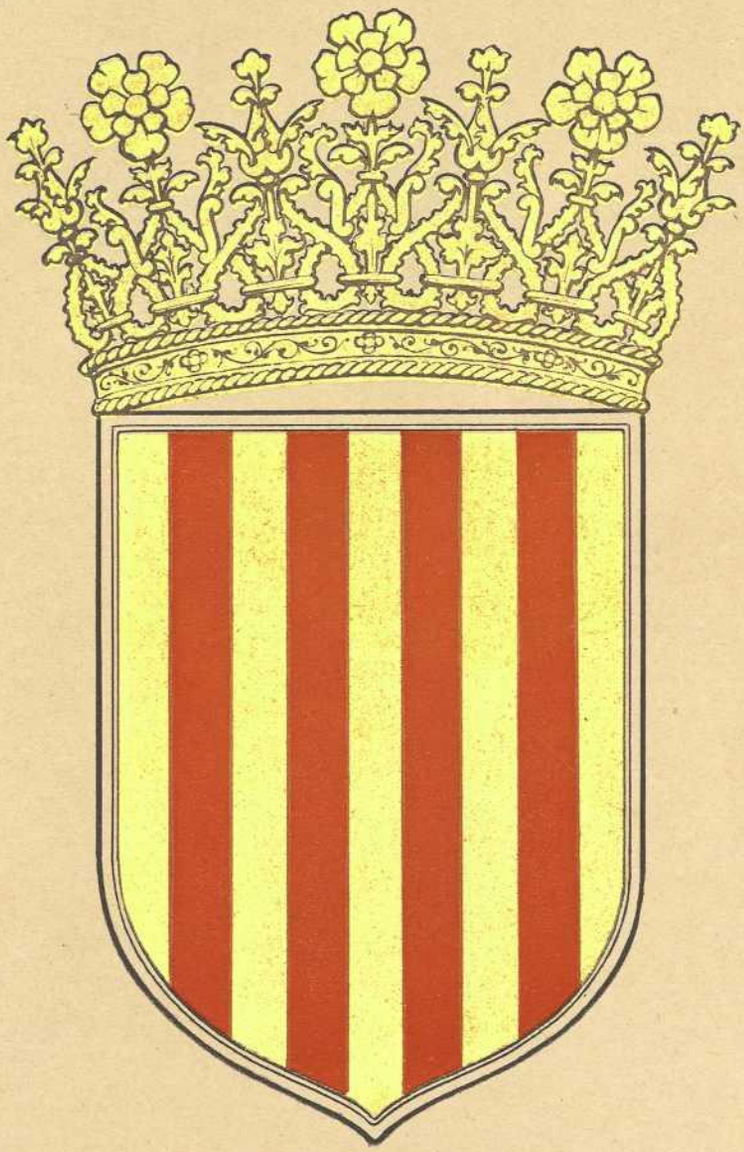
ALBUM

CERVANTINO ARAGONÉS

de los trabajos literarios y artísticos con que se ha celebrado en Zaragoza y Pedrola el III Centenario de la edición príncipe del *Quijote*.

PUBLÍCALO LA EXCMA. SRA.

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

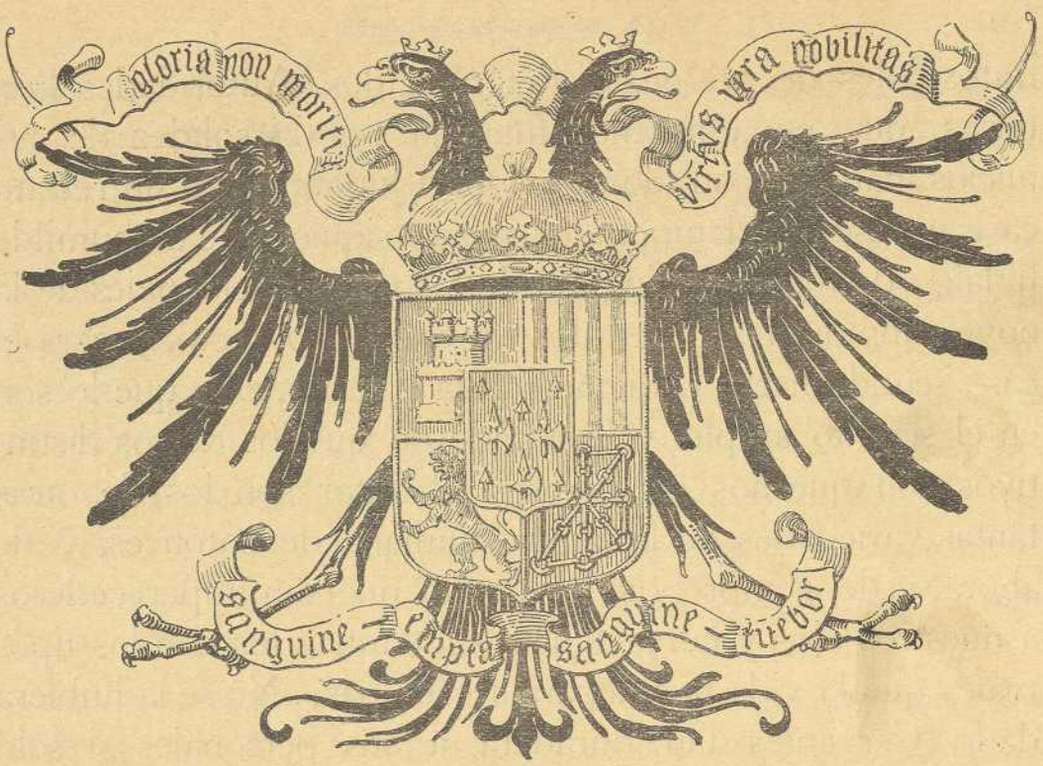


AÑO 1905

MADRID

En casa de la Viuda é hijos de M. Tello,

Impresor de Cámara de S. M.



PRÓLOGO

LOS DUQUES DEL «QUIJOTE»

CUANTO más verdaderos nos parecen los personajes novelescos, más dispuestos nos hallamos á ver en ellos trasuntos de la realidad, retratos del natural, valga lo pictórico de la frase. Igualamos con esto hasta donde es posible la labor literaria á la labor gráfica, por la convicción que tenemos de que la Naturaleza es la fuente y fundamento del Arte, principio patente en el arte realista que por igual cultivaron Cervantes y Velázquez, los dos observadores más sagaces y más grandes intérpretes de la realidad de cuantos hubo en el mundo. Pero no por esto debe entenderse que los personajes cervantinos son re-

tratos fieles de personajes determinados. Autoridades literarias, que no admiten refutación por la solidez de sus juicios, han demostrado que Don Quijote no es un retrato caricaturesco del Emperador, ni aun siquiera de un humilde hidalgo de lugar; ni ninguno de los demás personajes de la novela inmortal son retratos en el sentido recto, y para el caso sentido harto pequeño, de la palabra, sino que lo son en el sentido amplio y levantado de que los rasgos distintivos con que nos los muestra el autor son los de otras tantas variedades de la familia humana de entonces, y de ahora, y de siempre, que es por lo que son imperecederos á nuestros ojos y tan fácil nos es identificarlos con los tipos reales que la vida nos depara á cada paso. No se la hubiera dado Cervantes tan duradera á sus personajes si sólo hubiera pretendido retratar en ellos seres reales, que, de ser fiel el retrato literario, hoy nos parecerían arcáicos ó nunca tan modernos como nos parecen los del *Quijote,* á pesar de los años que cuentan. Vivos y modernos nos parecen también los personajes retratados por Velázquez, porque éste, y en ello está su mérito incomparable, hizo resaltar, como al través de los rasgos particulares del individuo, ó por medio de ellos mismos, aquellos rasgos del tipo social y de la raza que son más permanentes.

El estudio que suponen esas variedades de la especie en lo físico y en lo moral, es la razón del valor estético de tales obras artísticas y literarias. En tal sentido, no puede caberle duda á nadie de que están vistos en la realidad Don Quijote y Sancho, el Cura y el Bachiller Sansón Carrasco, el Ventero y la Maritornes, la caterva de viandantes que por las páginas del libro desfilan, los ingratos galeotes, y, en fin, los magnánimos Duques y sus divertidos servidores.

Con ese convencimiento estudió y anotó el *Quijote* el erudito escritor D. Juan Antonio Pellicer, el cual acertó

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

muchas veces á penetrar y seguir las orientaciones seguidas en el mundo de la realidad por Cervantes cuando escribía su novela, y extremó en otras su afán de puntualizar y particularizar hechos y personas de los que en la narración se hace mérito. Una de esas notas, para el caso presente la de mayor importancia, es la que se refiere á cuáles pudieran ser los Duques y dónde estaba su casa de placer, que inspiraron á Cervantes páginas tan ricas de expresión y de peregrinos detalles tomados de la realidad, como son las numerosas de la segunda parte de la novela, y en las que se contiene el trozo acaso más valioso de toda ella, por la unidad y el interés de su acción.

Estos Duques diólos Pellicer desde luego por «fingidos en la opinión de Cervantes,» el cual parece guardar el incógnito á la Duquesa, cuando al nombrarla añade: «cuyo título aún no se sabe,» y sobre el incógnito guarda el secreto del lugar en que estuvieren los Estados ducales cuando da á conocer el *sobrescrito* de la carta que á dicha dama dirigió Teresa Panza, y que decía: «Carta para mi señora *la Duquesa tal, de no sé dónde.*» Pero ello es que siguiendo el anotador la ruta de caballero y escudero desde que salen del *barco encantado* y caminan por la orilla occidental del Ebro; fijándose en que una dueña de la Duquesa nos hace saber que se hallaban en la mitad del reino de Aragón; notando la fecha, *20 de Julio de 1614,* que Sancho puso en la carta dirigida á su mujer, y que á la sazón la Duquesa estaba recién casada con el Duque, deduce de todo ello que tales indicios convienen á los Duques de Villahermosa y no á los de Híjar, cuyo título restauró justamente aquel año Felipe II, y á la casa de placer que los Villahermosa poseían y posee la actual Duquesa en Pedrola, villa situada á la parte occidental del Ebro. Esto observa con razón Pellicer, atento siempre al itinerario señalado por Cervantes á su hé-

roe, al que, cuando sale del Palacio ducal, pone en camino de Zaragoza.

Esa casa de Pedrola fué la principal de los cuantiosos bienes que aportó en su matrimonio con D. Juan de Aragón, Conde de Ribagorza, la más hacendada aragonesa de su tiempo, por esto llamada la *rica hembra*, Doña María López de Gurrea, hija de un Gobernador de Aragón. Además de rica y hermosa, fué sabia, versada en la ciencia matemática y conocedora de las tres lenguas hebrea, griega y latina. Con esta mujer excepcional dejó dispuesto en su testamento el Rey D. Juan II que casara el dicho D. Juan, su nieto, al que dió con ello notable prueba de su cariño. Era hijo este D. Juan del primer Duque de Villahermosa D. Alonso de Aragón, General insigne, que se distinguió sirviendo primero á su padre, el mencionado Rey de Aragón, en sus guerras de Navarra y Cataluña, y después á su hermano, el Rey D. Fernando *el Católico,* en sus guerras con el de Portugal y con el Rey moro de Granada. El dicho D. Juan de Aragón fué, además de Conde de Ribagorza, Duque de Luna. Sucesor suyo en el Condado fué su hijo D. Alonso Felipe, que en honor á madre tan insigne como la suya, antepuso el apellido Gurrea al de Aragón. Su hijo D. Martín, famoso por sus aficiones al estudio de la antigüedad y por su valor guerrero, en virtud de la demostración que de éste hizo en la toma de San Quintín, consiguió unir al dicho título el de Duque de Villahermosa, que ostentó primero su bisabuelo y que hasta el día conservaron siempre los señores de Pedrola. De aquellas tierras fertilísimas hicieron los Condes D. Juan y D. Alonso Felipe, el primero por sus aficiones á la caza, el segundo á los caballos (llegando á tener yeguada), una famosa casa de placer, no solamente propia para tales deportes, sino con extenso olivar y rica huerta, que se conservan, como asimismo el Palacio.

En verdad que tratándose de unos grandes señores aragoneses de sangre real, verdaderos Príncipes soberanos, pues el Condado de Ribagorza aún conservaba su carácter de señorío independiente, y de unas haciendas como las suyas, donde la caza, la equitación, el solaz y regalo podían con largueza y ostentación practicarse, nada de extraño, antes mucho de verosímil, tiene que en ellos, y en sus tierras y Palacio, pensara Cervantes al idear la mencionada parte de su novela.

Pero ¿á qué Duques de Villahermosa pudo referirse? Por nuestra parte, contestaremos desde luego que á todos los hasta entonces conocidos y á ninguno en particular. Pellicer, ateniéndose á la fecha de 1614 que da Cervantes, señala desde luego como sus modelos para las figuras tan admirablemente trazadas de los Duques, la Duquesa de Villahermosa, Doña María Luisa de Aragón, y su marido, D. Carlos de Borja, Conde de Ficallo. Nosotros añadiremos que esa Duquesa Doña María es nieta del gran Duque Don Martín, ya citado; es hija del sucesor de D. Martín, D. Hernando, que á consecuencia de las alteraciones producidas en Aragón por la noble defensa de sus fueros contra Felipe II, murió en 1592. Obtuvo Doña María el título, por sentencia de la Real Audiencia de Valencia, el 23 de Enero de 1608. En 6 de Abril de 1610 se efectúan en el Palacio Real, en Madrid, las capitulaciones matrimoniales de la Duquesa de Villahermosa, Doña María, y el Conde de Ficallo, D. Carlos de Borja. Para afirmar el argumento de Pellicer, puede añadirse que á la sazón, desde 1606, vivía Cervantes en Madrid, á donde vinieron en 1610, posiblemente con motivo de esa boda, los Argensola, que ejercieron cargos en la Casa de Villahermosa, y por los cuales, dada su relación con Cervantes, pudo éste tener noticias de los Duques. Cinco años más tarde se publica la segunda parte del *Quijote*.

Pero tal manera de explicar ó razonar la labor literaria empequeñécela notablemente, reduciéndola á un impresionismo de ocasión, además de que *se quiebra de sotil,* como diría el propio Cervantes. Desconocemos la génesis de esa segunda parte del *Quijote,* considerada en general como superior á la primera, y que D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su admirable estudio crítico de la inmortal novela, señala como «obra serena, perfecta y equilibrada,» en la que se advierten «huellas visibles de la afortunada y sabia lentitud con que fué escrita.» Hay en ella más unidad de asunto, mantenido justamente por la hospitalidad, burlas y protección de los Duques al caballero andante y á su escudero. Por consiguiente, ¿es creíble pensar que en tal obra, cuyo primer tomo se da á la estampa en 1604, no se piense la parte principal y más extensa del tomo II hasta seis años después, ni se escriba hasta otros cuatro más tarde, diez, en suma, desde que se acabó el dicho tomo primero? Menos creíble parece que de lo que platicara Cervantes con los Argensola nacieran en su mente los tales Duques aragoneses. Más aceptable, puesto que de una semblanza ya hemos dicho que nunca trató, es que las referencias que le hicieran los Argensola vinieran á reforzar el concepto que de la fama de los Villahermosa, como Príncipes aragoneses, tuviera. Los citados Duques Doña María Luisa y D. Carlos de Borja no tienen historia, ni de sus posibles larguezas ú ostentaciones parece verosímil que Cervantes hubiera tenido noticias en los cuatro años que siguieron á sus bodas. Los Villahermosa habían perdido Ribagorza; su esplendor declinaba.

Por otra parte, más pudo decirle y servirle á Cervantes lo que viera que lo que oyera. No se estilaban entonces informaciones literarias ú observaciones intencionadas y experimentales de documento humano alguno, ni para pintar

la vida debió consultar otro libro que la propia experiencia y atenerse á otras reglas que su poderoso instinto de artista aquel gran conocedor del mundo y del arte de hacer novelas.

Pero sus recuerdos fueron, sin duda, su mejor fuente, y entre ellos es verosímil que registrase el de los Duques de Villahermosa y de su Palacio de Pedrola, como indica con acierto D. Mariano de Pano en su discurso, que el lector hallará más adelante. Con efecto: Cervantes, yendo de paje del Cardenal Aquaviva, cuando éste, que había venido á España como enviado de Pío V á Felipe II, se volvía á Roma, es más que verosímil se detuviera en Zaragoza y acaso en Pedrola, los sitios en que tenían sus casas y residían habitualmente los poderosos Duques de Villahermosa, á la sazón en el esplendor de su grandeza, pues esto ocurría en 1568. Se trata de una conjetura, pero con visos de certidumbre. Entonces, el Duque que conocería Cervantes es el gran Duque D. Martín, el esforzado soldado de San Quintín, el notable humanista, conocedor de los clásicos, arqueólogo muy erudito y coleccionista que guardaba en su Palacio de Pedrola estatuas clásicas, monedas y otros objetos antiguos, todo lo cual describe en sus famosos *Discursos de antigüedades y medallas;* y la Duquesa en tal sazón era la segunda mujer de D. Martín, Doña María Pérez de Pomar. Se ausenta, pues, Cervantes de España el dicho año de 1568; al siguiente fórmase la famosa Liga contra el Turco, y como soldado de ella se encuentra y queda manco en la *más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros;* en 1575 queda cautivo; vuelve de su cautividad á España y á Madrid en 1581. Al siguiente año celebra en Zaragoza sus bodas el hijo y sucesor del Duque D. Martín, D. Hernando, con Doña María de Wernstein, siendo madrina la Emperatriz Doña María, her-

mana de Felipe II. Diez años más tarde, á consecuencia de las llamadas alteraciones, mejor la tragedia de Aragón, pues con su Justicia Lanuza mueren sus libertades, muere también en desgracia ese pobre Duque D. Hernando. De modo que la estrella de los Villahermosa se había eclipsado, y su grandeza estaba obscurecida cuando Cervantes vuelve á España.

Es verosímil, por lo tanto, que los Duques á cuyo poderío y humor se refirió, son los antiguos moradores de Pedrola, primeramente nombrados, entre los cuales sobresale D. Martín.

Por lo tanto, si Cervantes, al localizar en Aragón las dichas escenas de su novela, pensó en Pedrola, como es posible, la Duquesa que pinta está formada con los recuerdos que en la opinión se conservarían de las ilustres damas de tal familia, como la Doña María López de Gurrea y Doña Luisa de Borja, *la Venerable,* y el Duque, dado á la caza, como los abuelos de D. Martín, es una suma también de tan esclarecidos varones.

Más preciso, por exigencias geográficas, en lo tocante al lugar, parece, en efecto, que el teatro de aquellos sabrosos episodios es Pedrola, pues solamente á tal lugar puede convenir el que señala en la proximidad del Ebro rodeado de bosque, con un Palacio ducal y amena huerta.

Asimismo la *Insula Barataria,* con que Sancho ve premiadas sus ambiciones, por las que llega al desengaño de grandezas que no se hicieron para él, pobre rústico, parece ser el lugar de Alcalá de Ebro, perteneciente también á los Villahermosa y el más cercano á Pedrola, situado á las orillas del famoso río, en una lengua de tierra que sobre sus aguas avanza, conviniéndole, por lo tanto, el apelativo de *ínsula* que le dió Cervantes.

Tales esclarecimientos de Pellicer fueron aceptados por

Clemencín, que no les dió más valor que el de una conjetura, pero añadiendo alguna referencia de la citada Duquesa Doña María Luisa de Aragón, pues recuerda que Bartolomé Argensola celebró la hermosura de esta señora en un soneto.

El Sr. Ochoa y otros anotadores del *Quijote* aceptaron la interpretación, la cual se ha ido afirmando y robusteciendo como cosa cierta en el concepto del público, que gusta siempre de admirar como trasuntos de la realidad las ficciones de la imaginación, que pintan una vida más hermosa que la presente.

Si á esa que llamaremos tradición literaria añadimos la de aficiones del mismo orden, mantenida entre los Villahermosa desde aquéllos sus prósperos días del siglo XVI, que brilló luego en el XVIII con el Duque D. Juan Pablo de Aragón Azlor, muy dado á los clásicos, y últimamente con su nieto el Duque D. Marcelino, el elegante traductor de Virgilio y de Ovidio, hállase natural que la hija de tan notable humanista, el cual, en su discurso al ingresar en la Academia Española, evocó la memoria de los Argensola como quien evoca la de recuerdos muy caros de su casa; hállase natural, decimos, que la Señora de Pedrola y de Alcalá de Ebro, la Duquesa de Villahermosa, que con tan preciados timbres heredó el amor á las Letras y las Artes, se sintiera con ánimo de honrar la memoria del Príncipe de los Ingenios con motivo del tercer Centenario de la publicación del *Quijote*.

Natural, lógico, necesario era que, al disponerse Aragón á conmemorar tan dichosa efeméride, pensara en que debía hacerlo bajo la égida de la Duquesa de Villahermosa. ¡Singular coincidencia de impulsos y aspiraciones fué ésta de la Señora de Pedrola y el Ateneo de Zaragoza, que no puede tener explicación sino en ser las páginas *aragonesas*

del libro inmortal aquéllas en que se pintan la hospitalidad y las donosas burlas de los Duques á Don Quijote y á Sancho!

Aceptada por la Duquesa con entusiasmo la invitación del Ateneo, fué su primer cuidado mandar acuñar al eminente artista Sr. D. Bartolomé Maura, Jefe del Centro artístico de la Casa de la Moneda, una medalla conmemorativa, la cual ostenta en el anverso el busto de Don Quijote, en pocas efigies tan exacto, y al reverso la vista del Palacio de Pedrola; y en el campo, á la izquierda, el escudo de Villahermosa.

Pensó también la noble Duquesa en invitar á los intelectuales de Zaragoza á que visitaran el dicho Palacio de Pedrola, en que parecen condensarse los recuerdos cervantinos; y como ya entonces tenía encargado al laureado escultor D. Aniceto Marinas un mausoleo para encerrar dignamente en la iglesia de Pedrola los restos preciosos de la *Venerable* Duquesa Doña Luisa de Borja y Aragón, quiso que el día en que tal visita se realizase fuese inaugurado dicho monumento; y para conmemorarlo, también encargó la ejecución de otra medalla, cuyo modelo se debe al distinguido Profesor de la Escuela de Artes é Industrias de Zaragoza, D. Carlos Palao. Esta medalla muestra por el anverso el busto de la *Venerable* Duquesa, y por el reverso la representación del mausoleo, el cual, contra lo que se pensó, no pudo estar acabado para la fecha y ocasión prefijadas. Ultimamente, para completar el recuerdo artístico de los esclarecidos ascendientes con que la expresada tradición literaria relaciona el *Quijote,* mandó la Duquesa sacar ejemplares de una reducción hecha en París de la medalla auténtica del Duque D. Martín, tan señalado en la historia de la Casa por su amor á las Artes y á las Letras.

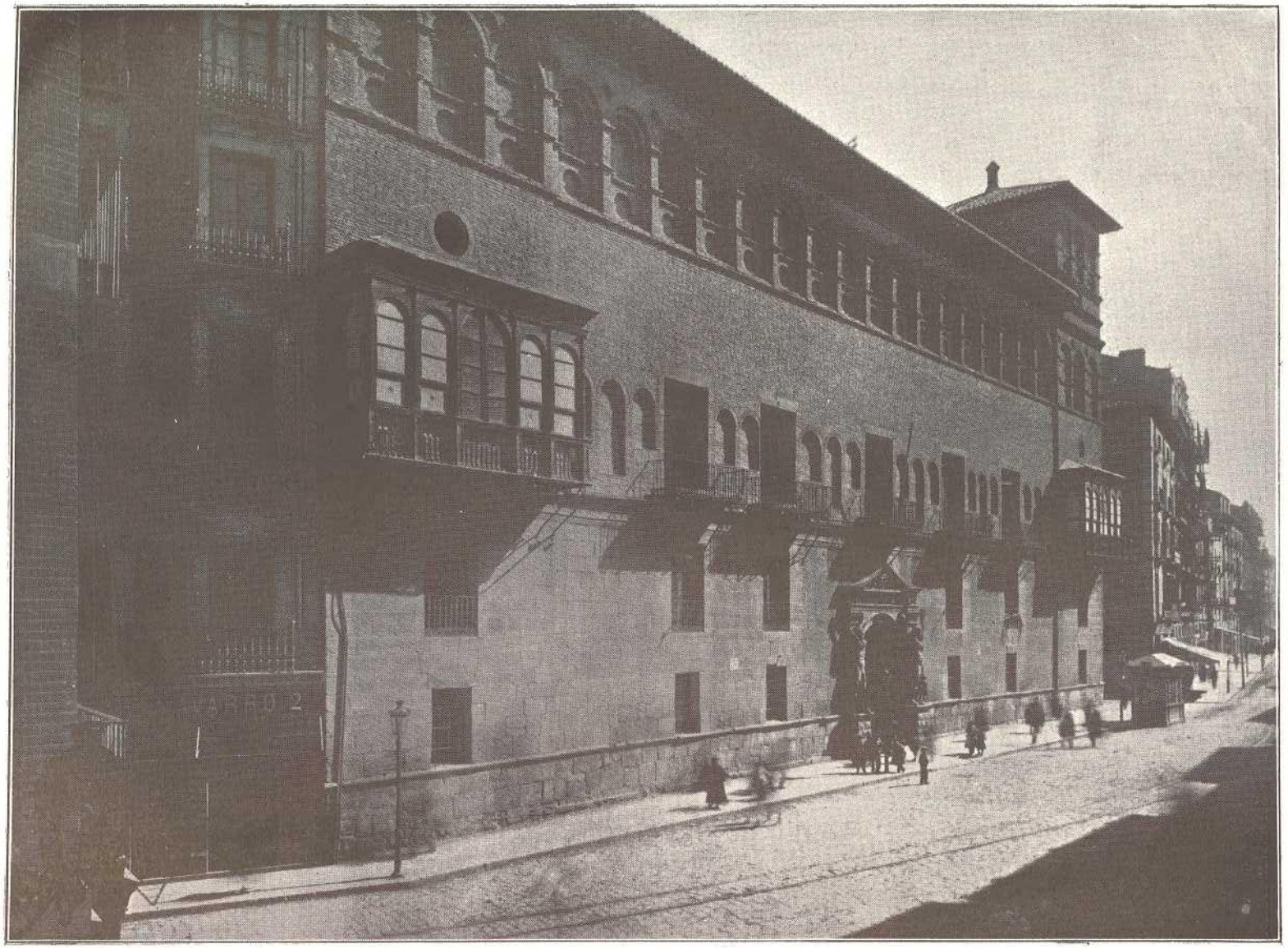
Movida de este mismo amor, tradicional en su Casa, la

noble Duquesa fijó premios para los concursos de Madrid y de Zaragoza.

Á estímulos tales, tan eficaces y dignos, respondieron en Zaragoza, en las varias solemnidades conmemorativas del Centenario, muestras soberanas de ingenio y calurosas demostraciones de entusiasmo. Nada de esto debía quedar olvidado y disperso, por lo cual la Duquesa de Villahermosa ha querido reunirlo todo en este *Album Cervantino Aragonés* é ilustrarle con preciosos recuerdos de su Casa y con los bien estimables que conserva de la celebración aragonesa del Centenario tercero de la publicación del *Quijote*.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA,
Bibliotecario de la Casa de Villahermosa.

Madrid 28 de Julio de 1905.



Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Palacio de los Condes de Luna en Zaragoza.

(De fotografía de Escolá.)

Medalla del Centenario, por D. B. Maura

Medalla del Duque D. Martín de Aragón.
(Reducción de una antigua.)

Medalla de la V. Duquesa Doña Luisa de Borja,
por D. C. Palao.

MEDALLAS MANDADAS ACUÑAR POR LA SEÑORA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

I

PENSAMIENTO DE LA CELEBRACIÓN

DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE» EN ZARAGOZA

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

PRESIDENTA DE HONOR DE LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO EN ZARAGOZA

ACTA

de la Junta General celebrada por el Ateneo de Zaragoza el día 31 de Diciembre de 1904.

. . . . . .

El señor Presidente expuso á la Junta General el propósito del Ateneo de conmemorar cumplidamente el tercer Centenario de la publicación del *Quijote,* y á este fin indicó la necesidad de que se constituyera una Comisión encargada de organizar las fiestas que debieran celebrarse para conmemorarlo.

Puesto el asunto á discusión, se acordó desde luego que el Ateneo conmemore el Centenario del *Quijote* y que la Comisión encargada de organizarlo la constituyan: en calidad de Presidente, el del Ateneo; en calidad de Vocales, los señores Presidentes de Sección y la Mesa en pleno de la Sección de Literatura, y en calidad de Secretario, el del Ateneo. Se acordó igualmente autorizar á la Comisión para que, una vez constituída, agregue á su seno como Vocales á cuantas autoridades, funcionarios y particulares deban cooperar á la organización del Centenario en Zaragoza.

A propuesta del señor Presidente, sin discusión alguna y por unanimidad, se acordó ofrecer la Presidencia de honor de la Comisión del Centenario del *Quijote* á la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, Condesa de Luna y Condesa viuda de Guaqui, descendiente de los supuestos Duques que hospedaron en su palacio á Don Quijote y á Sancho.

El Secretario,
ENRIQUE DE BENITO.

MENSAJE

«*Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa:*

No es posible que Aragón intente honrar al admirable autor del *Quijote*, sin que en su noble aspiración procure unir á la por tantos títulos gloriosa Casa de Villahermosa, sobre todo hallándose ésta representada en V. E., por una tan ilustre descendiente de aquélla á quien Cervantes llamó «digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía.»

Por eso el Ateneo de Zaragoza, al constituir la Comisión encargada de la celebración del Centenario, da el primer paso ofreciendo á V. E. la Presidencia honoraria de la obra.

Dígnese aceptarla, y se honrarán con ello grandemente las letras españolas, y á la vez esta Sociedad, que ve representados en V. E. el honor, la hidalguía y los grandes recuerdos de la Patria.

Zaragoza 31 de Diciembre de 1904.»

CONTESTACIÓN

«*Sres. Presidente y Secretario del Ateneo de Zaragoza:*

Ruego á ustedes sean intérpretes, ante el Ateneo de Zaragoza, de mi gratitud por la distinción de que me hace objeto, al ofrecerme la Presidencia honoraria, que acepto gustosa, de la Comisión encargada de la celebración del Centenario del *Quijote*. Los recuerdos de tiempos gloriosos de mi Casa, evocados por el Príncipe de los Ingenios en su obra inmortal, eran, por sí, causa bastante para que yo no permaneciese ajena á la celebración de ese Centenario, y siempre pensé que mi sitio, para ello, estaba en Aragón. Por eso me place y agradezco doblemente que un Centro intelectual, como el Ateneo de Zaragoza, cual si hubiese adivinado mis intentos, haya venido á facilitarlos y á honrarme, dándome ocasión para coadyuvar al enaltecimiento de las letras patrias.

Real Sitio de El Pardo á 22 de Enero de 1905.

La Duquesa de Villahermosa.»

LA OPINIÓN

De la manera como fué recibida en Aragón esta respuesta, dió cuenta el *Diario de Avisos de Zaragoza*, publicando en su número de 30 de Enero, con las anteriores comunicaciones, el siguiente comentario:

«Dice bien la egregia dama: «Su sitio, para la celebración del Centenario, está en Aragón.»

Aquí, en regia cuna, vino al mundo su preclara estirpe; aquí el gran Don Alonso de Aragón, vencedor en diez batallas campales, fué enaltecido por todos nuestros cronistas é historiadores; de aquí D. Juan de Aragón, su hijo, partió con sus mesnadas de Ribagorza, para la conquista de Granada, en auxilio del Rey Católico, su egregio tío; aquí vivió D. Alonso Felipe de Aragón, que en 1522 hospedó al Papa Adriano VI en el Castillo de Pedrola; aquí el gran D. Martín de Gurrea y Aragón, héroe de la batalla de San Quintín, en quien se unieron, en honroso lazo, las armas y las letras; aquí la venerable Doña Luisa de Borja, llamada por su heróica virtud la Santa Duquesa; aquí D. Hernando de Aragón, casado en 1582 con Juana de Wernstein, ya contemporáneos de Cervantes.....

La fama de tantos ilustres personajes, la alteza de su estirpe, las magnificencias de su morada, los esplendores de su alcurnia fueron partes que Cervantes quiso inmortalizar en su famoso libro con aquellos Duques que eran Príncipes de sangre real, cuya liberalidad no tenía límites, cuyas riquezas y poderío se elevaban sobre todas las grandes familias de Aragón.

Y hoy, después de trescientos años, una ilustre descendiente de tantos héroes, Doña María del Carmen Aragón Azlor, Duquesa de Villahermosa, viene á pagar á Cervantes la deuda de gratitud contraída; viene á honrar á quien de tal manera enalteció su Casa, pintándola con los colores maravillosos de aquella paleta inmortal, y viene á honrarle en Aragón, *donde está su sitio;* allí en las riberas del Ebro, donde halló *Don Quijote* á la bella cazadora montada en blanquísima hacanea, sobre silla de plata, luciendo hermosísimo traje verde y llevando el *azor*, signo de altanería y de nobleza.

Es hermosa la empresa de la noble dama, digna de un gran corazón y de los más elevados sentimientos; corriente de aire oxigenado que vivifica el ánimo, en medio de los cierzos helados y mal olientes de la presente época.

El Ateneo de Zaragoza ha tenido la suerte de *adivinar los intentos* de la señora Duquesa de Villahermosa y de ponerla en ocasión de *coadyuvar* á la hermosa obra del Centenario del *Quijote*. Está de enhorabuena la docta Asociación zaragozana, que ya en sesión de ayer acordó ponerse inmediatamente de acuerdo con el señor Rector de la Universidad para la preparación de un

concurso literario y artístico, cuyo primer premio consistirá en un valiosísimo regalo de la misma señora Duquesa.

Del programa de festejos formará parte principal la excursión á Pedrola, donde el famoso Palacio de los Duques estará abierto á las Comisiones de todos los Centros intelectuales y activos, siendo deseo especial de la señora que asistan asimismo Comisiones de obreros sin distinción de matices y partidos. El recuerdo de Cervantes, en el hermoso marco del Palacio de Pedrola, dará ocasión á la expansión de sentimientos ajenos á las discordias presentes, á un día consagrado completamente á la verdadera fraternidad, á la cultura y á la caridad. No hay que decir si serán obsequiadas espléndidamente las Comisiones que allí concurran.

Mas el amor hacia Aragón de la Duquesa no se limita á esto: quiere que los pobres compartan la alegría general con limosnas y comidas; quiere que la cultura se enaltezca mejorando de algún modo las escuelas que ya tiene fundadas en Pedrola; quiere fijar el acontecimiento con la fundación de un gran bronce, medalla conmemorativa que sirva de recuerdo perenne.....

Poco á poco irán cristalizando todas estas ideas, que prometen hacer de la excursión á Pedrola un acontecimiento de gran transcendencia y nombradía.

Por hoy, lo urgente es el programa del certamen, para que, por lo menos, queden tres meses de plazo á los ingenios que á él concurran.

Nosotros no podemos menos de felicitar al Ateneo por su feliz iniciativa, y á la Duquesa de Villahermosa por sus hermosos propósitos de celebrar el acontecimiento inspirándose en tan altas ideas de patriotismo y en tan hermosos sentimientos de caridad y de cultura.»

De concierto el Ateneo y la Universidad de Zaragoza para la realización del pensamiento, no tardó en aparecer el

PROGRAMA DE CONCURSO

CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

El Ateneo de Zaragoza, con el fin de aumentar el esplendor de las fiestas organizadas en honor de Cervantes por la Universidad de la misma ciudad, abre palenque á los ingenios españoles, convocándolos al siguiente certamen:

TEMAS Y PREMIOS

1.° *Estudio del* Quijote *en cualquiera de sus manifestaciones literarias, sociales, políticas, religiosas, tipográficas*, etc.

Premio: una magnífica bandeja de plata repujada, regalo de la Excelentí-

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

sima Sra. Duquesa de Villahermosa, Presidenta honoraria de la Comisión del Centenario.

2.° *Reproducción artística, por medio de la pintura ó de la escultura, de una de las aventuras acaecidas á Don Quijote en Aragón.*

Premio: 1.000 pesetas en metálico procedentes de donativos hechos por el Excmo. Ayuntamiento (750) y la Excma. Diputación provincial (250) de Zaragoza.

3.° *Poesía relativa á Cervantes ó á alguna de las incidencias del* QUIJOTE.

Premio de la Universidad de Zaragoza: un objeto de arte.

4.° *Relaciones literarias y amistosas que cultivó Cervantes con los escritores aragoneses más esclarecidos de su tiempo, y en especial con los hermanos Argensola.*

Premio de la Real Maestranza de Zaragoza: una joya de arte.

5.° *Reproducción fotográfica de una colección de láminas, vistas ó escenas en relación con el* QUIJOTE *y sus aventuras de Aragón.*

Premio del Ateneo de Zaragoza: un objeto de arte.

Los trabajos deberán ser entregados en la Secretaría del Ateneo, Coso, 110, antes del 26 de Abril próximo. Serán originales y llevarán el correspondiente lema, el cual irá también escrito en el sobre cerrado que contenga el nombre del autor.

La propiedad de los trabajos de los temas 1.°, 3.° y 4.° quedará á favor de sus autores, salvo el derecho á 250 ejemplares, caso de imprimirlo, que se reserva el Ateneo.

Los demás trabajos quedarán propiedad de éste, excepto los que del tema 2.° no resulten premiados, los cuales podrán ser retirados mediante devolución del recibo de entrega.

El Jurado se reunirá en Zaragoza el día 26 de Abril y estará formado por representantes de los Centros intelectuales de la capital.

Zaragoza 25 de Febrero de 1905.—LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA, *Presidenta de honor de la Comisión del Centenario.*—DR. MARIANO RIPOLLÉS, *Rector de la Universidad.*—MARIANO DE PANO, *Presidente del Ateneo.*—ENRIQUE DE BENITO, *Secretario del Ateneo.*

EL PROGRAMA DE LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO

La confección de un programa de fiestas populares deja libres los vuelos de la fantasía á todos los caprichos compatibles con las conveniencias y con las costumbres de cada pueblo; la confección de un programa de fiestas académicas tiene que desenvolver sus iniciativas en terreno más elevado, sí, pero también más limitado y circunscrito.

Las fiestas del Santo Patrón ó las que celebran el triunfo guerrero de todo un pueblo, son por todos sentidas: todos aportan á ellas su entusiasmo, y elevan la obra común á grandes alturas. No así las fiestas académicas: por extensos que sean sus fundamentos, ha de quedar reducido, el entusiasmo que las produzca, á cierta parte de la sociedad unida por especiales vínculos de cultura.

Seguramente la imaginación humana no dió jamás libro alguno tan popular como el *Quijote,* y, sin embargo, ¿cuántos españoles han leído la obra inmortal de Miguel de Cervantes?

Al comerciante que vende telas ó expende alubias le absorben el tiempo los cuidados de sus negocios; al agricultor le preocupa la germinación de las semillas que dejó confiadas á la madre tierra; el obrero deja el trabajo para entregarse al descanso y reparar las fuerzas que, para ganar nuevo sustento, necesita.

Yo miro á mi alrededor y me quedo sorprendido desagradablemente al observar que, siendo el *Quijote* el libro más popular, son, sin embargo, pocos aún los que lo conocen. Y esta situación de escasa, escasísima cultura literaria, ofrecía en la actual ocasión no pocas dificultades á quien hubiera de sintetizar con públicos festejos el carácter y significación de nuestro Ingenioso Hidalgo; y reducía á esfera puramente académica las demostraciones con que pudiera ser coronada en el siglo xx, la más admirable producción del siglo xvii.

Así lo comprendió el Ateneo de Zaragoza, y desde luego se dispuso á dar á su programa de fiestas el único carácter que podía tener. Dentro de él debían sumarse todos los esfuerzos, apurar todas las iniciativas y hasta acudir á las grandes tradiciones de la patria para buscar en ellas efectos de luz cuyos reflejos iluminasen la inconsciente masa, y la dieran calor y vida y la infundieran entusiasmo y admiración.

Todo se consiguió gracias al patriotismo de la noble Dama que con verdadera majestad ostenta hoy el apellido y tiene la representación del Regio Casal aragonés, centro de las glorias de una raza, de las tradiciones de un gran pueblo. Todo se consiguió gracias á ese espíritu de bondadosa dulzura que la señora Duquesa de Villahermosa prestó á nuestro programa de festejos, á ese espíritu de liberalidad y de grandeza con que supo adornarlo, á ese atractivo singular que la egregia señora inspira é infunde en cuantos se aproximan á lo que bien podemos llamar su trono. Porque la señora Duquesa sabe reinar, siendo ministros de su corte nobilísima la amistad, la caridad, la bondad sin límites y la protección á las artes y las letras.

Con tan hermoso coronamiento, el programa de festejos del intelectualismo aragonés había de ser importantísimo: fiestas académicas, sí, pero envueltas

Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Escalera del palacio de los Duques de Villahermosa en Zaragoza.

en el esplendor de lo tradicional, en la vaporosa nube del decoro artístico, en la luz de la poética invención, en el ambiente de la crítica literaria, diáfano á los rayos de la verdad.

Tales fueron los antecedentes que tuvo el programa de festejos para la celebración del tercer Centenario del *Quijote:* todo en honor del ingenioso autor de este libro inmortal.

Comienzo de la obra debía ser el saludo y homenaje á la *Reina de la fiesta.*

Núm. 1.° Día 7 de Mayo.—Las Comisiones de la Universidad y del Ateneo se trasladan á la morada de la señora Duquesa y la ofrecen sus respetos, y la brindan con la Presidencia para la fiesta de la tarde en el gran salón de la Lonja. A la vez, el Ayuntamiento de Zaragoza tiene la delicada atención de enviar su mojiganga de gigantes (Don Quijote, Dulcinea, el Duque y la Duquesa) y cabezudos, que ejecutan sus pintorescas danzas ante los balcones de la Casa Ducal.

Núm. 2.° A las seis de la tarde.—Gran fiesta en la Lonja. Las autoridades rinden tributo de admiración á Cervantes mediante la lectura de escogidos trozos del *Quijote.*

Discurso del señor Presidente del Ateneo dando á conocer la carta de fundación del *Patronato Villahermosa-Guaqui* en beneficio de las letras y de las artes.

Núm. 3.° Día 8, á las once de la mañana.—Fiesta literaria en el Paraninfo de la Universidad. Adjudicación de los premios correspondientes al Certamen literario-artístico convocado por el Ateneo de Zaragoza.

Núm. 4.° Día 9.—Fiesta religiosa en el templo metropolitano de La Seo. Funeral por el alma de Miguel de Cervantes Saavedra. Elogio fúnebre por el M. I. Sr. D. Florencio Jardiel.

Núm. 5.° Día 10.—Inauguración del Museo Provincial de Pintura y Arqueología.

Núm. 6.° Día 13.—Fiesta íntima de Pedrola. Las Comisiones del Centenario se trasladan á Pedrola para rendir á la señora Duquesa de Villahermosa los tributos de admiración y gratitud debidos á sus hermosas iniciativas, á sus obsequios y á su gran fundación en pro de las artes y las letras. La fiesta de Pedrola en el Castillo de los Duques del *Quijote* es resumen hermoso y digno final de los festejos.

El entusiasmo despertado en Zaragoza por la obra del Centenario completa maravillosamente el programa. Autoridades y Corporaciones acuden á ofrecer las primicias de sus iniciativas á la señora Duquesa. El Ayuntamiento la nombra Hija Predilecta de la Ciudad, y en Corporación se lo participa; la Diputación la rinde su homenaje por medio de ceremoniosa visita y lectura del acta memorable de la sesión del 3 de Mayo; la Academia de Bellas

Artes la distingue con el honroso título de Académica de Honor; el Ateneo la ofrece su Presidencia honoraria, vínculo de constante admiración que recuerde siempre á cuán alto punto llegó la obra realizada en honor de Miguel de Cervantes.

Digno epílogo de ella, fueron las ofrendas de poetas, literatos y profesores, dedicando á la ilustre dama las flores más galanas, los más hermosos frutos del ingenio aragonés.

M. DE PANO.

Don Quijote. Dulcinea. La Duquesa. El Duque.

GIGANTONES DE ZARAGOZA

Salón de la Casa-Lonja de Zaragoza, construcción del siglo XVI.

II

SESIÓN LITERARIA

EN LA ANTIGUA CASA-LONJA DE ZARAGOZA

CELEBRADA EL 7 DE MAYO Á LAS SEIS Y MEDIA DE LA TARDE

PROGRAMA

1.° Lectura de las disposiciones del Gobierno de la Nación ordenando la celebración del Centenario cervantino.

2.° Lectura del *Discurso sobre las Armas y las Letras*, contenido en el capítulo XXXVIII (parte primera), por el Excmo. Sr. Capitán General.

3.° Lectura de los *Consejos á Sancho*, del capítulo XLII de la parte segunda, por el M. I. Sr. Gobernador civil.

4.° Lectura del *Testamento de Don Quijote* (capítulo LXXIV de la parte segunda), por el M. I. Sr. Presidente de la Audiencia.

5.° Lectura del capítulo XXXVII de la parte primera, *Sobre el fin y paradero de las Letras,* por el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad.

6.° Lectura del capítulo XIX (parte segunda), *Sobre los hijos y consejos de los padres á éstos,* por el M. I. Sr. Director de la Escuela Normal.

7.° Discurso acerca de la *Fundación Villahermosa-Guaqui,* por el señor Presidente del Ateneo.

8.° *Himno á Cervantes,* original de los Sres. Fernández y González y Borobia, premiado por la Federación de Autores y ejecutado por el Orfeón Zaragozano y la Banda de música del Regimiento del Infante, que además amenizará el acto.

Zaragoza 5 de Mayo de 1905.

LA COMISION DE LA UNIVERSIDAD

Y JUNTAS DEL ATENEO Y CENTENARIO EN CASA DE LA SEÑORA DUQUESA

El día 7 de Mayo, á las once de la mañana, juntáronse en los locales del Ateneo los señores que forman la Junta Directiva de dicha Sociedad, así como los de la Junta del Centenario; y unidos á ellos el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad, Comisión de Profesores y Secretario de la misma, dirigiéronse al domicilio de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa.

Llegados allí é introducidos ante la presencia de dicha señora, el Ilustrísimo Sr. Rector llevó la palabra á nombre de todos, saludó en breves y elocuentes frases á la ilustre Dama, dirigió un recuerdo al autor del libro in-

mortal cuya aparición iba á celebrarse en toda España y ofreció á la señora Duquesa la Presidencia efectiva de la sesión solemne que por la tarde había de tener lugar en el gran salón de la Lonja, Presidencia que de derecho la correspondía como Presidenta de honor de la obra del Centenario en Aragón.

La señora Duquesa contestó con bondadosas frases recordando la honra que había recibido del Ateneo de Zaragoza al acordarse de ella con motivo de la fiesta del tercer Centenario y el deseo que la animaba de contribuir al mayor brillo y esplendor en todo cuanto de ella dependiera.

Acto continuo ofreció ejemplares de la medalla conmemorativa del Centenario á todos los señores presentes, y después, pasando á otro salón, les obsequió con dulces, vinos, licores y cigarros. Con lo que terminó la visita, saliendo los comisionados altamente satisfechos y complacidos.

Asistieron como individuos de la Junta Directiva del Ateneo y de la Comisión del Centenario los Sres. D. MARIANO PANO Y RUATA, *Presidente.*—D. ANTONIO ROYO VILLANOVA, *Vicepresidente* 1.°—D. JOSÉ ANTONIO ROSET, *Vicepresidente* 2.°—D. MANUEL DE LASALA, *Tesorero.*—D. JOSÉ M. DE AZARA, *Bibliotecario y Presidente de la Sección de Lectura.*—D. MANUEL MARRACO, *Contador.*—D. ENRIQUE DE BENITO, *Secretario.*—D. MARCELIANO ISABAL, *Presidente de la Sección de Ciencias morales y políticas.*—D. GREGORIO GARCÍA-ARISTA, *Presidente de la de Literatura.*—D. EDUARDO IBARRA, *Presidente de la de Historia.*—D. FAUSTINO BERNAREGGI, *Presidente de la de Bellas Artes.*—DON JUAN E. IRANZO, *ex-Presidente del Ateneo.*—D. PATRICIO BOROBIO, *ex-Presidente del Ateneo.*—D. RAMÓN DE SAN JUAN, *Presidente de la Federación de Autores.*—D. JUAN FABIANI, *ex-Secretario del Ateneo.*

FUNDACIÓN VILLAHERMOSA-GUAQUI

DISCURSO

DE

D. MARIANO DE PANO Y RUATA

PRESIDENTE DEL ATENEO

«Audacia grande parecerá, sin duda, señores y señoras, que en este recinto, donde acaba de resonar la voz del Príncipe de los Ingenios, donde la lengua purísima hablada por él acaba de reinar con absoluto imperio, se oiga otra voz distinta de la suya..... No lo extrañéis, señores: aquélla es la voz del idioma castellano; ésta que por mi boca viene á hablaros es la voz del patriotismo aragonés, y el patriotismo aragonés y el castellano idioma consagraron su unión hace cuatro siglos ante los muros de Granada, y desde entonces van siempre unidos para bien de todos, y unidos realizaron aquella misión providencial, que de una parte salvó á la Europa, y de otra parte hizo brotar, de los abismos del mar, un nuevo mundo.

Excmo. Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, Presidente del Ateneo de Zaragoza y efectivo de la Comisión del Centenario.

A pesar de lo cual, debo confesaros mi temor y zozobra porque el patriotismo aragonés haya elegido una voz tan débil como la mía, pobre instrumento para una causa tan magnífica.

Pero así son las cosas providenciales: para mejor demostrar su vigor y grandeza, se valen siempre de instrumentos ruínes y pequeños.

No temáis; seré breve y hablaré como aragonés: ya veis, señores, si son motivos éstos para que no me neguéis vuestra benevolencia.

Ocasión del supuesto viaje de Don Quijote de la Mancha por Aragón fueron las célebres Justas del Arnés que todos los años celebraba, con ocasión de la fiesta de su Santo Patrón, la antigua Cofradía de San Jorge, hoy Real Maestranza de Zaragoza. Los hidalgos zaragozanos eran famosos justadores; de todas partes acudían caballeros intrépidos deseosos de medirse con ellos; pues, como decía Don Quijote, cobrar fama sobre los aragoneses era cobrarla sobre todos los caballeros del mundo.

El más valiente y afortunado conquistaba un *arnés* que pagaba la Diputación del Reino, aquella Diputación que editaba las colecciones de nuestros fueros y tenía cronistas de la talla de Zurita y de Argensola, y desapareció de un modo sublime, en medio del incendio y de la ruína de su magnífico palacio, entre el estallido de las bombas y el incesante cañoneo de los ejércitos.

Las aventuras en que interviene Don Quijote en su viaje por Aragón son, sin duda, las más interesantes, las más originales, las más bellas que inventó Cervantes. La fisonomía del pueblo que describe queda perfectamente delineada.

La mayor altura y el mayor interés de la narración coincide con la llegada del Hidalgo Manchego al Castillo de los Duques. Allí la narración remonta el vuelo hasta la epopeya; epopeya de maravillosa invención dentro del género burlesco.

Solamente los Duques son tratados en serio: príncipes de regia sangre, señores de grandes estados y numerosísima servidumbre. La Duquesa monta una hacanea blanquísima con sillón de plata, y aparece tan elegante y bizarra que parece la misma bizarría, digna señora de la hermosura, universal princesa de la cortesía.

El palacio se eleva con arreglo al plan general de las antiguas construcciones señoriales de Aragón: gran portalón con su piedra armera, extenso patio rodeado de columnas en que se apoyan los altos corredores del piso principal. Estos sirven de ámbito y establecen fácil comunicación con todas las dependencias de la vivienda.

La sala á donde conducen á Don Quijote está adornada de telas riquísimas de oro y brocado; seis doncellas le desarman; doce pajes y el maestresala le llevan al comedor; el gabinete de la señora está colgado de tapicerías que levanta Sancho para ver si ocultan algún secreto pasadizo; los jardines del palacio son extensísimos, verdaderos bosques de follaje; el tren de caza sólo se puede comparar con el de una «testa coronada.»

Junto á esta decoración, son fáciles de imaginar los magníficos artesonados, los muebles primorosos, las joyas riquísimas, las tapicerías historiadas, los mármoles y bronces y las curiosidades artísticas de todo género.

Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Interior del palacio de los Virto de Vera,
antepasados de los Villahermosa, en Zaragoza.

(Acuarela de V. Carderera.)

Ocasión del supuesto viaje de Don Quijote de la Mancha por Aragón fueron las célebres Justas del Arnés que todos los años celebraba, con ocasión de la fiesta de su Santo Patrón, la antigua Cofradía de San Jorge, hoy Real Maestranza de Zaragoza. Los hidalgos zaragozanos eran famosos jactadores; de todas partes acudían caballeros intrépidos deseosos de medirse con ellos; pues, como decía Don Quijote, cobrar fama sobre los aragoneses era cobrarla sobre todos los caballeros del mundo.

El más valiente y afortunado conquistaba un *arnés* que pagaba la Diputación del Reino, aquella Diputación que editaba las colecciones de nuestros fueros y tenía cronistas de la talla de Zurita y de Argensola, y desapareció de un modo sublime, en medio del incendio y de la ruina de su magnífico palacio, entre el estallido de las bombas y el incesante cañoneo de los ejércitos.

Las aventuras en que interviene Don Quijote en su viaje por Aragón son, sin duda, las más interesantes, las más originales, las más bellas que inventó Cervantes. La fisonomía del pueblo que describe queda perfectamente delineada.

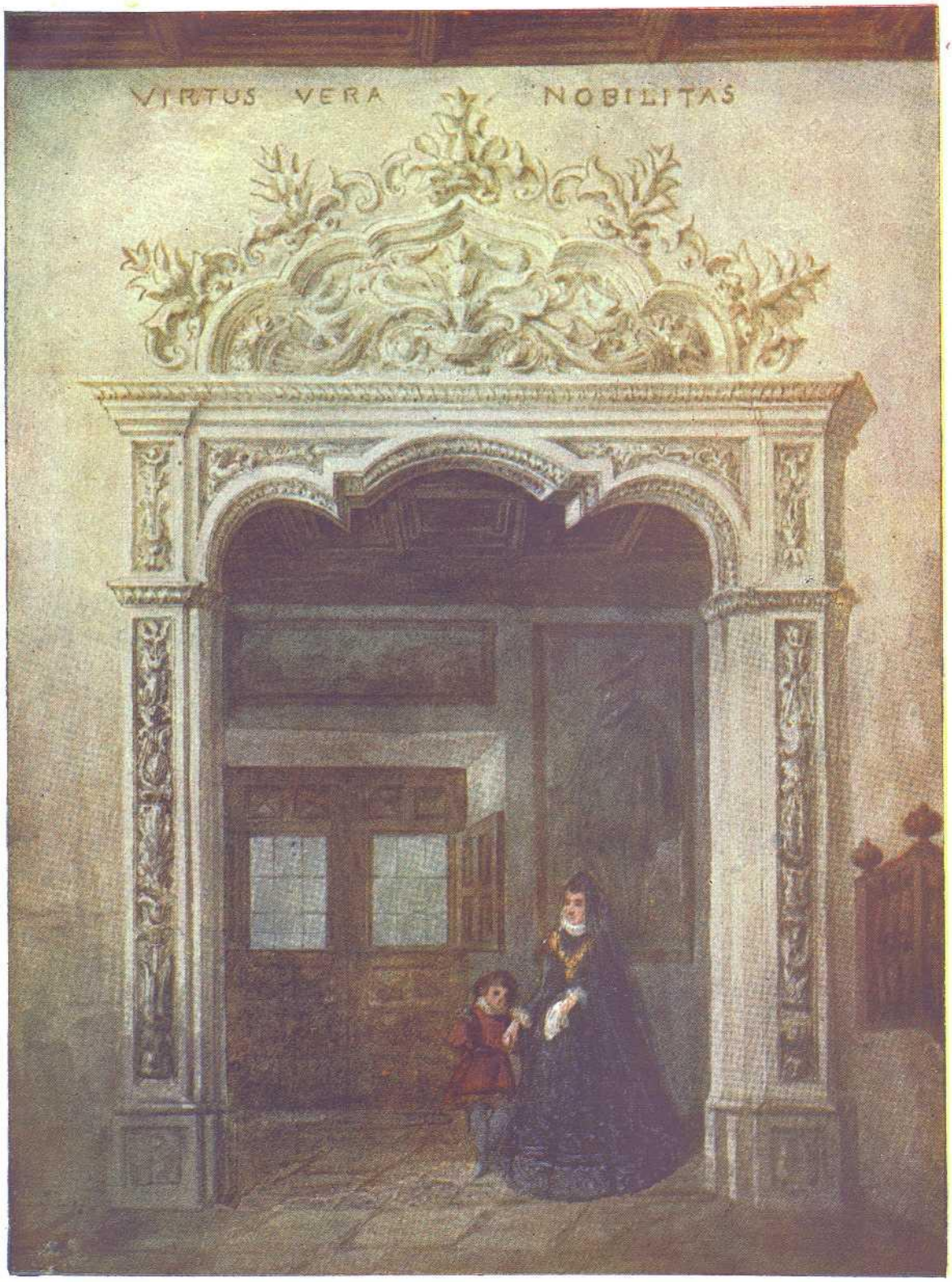
La mayor altura y el mayor interés de la narración coincide con la llegada del Hidalgo Manchego al Castillo de los Duques. Allí la narración remonta el vuelo hasta la epopeya; epopeya de maravillosa invención dentro del género burlesco.

Solamente los Duques son tratados en serio: príncipes de regia sangre, señores de grandes estados y numerosísima servidumbre. La Duquesa monta una hacanea blanquísima con sillón de plata, y aparece tan elegante y bizarra que parece la misma bizarría, digna señora de la hermosura, universal princesa de la cortesía.

El palacio se eleva con arreglo al plan general de las antiguas construcciones señoriales de Aragón: gran portalón con su piedra armera, extenso patio rodeado de columnas en que se apoyan los altos corredores del piso principal. Estos sirven de ámbito y establecen fácil comunicación con todas las dependencias de la vivienda.

La sala á donde conducen á Don Quijote está adornada de telas riquísimas de oro y brocado; seis doncellas le desarman; doce pajes y el maestresala le llevan al comedor; el gabinete de la señora está colgado de tapicerías que levanta Sancho para ver si ocultan algún secreto pasadizo; los jardines del palacio son extensísimos, verdaderos bosques de follaje; el tren de caza sólo se puede comparar con el de una «testa coronada.»

Junto á esta decoración, son fáciles de imaginar los magníficos artesonados, los muebles primorosos, las joyas riquísimas, las tapicerías historiadas, los mármoles y bronces y las curiosidades artísticas de todo género.



Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Interior del palacio de los Virto de Vera,
antepasados de los Villahermosa, en Zaragoza.

(Acuarela de V. Carderera.)

Y si pone Cervantes á los caballeros aragoneses por modelo de los del mundo entero, con iguales ventajas pinta á los príncipes y grandes personajes; y claro está que si algún ejemplar tuvo en su mente al escribir ese maravilloso libro, de juventud eterna, no pudo ser otro sino el que, durante la vida entera, había admirado Cervantes mismo en la primera de las ocho grandes familias de nuestro antiguo Reino.

No olvidemos un dato positivo: Cervantes envidiaba la suerte de sus amigos los Argensola, criados á los pechos de la Casa de Villahermosa, que los sacó de la nada y los colmó de honores y fortuna. Cervantes conoció á los Argensola en la Casa de Villahermosa; Cervantes pudo ver con tal ocasión cuán por encima de los Mecenas castellanos se hallaban entonces los Mecenas aragoneses, y no pudo menos de admirar á aquellos próceres que tan gallardamente sentían su papel de directores y guías de la cultura nacional y tan brillantes carreras abrían á los ingenios de su país.

—Valeroso Príncipe—le dice Don Quijote al Duque,—aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, de allí me sacara la gloria de haberos visto.

Dispensemos la hipérbole y admiremos el alto concepto que tenía Cervantes de los magnates aragoneses.

¿Tuvo ocasión de conocer más de cerca, en sus propios estados, á los Duques de Villahermosa?

Punto difícil de dilucidar es éste. Cervantes conocía á Aragón: esto es indudable; la pluma del Autor del *Quijote* y el pincel de D. Diego de Velázquez pintaban *d'après nature*. Los tipos de brujas y gitanos del *Coloquio de los perros* no fueron inventados; no lo fueron tampoco las toradas, ni la procesión de las imágenes, ni aun las rivalidades entre pueblos aragoneses. Cervantes estudiaba la naturaleza y después la reproducía con fidelidad asombrosa.

De una vez, por lo menos, sabemos positivamente que Cervantes estuvo en Aragón: cuando en compañía de Monseñor Aquaviva, Enviado Pontificio, hizo la *primera salida,* dejó por primera vez á su familia.

La cédula de paso dada en Aranjuez á 2 de Diciembre de 1568 (1), conservada en el Archivo de Simancas, no deja lugar á dudas. En ella se fija un plazo de sesenta días para salir de España, y un itinerario, dos mejor dicho: Aragón y Valencia.

(1) «A Monseñor de Aquaviva que los dias pasados vino de Roma con çierta embajada, vuelva allá; y lleva cinco docenas de guantes adobados de ámbar y flores, una cuera adobada de ámbar, una docena de calcetas de seda y ropa blanca de servicio, y algunos fruteros y tobajas, de ellas labradas de oro, dos candeleros y una tocasalva de plata que trajo de Roma, y otros vestidos y aderezos de su persona y criados, y mil ducados de oro y plata; término de sesenta dias, por Aragon y Valencia.»

El Legado Pontificio, desde Madrid, se dirige á Valencia: pasa por Aranjuez. Mas para dirigirse desde Valencia á Roma, su camino directo era el litoral mediterráneo, las actuales provincias de Alicante, Tarragona, Barcelona y Gerona. Que Cervantes conocía á Valencia, es indudable; que estuvo en Barcelona, lo es también.

Pero ¿y la indicación de ruta por Aragón que trae el pasaporte de Monseñor Aquaviva? Esa visita á Aragón, región, si no apartada, por lo menos extraña al principal objetivo de aquel viaje hacia Roma, ¿qué fin pudo tener? Porque si Aquaviva iba por Aragón á Roma, ¿para qué tocar en Valencia? Si iba por Valencia, como su paso por Aranjuez parece indicar, ¿para qué pasar por Aragón?

He aquí un punto bien digno de estudio (1) para los cervantófilos aragoneses.

Mientras no existan datos fidedignos que lo expliquen y aclaren, permitid, señores, que yo me detenga en esa ligerísima indicación de la cédula de Aranjuez, indicación reducida á una sola palabra: Aragón.

Palabra que se relaciona íntimamente con uno de los apellidos que ostentaba Aquaviva: Monseñor Julio Aquaviva y Aragón, hijo de los Duques de Atri, de quien el Embajador de Felipe II en Roma, D. Juan de Zúñiga, decía que era «mozo muy virtuoso y de muchas letras,» y que *pasaría adelante* en la Corte pontificia, como, en efecto, pasó, siendo nombrado Cardenal á los veinticuatro años.

Tenemos, pues, que era «Aragón» el nombre de la región indicada en el pasaporte; «Aragón» apellido del Legado del Papa; «Aragón» era también el apellido que ostentaba la primera de las ocho Casas del Reino; la Casa de Aragón brillaba por entonces en Pedrola y en Zaragoza con resplandor ex-

(1) «El viaje de Madrid á Roma, por camino de ruedas, solía hacerse por Alcalá, Guadalajara, Daroca, Zaragoza, Fraga, Lérida, Cervera, Barcelona, Gerona, Junquera, Perpignan, Narbonne, Montpellier, Aix, Niza, Génova, Lucca y Viterbo. De Madrid á Zaragoza se contaban 50 leguas; de Zaragoza á Barcelona, 48; de Barcelona á Niza, 114; de Niza á Roma, 123. Al todo, 335 leguas: unos cuarenta días de camino.

»El viaje de Madrid á Valencia, 51 leguas, podía hacerse por Arganda, Utiel y Chiva, ó bien por Aranjuez, Ocaña, Quintanar, Albacete y Alcira. Los dos eran caminos de ruedas; pero este último era el mejor, aunque se le calculaba dos jornadas más largo: 64 leguas al todo. Desde Valencia podía continuarse el viaje á Roma por Tortosa, Tarragona y Barcelona, calculándose la distancia en 90 leguas hasta esta ciudad.

»Monseñor Aquaviva pudo ir á Valencia por Aranjuez y después á Zaragoza por un camino de ruedas que pasaba por Murviedro, Segorbe, Teruel, Calamocha y Cariñena, contándose en el trayecto 49 leguas.

»El itinerario por Valencia, Zaragoza y Barcelona representaba hasta la frontera un mes de camino;» le quedaban á Monseñor dos meses para ver Valencia y visitar á sus deudos ó amigos de Zaragoza y Barcelona. (*Itinerario Español*, impreso en Alcalá por Pedro López en 1788.)

traordinario, sobre todo desde el enlace, en 1479, de D. Juan de Aragón, Conde de Ribagorza, con la bella y *rica fembra* de Gurrea.

D. Martín de Gurrea y Aragón, Conde de Ribagorza y Duque de Villahermosa, varón también «de muchas letras» como Aquaviva, era á la sazón el personaje más importante de Aragón, entre el elemento civil, y uno de los más influyentes en la Corte.

¿El Aragón italiano y el Aragón aragonés se habían conocido en ella? ¿Mediaba entre ellos el parentesco que la igualdad de sus apellidos parece indicar?

¿En el viaje de Aquaviva á Aragón entraría el propósito de conocer ó de visitar á los Condes de Ribagorza, Duques de Villahermosa?

Lo cierto es que el itinerario á Roma desde Valencia no exigía pasar por Aragón, y, sin embargo, el futuro Cardenal pidió el paso por Aragón. Motivo especial debió inclinarle á ello.

No debemos olvidar, además, otra circunstancia. Era por entonces (1568) Arzobispo de Zaragoza y Virrey de Aragón otro descendiente de la Casa Real, D. Fernando de Aragón, nieto del Rey Católico, prelado «muy virtuoso también, y también de muchas letras.»

En medio de tan favorables circunstancias, Monseñor Aquaviva y Aragón debió considerar que se hallaría en Aragón como en su propia casa. ¿Cómo era posible que se volviese á Roma sin visitar á Aragón, sin conocer á Zaragoza, sin participar de las grandezas de la que él consideraba tal vez como familia propia? Sólo así puede tener explicación el plazo de sesenta días consignado en el pasaporte y el itinerario por Aragón señalado en él.

Por otra parte, es indudable que Cervantes conocía á Zaragoza: estaba dispuesto á hablar de ella, y Cervantes no hablaba de lo que no conocía. Sabido es por qué no habló; selló sus labios el famoso Avellaneda, y Don Quijote, dejando el principal objetivo de su tercera salida, tomó la vuelta de Barcelona.

Estuvo, pues, en Aragón Monseñor Aquaviva con un fin especial, que no conocemos, pero que no es difícil de adivinar. Iba con él Cervantes en calidad de paje y servidor. ¿Visitaron á Pedrola? Es muy probable. ¿Estuvieron en Zaragoza? Eso es seguro. El medio ambiente en que vivieron de magnates y caballeros y grandes personajes quedó tan profundamente grabado en la imaginación de aquel joven poeta de veintiún años, que allá en su vejez, cada vez que hablaba de Aragón, no veía sino valor y denuedo, torneos y justas, grandezas y magnificencias. En Sevilla ve brujas y rufianes; en Toledo rondallas y aguadores; en Aragón sólo ve príncipes y caballeros: efectos del medio ambiente en que vivió en cada una de estas poblaciones.

En Pedrola pudo admirar la suntuosa morada de Bonavía, edificada por

D. Juan de Aragón. En ella los magníficos parques y jardines; las colecciones de arte traídas de Italia por el mismo D. Juan, sucesor de Gonzalo de Córdoba en el Virreinato; las series de bronces y medallas y pinturas de Don Martín; los mármoles griegos y romanos, de los que, por rara fortuna, guarda algunos nuestro Museo provincial.

Como un sueño maravilloso debió recordar Cervantes en su vejez las preciosidades del Palacio de Pedrola; y él, que quiso pintar fielmente el carácter de los aragoneses con sus *artistas imagineros*, con su *navegación fluvial*, con sus *famosas toradas*, con la afición entonces de moda *á lo pastoril*, ¿cómo podía dejar en olvido nuestras costumbres caballerescas, y en medio de ellas las grandezas del Castillo de Pedrola?

Por eso podríamos decir que Don Quijote no va al Castillo de los Duques por ley natural: le obliga Cervantes á ir para tener ocasión de pintar la magnificencia de los próceres aragoneses, el respeto con que eran mirados, y la llaneza, familiaridad y cariño con que trataban á sus vasallos y servidores.

Ved, señores, con cuánta razón el Ateneo de Zaragoza, al pensar en la fiesta del Centenario, pensó también en asociar á ella la Casa de Villahermosa: ninguna otra con mejores títulos, ninguna con mayores derechos; derechos de abolengo, derechos de dulces y hermosas tradiciones, derechos de altísima representación genuinamente aragonesa.

Y la bondadosísima señora, representante actual de tantas glorias, abrió de par en par las puertas de su corazón al Ateneo de Zaragoza; declaró que su puesto para el Centenario estaba en Aragón; dijo que el Ateneo había coincidido maravillosamente con sus propósitos; preparóse á honrar á cuantos quisieran, en honor de Cervantes, visitar el Palacio de Pedrola, y quiso de un modo indeleble, cristiano, caritativo, hermosísimo, fijar el recuerdo de la fiesta en forma tal, que las artes y las letras, Zaragoza y Pedrola, y Aragón entero, y la cultura patria tuvieran ocasión de guardar perdurable recuerdo.

Ved, señores, la causa y el origen de la carta que muchos conoceréis seguramente, pero que de un modo, por decirlo así, oficial, voy á daros á conocer:

«Real Sitio de El Pardo 25-4-905.

Sr. D. Mariano Pano:

Mi distinguido y buen amigo: Profundamente agradecida á usted y á todos los socios del Ateneo de Zaragoza, por la amabilidad que conmigo tuvieron honrándome con el título de Presidenta de honor para la celebración del tercer Centenario de la aparición del *Quijote*, ensalzando de esta manera mi Casa tan aragonesa siempre y mi nombre llevado por aquellos héroes que supieron

derramar tantas veces su sangre por esa amadísima región; al considerar los tristísimos días y las graves urgencias porque nuestro país atraviesa en estos momentos, creo cumplir mejor mi deber, como cristiana y como aragonesa, enviando á usted, mi buen amigo, como Presidente del Ateneo, y en celebración de las fiestas que se van á celebrar y para que de ellas quede *perenne recuerdo,* un donativo que redunde en beneficio de las clases necesitadas y se consagre á premiar la aplicación y el estudio en las letras como en las artes y aun en los trabajos y faenas de la agricultura; siendo condición precisa de este donativo que se repartan sus ventajas entre Zaragoza, la ciudad de los mártires y de los héroes, y Pedrola, el hogar querido de mi Casa y de mi familia.

Para dar realidad á mi pensamiento, depositaré en el Banco de España un capital de 20.000 duros, cuya renta se repartirá en la forma que le he indicado ó en la que usted, como Presidente de una Junta que nombraré, y los señores que la constituyan, consideren conveniente acordar, siempre, como he dicho, en beneficio de Zaragoza y Pedrola.

Salude en mi nombre á todos los señores socios de ese Ateneo, atentos y deferentes de tal manera conmigo al recordarme tan honrosamente como lo hicieron; y tenga la bondad de añadirles de qué manera tan elocuente me dicta el corazón que así les demuestro mayor afecto que con grandes fiestas, amargadas forzosamente como lo hubieran sido por públicas tristezas y desdichas. Lo cual no ha de ser obstáculo para que, si tienen gusto en ello, visiten por grupos mi Palacio de Pedrola, en lo cual tendré verdadera satisfacción.

Me despido de usted, mi excelente amigo, en quien deposito mi confianza en este asunto; no olvidaré nunca la bondad de ustedes, que han sido los primeros en acordarse de mi Casa. Siento en ello viva satisfacción, y no por mí, que nada valgo, sino por la gloria de mis antepasados, única aureola que me rodea.

En honor de éstos, especialmente de mi padre y de mi marido, quiero que sea la fundación, llevando, por lo tanto, sus nombres: VILLAHERMOSA-GUAQUI.

Deseo, ante todo, que mi Presidencia honoraria del Centenario aparezca cristiana y amante de Aragón: son mis títulos más preciados los de cristiana y aragonesa.

Repito mi saludo á todos con verdadero afecto, y muy especialmente á usted, mi bueno y excelente amigo.

J. CARMEN,
Duquesa de Villahermosa.»

¿Sabéis, señores, lo que esta hermosísima carta significa? En breves palabras os lo diré.

Esta carta es la unión renovada hoy de los antiguos Mecenas y de los mo-

dernos ingenios aragoneses; esta carta es el recuerdo de aquellos varones esclarecidos de la Casa ducal que consagraron sus esfuerzos al cultivo de las artes y de las letras, y dieron vida en lo antiguo á los Argensola y en lo moderno á los Carderera, y estuvieron siempre al lado de nuestros fueros y de nuestras libertades.

Porque es tradicional en la Casa de Aragón el cultivo de las letras y forma como un rasgo característico de la raza. Letrados insignes fueron casi todos nuestros Monarcas, desde D. Jaime I hasta D. Juan II, fundador de la Casa de Villahermosa. Poeta é historiador fué luego en ella D. Alonso Felipe de Gurrea y Aragón, Conde de Ribagorza; D. Martín de Gurrea y Aragón era llamado el *filósofo aragonés* (los *Discursos* recientemente publicados indican bien su vastísima ilustración y su profundo ingenio; los títulos de las obras que escribió forman una serie importantísima); D. Francisco de Aragón es el célebre Conde de Luna, autor de los *Comentarios de los sucesos de Aragón de los años* 1591 *y* 1592; y por no fatigar vuestra atención, pues ha sido constante en los Villahermosa la afición al estudio y el cultivo de las letras, haré sólo mención especial aquí del décimocuarto Duque D. Marcelino de Aragón Azlor, traductor elegantísimo de Virgilio y Académico de la Española, en cuya memoria, así como en la del señor Conde de Guaqui, ilustre en toda disciplina, se hace esta fundación.

Digna hija y esposa de tan ilustres varones es la actual Duquesa, á quien un sentimiento delicadísimo de modestia ha impedido estar en estos instantes entre nosotros; la actual Duquesa, digo, conocida ya con gran ventaja en la república literaria por haber publicado toda una biblioteca, en la cual ha tenido el gran talento de ocultar el suyo y poner en contribución nombres tan esclarecidos como los de Menéndez y Pelayo, el Padre Coloma, el Padre Nonell y Mélida.

Comprenderéis, señores, con esto cuán de lleno encaja en nuestra ilustre Presidenta de honor la protección á los ingenios, nunca tan necesaria como hoy, en que por menos jornal del que gana un bracero se escribe en un periódico, se pinta un cuadro ó se publica un libro, saliendo su autor, como en los malos pleitos, condenado en *costas*.

Consecuencia de esta situación es que nuestros mejores ingenios tengan que dedicarse á empresas meramente utilitarias, y que las inteligencias se desmedren, las ideas se apaguen y la patria llegue á punto de hundirse en el abismo, falta de esa vitalidad que la verdad y la ciencia dan á las naciones.

¿Comprendéis, señores, la importancia inmensa que puede tener el acto hermoso de la actual representante de la gloriosa Casa de Aragón?

Pues la carta que he tenido la honra grandísima de leer es aún más que todo eso: ella es amparo para el artista que comienza y ve sembrado de abro-

jos el camino de la vida; auxilio para el literato que da los primeros pasos en la carrera difícil de su instituto; premio para el agricultor que, apartándose de la rutina, entra por los senderos que aconseja la ciencia.

Esa carta es más todavía: es el renacimiento de nuestra historia oculta en el fondo de nuestros archivos; es la aparición de las mejores flores del genio aragonés, tal vez escondidas en el seno de nuestras bibliotecas; es la propagación del arte regional, hoy olvidado en la penumbra de nuestros templos; es la dirección de los espíritus hacia esferas sublimes de patriotismo y de fe.

Ved, señores, lo que esa carta significa. Ella es, según frase feliz de la Fundadora, *trait d'union*, lazo de unión y de concordia entre los poderosos y los desvalidos; lazo de unión entre los hombres de ciencia y nosotros, los que lamentamos la pobreza de nuestro espíritu; lazo de unión entre la ciencia y la fe, entre la ciencia y la caridad; lazo de unión en el cual deben estamparse con letras de oro esas sublimes palabras con que termina la carta, esa declaración admirable, esa confesión pública de la patria y de la fe: «Mis títulos más preciados son los de cristiana y aragonesa.»

Aragón, con la cruz de Cristo enarbolada, dió el grito de libertad en las alturas pirenáicas; Aragón, con la cruz en el pecho de sus guerreros, mantuvo gigantesca lucha contra las hordas agarenas; Cristo y Aragón entraron juntos en Huesca y en Zaragoza y en Valencia y en las Baleares; fué la cruz el blasón de nuestros Reyes; la cruz consagró nuestras libertades por medio de admirables instituciones jurídicas. De la cruz tomaron aliento nuestros artistas para labrar esas maravillas de piedra de nuestras catedrales, y, por si esto era poco, en ellas depositaron verdaderos prodigios firmados por Forment y por Morlanes y por mil artífices casi desconocidos: epopeyas del arte donde, en una sola aspiración de honrar al Dios de los cristianos, se unieron, al genio nacional, el Oriente y el Occidente, constituyendo con tales elementos un ideal de factura maravillosa; un arte asombroso en sus concepciones, primoroso en sus lacerías y alicatados, admirable en su imaginería, ingeniosísimo en las construcciones de ladrillo, sublime en esas torres altísimas cuajadas de brillantes incrustaciones, donde los rayos del cielo brillan y juegan y se confunden en besos de amor con las aspiraciones que surgen de la tierra.

Aragón, con su fe y su riqueza, decidió la conquista de las tierras americanas; vírgenes hermosas, como diría Mosén Cinto, que brotaron del mar, despertaron á la vida y se rindieron ante la cruz deslumbradas por los fulgores del sol de la verdad.

Por la cruz fué Aragón centro de civilización y de cultura: borrad de nuestra historia la cruz, y os hallaréis en el desierto.

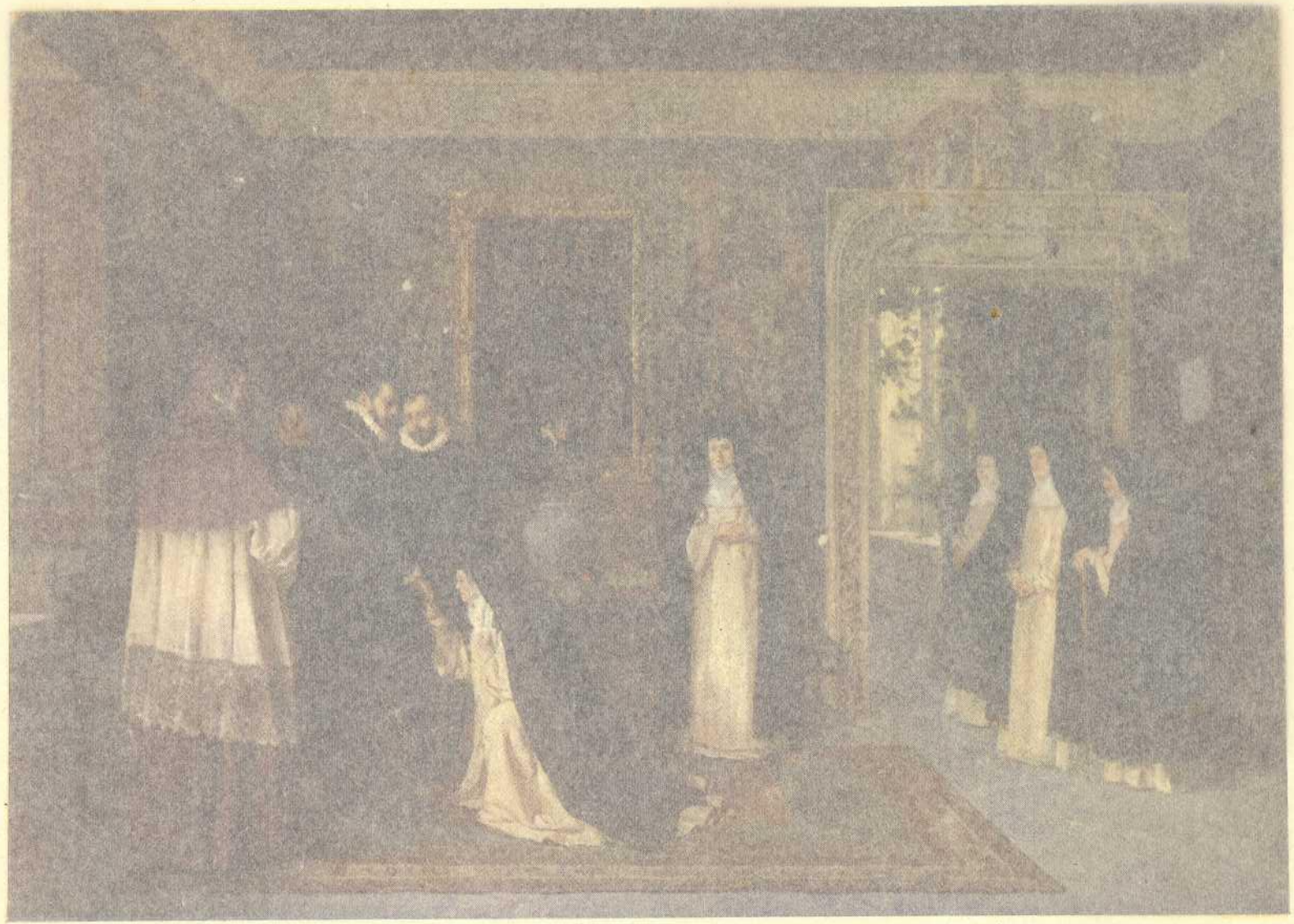
Por eso las palabras «cristiana y aragonesa,» consignadas por nuestra ilustre Presidenta de honor, tienen valor inmenso: son la clave de nuestra raza,

el sello de nuestra historia, y deberán ser el lema que adopte la naciente institución, puesto que en él se encierra cuanto somos, cuanto fuimos, cuanto podemos ser.

Así lo han comprendido nuestros grandes organismos sociales al decretar unánimemente honores supremos para la egregia Dama, honores supremos por los cuales nosotros debemos guardar gratitud eterna.

Ejemplo admirable el que hoy se nos da, señores. En medio de nuestros grandes egoísmos, en medio de nuestras desdichas y de nuestras vacilaciones, en medio de esa indiferencia glacial que nos corroe y es anuncio de muerte, se alza la voz de una débil mujer: nueva Isabel la Católica, proclama ante todo su patria y su fe, enarbola aquella bandera famosísima de las rojas barras, que para dicha nuestra aún es la suya, y grita desde las alturas de su magnanimidad: «Aragoneses, ved el camino que debemos seguir; entremos todos en él, y adelante, adelante, adelante.»

Ilmo. Sr. D. Gregorio Herráinz, Director de la Escuela Normal,
que leyó un fragmento del *Quijote*.



Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

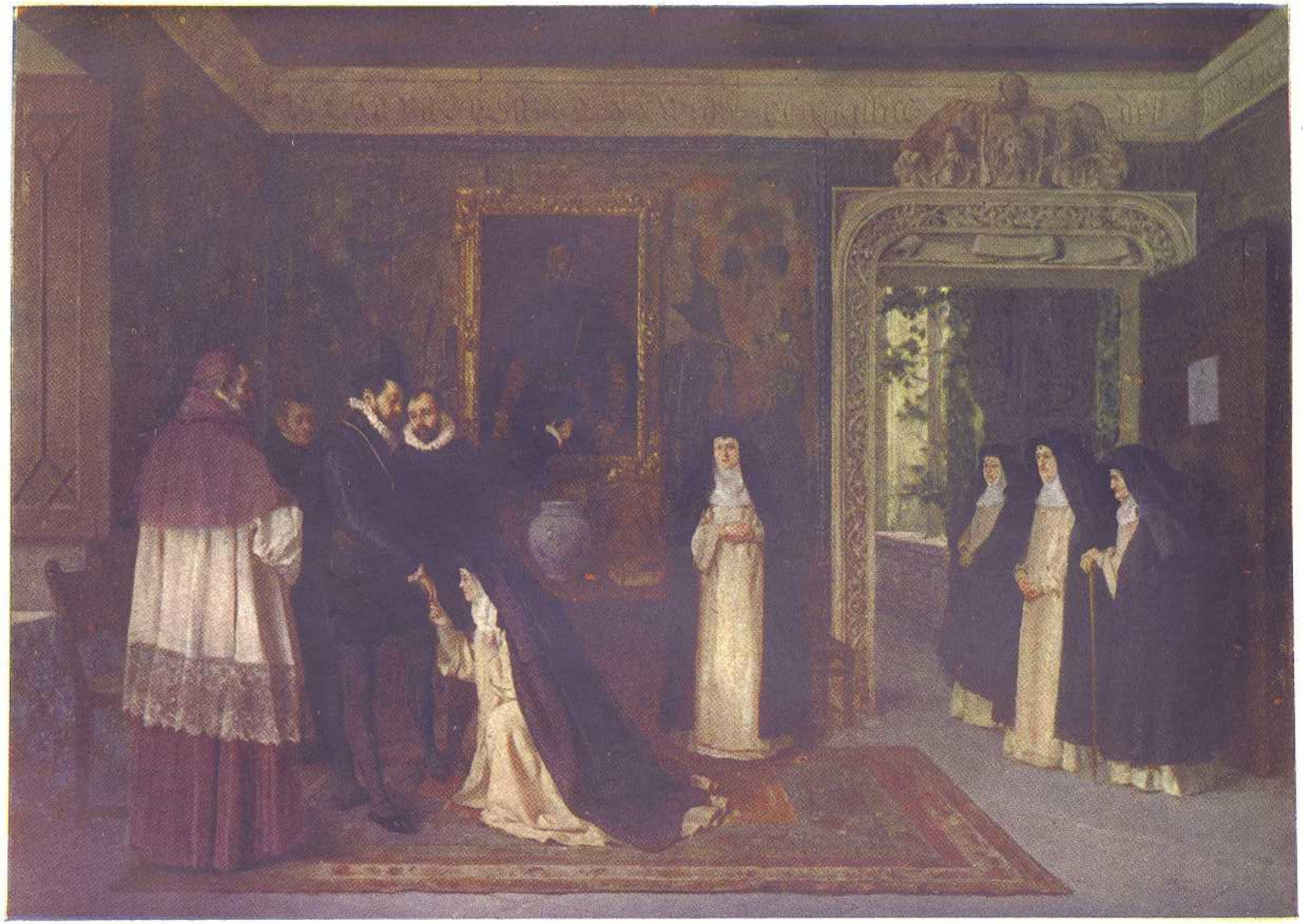
E. Mélida. — Felipe II ante el retrato y las hijas del Duque de Villahermosa, D. Martín de Gurrea y Aragón, en el convento de Santo Domingo, en Zaragoza.

el sello de nuestra historia, y deberán ser el lema que adopte la naciente institución, puesto que en él se encierra cuanto somos, cuanto fuimos, cuanto podemos ser.

Así lo han comprendido nuestros grandes organismos sociales al decretar unánimemente honores supremos para la egregia Dama, honores supremos por los cuales nosotros debemos guardar gratitud eterna.

Ejemplo admirable el que hoy se nos da, señores. En medio de nuestros grandes egoísmos, en medio de nuestras desdichas y de nuestras vacilaciones, en medio de esa indiferencia glacial que nos corroe y es anuncio de muerte, se alza la voz de una débil mujer: nueva Isabel la Católica, proclama ante todo su patria y su fe, enarbola aquella bandera famosísima de las rojas barras, que para dicha nuestra aún es la suya, y grita desde las alturas de su magnanimidad: «Aragoneses, ved el camino que debemos seguir; entremos todos en él, y adelante, adelante, adelante.»

Ilmo. Sr. D. Gregorio Herráiz, Director de la Escuela Normal,
que leyó un fragmento del Quijote.



Fotocromotipia de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

E. Mélida. — Felipe II ante el retrato y las hijas del Duque de Villahermosa, D. Martín de Gurrea y Aragón, en el convento de Santo Domingo, en Zaragoza.

HIMNO Á CERVANTES

PREMIADO POR LA FEDERACIÓN DE AUTORES

Sr. D. Esteban Fernández y González,
autor de la letra.

Sr. D. Ramón Borobia,
autor de la música.

Del que fué del Parnaso el encanto,
hoy la frente cubrid con laurel;
gloria al bravo soldado en Lepanto,
al sufrido cautivo en Argel.
Cantad himnos de estrofas brillantes
del *Quijote* al autor inmortal.
¡Gloria eterna al insigne Cervantes
que en las letras no tuvo rival!
Al dar vida á su hidalgo ingenioso,
prez y fama dió al pueblo español,
y su nombre mil veces glorioso
brilló más que brillar pueda el sol.

—

De mirtos y de gualdas
tejed lindas guirnaldas;
del rey de los ingenios
venid la frente á orlar.
Honremos su memoria
con cánticos de gloria;
la patria que él honrara,
también le debe honrar.

—

De su numen el estro brillante,
de la Fama el clarín pregonó:
Don Quijote, su célebre andante,
caballero en su fiel Rocinante
las fronteras del mundo pasó.
Hoy que el pueblo español se alboroza
en su honor, que es honor nacional,
hoy también la sin par Zaragoza,
inundada de júbilo, goza
dando culto á su ingenio inmortal.

—

De mirtos y de gualdas
tejed lindas guirnaldas;
del rey de los ingenios
venid la frente á orlar.
Honremos su memoria
con cánticos de gloria;
la patria que él honrara,
también le debe honrar.

—

¡Gloria! ¡Gloria!
Con oro y laurel
tejed la corona
que ciña su sien.

ESTEBAN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

I. Aguilar.—Bandeja de plata repujada. Premio de la señora Duquesa de Villahermosa en el certamen del Ateneo de Zaragoza.

III

SESIÓN LITERARIA

CELEBRADA EL DIA 8 DE MAYO EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD

Ilmo. Sr. D. Mariano Ripollés,
Rector de la Universidad de Zaragoza.

PROGRAMA

I. Discurso-Memoria, por el Secretario de la Junta organizadora del Centenario, Dr. D. Enrique de Benito, Profesor Auxiliar numerario de Derecho.

II. Discurso sobre *El Quijote como obra literaria*, por el Dr. D. José Victoriano Rubio, Catedrático del Instituto general y técnico de esta ciudad.

III. Reparto de premios y lectura de poesías premiadas.

IV. Discurso sobre *El soldado Miguel de Cervantes Saavedra,* del Excelentísimo Sr. General D. Honorato de la Saleta, en representación del quinto Cuerpo de Ejército.

V. Discurso por el Dr. D. Federico Schwartz, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, sobre la *Misión sociológica del Quijote.*

VI. Discurso-resumen por el Presidente, Ilmo. Sr. Rector D. Mariano Ripollés.

DISCURSO

POR EL

DR. D. ENRIQUE DE BENITO

SECRETARIO DEL ATENEO Y DE LA COMISIÓN DEL CENTENARIO

Sr. D. Enrique de Benito, Secretario del Ateneo y de la Comisión del Centenario.

EXCMOS. É ILMOS. SRES.:

Alzo mi pobre voz ante esta acordada y lucida asamblea para referir los trabajos que el Ateneo de Zaragoza, siguiendo la iniciativa de esta honrosa y antigua escuela universitaria, ha realizado con el fin de organizar algunas fiestas solemnes que conmemoren el tercer Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, y que sirvan de homenaje ó de glorificación, en Zaragoza, al mejor de los libros de pasatiempo y de pleitesía al ingenio clarísimo de quien le escribió.

Cuando el celebrado literato aragonés D. Mariano de Cavia estampó en *El Imparcial* aquel hermoso y sonado artículo en el cual invitaba á España á conmemorar tan fausto ó dichoso acontecimiento literario, pensó el Ateneo que Zaragoza tenía que ser una de las primeras ciudades españolas en rendir tributo de admiración al seco, avellanado y antojadizo caballero manchego, y al valeroso, sobrio y regocijado soldado castellano que le sacó á la luz del mundo y al pasmo de la humanidad con su pluma de oro.

Algunos escritores, aunque por dicha pocos en número, ganosos, sin duda, de notoriedad, deseosos de señalarse ó de distinguirse y de llevar la contraria, han sostenido afirmaciones con las cuales en vano se pretende rebajar el mérito de Cervantes y las no superadas ni siquiera igualadas perfecciones del *Quijote*, y es necesario que se haga constar para siempre que no hay en la literatura universal ni es fácil que le haya, libro de entretenimiento de más subidos quilates, de sublimidad más grande que el *Quijote*. Libro imperecedero, deleitoso pasto del alma ansiosa de belleza literaria, dulcísimo esparcimiento y regocijo de las Musas; libro que tan pronto provoca á risa como mueve á seriedad y á meditar; que siempre deleita, que siempre eleva, que siempre embelesa y trastorna; alegre en los sucesos de la venta, profundo en los consejos de Don Quijote á Sancho cuando se partió éste á su gobierno,

conmovedor en la escena de la muerte del bueno de Alonso Quijano; libro en el cual, sin otro propósito consciente en Cervantes que el de deleitar y acabar para siempre con la casta endiablada de los libros de caballerías, late el corazón de la raza española, se refleja el contraste de la realidad con el ideal contraste, que es la base en que descansa el mundo, se ven copiados todos los defectos y todas las grandezas de aquella sociedad española de los Austrias, y al mismo tiempo las grandezas todas y los defectos todos de la humanidad entera.

Yo lo declaro así, sin atribuir á Cervantes las segundas, las terceras y hasta las cuartas y quintas intenciones que no pocos agudos é inquisidores críticos le han atribuído. En Cervantes no hubo, á mi ver, otro fin, conscientemente preconcebido, que el de deleitar y el acabar para siempre con los libros de caballerías. Todo lo que de añadidura vemos en su *Quijote* surge independientemente de su propósito, sin que de ello se diera cuenta Cervantes, como no se dió cuenta, quizás, Dante Alhigieri de que en el *Infierno* de su *Divina Comedia* había toda una teoría jurídica. Estriba esto, señores, en que, á mi parecer, la obra del genio tiene mucho de inconsciente. No es propiamente el cerebro ó conciencia terrena la que le dicta su obra: es cierta luz interior, reflejo de la luz célica, ó cierta soberana inspiración que viene del éter y que, rasgando las nubes, llega hasta la frente del poeta, ó cierta irradiación encantadora y reluciente de la belleza increada, ó cierto hálito ó como aliento divino que brota del Sér Supremo, que baja de las alturas y que invade, que llena, que hinche, que fecunda, que hermosea al alma soberana del genio.

El libro de Cervantes es la obra del genio. La obra del genio es remedo de la inmensidad de la mar, de la grandeza del cielo, del brillo de las lumbres de los luceros, del piar acordado de las aves cantoras, de las hojas de las flores, de los coloquios de las mariposas con ellas, de la alegría de la dicha humana, de los sollozos del humano dolor; porque todo esto lo percibe á las claras el genio poético, se graba y se retiene en su frente, y cuando en su frente inculca la inspiración divina, la idea, y la idea se trastroca en poema ó novela, brota impregnada de toda esa hermosura percibida, retenida y laborada; brota como expresión de belleza soberana, la cual no es sino mezcla y suma de todas esas particulares hermosuras que os he dicho, y por eso nos recrea, nos enamora y es verdaderamente la obra soberana del genio.

Terrible síntoma de degeneración y de muerte hubiese sido, pues, para España que todos hubiéramos permanecido insensibles, inactivos ó zahareños en los días en que se cumplen trescientos años de la publicación de un libro acogido con aplauso unánime por todas las naciones, tan celebrado por los españoles como por los extranjeros, más admirado, quizás, por éstos que por nos-

otros. Pero, por dicha, el homenaje es sincero y unánime, y yo me gozo de que lo sea porque veo en ese homenaje á Cervantes y al *Quijote*, que hay en España todavía entusiasmo hacia el ideal artístico y que volvemos á colocarnos en el terreno en donde verdaderamente somos aptos, poderosos y temibles, porque es menester que os convenzáis, como yo me he convencido, de que nos podrán ganar á los españoles á gobernantes, á sabios, á industriosos y hasta á guerreros; pero en la esfera del Arte, señaladamente en la Literatura, hemos sido invencibles, conservamos todavía extraordinaria aptitud y seguiremos siendo igualmente invencibles, sin hallar rivales en otros pueblos, si nos inspiramos en el verdadero espíritu literario nacional.

Esto significa el Centenario, y á esto debe conducir y desde este punto de vista me pongo yo á mirarle, á analizarle y á reseñarle aquí.

El Ateneo de Zaragoza ha tratado de conmemorar dignamente el acontecimiento literario que hoy nos une. Ha dispuesto un certamen ó justa á donde han podido concurrir y han concurrido toda clase de ingenios, y los artistas que cultivan la escultura, la pintura y la fotografía, á disputarse los honrosos y valiosos premios que los Excmos. Diputación y Ayuntamiento, la Universidad, la Real Maestranza de Caballería, el propio Ateneo y, señaladamente, la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, se habían dignado otorgar. Y la Federación de Autores ha abierto otro concurso, del que han salido premiados por su himno á Cervantes los Sres. Ariño y Borobia y el señor Fernández y González.

Bien se me alcanza lo justificado de los reparos que se pueden poner y que de hecho se ponen á esta clase de lizas ó de palestras del entendimiento; pero es preciso declarar exento del todo de dichos reparos al Certamen organizado por el Ateneo. Este Certamen ha estimulado á los pintores zaragozanos en estos tiempos en que el arte pictórico estaba aquí, si no dormido, por lo menos algo traspuesto; ha mostrado que la forma poética no está tan llamada á desaparecer como por ahí se cree, según el número de poesías presentadas y la calidad de alguna de ellas; ha podido, mediante uno de los trabajos en prosa premiados, descubrir á la crítica literaria nuevas y no conocidas veredas que, sin duda, conducen derechamente á la total solución del intrincado enigma del nombre y patria del autor del falso y mal intencionado *Quijote* tordesillesco, y, finalmente, ha confirmado la fama que ya tenían como críticos, poetas, pintores ó escultores D. Tomás Ximénez de Embún, D. Juan Marín del Campo, D. José Fernández Bremón, D. Mariano Escar, D. Ezequiel Solana, D. José Rodao, D. Emilio Sánchez Vera y los Sres. Gárate, Díaz, González y Pastor.

Prepara el Ateneo varias visitas parciales á la villa de Pedrola, donde se halla el Palacio de los Duques de Villahermosa, que, según conjeturas muy

razonables, fueron los verdaderos Duques que tanto y tan honesta y delicadamente embromaron á Don Quijote y á Sancho.

Finalmente, ha prestado el Ateneo su concurso á otras fiestas que se disponen, á otras Corporaciones que han andado ocupadas en disponerlas y no ha perdonado medio de contribuir al esplendor del sonado Centenario.

Pero es justo declarar que no podría jactarse el Ateneo de todo esto de que ahora se jacta, sin el apoyo grande, generoso y admirable de todos, pero principalmente de dos: de una Corporación y de una persona particular.

La primera es esta Universidad literaria, ésta para mí más que querida escuela, este templo donde se han formado tantos sabios y donde todos los que la componen son maestros míos y yo tan sólo el último ó más torpe discípulo de todos ellos. La Universidad de Zaragoza, y singularmente la autoridad académica, han prestado al Ateneo tan dulce apoyo, tan grato sostén, tan prudente consejo, tan honorable prestigio, que el Ateneo ha contraído el compromiso de pagar á la Universidad echando sobre ella el más tupido manojo de flores que puede reunir el agradecimiento.

El otro apoyo le ha recibido el Ateneo de la muy alta y nobilísima Duquesa de Villahermosa. La egregia dama, cuya corona ducal y blasones relucen con fulgor de soles, ha aceptado la Presidencia de honor de la Junta del Centenario, honrando así á dicha Junta; ha concedido un premio para el Certamen, pasmoso por su arte y extraordinario valer; ha mandado acuñar una linda medalla de bronce como recuerdo de estas fiestas; ha prometido abrir las puertas de su suntuoso Palacio de Pedrola á fin de que pueda ser visitado por los amantes del *Quijote;* ha dado al Ateneo muestras reiteradas de su bondad sin límites y obsequioso trato y carácter; ha ofrecido á los artistas dulce amparo, y finalmente, para colmo y remate de tanta liberalidad, ha instituído una fundación con la crecida suma de 100.000 pesetas á fin de proteger las Letras, las Artes y la Agricultura en Zaragoza y en Pedrola..... ¡Señores, no hay ejemplos abundantes de magnanimidad tanta! ¡Mujer había de ser quien tal hiciera! ¡Bien se conoce que corre por las venas de dicha angelical y poderosa señora sangre española, hidalga y de ilustres varones! ¡Cuán inmenso contento el de los clarísimos y nobilísimos antepasados de nuestra Presidenta de honor, si pudieran alzarse de sus frías tumbas para contemplar la generosidad sin igual con que su ilustre nieta añade nuevos timbres de gloria á los muchos que ya ostentan los cuarteles y los lambrequines y dorada corona ó diadema de los Villahermosa y los Guaqui! Yo me levanto, yo me revuelvo, yo me indigno contra aquéllos que, falseando el concepto de la verdadera democracia, no comprendiendo que la coexistencia social estriba en la coexistencia de ricos y de pobres, de altos y de bajos, de nobles y de plebeyos, no conociendo que todas las clases sociales tienen una misión necesaria, preten-

den apartar sus miradas, su trato y su solicitud de quienes pueden ostentar ejecutorias de hidalguía y blasones en que campean empresas y símbolos de honor, de lealtad, de alteza y de todo linaje de virtudes. ¡Bien es verdad que la virtud no es patrimonio exclusivo de la sangre hidalga; mas cuando los hidalgos la muestran y la practican como la practica la Excma. Duquesa de Villahermosa, loados, queridos y benditos sobre todos sean! Signo dichoso que me llena de esperanza cuando pienso en el porvenir de España, es el de que los altos ayudan, protegen y dan ejemplo á los bajos, se dejan de lujos y de vanos estrépitos y vierten sus bienes sobre los necesitados de apoyo. ¡Así se camina hacia la regeneración social!

Las fiestas que ayer comenzaron, con ser solemnes, lucidas y estruendosas, no son, sin embargo, homenaje bastante para Cervantes y su *Quijote*. Todas son escasas para ese deleitoso libro que no pocos colocan después de la Biblia; todas son mezquinas para ese libro imperecedero, merced al cual el nombre de España no se ha olvidado en el resto del mundo. Y no es porque yo crea que deberíamos haber dispuesto tres ó cuatro fiestas más de las que hemos dispuesto: es porque á mi parecer, y no sé si también al vuestro, el verdadero homenaje no está en el regocijo, en el estrépito ó en el aparato de las fiestas públicas, donde brilla, juntamente con las insignias de los uniformes y las sedas de los tocados, el artificio de la palabra, sino que el verdadero homenaje, el único homenaje digno de Cervantes y del *Quijote*, está en la reformación de las costumbres y de los sentimientos que actualmente imperan en la sociedad española.

Yo me complazco de que durante tres días dejemos de pensar en la industria del carbón ó del azúcar; en el interés y rentas más ó menos pingües que nos ofrecen los negocios industriales, en los cuales sin cesar un instante nos afanamos, y que tantas cavilaciones y sobresaltos nos causan. Bueno es que en ello pensemos, que á todo ello nos dediquemos, porque España debe ser más industriosa de lo que es, si quiere ser temida de las otras naciones. Pero no olvidemos tan por completo el ideal artístico que pretendamos, como parece que pretendemos, ahogarle y sepultarle para siempre á fuerza de primas, de intereses y de acciones. El ideal artístico es tan necesario al corazón humano como los otros. Necesitamos un poco de la calor de la belleza literaria, porque nos tiene ya sobrado ateridos la frialdad del metal. Seamos, sí, industriosos, guerreros, políticos y sabios, que, sin esto, no seremos grandes; pero seamos también artistas. No digamos la herejía de que somos demasiado idealistas y de que tenemos que ser más prácticos de lo que somos. El arte es cosa tan práctica como el comercio. ¿No es el arte necesidad del corazón? ¿No es elemento indispensable de vida? Pues si es necesario ó indispensable, es práctico.

Somos los españoles harto impresionables. Sentimos entusiasmo por las cosas, pero le sentimos á ráfagas. Hubo una época en que no teníamos otro anhelo que el de las empresas guerreras, y después hemos maldecido del espíritu aventurero. Otra época hubo en que no pensábamos sino en las luchas de la política, en la sesión borrascosa del Congreso, en los cabildeos de los personajes políticos de más fuste ó en las últimas declaraciones de alguno de ellos, y después la desconfianza absoluta en la política de este jaez se ha apoderado de nosotros. Ahora, durante tres días, no hacemos más que traer y llevar de aquí para allá, el nombre de Cervantes y el nombre del *Quijote*, y yo temo que tan pronto como el Centenario pase no nos volvamos á acordar del *Quijote* ni de Cervantes.

Es, por lo tanto, preciso que el Centenario deje su sedimento útil. Y así como en una estancia ó alcoba donde ha habido flores ú otras substancias olorosas, queda después el grato perfume de ellas, es menester que también quede aquí algo que sea, como si dijeramos, el rastro ó el exquisito aroma que deje el Centenario. Es menester que volvamos nuestros ojos á la literatura de Jorge Manrique, de Garcilaso, de Herrera, de Calderón, de Lope, de Tirso, de Mateo Alemán, de ambos Luises, de Cervantes, y nos aprovechemos de sus enseñanzas, en cuanto éstas se acomoden al mudar de los tiempos, lejos de echarlas en olvido como las hemos echado; es menester que procuremos continuar la historia de la literatura verdaderamente española, porque harto llenas tenemos nuestras trojes de grano para que le traigamos de fuera, y, finalmente, es menester que, sin descuidar los graves negocios que nos atarean en la vida y sin desdeñar ninguno de los fines políticos, mercantiles, científicos y de otros linajes, tratemos alguna vez de espaciarnos, remontándonos, con raudo y agradable vuelo, á las regiones donde flota y se mece la belleza artística, que es el más sabroso néctar y el embeleso de las almas puras.

He dicho.

DISCURSO

POR EL

Dr. D. JOSÉ VICTORIANO RUBIO Y CARDONA

EN REPRESENTACIÓN DEL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO

Sr D. José V. Rubio y Cardona, Catedrático del Instituto de Zaragoza.

Excmo. Sr.

Señoras y señores:

Razones de índole profesional que todos comprenderéis, han determinado que sea yo, de entre mis distinguidos compañeros de Claustro, el que, en nombre del Instituto general y técnico de Zaragoza, lleve la voz de adhesión en el homenaje que la Universidad Cesaraugustana, al unísono de la patria entera, rinde en estos momentos al primer ingenio literario español en el tercer Centenario de la publicación de una de las obras de mayor mérito, entre las más famosas, que se registran en los anales de la literatura universal.

Encargo superior á mis fuerzas, aceptado en cumplimiento del deber, llenaré tal cometido, contando con vuestra benevolencia, en la escasa medida de mis facultades y con la brevedad impuesta por las circunstancias; pero bien entendido y sinceramente confesado, que no esperéis de mí lo que no poseo, gallardías de expresión ni vuelos de pensamiento, en estas cuartillas que no pasan de ser ligeros apuntes de estudio literario, en forma de discurso, de la obra de Cervantes titulada *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Señores: si alguien creyera que los límites de la vida del hombre se encerraban para el espíritu dentro del tiempo asignado á la mecánica fisiológica de su sér, el acto que estamos celebrando le demostraría, que sobre las estrecheces del sepulcro, nacen, crecen, se desarrollan y agrandan los horizontes del pensamiento, de tal suerte y hasta tal punto, que espacio y tiempo, factores del olvido, multiplican y agigantan, factores de la extensión, el resplandor de las almas que acertaron á bañarse en las aguas que manan de las fuentes de la vida; manantiales perennes en que el escritor-poeta puede considerarse, en relación con las presentes y futuras generaciones, fecunda y milagrosa vara de Moisés. *(Bien, bravo.)*

Tres centenares de años han corrido desde que el hidalgo manchego y su manchego escudero nacieron á la vida; trescientos, menos once, años que su progenitor bajó á la fosa, y ni el nombre de Cervantes se ha borrado, ni el frontis de su obra se ha obscurecido: autor y escrito pasaron á la inmortalidad, y la inmortalidad no tiene ocaso. *(Muy bien.)*

Consubstanciales el autor y su obra, no es fácil prescindir de la causa al discurrir sobre el efecto; que al fin y á la postre el escritor, cualquiera que sea el punto de vista en que se coloque, el crisol en que tamice y el molde en que vacíe su producción, siempre, siempre deja rastro, cuando no imprime en ella, rasgos imborrables de vicisitudes personales que prestan tonalidad al conjunto en que se diluyen la idea generatriz, el capital pensamiento y la finalidad de la obra. ¡Por eso, y ciertamente por eso, al nombrar á Cervantes se piensa en *El Quijote*, y al hablar de *El Quijote* se piensa en Cervantes, y al decir Cervantes y *El Quijote*, se dice España! España, sí; que la gloria de los hijos es la gloria de sus países: por eso al decir Homero se piensa en Grecia, al nombrar á Virgilio se recuerda á Roma, al señalar á Dante se murmura Italia, al recordar á Milton se señala Inglaterra, al indicar á Gœthe se marca á la Germanía y al decir Camoens se dice Portugal. *(Bien. Aplausos.)*

¿Portugal he dicho? ¿A Camoens he nombrado? Si el acto que celebramos no fuera de íntegro y exclusivo homenaje á nuestro primer ingenio y á su obra maravillosa; si las circunstancias de momento abonasen disquisiciones de carácter literario-personal, ¡qué ocasión más oportuna para trazar un paralelo entre el manco de Lepanto y el tuerto de Ceuta, entre el aventurero lusitano y el animoso cautivo de los argelinos, entre los contemporáneos en profesión, desgracia, olvido, persecución y gloria!.... Más aún, y notadlo bien: como si el destino quisiera identificar en muerte á los que, al nacer, la luz del mismo cielo ibérico alumbrara, un mismo laurel, arraigando en las serranías de Gata y alimentándose de las arterias que se llaman Miño, Duero, Tajo y Guadiana, circunda con su sombra y corona con su ramaje, al Oeste de la Península, la modesta sepultura del autor de *Os Lusiadas;* en el centro, la humilde fosa del creador de *El Quijote. (Nutrida y prolongada salva de aplausos, y voces de bravo, muy bien.)*

¡Os Lusiadas y *El Quijote!* Del paralelo de ambas renombradas y meritísimas composiciones, sin restar un ápice á las excelencias de la epopeya lusitana, saldría gananciosa la parodia caballeresca española. Pero hablemos sólo de ésta, no sea que algún asiduo y avispado lector de *El Ingenioso Hidalgo*, de entre los que me escuchan, ya que no en alta voz, piense para sus adentros y me aplique aquella interrogativa acusación que se lee en el capítulo I de la segunda parte, exclamando con Don Quijote: «¡Cuán ciego es aquél que no ve por tela de cedazo!.... ¿Y es posible que vuesa merced no

sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio..... son siempre odiosas y mal recibidas?» Si así es, y lo dice el maestro, acatemos sus enseñanzas, y á tratar de su obra me circunscribo.

Es, señores, en mi modesta opinión, la obra de Cervantes un libro de condición rara, por lo especial, no ya en la literatura española, sino en todas las literaturas, así antiguas como modernas, no siéndole, como no lo es, aplicable denominación técnico-literaria precisa, ni pudiendo incluírsele en las clasificaciones habituales de la preceptiva reglada. En efecto: á través de su lectura y persiguiendo su finalidad, nos encontramos, no con una obra exclusivamente bella, ó moral, ó didáctica, sino con una obra que en igual proporción, nivel é intensidad nos resulta las tres cosas á la vez, de tal suerte que el *delectando pariterque monendo* del gran lírico de Venusia, está en *El Quijote*, no fiel y estrictamente guardado, sino ampliado y reforzado de manera especial y cumplidísima. Sólo así se comprende la exacta afirmación del autor de las célebres, por su audaz paradojismo, *Cartas persianas*, Barón de Montesquieu, al afirmar que «España no ha producido más que un gran libro: *El Quijote.*» *(Atención.)*

Desde otro punto de vista y sin salir de la técnica reglada, también *El Quijote* resulta libro especial, porque siendo eminentemente épico, no es epopeya; siendo narrativo-histórico-novelesco, no es historia ni novela; y porque no es drama, siendo hermosa y profundamente dramático. Unicamente así se halla la razón del título de la obra que el peregrino instinto literario de Cervantes no clasificó de epopeya, drama, cuento ni novela, sino que netamente denominó *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Por eso mismo, sin duda, los grandes críticos extranjeros, dando de mano á nomenclaturas de estrecho cauce, formulan la síntesis de sus juicios, palabra más ó menos, en la frase que, del sutil crítico Bouterwek tomada, hace suya el erudito compilador italiano Riccardi, afirmando que «entre todos los libros españoles de literatura, basta *El Quijote* para admirar al mundo entero.» *(Muy bien.)*

Ahora bien: esta afirmación; la unanimidad de pareceres en reconocer, apreciar, celebrar y ensalzar el valer del libro cervantino, ¿en qué se apoyan? O en otros términos: ¿en qué estriba ó radica el mérito subidísimo de *El Quijote?*

Para dar á esta interrogación una terminante y clara respuesta, menester es examinar previamente ciertos extremos que, como base inconmovible, sostienen de una parte y por otra decoran la obra que admiramos, y esos extremos son: el fondo, las figuras y la forma de la misma.

Antes de entrar, sin embargo, en la sintética-conjunta exposición de esos tres fundamentales elementos, se hacen indispensables, para mayor claridad, una pregunta, una respuesta y una aclaración.

La pregunta es: de cuanto al hombre afecta durante el período que á su existencia se refiere, ¿qué es lo que más le atrae, seduce, enamora y entusiasma?

Respuesta: lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Aclaración: pues la verdad, la bondad y la belleza, esa trinidad misteriosa que anida en todas las cosas, que vive en todos los seres, que todo lo anima y vivifica, es lo que antes, ahora y siempre, con anhelo incansable y afanosa constancia, sostenido por la fe, en alas de la esperanza, persigue el hombre como ideal, tratando de aprisionarlo, fundirlo y cristalizarlo en sus obras, ora sorprendiéndolo en la realidad latente y transportándolo á las puras regiones del espíritu, ora fingiéndolo en los impalpables espacios del pensamiento y reduciéndolo á la palpitante realidad. Esa es en su grado superior la obra del genio; esa es, fusionadas ambas potencias, la obra de Cervantes; en eso estriba y radica el mérito de *El Quijote. (Grandes y repetidos aplausos.)*

Y ved cómo por modo sencillísimo, aunque pobre, queda concretamente determinado el elemento de fondo, la triple esencia vital, la savia mágica que circula, hinche y se desborda por las páginas del libro que celebramos. Del libro que celebramos, que no es la monomanía de un hidalgo, apareciendo ser su locura; ni es la historia ó novela de un caballero andante, apareciendo ser la narración de sus proezas; ni es la odisea de un héroe real ó imaginario, apareciendo ser su leyenda; ni es el drama de la pasión arrebatada por la verdad, el bien y la belleza que no se logran, apareciendo ser la escena de lucha por el ideal que se persigue contra la realidad que lo embota; de un libro, en fin, que, como ya quedó indicado y ahora se demuestra, es de condición tan rara y especial en la historia literaria, que no tiene semejante, viniendo á ser en su esfera, y valga la frase, EL COMPENDIO SUBLIME DE LAS ASPIRACIONES HUMANAS EN ORDEN AL IDEAL, EN LOS DOMINIOS DEL ARTE LITERARIO. *(Largos y nutridísimos aplausos.)*

¡El compendio sublime de las aspiraciones humanas en orden al ideal, en los dominios del arte literario!—Así, escuetamente formulado el concepto, como que suena á hueco, y no es fácil penetrar su alcance y extensión. Hagámoslo comprensible, examinando la obra en otro de sus fundamentales elementos, en sus figuras.

Olvidando que no hay regla sin excepción, cuenta con adeptos la idea de que lo vulgar es siempre y por siempre digno de repudio, cuando no merecedor de desprecio. Error lamentable por lo que al arte en general, y en especial al literario, se refiere. Los que tal profesan, no reflexionan que la materia, por materia que sea, bien elegida, trabajada y purificada, es como elemento artístico, de un valor inapreciable en manos del artífice á quien, sobre la destreza, anima la genialidad. Mineral grosero, leño tosco, color borroso,

rumor fugitivo, luz indecisa, convertidos en monumento ciclópeo, estatua ingente, cuadro animado y cadenciosa nota, ¿qué son, en substancia, sino vulgares elementos prosáicos vivificados por el aliento artístico? *(Muy bien, muy bien.)*

Por eso Don Quijote y Sancho, Sancho y Don Quijote, de modesta aunque hidalga estirpe el uno, de vulgar por lo plebeya familia el otro, y ambos oriundos de «un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.....» se codean y alternan desde hace trescientos años, en la corte literaria, con héroes y príncipes, príncipes y reyes, reyes y guerreros, guerreros y sabios, sabios y navegantes, navegantes y amadores..... que así se denominan y á tales castas pertenecen Aquiles y Eneas, Eneas y Godofredo, Godofredo y Fausto, Fausto y Vasco de Gama..... todos los cuales, debidamente secundados, luchan, armados de todas armas, contra algo, pero algo vencible aunque resistente, algo difícil aunque no insuperable, algo casi insuperable aunque no imposible. Sólo el hidalgo castellano, sólo el caballero manchego, sin otras armas que sus afanes, sin otro apoyo que sus anhelos, cierra contra lo imposible gracias á su locura. Pues bien: ni tal locura, ni tal imposible; porque ¿quién osará calificar de loca y reputar imposible la empresa de luchar sin tregua ni descanso por el triunfo del bien y de la verdad, de la verdad y de la justicia, de la justicia y de la belleza, de la belleza y del amor? Si esto es locura, ¡cuán pocos cuerdos en el mundo han sido! Si esto no es cordura..... *stultorum infinitus est numerus*, ¡el número de los..... Sanchos es infinito! *(Atronadora salva de aplausos, que dura largo espacio.)*

Y ved cómo también por manera sencilla, aunque pobre, queda bosquejado el protagonista de la obra cervantina, y cómo apuntado el carácter de su escudero, cuya figura literaria os voy á presentar.

Es de empleo muy corriente, y rara será la persona de algunos años á cuyos oídos no haya llegado, una frase que, entre las de naturaleza despectiva, figura en primera línea para los juicios desfavorables, es á saber: «¡He ahí un Don Nadie que parece alguien!» Frase que, variada en sus términos, pasa de negación vilipendiosa á la categoría de afirmación meritoria, al decir: «¡He ahí un Don Alguien que parece un nadie!» Pues bien: la imparcialidad y la justicia me imponen en estos momentos la obligación de declarar (porque no me consta ni de oídas lo contrario) que la crítica literaria, si no ha olvidado por completo, al examinar la obra de Cervantes, lo que representa el escudero, le ha relegado á término tan lejano, que de un Don Alguien de mucho fuste, le ha convertido en un Don Nadie, como figura literaria, al limitarle á la condición rápida y descarnada de una simple antítesis ó contraposición negativa de su señor y dueño.

En su derecho está quien así opine de Sancho y en tan poco le considere;

pero yo estimo, y aprovecho la ocasión de declararlo sin pretensiones, que el labriego escuderil, sobre y además de tener la simple condición antitética que se le asigna, es una figura literaria de primer orden al lado de la inmensa de Don Quijote, de la cual es asimismo, empleados los términos en todo su valor, complemento indispensable, necesario, indiscutible; hasta tal punto, que, de no suceder así, el pensamiento, la acción y, sobre todo, la finalidad de la obra cervantina, filosóficamente considerada, no serían íntegros, totales y perfectos. Y así lo debió concebir Cervantes, y así lo adivinó, acertando, al hacer que, lo que la sombra al cuerpo ó lo que el cuerpo al espíritu, fuera Sancho para Don Quijote desde la segunda salida del caballero hasta el fallecimiento de Alonso Quijano el Bueno, es decir, en toda la obra. ¿Se necesitan razones? Pues allá va una por si alguien la reclamara. *(Atención muy marcada.)*

Si las aspiraciones humanas en todas sus fases, hasta las más groseras, por el hecho de ser aspiraciones, tienden á la consecución de un algo que genéricamente denominamos ideal; si *El Quijote* es considerado como tendencia al ideal por parte de la humanidad en todas sus jerarquías, reducidas á la dualidad de espíritu y materia y representadas por Don Quijote y Sancho respectivamente, es claro, como la luz meridiana, que restando Sancho en más ó en menos de la obra á la media humanidad que él representa y simboliza, le alcanzará la resta en el cuadro total de la misma; y en este supuesto, el libro de Cervantes no sería íntegro, completo y perfecto ni en su pensamiento, ni en su acción, ni en su finalidad. No hay, pues, que considerar la figura de Sancho Panza como de tan poca monta, que sólo merezca el vilipendio, desprecio y poca estima en que generalmente se la tiene y aprecia. Menguado de facultades hasta el extremo de la simplicidad en el creer y la tontería en el razonar, abundan las ocasiones en que, con mesura y tino, aplica la gracia y el saber de sus refranes; y no gobierna tan mal su ínsula, que de ella se le arroje como negación del buen sentido, del sentido común, de la razón juiciosa. Fiel y constante en la devoción á su señor, es algo más que la vítrea turmalina con que Cervantes contrasta en su libro inmortal los fulgurantes destellos del espíritu de Don Quijote, cuya sucinta idea, como figura, se completa con la ligeramente bosquejada de su inseparable escudero.

Y vamos al tercero y último de los elementos á exponer en esta pizca de estudio acerca de *El Quijote,* diciendo algo sobre la forma de la obra.

Entendemos la forma, los que á estos estudios de literatura nos dedicamos, en dos sentidos: 1.° Como artificio en que la acción se desenvuelve. 2.° Como medio de expresar verbalmente su contenido.

En el primer sentido, diré: que la acción artificiosa de *El Quijote* es, al parecer, tan loca, y al mismo tiempo tan positiva, como los personajes que la

intervienen. Gigantes qne son molinos de viento, rebaños de carneros que son ejércitos, cuerpos de caballeros que son pellejos de vino, ventas al aire libre que son castillos..... se toman, ora por lo que son, en las realidades de Sancho, ora por lo que suponen, en las fantasías de Don Quijote, pero concordándose ambos términos en la filosofía que envuelven estas palabras de entraña religiosa y corte dantesco: «Puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros, más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, así, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos, hemos de matar á los gigantes en la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la luxuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas partes del mundo buscando ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.» ¿Se quieren más sencillez, más profundidad y más verdad? Pues lo citado cumple y basta para que las realidades de Sancho sean fantasías y las fantasías de Don Quijote sean realidades; y para que resulte que el artificio de acción inventado por Cervantes, no sea quimérico, sino sencillamente positivo en grado superior. (*Perfectamente, muy bien.*)

Y vamos ahora al segundo punto de la forma, esto es, á la expresión verbal, á la lengua de *El Quijote.*

Señores: Entre los fenómenos que á diario se presentan á nuestra vista y por los que la mirada se pasea sin que en el alma repercuta la sensación engendrando alguna idea, hay uno en el que, por acaso quizás, yo he reparado algunas veces, á saber: en la analogía que á la retina presentan el agua pura y el limpio cristal. Meditando un poco, se observa que ambos objetos, distintos en su naturaleza, llegan á identificarse en sus efectos, de suerte que el agua, sin dejar de ser agua, transparenta como el cristal, y el cristal, sin dejar de ser cristal, transparenta como el agua. Pues bien: el idioma, el lenguaje, la palabra española son en los puntos de la pluma del que redactó *El Quijote,* el cristal líquido ó el agua cristalina á través de los cuales lucen claras y espléndidas la verdad, la bondad y la belleza que dan sabor á la miel espiritual dulcísima que borbota de un libro engendrado entre dolores, dado á la luz entre miserias, pero adornado en su verbo con todas las purezas, con todas las propiedades, con todas las precisiones, con todas las energías, flexibilidades, elegancias y armonías de que es susceptible la palabra, el idioma, la lengua que en todos los países de la tierra se llama por antono-

masia ¡lengua de Cervantes! Nunca, como leyendo las páginas de oro del libro cervantino, se da un español exacta cuenta de la singular elección de Carlyle al asegurar que, «si hubiera de elegir para su patria entre la pérdida de las Indias orientales ó el extravío de las obras de Shakespeare, optaría por la primera.» ¡Qué profunda, qué acertada elección! Al correr de los siglos sonará en el tiempo la hora en que á la Gran Bretaña, á la dominadora de los mares, se le emancipen sus colonias..... ¡También España, la señora de dos mundos, perdió las suyas!.... ¡Pero desgraciada Inglaterra el día que en las regiones indianas y en todo el globo no se leyese á Shakespeare! ¡Infeliz España el día en que sus hijos no nos sintamos orgullosos y conmovidos de que en los confines del mundo se lee *El Quijote*, porque entonces España habrá muerto con su idioma, el genio de la raza se habrá extinguido con su lengua y con su palabra! Extinguido con su palabra, porque si, según la frase de un escritor, «la palabra es la gasa sutil que vela el rostro del que nace, es también el paño negro que cubre el semblante del que muere.» ¡Vibre, vibre siempre inmortal el habla castellana, no «sobre el olvido de las ruínas ni sobre el desierto de las soledades,» sino sobre la grandeza siempre viva, como en estos momentos, de la patria!

Y ahora, para terminar, cumpliré un deber de estricta justicia, de lesa conciencia. Hay—según la frase de un eminente orador del último siglo—«hay hombres que valen más que sus libros, y libros que merecen más que sus autores.» Así sucede ciertamente en el orden normal de la vida literaria; pero en el presente caso, la frase resulta imcompleta. Incompleta, porque el autor del libro en cuyos hondos senos bullen, como en las ubérrimas profundidades del mar, todas las palpitaciones de la vida, es y tiene en su peregrinación por el mundo, exactísimo, exactísimo valer al de su libro. ¡Quién sabe si en las reconditeces de *El Quijote* no se relatan, en vez de las de Alonso Quijano el Bueno, la vida y muerte de Miguel de Cervantes el Bonísimo! *(Aplausos.)*

He dicho.

Zaragoza 8 de Mayo de 1905.

Nota. Persábame no encontrar en un legajo de notas acumuladas durante mucho tiempo, las palabras literales de las citas que atribuyo á Riccardi. A punto de hacer la tirada de este impreso, encuentro el texto tan afanosamente buscado, que dice: «*Questo non é solamente il libro piú celebre di Cervantes, ma di tutta la spagnuola letteratura; ció che fece dire á Montesquieu, che la Spagna non ha fatto che un buon libro; e noi diremo piú propriamente con Bouterwek, che di tutti i poeti spagnuoli Cervantes é il solo che appartiene al mondo intiero.*»

No me ha sido infiel del todo la memoria.

Zaragoza 14 de Mayo.

B. González y Fernández.—*Pastoril.* (Cuadro premiado en el concurso.)

ATENEO DE ZARAGOZA

ACTA

En la ciudad de Zaragoza, en la casa del Ateneo de la misma, se reunieron el día seis de Mayo del año de mil y novecientos cinco, y hora de las cuatro de la tarde, los señores: Excmo. Sr. D. Mario de la Sala Valdés, Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis; M. I. Sr. D. Florencio Jardiel, Director de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País; M. I. Sr. D. Eduardo Ibarra, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Literaria; D. Dionisio Lasuen, Director de la Escuela de Artes é Industrias; D. Ricardo Magdalena, Director de la Escuela de Artes y Oficios; D. Alberto Casañal, Presidente de la Asociación de la Prensa; D. Ramón de Sanjuán, Presidente de la Federación de Autores de Provincia; D. Gregorio García-Arista, Presidente de la Sección de Literatura de este Ateneo; D. Mariano Gómez-Guallart, Presidente de la Sección Fotográfica del mismo, y el infrascrito D. Enrique de Benito, Secretario del Ateneo, bajo la Presidencia del Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, Presidente del Ateneo de Zaragoza; todos ellos en calidad y funciones de individuos del

Jurado designado para la adjudicación de los premios del Certamen que convocó esta Sociedad con fecha de veinticinco de Febrero del corriente.

Tomando en cuenta el Jurado que de los diez estudios presentados al tema primero, dos sobresalen señaladamente sobre los demás: el uno por su erudición, correcto estilo y primoroso desenvolvimiento del problema literario que examina, y el otro por lo castizo y elegante de su forma; y que de los restantes hay tres que, por denotar, ya alteza de miras, ya trabajo constante y prolijo, ya utilidad y conocimiento del *Quijote*, merecen recompensa:

Teniendo presente que las tres obras pictóricas y la escultórica que concurren al tema segundo son inspiradas y artísticas:

D. Pastor Valsero.—*¡Viva Aragón!* (Relieve premiado en el concurso.)

Habida consideración del escaso valor de las veintisiete poesías incluídas en el tema tercero, con la excepción de dos: una sátira de fina intención y correcto metro, y otra de profundo asunto.

Tomando en cuenta que no ha concurrido ningún trabajo al tema cuarto ni al tema quinto:

Y de conformidad con la autorización de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, por la cual se capacita al Jurado para que disponga del premio que dicha Corporación señala al tema cuarto, y, en su caso, le conceda en calidad de segundo premio á algún otro estudio de los presentados al tema primero;

El Jurado acordó fallar en los términos siguientes:

1.° Se concede, por unanimidad, en el tema primero, el primer premio al

estudio que lleva por lema «Porque no son burlas las que duelen, etc.;» el segundo premio, por mayoría, al que lleva por lema «Felicidad, sueño vano, etc.;» el primer accésit, por unanimidad, al que tiene por lema «De la patria aragonesa;» el segundo accésit, por unanimidad, al que ostenta como lema «Después de tantas impresiones, etc.,» y el tercer accésit, por mayoría, al que tiene el lema «Villahermosa.»

2.° En el tema segundo se otorga, por unanimidad, el premio al cuadro que ostenta el lema «Momo;» por unanimidad, accésit al que lleva por lema «Come, Sancho amigo,» y por unanimidad también, menciones al cuadro «Pastoril» y al relieve en yeso «¡Viva Aragón!»

Sr. D. Juan José Gárate, autor del cuadro *Lavatorio de Don Quijote en casa de los Duques*, que obtuvo el primer premio de pintura.

3.° Se adjudica, por mayoría, el premio del tema tercero á la poesía que lleva por lema «Sátira,» y por unanimidad, accésit á la que lleva por lema «Todo es mentira, vanidad, locura;» y

4.° Se declaran desiertos, por no haber concurrido trabajos, los temas cuarto y quinto, y sin adjudicación el premio de este último.

El Jurado procedió á abrir las plicas de los trabajos premiados, conteniendo los nombres siguientes:

Tema primero.—Primer premio, D. Tomás Ximénez de Embún, de Zaragoza; segundo premio, D. Juan Marín del Campo, de Mora de Toledo; primer accésit, D. José Fernández Bremón, de Madrid; segundo accésit, Don Mariano Escar, de Zaragoza, y tercer accésit, D. Ezequiel Solana y Remírez, de Madrid.

Tema segundo.—Premio, D. Juan José Gárate, de Zaragoza; accésit, Don A. Díaz Domínguez, de Zaragoza; menciones, D. Baltasar González y Fernández, de Borja, y D. Dionisio Pastor Valsero, de Sevilla.

Tema tercero.—Premio, D. José Rodao, de Segovia; accésit, D. Emilio Sánchez Vera, de Madrid.

Las treinta plicas restantes, sin abrirlas, fueron destruídas por mí el Secretario ante el Jurado.

Con lo cual, y sin otros asuntos que tratar, á las seis y media se levantó la sesión, de que yo el infrascrito Secretario certifico.—(Fecha *ut supra.*)—*El Secretario del Jurado,* ENRIQUE DE BENITO.—V.° B.°—*El Presidente del Jurado,* MARIANO PANO.

Sr. D. Dionisio Pastor Valsero,
autor del relieve premiado.

Sr. D. José Rodao.

Á CERVANTES

SATIRA

(PRIMER PREMIO)

Escúchame y perdona si, atrevido,
celebrando el glorioso Centenario,
lo mismo que otros muchos he venido
á echar mi cuarto á espadas... literario.
Ensalzar tu *Quijote* pretendía,
y como reverencio
tu memoria, temblando me decía:
—Para honrarle mejor, mejor sería
ofrecerle el tributo del silencio.
Así para las letras no hay ultraje;
mas... si todos callamos,
¿dónde está el homenaje, ese homenaje
que desde hace año y medio preparamos?
No ha dado más de sí nuestra mollera:
es el patrón de alegres expansiones
al que suele ajustarse España entera,
cuando inaugura alguna carretera
ó festeja algún triunfo de elecciones...
Pero así goza el público inocente...
Déjale, pues, que chille y alborote,
y perdona indulgente
—¡oh autor incomparable del *Quijote!*—
si hoy remuevo con ripios tus cenizas,
haciendo al arte y al idioma trizas.

Otros quizás, con intención menguada,
honrarán tu memoria,
sacando á la colada
todos los trapos sucios de tu historia.
¡El mal no tiene cura,
porque es aquí procedimiento añejo
glorificar al que llegó á la altura...
arrancándole tiras de pellejo!

Yo intentaba elogiarte, y no concibo
que en el sonoro idioma castellano
logre nadie encontrar un adjetivo
digno de tu talento soberano.
¡Cómo elogiar tu libro meritorio!
El intentarlo sólo es irrisorio,
donde la necia adulación no acaba...
¡Si aquí hasta el adjetivo laudatorio
ha *perdido el sentido* que encerraba!
Hoy se emplea el insigne, el eminente,
el grande, el colosal y el prodigioso
como cosa corriente,
y llamamos insigne, y aun famoso
y aguerrido y valiente,
al necio afeminado que no alcanza

Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid

C. López Biera. — El Príncipe de Viana se rinde á su hermano el Duque de Villahermosa en la batalla de Aybar.

(Imitación á tapiz para decorar el Palacio de Palacios.)

Sr. D. José Redao.

Á CERVANTES

SATIRA

(PRIMER PREMIO)

Escúchame y perdona si, atrevido,
celebrando el glorioso Centenario,
lo mismo que otros muchos he venido
á echar mi cuarto á espadas... literario.
Ensalzar tu *Quijote* pretendía,
y como reverencio
tu memoria, temblando me decía:
—Para honrarle mejor, mejor sería
ofrecerle el tributo del silencio.
Ni para las injurias no hay ultraje;
pues... si todos callamos,
¿dónde está el homenaje, ese homenaje
que desde hace año y medio preparamos?
No ha dado más de sí nuestra mollera:
es el patrón de alegres expansiones
el que sirve obsequiarse España entera,
cuando inaugura alguna carretera
ó festeja algún triunfo de elecciones...
Pero así grita el público inocente...
Déjale, pues, que chille y alborote,
y perdona indulgente
¡oh autor incomparable del *Quijote!*—
Otros quizás, con intención mezquina,
honrarán tu memoria,
sacando á la colada
todos los trapos sucios de tu historia.
¡El mal no tiene cura,
porque es aquí procedimiento añejo
glorificar al que llegó á la altura...
arrancándole tiras de pellejo!

Yo intentaba elogiarte, y no concibo
que en el sonoro idioma castellano
logre nadie encontrar un adjetivo
digno de tu talento soberano.
¡Cómo elogiar tu libro meritorio!
El intentarlo sólo es irrisorio,
donde la necia adulación no acaba...
¡Si aquí hasta el adjetivo laudatorio
ha *perdido el sentido* que encerraba!
Hoy se emplea el insigne, el eminente,
el grande, el colosal y el prodigioso
como cosa corriente,
y llamamos insigne, y aun famoso
y aguerrido y valiente,
al necio afeminado que no alcanza

Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

C. López Biera. — El Príncipe de Viana se rinde á su hermano el Duque de Villahermosa en la batalla de Aybar.

(Imitación á tapiz para decorar el Palacio de Pedrola.)

ni á tener el valor de un Sancho Panza.
¿Ilustre? Es un elogio tan gastado,
que no es para tu nombre justo premio.
Ilustre se ha llamado
á más de un periodista adocenado:
lo sé de buena tinta... ¡Soy del gremio!
¿Qué te voy á llamar? ¿Esclarecido?
Eso llama la gente á cada instante
á más de algún imbécil que ha sabido
ocultar lo que tiene de ignorante,
mirando á todos con desdén profundo,
hablando poco, simulando ciencia
y opinando ante el mundo
con gestos de suprema displicencia...
No hay elogios bastantes
á marcar de tu gloria los destellos;
pero entre las palabras más brillantes,
hay una que condensa todos ellos;
hay una nada más; una: ¡CERVANTES!

De tu libro esmaltado de primores
hoy habla todo el mundo enloquecido,
y elogian sus tendencias escritores...
que nunca le han leído;
porque esta sociedad—donde germina
lo insubstancial de tantas pequeñeces—
nunca sus juicios pesa y examina:
aplaude por contagio muchas veces,
y censura otras muchas por rutina.
Por eso no te extrañe si entre el coro
de elogios que tu libro ha merecido,
buscando el oropel en donde hay oro,
habla alguno en desdoro
de lo que el mundo admira convencido.
¡Se trata de unos cuantos efectistas:
es la crítica audaz, de errores llena,
que ejercen esos chicos modernistas
que tienen todo el jugo en la melena!
Tu libro está elogiado
al recordar sus muchas ediciones,
aquí donde han lanzado
á la publicidad doctos varones
hasta libros de texto sorprendentes,
que encontraron después la venta escasa,
pues sólo los buscaron diligentes
tres ó cuatro parientes
de esos autores... para andar por casa;
libros que han perecido
en el profundo seno del olvido,
porque ninguna idea difundieron;
que no encerraban nada extraordinario;
que después de Real orden se adquirieron
y siguen entre el polvo su calvario:
¡pues de esos hay millares
en muchas bibliotecas populares!
Un acto digno de tu gran figura
hubiera sido amontonar un día,
en nombre del progreso y la cultura,
los libros con que el arte se extravía
y quemarlos después, para escarmiento
de autores sin cultura y sin talento.
¡Y se quiere ofrecerte un homenaje!
¡Qué más tributo que las obras esas,
escarnio del buen gusto y del lenguaje,
elevándose al aire hechas pavesas!

No es fácil que podamos comprenderte,
ni continuar tus rumbos en el arte.
¡Si muchos no sabemos ni aun leerte,
cómo hemos de imitarte!
Si hay quien gozoso tu *Quijote* aclama,
de ignorante adquiriendo justa fama,
porque piensa el muy zote
que al decir *Don Quijote*, es que se llama
el autor de tu libro Don Quijote.
Si hay quien, juzgando con vulgar criterio,
se admira de que gentes ilustradas
den importancia á un libro que no es serio
y que hasta hace reir á carcajadas...
¡Y es que hay intelectuales
en esta pobre España decadente,
que blasonan de serios y formales
y lo son... como el rucio únicamente.
Perdona mi lenguaje rudo y franco
al hablar de tus páginas brillantes;
pero, en fin, he salido del atranco.
Ya ves que nada tengo de Cervantes...
¡Ni siquiera soy manco!

JOSÉ RODAO.

Sr. D. Emilio Sánchez Vera.

DON QUIJOTE Y DULCINEA

(ACCÉSIT)

Amanece; la luz de la alborada
ilumina con pálidos reflejos,
de oro y grana y azul, la dilatada
llanura de la Mancha. Allá, á lo lejos,
agitando incesante
sus desmedidas aspas, se alza escueta
de un molino de viento la silueta
semejando fantástico gigante.

Por árido sendero,
jinete en un rocín flaco y cansado,
avanza lentamente un caballero.
No luce arnés de acero repujado
ni airón de plumas, ni dorada espuela,
ni ancho tahalí bordado,
ni heráldico blasón en la rodela.

Mohosa la armadura,
embotados los filos de la espada,
vieja la adarga, rota la celada,
es tal su catadura,
que el mismo Sancho Panza, su escudero,
le llama, con razón, «El caballero
de la Triste Figura.»

¿Quién es? Un viejo hidalgo generoso
que concibe, arrogante y valeroso,
el designio arriesgado,
propio sólo de andantes caballeros,
de proclamar y mantener osado
de la Justicia y la Razón los fueros.

Y al verle abandonar de aquella suerte
el sosiego y regalo de su hacienda
para luchar, en desigual contienda,
en defensa del débil contra el fuerte,
del pobre contra el rico codicioso,
del huérfano y la viuda
contra el tirano altivo y orgulloso,
en vez de ir todos á prestarle ayuda
realizando las gentes ilustradas
la cruzada social por la Justicia
con que sueñan las almas elevadas,
los vecinos sonríen con malicia
y el bachiller y el cura y el barbero
proclaman á la faz del mundo entero
del loco Don Quijote la estulticia.

¿Loco? Sí tal: con la loçura hermosa

que al soldado de honor el pecho inflama
cuando acude á luchar en lid honrosa
por su Dios, por su Patria ó por su dama.

La fiebre misteriosa
que al mártir da valor y al genio inspira;
la que agiganta la razón del hombre
y hace que un día al universo asombre
con su voz, con su espada ó con su lira.
¡La que eleva y sublima la conciencia,
la que dicta sus grandes adelantos
á la Industria y al Arte y á la Ciencia;
la que engendra los héroes y los santos;
la que escribe sus páginas de gloria
en el libro inmortal de nuestra Historia!

Homérica, sonora carcajada,
por cien generaciones repetida
y á través de los siglos escuchada,
acoge la leyenda divertida,
del valeroso caballero andante
que, sujeto del hado á los rigores,
ya sucumbe á los golpes de un gigante,
ya al mágico poder de encantadores,
y ora molido «á coces» por jayanes,
ora «aporreado» en ventas encantadas,
sufre, al par que los palos y pedradas,
las burlas de mozuelas y rufianes...

... Mas nunca desfallece Don Quijote:
cuando golpeado por la ruda mano
de un arriero brutal ó un vil galeote
maltrecho yace, en su cerebro insano
surge consoladora
una imagen brillante que parece
que, con encantos de hada bienhechora,
su espíritu reanima y fortalece.

Es Dulcinea, la mujer amada,
la princesa encantada
en quien osó pener su pensamiento;
la que enciende la llama
del entusiasmo que su pecho inflama;
la que le infunde vigoroso aliento
para escalar el templo de la Fama.

Ella es su norte y guía;
por ella corre en pos de la victoria;
por ella lucha audaz; para ella ansía
los laureles y palmas de la gloria.
Ardiente paladín de su belleza,
proclama por doquier su gentileza
y llega hasta querer, en su locura,
que en todas partes confesada sea
la suprema hermosura
de la sin par princesa Dulcinea.

¡Y él no la vió jamás! Su fantasía
la forjó del delirio en la inconsciencia
una noche de insomnio y de demencia
en que la sangre en el cerebro hervía.

Su imagen peregrina
grabó en el corazón y en la retina,
y á fuerza de evocarla en la memoria
y de soñar con ella á todas horas,
la figura quimérica é ilusoria,
esfumada entre sombras incoloras,
fué precisando líneas poco á poco
y matizó su luz indefinida
y adquirió en el espíritu del loco
la realidad sensible de la vida.

Y él se hace la ilusión, cuando la nombra,
de que la ve lozana y arrogante
y no formada de impalpable sombra,
sino de carne tibia y palpitante.

Es tan ciego el amor que la profesa,
que en vano Sancho Panza,
cuando la oye llamar «gentil princesa,»
sus burlas de gañán contra ella lanza,
y aun la ve una mañana
trocada en zafia y rústica aldeana...
¡Bellaquerías propias de escudero!
¡Sortilegios tal vez de encantadores!
¡Todo menos dudar un caballero
de la dama en quien cifra sus amores!

... Y cuando llega un día
en que, roto el secreto del encanto,
ve á la soñada imagen que amó tanto

despojada de toda poesía,
siente que se derrumba, silencioso,
el alcázar fantástico forjado
en un sueño de amor grande y hermoso
de su espíritu noble y elevado.
¿Para qué luchar más? Ya se ha extinguido
el faro que alumbraba su camino;
ya la fe y la esperanza se han perdido;
ya es la hora de morir: está cumplido
el término fatal de su destino.
Pliega el alma sus alas misteriosas,
desalentada se desploma inerte,
y, rodando entre sombras silenciosas,
va á perderse en el seno de la muerte.
. . . . . .
. . . . . .

¿Qué es la humana existencia
si un ideal sublime no la guía
hacia un progreso eterno? ¿Qué sería
sin la ilusión del Arte y de la Ciencia?
En la tierra el amor sólo es fecundo;
caballeros andantes de una idea,
de ella en pos caminamos por el mundo
y ¡ay de aquél que del alma en lo profundo
no adora á una encantada Dulcinea!
Princesa imaginaria, cuyo nombre
simboliza las nobles ilusiones
que son eterna aspiración del hombre:
ella eleva y da fe á los corazones,
y es quien al genio inspira,
y le arranca al pintor, como al poeta,
maravillas de luz de la paleta,
raudales de armonía de la lira.

Dulcinea es la *fe* que al héroe alienta,
la *gloria* porque muere el valeroso,
la *idea* que el artista representa,
el *problema* que el sabio estudia ansioso,
la *utopia* que el político imagina,
la *verdad* que el filósofo rastrea,
la *cósmica armonía* que adivina
el astrónomo... ¡siempre Dulcinea!
¡Siempre ella conduciendo al fiel amante
por la región del Arte y la Poesía,
como Beatriz al Dante
por los espacios celestiales guía!
. . . . . .
. . . . . .

Caballeros andantes de una idea,
de ella en pos caminamos por el mundo
y ¡ay de aquél que del alma en lo profundo
no adora á una encantada Dulcinea!...

EMILIO SÁNCHEZ VERA.

EL SOLDADO

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

DISCURSO LEÍDO POR SU AUTOR

EXCMO. SR. D. HONORATO DE LA SALETA

«Es la Vega de Pedrola
Lo mejor de Aragón.»

(EL CAPITÁN GENERAL CONDE DE CHESTE.)

EXCMA. SEÑORA.—EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES, SEÑORAS Y SEÑORES:

Excmo. Sr. D. Honorato de la Saleta, General del Real Cuerpo de Ingenieros.

Titúlase *Cervantes* una bellísima joya literaria, primorosamente labrada por el ilustre Académico de la Real Española D. José de Castro y Serrano. Fórmanla 60 páginas en 12.°, pulidamente estampadas por Antonio Marzo, de Madrid, en Abril de 1904, cuyas páginas son otros tantos diamantes rosa que el autor ilustre é ingenioso de *La Novela del Egipto* y de las *Cartas transcendentales del Matrimonio* dedica al autor inmortal del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Honrado el que os dirige la palabra con la representación del Excmo. Sr. General del 5.° Cuerpo de Ejército, elige de los mencionados diamantes el que se refiere á la heróica conducta observada por el soldado Miguel de Cervantes Saavedra en la galera de Lepanto, cuando herido en el pecho y *mancado de la izquierda*, como dice la información, contesta á los que le impulsan á recogerse en la cámara de la nave:

¿Qué dirían de mí si no hago lo que debo? Mejor quiero morir peleando por Dios y por mi Rey, que no meterme so cubierta á reparar mis daños.

Es decir, que el Manco de Lepanto anteponía á su propia vida el amor á Dios y á la Patria, personificada ésta en su Rey.

Veamos ahora la filiación ú hoja de servicios de Miguel de Cervantes Saavedra:

Sentó plaza de soldado á los veinticuatro años de edad en los famosos Tercios españoles, precisamente cuando el Rey de España D. Felipe II *el Prudente* había corrido en auxilio del Papa y de la cristiandad contra el Sultán de Turquía Solimán II. El Capitán de Cervantes era muy valeroso y se llamaba Diego de Urbina, y el Maestre de Campo de su Tercio se apellidaba Moncada, famoso por sus hazañas; así es que se debían esperar grandes hechos cuando fué nombrado General de mar y tierra el celebérrimo Don Juan de Austria, hermano natural del Rey y vencedor de los moriscos de Granada. D. Juan se aprestó con la celeridad del rayo y voló á organizar su escuadra, obligando al turco á batirse en las aguas del golfo de Lepanto el día 7 de Octubre del año 1571.

Nuestro soldado gemía en la galera *Marquesa*, postrado por unas calenturas que le dispensaban de todo servicio; pero apenas supo que se iba á entrar en combate, levantóse precipitado y corrió á su puesto, á pesar de que su Capitán le aconsejó se estuviera quedo en la cámara de la galera, solicitando Cervantes con las mayores instancias le colocase en el sitio de más peligro, y así lo hizo D. Diego de Urbina, destinándole á la cabeza de doce soldados en el lugar del esquife, desde donde rechazó hasta el fin las arremetidas de los turcos, recibiendo dos balazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que le quedó estropeada, hasta el punto de no poder valerse más de ella.

Concluído tan sangriento combate con la más gloriosa victoria para los españoles y aliados del Papa San Pío V, Cervantes tuvo que ingresar en el hospital de Messina para curarse de sus tres heridas, agravadas por efecto de sus otros males. La curación fué larga, pero con el consuelo de verse atendido por su valiente é ilustre General D. Juan de Austria, que era tan terrible en el combate con sus enemigos, como benévolo y amoroso para sus soldados; de suerte que hizo el debido aprecio de los merecimientos de Cervantes, socorriéndole varias veces y concediéndole tres escudos al mes cuando volvió al servicio.

Incorporado Cervantes, en Abril de 1572, en el Tercio del renombrado Maestre de Campo D. Lope de Figueroa (el mismo del *Alcalde de Zalamea*, inmortalizado por D. Pedro Calderón de la Barca), asistió á la jornada de Levante y á la empresa de Navarino, «haciendo temblar la tierra con su mosquete en la posesión del Fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez en Africa, y pasando después de guarnición al Genovesado, Cerdeña, Nápoles y Sicilia, á las órdenes del Duque de Sessa, siendo en todas partes un modelo de valor y subordinación.

Cuando hubo obtenido su licencia y muchas cartas de recomendación del Generalísimo D. Juan de Austria y del Duque de Sessa para el Rey y los Ministros de S. M. C., salió de Nápoles en la galera *El Sol*, en compañía de

su hermano Rodrigo de Cervantes y del General de Artillería Pedro Díez Carrillo de Quesada; cuya galera fué apresada por la goleta que mandaba el griego renegado Dali-Mami, quien condujo á Cervantes á la cautividad de Argel, tocando en suerte al mismo Arráez, que le calificó de persona principal por el agradable aspecto que ofrecía; por el respeto que, no obstante sus juveniles años, le manifestaban sus compañeros de desgracia, y, sobre todo, por las encarecidas cartas de recomendación que le encontró de sus ilustres Generales; lo cual hizo creer al Arráez que podría obtener un fuerte rescate.

Prescindiendo ahora del penoso cautiverio y de las intentonas realizadas por el ingenio asombroso de Cervantes en Argel, debo hacer constar que aumentó considerablemente sus servicios militares con los prestados en las tres campañas de 1581 á 1583 á las órdenes del peritísimo General Almirante Don Alvaro III de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz (1).

El amor de Cervantes á la carrera militar queda demostrado, de modo admirable é imperecedero, en su discretísimo «discurso de las armas y las letras,» que ocupa el cap. XXXVIII de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y que es un verdadero informe ó alegato de méritos y servicios de un valiente militar y de un esclarecido escritor.

En los diez y ocho capítulos, XXX al LVII, de la segunda parte del mismo *Quijote*, Cervantes revela claramente que conoció el reino de Aragón y al nobilísimo prócer Duque de Villahermosa, titulado por el Rey D. Felipe II «el filósofo aragonés,» y que se llamó D. Martín de Gurrea y Aragón, nacido en 1526 y fallecido en 1581; de suerte que Cervantes, cuya vida se halla comprendida entre los años de 1547 á 1616, debió de enterarse, en los treinta y cuatro años en que vivió á la par el Duque y señor de Pedrola, de las circunstancias del noble literato y de la venerable Duquesa Doña Luisa de Borja y Aragón, hermana del Santo Virrey de Cataluña, Duque de Gandía y Marqués de Lombay, y de su nieta la Duquesa Doña María Luisa de Aragón y Werstein, heredera del Ducado en 1592, dama menina de la Reina Doña Margarita de Austria, y casada, en 6 de Abril de 1610, con su primo segundo D. Carlos de Borja y Aragón, Conde de Ficalho, del Consejo de Estado y Presidente del Consejo de Portugal. La joven y bella Duquesa, hija del perseguido Duque D. Fernando y de la Duquesa Doña Juana de Werstein, dama de la Emperatriz Doña María, hermana del Rey D. Felipe II, á cuyas bodas, en Zaragoza, asistió San Luis Gonzaga, heredero del

(1) Es digno de aplauso el estudio publicado en *La Vida Marítima* por el Excmo. Señor Capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro, dignísimo Secretario de la Real Academia de la Historia. Mes de Mayo de 1905.

Marquesado de Castellón, bien pudo ser la *bella cazadora* de Cervantes, *digna señora de la hermosura universal, princesa de la cortesía*, conforme la tituló Don Quijote en su discreto saludo, modelo de la exquisita urbanidad que es peculiar del carácter español en toda su pureza.

Al terminar este breve estudio de Cervantes y de su obra inmortal, no puedo prescindir de mi profesión militar, ni de la representación honrosísima que aquí traigo del 5.° Cuerpo de Ejército, cuya capital es la del antiguo reino de Aragón; así es que aplicando la bella máxima de que «lo cortés no quita lo valiente,» después de pediros un aplauso para el autor incomparable del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* cuyas páginas fueron estampadas en España y en otras muchas naciones é idiomas de todas partes de la tierra, unas 700 veces, á partir de la edición hecha en Madrid por Juan de la Cuesta en el año de 1605, os pido también otro aplauso para la actual Duquesa de Villahermosa, hija y heredera del Duque D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, Conde-Duque de Luna y Académico de la Real Española, en cuyo discurso de recepción se ocupó de la vida y estudios de los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, honor y gloria ambos de la noble ciudad aragonesa de Barbastro, y «los últimos defensores de la pureza clásica y de la austera corrección de la lengua castellana (1).»

Tan esclarecida señora ha sabido honrar el regio escudo de la antigua Casa Real de Aragón y de todos sus progenitores, á partir del primer Duque D. Alfonso, hijo del Rey D. Juan II y hermano de Fernando *el Católico*, el vencedor en el Castillo de Burgos y en Zamora y en Monte la Reina, donde ganó á los portugueses la diadema de Castilla para la Soberana de dos mundos, y murió en la épica guerra de Granada, honrando á quien supo inmortalizar el Palacio de los Duques en tierra aragonesa, tan conocida en todo el universo por las letras de Cervantes, como lo fué, antes y después, por las armas de sus almogávares y de sus dignos nietos los defensores de Zaragoza, la Ciudad Siempre Heróica, en cuyos inmortales Sitios de 1808 y 1809 fueron ayudantes del General Palafox el abuelo de la Duquesa, el joven é intrépido Duque D. José Antonio de Villahermosa, y su hermano D. Juan Pablo de Aragón Azlor Pignatelli Gonzaga, quien murió en el segundo Sitio por nuestra

(1) «Trabajo de erudición sazonada, de sólido criterio, de modesta elegancia, con investigaciones y juicios propios que acreditan, no sólo las muchas humanidades y el depurado gusto de su autor, sino el conocimiento profundo que tenía de las cosas históricas de Aragón, y muy en especial de la vida y escritos de los dos hermanos Argensola, á quienes consideraba como timbre de su casa, y cuya memoria quiso honrar en aquel acto solemne, rindiéndoles el tributo de tan esmerada monografía.» (Prólogo del Académico D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

siempre amada Patria española, que tan insignes hijos tuvo, tiene y tendrá, mientras queramos que Dios nos rija y la Santísima Virgen del Pilar no nos abandone por nuestras faltas de fe y de amor, virtudes que debemos de conservar y desarrollar á toda costa, juntamente con la laboriosidad que tanto necesitamos para hacernos dignos de la protección divina.

Zaragoza 7 de Mayo de 1905.

MISIÓN SOCIOLÓGICA DEL «QUIJOTE»

DISCURSO

LEÍDO POR EL

DR. D. FEDERICO SCHWARTZ Y LUNA

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras

EN LA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

EXCMO. SR.:

SEÑORAS, SEÑORES:

Cualidad inherente á todas las obras bellas, ora sean hijas de la pródiga Naturaleza, ora de la actividad artística del hombre, es despertar en el ánimo de las generaciones que las contemplan en conjunto, y que las estudian en sus variados y múltiples detalles, el vivo deseo de penetrar hasta lo más íntimo de su esencia en busca, sin duda, de la misteriosa ley que las determina ó de nuevos motivos de belleza que acrecienten y avaloren, si cabe, la admiración y la sorpresa que producen.

Esta tendencia impulsiva que se manifiesta en el humano espíritu, no es hija tan sólo de su abrasadora sed de verdad, de bondad y de belleza, sino que debe también su origen á su ávida curiosidad y á un cierto orgullo por abarcar en su conjunto aquello que, sólo en parte, le ha sido concedido comprender.

No le basta al hombre la contemplación de la abrupta cordillera, cuyas elevadas cimas se pierden entre las nubes: ha de escalarla, y aun á trueque de grandes dificultades y de inminentes peligros, ha de llegar hasta donde pie humano no haya posado su planta; ha de recorrer, paso á paso, las múltiples revueltas, las misteriosas encrucijadas, los sombríos rincones de la gruta en que penetra; ha de palpar sus basálticas columnas, ha de contar sus estalactitas, ha de sondear sus más profundos abismos.

Y si esto ocurre con las obras de la Naturaleza, ¿qué no acontecerá con las

producciones artísticas del hombre, más dispuestas de sí al examen y á la crítica? Y dentro de esta esfera, ¿qué suerte no cabrá á las obras literarias, á su vez mucho más asequibles á los embates de uno y de otra?

No es de extrañar, pues, que al fijar los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones sus miradas en el *Quijote*, la inmortal producción de Cervantes, no se hayan contentado con saborear las mil y mil bellezas que atesora en sus páginas, saciando su sed en el inagotable manantial que brota en ellas por doquier, y limitándose á ver el objetivo claro y preciso que persigue, y hayan buscado en ella esa ley de vida, ese algo misterioso, desconocido.

En esta disposición de espíritu, se han sostenido las más variadas opiniones: desde los que han creído ver en el *Quijote* la embozada sátira contra determinadas personalidades enemigas de su ilustre autor, ó contra otras que figuraban á la cabeza de elevadas instituciones políticas ó religiosas, y desde los que sustentan que los dos principales actores de este hermoso drama representan respectivamente la aristocracia y el pueblo de la época, hasta los que, tomando puntos de mira más altos, ven en él la más genuína representación de la lucha entre lo ideal y lo real, y hasta la más filosófica y transcendental pintura de la humanidad entera.

Como toda obra bella, además, ofrece múltiples aspectos de contemplación y se presta á tantas bizarras concepciones de la inteligencia, que no han faltado quienes la han colocado al frente de nuestros poemas épicos, ó han cantado las excelencias de los conocimientos desplegados en ella, en el orden médico, en el geográfico, en la jurisprudencia, en el arte y en muchas otras manifestaciones del genio, que sólo ponen de relieve el inmenso valor que atesora la eximia creación de Cervantes.

Claro y preciso es, sin embargo, su propósito, expuesto por él en varias ocasiones; pero más terminantemente en el último párrafo de la segunda parte de su obra, en que dice: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando y han de caer del todo, sin duda alguna.»

Plenamente convencidos de que éste fué el único móvil artístico de la genial obra de Cervantes, no hemos de buscar en ella ningún otro propósito, ni finalidad consciente por parte de su autor; pero repitiendo, con el más eximio de nuestros dramaturgos contemporáneos, las frases que pone en boca del protagonista de uno de sus más conocidos dramas: «¡Extraño libro, libro sublime! ¡Cuántos problemas puso Cervantes en tí, quizá sin saberlo!....» nos atrevemos á afirmar que estaba reservada á obra tan grande una misión sociológica más alta, más práctica á la vez y de una mayor importancia y transcendencia para la humanidad.

Las obras humanas en general, y con mayor motivo las literarias, á más de la finalidad que se proponen, tienen en muchas ocasiones consecuencias, toman direcciones, alcanzan objetivos que estuvieron muy lejos del ánimo de sus autores. A buen seguro que ni el insigne Gœthe pudo imaginar que su melancólico *Werther* indujese al suicidio; ni el gran Schiller que su famoso drama *Los Bandidos* llevase á los jóvenes alemanes de su época á emprender la vida aventurera de sus protagonistas; ni el entusiasta Rouget de l'Isle pudo prever que sería conducido al cadalso al compás de las robustas notas de su patriótico himno.

Y esto es lo que, en nuestro sentir, ocurre con el *Quijote:* que á más de su propósito claro y tangible, exclusivamente literario, tuvo una elevada misión de carácter sociológico, que es la que nos proponemos esbozar.

Mas antes de hacerlo, antes de entrar en el examen de esta misión social, veamos en qué consistió el gigantesco cuan fantástico edificio, objeto de su demoledora sátira y por ella aniquilado.

¿Qué fué la Caballería? ¿Qué fué la literatura caballeresca, y en qué consistieron especialmente los libros de *Caballerías?*

Fué la Caballería una especie de libre asociación de la aristocracia de la Edad Media, creada y sostenida al impulso de la religión y de las nobles y grandes ideas del honor, del amor y de la fidelidad, para mantener los fueros del derecho y de la justicia, combatiendo hasta la muerte por la fe, por el rey y por la patria, y en defensa de la mujer, de los huérfanos y de los desvalidos.

El ideal religioso de la *Caballería* fué Dios; pero no un dios menguado y fantástico como los dioses del paganismo, sino un Dios personal, vivo, omnipotente, creador de los cielos y tierra, que descendió hasta este suelo para purificar nuestras almas del pecado y mostrarles el camino de la eterna felicidad, naciendo, viviendo y muriendo como el último de los hombres y dejando indeleblemente impreso en su corazón el amor divino y la fe: dulce bálsamo aquél que aminora las amarguras de la vida, firme sostén la última cuando va á sucumbir bajo el peso de las adversidades.

Constituye á su vez el ideal profano de la *Caballería* aquel espíritu nacido del conocimiento de la libre personalidad humana; espíritu complejo que abarca, como hemos dicho, las tres ideas del honor, del amor y de la fidelidad.

El honor, que lleva al hombre á realizar los actos más arrojados, no para dar pábulo á su temeridad, sino para realzar su dignidad y buen nombre; el honor, que no nace de causas brutales, sino de motivos justos y legítimos, y que contribuye á aumentar la autoridad y prestigio de la humana personalidad; el honor, que, como dice un ilustre publicista, «basta apelar á él para

que las manos caigan, se apaguen los ojos y rebramando vuelvan las pasiones á encerrarse en el corazón.»

El amor, esa pasión sublime que tanto influjo tiene en el desenvolvimiento de la humana existencia; esa pasión que no es producto de apetitos carnales ni de lascivos deseos, sino que nacida desde el momento en que se ennoblece á la mujer, arrancándola del fango en que yacía en los tiempos antiguos, aspira á unir en indisolubles lazos dos almas creadas para vivir juntas en la tierra. No es el amor de Fedra, de Dido, de Elena, de Clitemnestra: es el amor de Laura, hermosa concepción del Petrarca; es el amor de Beatriz, místico ensueño del insigne vate florentino; es el amor de Leonor, ideal amada del divino Herrera; es el amor de Teresa, gentil inspiradora de las bellas esperanzas de Ausias March.

La fidelidad, condición precisa del amor y del honor, débil reflejo humano de la permanencia y estabilidad de las leyes divinas en la tierra, condición excelsa y admirable que ora lleva al Cid, el popular héroe castellano, enemistado con su Rey, desterrado por él de su patria, arrancado de los brazos de su esposa, á ofrecerle Valencia, la más preciada joya de sus conquistas; ora alienta el heroísmo de Guzmán el Bueno é impulsa su mano á lanzar al campo enemigo acerado puñal para segar la garganta de su hijo en la defensa de Tarifa; ora lleva á la muerte al ilustre prócer D. Pedro González de Mendoza al ceder el caballo á su Rey, para salvarle, en la sangrienta jornada de Aljubarrota.

Estas ideas no se conservaron, sin embargo, en la racional tesitura que debiera caracterizarlas, y el honor degeneró en fanfarronería, el amor en devaneos, para los que no hubo nada sagrado, ni aun la santidad dél matrimonio, y la fidelidad en mentida humillación hacia la mujer deseada y en vil servilismo hacia el superior jerárquico. Y los caballeros, por su parte, y en consonancia con tales exageraciones, no sólo no llenaron el noble cometido que se habían impuesto, sino que, hasta olvidando el respeto que la religión les debía infundir, mezclando á sabiendas lo humano con lo divino, dando rienda suelta á las pasiones de su corazón y confiando tan sólo en el poder de su brazo, se convirtieron en otros tantos destructores de la paz de las familias, en tiranos de los individuos y en rebeldes perpetuos contra sus Monarcas, desnaturalizando así la noble y generosa institución de la *Caballería*.

Y si á este bastardeamiento de tan puras ideas agregamos aquel sedimento de tradiciones mitológicas, de prejuicios y supercherías paganas que encontraron en Europa los pueblos germánico-eslavos, sumadas á las supersticiones de todo género y á las fantásticas creaciones que ellos á su vez aportaron á la cultura de la época, acrecentadas con los delirios y las elucubraciones de la cábala, de la astrología y de la alquimia, se comprenderá aquel abiga-

rrado y extravagante conjunto de hadas, náyades, driadas, gigantes, ogros, magos, hechiceros, influjo de los astros, filtros, hechizos, bebedizos, conjuros, tierras fantásticas, islas y lagos encantados, grutas y abismos poblados de vestiglos, palacios maravillosos de oro y plata y piedras preciosas, serpientes de fuego, dragones alados, hipogrifos, aquel mundo, en fin, de seres tan raros, tan sobrenaturales y tan fuera de los límites de la razón humana, que constituye la urdimbre de la literatura caballeresca y de los libros de *Caballerías*.

Las fabulosas narraciones del no menos fabuloso *Arthur*, Rey de Bretaña, y de las prodigiosas artes del encantador Merlín; los poemas referentes al *Santo Graal;* los que cantan las hazañas de *Los Caballeros de la Tabla redonda;* los que tienen por héroes á *Carlomagno* y á sus *Doce Pares,* fueron conocidos de tiempo antiguo en nuestra patria, en cuya literatura medioeval encontramos reminiscencias de todos ellos, como sucede en la *Crónica* del Rey Sabio y en los *Cantares de Gesta.*

Tradujéronse también á nuestra lengua en los siglos XIII y XIV otras obras de marcado sabor caballeresco, como *La gran conquista de Ultramar* y la *Crónica troyana,* en la primera de las cuales se contiene la *Historia del Caballero del Cisne,* que pertenece de lleno al género; la *Vida del Emperador Carles Maignes de Roma;* la de *Otas;* las leyendas de *Plécidas* y *Guillelme,* y la del caballero *Zifar,* y se compusieron el *Poema de Alexandre* y el *Libro de Apolonio,* de índole análoga.

Pero el verdadero tronco de las ficciones caballerescas en nuestra patria es el *Amadís de Gaula,* obra elogiada en todas las épocas, lo mismo por Cervantes en su DON QUIJOTE, al poner en boca del Barbero, que junto con el Cura hacen el donoso expurgo de la biblioteca del famoso héroe manchego, la afirmación de que «es el mejor de los libros que de este género se han compuesto y único en su arte,» que por Juan de Valdés en su *Diálogo de las lenguas,* Baret y todos los críticos modernos.

Inmediatamente á su publicación, y en siglos posteriores, aparecieron infinidad de imitaciones que ocasionaron una especie de fiebre literaria que se propagó á todas las clases sociales, dando lugar á que el Gobierno y las Cortes tuvieran que prohibir á mediados del siglo XVI la impresión, venta y lectura de tales libros. Siguieron, en efecto, al *Amadís, Las Sergas de Esplandián,* su hijo; *Don Florisando* y *Don Lisuarte de Grecia, Amadís de Grecia, Don Silves de la Selva* y otros. Al lado de esta dinastía apareció la de los Palmerines, iniciada con el *Palmerín de Oliva,* y en la que sobresale el *Palmerín de Inglaterra;* se tradujo el más humano y bien pensado *Tirante el Blanco,* y para que desde ningún punto de vista quedase esta manía incompleta, hubo también libros de Caballería, de carácter esencialmente religioso ó *á lo divino,* como *El Caballero Asisio* y la *Caballería celestial.*

No es de extrañar, sin embargo, esta especial dirección de las energías intelectuales de nuestra patria, conocido el carácter del pueblo español, su afición á lo novelesco y á las aventuras, y su ánimo excitado durante toda la Edad Media por la lucha nacional contra la morisma. Ni es de admirar tampoco que ni Guevara con sus *Avisos de privados,* ni Malon de Chaide con su *Conversión de la Magdalena,* ni Fr. Luis de Granada con su *Símbolo de la Fe,* lograran contener el abominable desarrollo y la nefasta tendencia del pueblo hacia tales libros, que sólo habían de quedar relegados al olvido ante el golpe de gracia que les asestara la acerba y hermosa sátira del QUIJOTE.

Triunfó realmente Cervantes en su deliberado propósito de terminar con los libros de Caballerías, ya que desde el 1617 no se publicaron en España más obras de este género; pero aun sin poner, ni por un momento, en tela de juicio la oportunidad de la publicación del QUIJOTE, ni sin atribuir á mera coincidencia histórica la desaparición de tal literatura, sino concediéndole todo el mérito, toda la importancia de resultado tan digno de loa, tenemos para nosotros que pequeña y limitada hubiera sido la victoria obtenida á haber quedado el QUIJOTE circunscrito única y exclusivamente á tal misión. ¡Menguado triunfo sería el del médico moderno que se ufanara ante la remisión del insomnio, de la cefalea ó del vértigo en un neurasténico, creyendo, al dominar el síntoma, haber vencido la enfermedad! Y los libros de Caballerías, con todas sus rarezas, con todas sus extravagancias, con todas sus monstruosas aberraciones y perniciosos extravíos, no eran ni más ni menos que un síntoma patológico, fiel reflejo del morboso estado psicológico y social de nuestra raza en la época de Cervantes.

Los ideales del Renacimiento, esa época célebre por muchos conceptos, en la que se popularizan ó realizan las grandes invenciones del papel, de la pólvora, de la brújula y de la imprenta; en la que el ilustre genovés descubre un nuevo y virgen mundo; en la que se cambian los principios políticos de los Reyes y de los pueblos; en la que la razón se rebela contra la fe, y en la que se produce un movimiento literario y artístico de verdadero esplendor, no sólo no modificaron el rumbo de los espíritus, sino que, por el contrario, vinieron á avivar la sed de aventuras, el afán de riquezas, el inmoderado anhelo del mando que caracteriza á todos los hombres de la época, pobres y ricos, nobles y plebeyos, vasallos y monarcas, impulsándoles á realizar los actos más arrojados y las más estupendas hazañas, renovando los tiempos, hechos y personajes de la andante caballería.

Al iniciarse la Edad Moderna de nuestra historia con el advenimiento de la Casa de Austria, la unidad nacional quedó hecha y sancionada, y los distintos reinos que existieron en los tiempos medioevales se fundieron en la monarquía española, que alcanzó, en sus primeros tiempos, una deslumbrante

aunque ficticia grandeza, merced á los extraordinarios hechos realizados por el fundador de aquella dinastía.

Las gloriosas campañas sostenidas lo mismo en Europa que en América; las múltiples naciones sometidas á su dominación; los reyes y emperadores encadenados al carro del triunfador; el sol iluminando constantemente los dominios españoles; el fragor de múltiples y victoriosos combates en todas las regiones y en todos los mares del mundo conocido, pruebas son de aquella grandeza que llevó á los españoles de la época á soñar con el *imperialismo*, la idea de la monarquía universal acariciada por Carlos V.

Este utópico sueño debía ser causa de grandes tristezas para nuestra patria, que en lo político veía, como dice un distinguido profesor de Historia, al César alemán cortar una por una las ramas del árbol de nuestras libertades para convertirlas en lanzas de su belicosa política, así como en el orden social veía agostarse la juventud en peligrosas y cruentas luchas, de las que no regresaba á su patria, ó si lo hacía era para volver cargada de enfermedades y de vicios; la agricultura, la industria y el comercio en una decadencia progresiva y precursora de su próxima ruína por la falta de brazos, pues los hombres de la época prefirieron enriquecerse fácilmente en América, aunque con gran exposición, á consumir su existencia en el lento y cuotidiano trabajo; y en el orden moral veía el rebajamiento de todos los caracteres y de todas las energías de los españoles, que aparecían fanáticos para disimular su indiferentismo; orgullosos, para ocultar su miseria; pendencieros, para tapar su cobardía; quisquillosos, para que no se viese su deshonor; enamorados, sin amor; puros, sin virtud; en una palabra, hipócritas en todo, y reflejando, por lo tanto, el estado general de nuestra nación, que no muchos años después debía ver á sus reyes, los más poderosos de todo el orbe, pidiendo limosna de puerta en puerta para atender á las más apremiantes necesidades del Estado.

Quedó, pues, sancionado el absolutismo monárquico: las antiguas Cortes cayeron en el olvido, inaugurándose la triste época de los validos y favoritos y de las camarillas cortesanas; exageróse el espíritu religioso, harto intranquilo, con la aparición y propagación de la Reforma; transformóse el espíritu caballeresco; fué la mujer objeto de apasionamientos, muchos de ellos ficticios ó libidinosos, y mostróse el honor exagerado en sus exigencias, hasta el punto de aventurar la vida por el acto más insignificante ó la causa más trivial.

Cervantes vivió en esta época, y le alcanzó de lleno semejante estado social, y vió los campos desiertos y yermos, exhaustas las arcas del Tesoro, las cruentas y nunca interrumpidas guerras, las frecuentes hambres, los piratas berberiscos en las costas y los bandidos enseñoreados de extensas comarcas, las tristes bascas del pueblo, y vió el orgullo y desenfreno de los nobles, en-

carnados en el tipo del *Don Juan,* de Tirso, y el dirimir de sus fútiles contiendas, y el cruzar de sus espadas, y el desgarrar de sus carnes, y exhalar el último suspiro en cualquier encrucijada bajo la imagen veneranda de Aquél que vino al mundo á traer la paz y el amor al género humano; y vió las truhanerías del matonismo triunfante en aquellos aventureros de curtido y atezado rostro, surcado de cicatrices no todas honrosas; manirrotos, envueltos en los restos que de su pasada opulencia les respetaran los azares del juego y de la crápula, de retorcidos mostachos, ancho fieltro y larga tizona, dispuestos siempre á vender sus servicios, sin reparar en su índole, al mejor postor.

Contemporáneos de Cervantes unos, predecesores inmediatos otros, fueron los Pedro Navarro, los Almagro, los Pizarro, Hernán Cortés, Duque de Alba, Marqués de Pescara, Antonio de Leyva, García de Paredes, Alvarado, Don Juan de Austria y tantos otros que reprodujeron las preclaras y portentosas hazañas de la antigua caballería andante, reflejando á la vez la mayor parte de ellos, en las alternativas más opuestas de su vida, las contradicciones y las antinomias que presenta la historia de toda nuestra raza.

Aún resonar pudiera en los oídos de Cervantes el eco del ronco son de los clarines de Pavía; aún repercutía en el corazón del católico escritor el recuerdo de las asquerosas bacanales de los lansquenetes alemanes en el saco de Roma, y de los Cardenales escarnecidos, y de los ornamentos sagrados pisoteados, y de los templos profanados, y del Pontífice prisionero, y de las preces hipócritas del César en el Escorial pidiendo á Dios su libertad. Y el cilicio del monje, y el hábito claustral, y los funerales en vida, toda la poética leyenda del acabar del primero de los Austrias, aún estaba viva, palpitante en su cerebro.

Aún se removían en el fondo de su pensamiento aquellas encrespadas olas del Océano, aquellas pequeñas naves, aquel puñado de soldados, aquellos vastos y espléndidos países, aquel épico batallar de uno contra mil, aquellos suntuosos palacios, aquellos templos de puertas de oro y de esmeraldas, aquellas fabulosas riquezas, aquellas repúblicas, príncipes y emperadores subyugados, aquella *noche triste,* aquella matanza, aquel legendario *salto,* aquel frondoso árbol y aquellas ardientes lágrimas derramadas por el Aquiles español al contemplar los yertos cuerpos de sus compañeros de armas tendidos en el campo de batalla.

Y en esta época de perdurable memoria, Cervantes publicó su *Don Quijote* con el exclusivo objeto, según él, de aniquilar los libros de *Caballerías.* ¿Quién no ha de ver en esta singular coincidencia histórica la más alta misión de esta portentosa obra de combatir, como hemos dicho, el estado morboso de nuestra raza? ¿Qué importa que Cervantes no persiguiese conscientemente tal propósito? ¿Por ventura los libros de *Caballerías* no habían llegado ya á la

última etapa de su vida por el agotamiento de sus autores? ¿Cuántas veces, además, no se repite en el *Quijote* el tema de los perniciosos y nefastos efectos de esta clase de obras?

Combatir los fatales efectos, las tristes consecuencias, el ilógico estado del pensamiento y del sentido popular de aquella época en la patria de Cervantes; el utópico idealismo, los delirios baldíos, las locuras de la enferma imaginación, los vértigos, los abatimientos, las contradicciones psicológicas y las más encontradas exageraciones, siempre fuera de la realidad de la vida, que tan funestas fueron para España, tal fué la misión sociológica que vino á cumplir el *Quijote*.

Pero así como es relativamente fácil obtener en el individuo el descenso de elevadas temperaturas, y exige, en cambio, esfuerzos sobrehumanos el vencer la causa morbosa que las determina, así el *Quijote*, vencedor del síntoma, no logró tan fausto resultado con la enfermedad que minaba la raza.

Los españoles, en efecto, continuaron animados de aquel mismo espíritu de Don Quijote, con todas sus alucinaciones, con todos sus extravíos y con todas sus vicisitudes prósperas y adversas, que dominó por completo en su vida y en su historia; y si, en pleno siglo XVIII, cambiada la situación política de nuestro pueblo con el advenimiento de la dinastía de Borbón, ilustres varones y monarcas se sintieron influídos por las tendencias del buen Sancho, y trataron de mejorar la agricultura, la industria y el comercio, de difundir la cultura, de acrecentar la población y de realzar, en fin, las fuerzas vivas de la sociedad española, pasajeros fueron, si no inútiles, sus laudables iniciativas, ahogadas casi todas en breve y relegadas al olvido para volver de nuevo al destino fatal de nuestra raza.

Y en nuestros tiempos ya, Quijotes con gloria sí, pero Quijotes, fueron nuestros abuelos, aventurando goces, hacienda y vida por su fe, por su rey y por su patria en su titánica lucha contra el conquistador de los tiempos modernos, y contra aquellas ideas cuya implantación en nuestra patria debía costar raudales de sangre durante todo un siglo.

Quijotes nuestros padres, que al vislumbrar aquella ráfaga de gloria que con profundo tacto político les dejara entrever uno de nuestros mejores gobernantes, á mediados del pasado siglo imaginaban, como donosamente dice el más popular de nuestros novelistas en el último de sus *Episodios*, que «España entraría en Marruecos por una punta y saldría por otra, no dejando moro ni títere con cabeza en todo el Imperio..... y que no debían los españoles contentarse con hacer suya toda la tierra de berberiscos, y abatir sus mezquitas, y apandar sus tesoros, sino que, al volver para acá victoriosos, debían dejarse caer, como al descuido, sobre Gibraltar, y apoderarse de la inexpugnable plaza antes que la Inglaterra pudiese traer acá sus navíos.»

Y Quijotes nosotros mismos, los hombres de media edad, cuando en días no lejanos y de triste recuerdo, empeñados en una terca lucha en que habíamos de consumir hasta el último hombre y la última moneda, creíamos ver allá, confundidas entre las brumas, en las más remotas y perdidas soledades del mar, unas naves fantasmas, tan endebles, tan mal armadas y pertrechas, cual el ingenioso hidalgo al atravesar las caldeadas llanuras de la Mancha, que iban, asegurábamos, á destrozar á sus adversarios y á salvar el rico Imperio colonial de Oriente, regresando en alas de la ilusión y del deseo, por caminos no menos ignotos y fantásticos, á renovar sus victoriosas proezas en Occidente.

Y si Sanchos hubiera..... que los hubo, prensa y hombres públicos, que trataran de desencantar á sus compatriotas trayéndoles al mundo de la realidad, la persecución, el insulto y el atropello fueron el premio de sus nobles y sinceras manifestaciones.

No se ha cumplido, pues, aún la misión social del *Quijote*, ya que la falta de sentido práctico, la tendencia fatal hacia el exagerado idealismo, la ausencia de las frías determinaciones de la razón y el predominio del corazón sobre la cabeza, han continuado siendo los determinantes de nuestra vida privada y de nuestra historia en estos mismos días, y, sin embargo, glorificamos á Cervantes y á su obra. ¡Rara antinomia! ¡Extraño contrasentido que no puede perdurar!

A vosotros, jóvenes, á vosotros me dirijo con preferencia en este instante, ya que por causas ajenas á mi voluntad me encuentro en este sitio representando inmerecidamente la Universidad de Zaragoza; á vosotros, generación nueva, libre de rancios prejuicios, aleccionada por la triste experiencia, hijos desheredados por las descabelladas empresas, los locos entusiasmos, los tercos empeños y la irreflexiva conducta de vuestros mayores; á vosotros apelo y en vosotros confío.

Hora es ya de que Cervantes logre su noble, aunque inconsciente, propósito; hora es ya de que la realidad, lo práctico, lo útil se sobreponga á los desórdenes de la exaltada fantasía, á las baldías quimeras de la loca imaginación; hora es ya de que sin echar sobre el sepulcro de Don Quijote la pesada losa del olvido, le dejemos recogerse tranquilo y sosegado en las entrañas de Sierra Morena, cabe la piedra tajada, sometido á dura penitencia por sus pasados yerros.

Hora es también de que nosotros nos vayamos con Sancho á ver nuestros terrones, á visitar nuestras viviendas y á cuidar de nuestra familia.

Veamos, sí, la composición química de nuestras tierras; favorezcamos sus naturales condiciones para el cultivo; ensayemos nuevos procedimientos; rompamos con la rutina que sobre nosotros pesa y ahoga las iniciativas más

fecundas; distribuyamos de un modo regular y aprovechemos las aguas que surcan nuestro suelo; repoblemos las cuencas de sus ríos; no consintamos que el hambre llame á nuestras puertas y constituya un conflicto, y no fiemos la lluvia sólo á rezos y plegarias; transformemos, en una palabra, el suelo que nos sostiene y el clima que nos alienta.

Acrecentemos las energías vitales de los individuos mediante una rica, pura y saludable alimentación; higiénico, ventilado y amplio hogar y saneadas urbes; aniquilemos los gérmenes nocivos de las enfermedades que les diezma; combatamos con todo nuestro esfuerzo los vicios generadores del agotamiento, de la impotencia y de la muerte; pongamos un dique á la emigración; disipemos las tinieblas de la ignorancia, más terribles que la misma muerte, y hagamos hombres fuertes, robustos, equilibrados y aptos para el trabajo en sus múltiples y variadas manifestaciones. Levantemos la raza.

Y cuando hayamos transformado el suelo, regularizado el clima y perfeccionado la raza, entonces, y sólo entonces, habrá sonado á su vez la hora de que volvamos nuestro sentir y nuestro pensar, como dice un crítico de nuestros días, «á aquel ideal, á aquella ilusión, á aquella ingenuidad, á aquella audacia, á aquella confianza en nosotros mismos, á aquella vena ensoñadora que tanto admira el pueblo inglés en nuestro Hidalgo y que tan indispensables son para la realización de todas las grandes y generosas empresas humanas, y sin las cuales los pueblos y los individuos fatalmente van á la decadencia;» y de este modo, al quedar realizada la misión sociológica del *Quijote*, habremos logrado la regeneración de nuestra querida patria española.

Zaragoza 8 de Mayo de 1905.

DISCURSO-RESUMEN

POR EL PRESIDENTE

ILMO. SR. RECTOR D. MARIANO RIPOLLÉS

Aun sin requerimientos oficiales, la Universidad Literaria de Zaragoza no podía ni debía permanecer indiferente ante el público y entusiasta homenaje con que se trataba de glorificar á Cervantes y á su imperecedero *Quijote*.

Porque en los anales de esta prestigiosa y vieja Escuela se aprende que allí donde hubo ocasión propicia para rendir pleitesía al Arte y á la Ciencia, esta Universidad se aprestó á rendirla con solicitud. Sus páginas están llenas de reseñas de fiestas de la inteligencia, de públicos y esplendorosos certámenes donde se ofrecían premios al talento que descubre la verdad y la contempla y realiza, y á la fantasía que crea la belleza y en ella se deleita y se embelesa. Allí se lee que cuando ha surgido en los fastos de la historia el nombre de los grandes y preclaros varones de España, esta Universidad se ha apresurado á reavivar y honrar su recuerdo.

Los públicos y solemnes homenajes á CERBUNA, á CALDERÓN DE LA BARCA y á CRISTÓBAL COLÓN, prueban que la Universidad de Zaragoza ahora, como lo hiciera antes, trata de conservar en el pueblo la admiración hacia sus grandes hombres. Y en cuanto á CERVANTES, había un precedente que obligaba más á remover su recuerdo. La cita es oportuna. Uno de esos certámenes, en lo antiguo celebrados, se organizó aquí, en Zaragoza, con motivo de la canonización de *San Jacinto*, en el año de 1595.

Describe el hecho el cronista JERÓNIMO MARTEL en una relación de dichas justas publicada dos años más tarde.

En ese certamen obtuvo el primer premio una glosa á la redondilla en alabanza de *San Jacinto*, enviada aquélla desde Sevilla y presentada al segundo de los asuntos propuestos.

El autor de la poesía premiada fué MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

En el fallo (escrito en verso) del Jurado calificador se decía, entre otras cosas:

«Miguel Cervantes llegó
tan diestro, que confirmó
en el certamen segundo
la opinión que le da el mundo,
y el primer premio llevó.»

Este premio consistía en tres cucharas de plata.

Ya lo veis, señores. En el año de 1905, España entera se desvive por rendir homenaje á Cervantes. Zaragoza se había adelantado en reconocer sus talentos: más de trescientos hace que se le tributó admiración y premio en gloriosa palestra intelectual. En aquella fecha no se había publicado el *Quijote;* pero aquí podemos decir como que se le había presentido premiando á su autor.

¡Poder maravilloso del genio! Ni el embate de las edades, ni el continuo sucederse de las costumbres y de las civilizaciones, ni el total olvido que suele cubrir no pocas glorias del pasado, han sido bastante poderosos ni tenido eficacia alguna contra Cervantes, y menos contra su libro sublime, que ha sido y sigue siendo el primero de los libros de pasatiempo de la Literatura universal.

Todo sucumbe; pero se conserva el Arte, hermano de la Inmortalidad.

Es tarea fácil resumir cuanto aquí se ha dicho. Todo ha sido en elogio del soldado de Lepanto, de los anales de su héroe manchego, de su influencia sociológica. Mi resumen no puede ser otro, por tanto, que el elogio debido hacia esos trabajos, fiel intérprete de los sentimientos que animan á las Corporaciones académicas. Un aplauso á los oradores y poetas, una mención especial al orador y literato que ha demostrado gallardamente cómo se hermanan las armas y las letras. Conste asimismo el reconocimiento de la Universidad al Ateneo por su valiosa cooperación.

Podrá, señores, jactarse la Grecia de su *Iliada;* podrá Roma enorgullecerse de su *Eneida;* Italia entera admirarse del Dante y de su *Divina Comedia;* Inglaterra vanagloriarse también de Milton y de su *Paraíso Perdido*..... Pero con no menos justo motivo, con razón más grande, puede España sentirse orgullosa de CERVANTES y de su *Ingenioso Hidalgo.* En otras muchas cosas nos aventajaron, sin duda, las demás naciones; pero en esto de percibir la belleza soberana y encarnada luego en la forma armoniosa de la palabra, no estamos para sentir envidia hacia las gentes de fuera.

¡Honor, pues, á CERVANTES! ¡Homenaje al *Quijote*, libro sin igual, tesoro de hermosura, arca literaria de fecundidad inagotable, crónica del corazón humano, manantial de honesto deleite, pasto y néctar sabroso de la inteligencia, imperecedera obra, en fin, donde reluce, con celeste lumbre, con destellos inextinguibles, la inspiración soberana del genio!

HE DICHO.

ADVERTENCIA.—Aunque en esta sesión no fueron leídos los trabajos en prosa premiados, se incluyen á continuación los tres de ellos que el Jurado calificador consideró más importantes.

ANTECEDENTES LITERARIOS QUE PREPARARON

Y

CAUSAS HISTÓRICAS QUE PRODUJERON

LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE» DE AVELLANEDA

POR

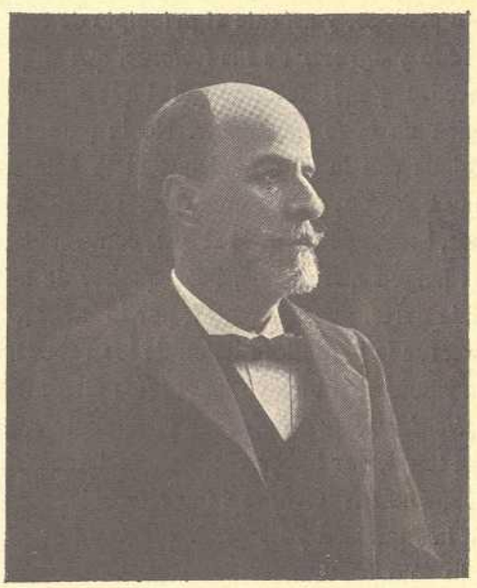
TOMÁS XIMÉNEZ DE EMBÚN Y VAL

MEMORIA PREMIADA

CON LA BANDEJA REPUJADA DE LA SEÑORA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

LEMA:

«Porque no son burlas las que duelen.,. .»



Sr. D. Tomás Ximénez de Embún.

Ninguno, entre los libros de entretenimiento, ha logrado llamar la atención de los escritores tan poderosamente como el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Los estudios que acerca de su contenido se han publicado son tantos y de índole tan diversa, que por su número y variedad no es empresa fácil tener noticia exacta, no diré de todos, pero ni aun de la mayor parte de ellos. Entre las muchas investigaciones á que ha dado lugar el examen de fábula tan peregrima, bien se puede asegurar que la que más agita en el día la curiosidad de sus lectores es la que se refiere á la solución del problema, de largo tiempo há planteado, sobre quién fué el verdadero autor del segundo tomo impreso en

Tarragona bajo el pseudónimo del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda (1).

Confundido y perplejo ante la diversidad de opiniones emitidas acerca de tan intrincado tema por autores ilustres reputados como eminencias en materia de crítica literaria, me abstuve largo tiempo de terciar en este debate, hasta que, en vista del resultado negativo del común esfuerzo, he decidido, por fin, exponer el procedimiento que estimo debe adoptarse en lo sucesivo para despejar una incógnita que tanto preocupa y que con tal afán se persigue.

Para dar principio al proceso que nos facilite el esclarecimiento de la verdad que solicitamos, importa, ante todo, tomar declaración al encubierto reo, pues de sus palabras acaso consigamos deducir el giro ó dirección de nuestra pesquisa en busca de la causa ó pretexto que armó la pluma del pseudo Avellaneda; logrando rastrear de esta suerte alguna huella segura que nos encamine al término á donde nos dirigimos. Otra cosa sería repetir el método incierto de los que hasta el presente nos han precedido, pretendiendo descubrir el secreto por leves y falaces indicios, como si poseyeran el arte mágico de la adivinación.

Comencemos por el examen del prólogo con que el supuesto Licenciado Alonso Fernández encabeza su desmazalado y adusto libelo:

«Como casi es comedia toda la Historia de Don Quijote de la Mancha, no puede ni debe ir sin prólogo, y así sale al principio de esta segunda parte de sus hazañas, este menos *cacareado y agresor de sus lectores,* que el que á su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus novelas más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron, y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una, y hablando tanto de todos, hemos de decir de él que, como soldado tan viejo en años cuanto mozo en brios, tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte, pues no podrá, por lo ménos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa licion de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa, si bien en los *medios* diferenciamos, *pues él tomó por tales el ofender á mí, y particularmente á quien* tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

No sólo he tomado por *medio* entremesar la presente comedia con las simplicidades de

(1) Segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas: Tarragona, en casa de Felipe Roberto, 1614; en 8.°

Sancho-Panza, huyendo *de ofender* á nadie ni de hacer ostentacion *de sinónomos voluntarios*, si bien supiera hacer lo segundo y mal lo primero.....»

De las palabras explícitas de esta prefación resulta, sin género alguno de duda, que Cervantes, en la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, ofendió deliberadamente al incógnito Licenciado, como asimismo á Fr. Lope Félix de Vega.

Críticos hay que suponen que el fingido Fernández de Avellaneda *pudo ser algún autor* aludido en el *Quijote* auténtico, bien en el prólogo ó ya en el capítulo XLVIII de esta obra, en el cual el Canónigo de Toledo y el Licenciado Pero Pérez, de común acuerdo, clasificaron de *conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, á todas ó las más de las comedias que se usaban* en aquellos tiempos.

Si no queremos perdernos en un mar de estériles conjeturas, es preciso ceñirnos á los datos claros y definidos que nos suministran las dos únicas obras que pueden darnos alguna luz para resolver el problema que nos ocupa. Avellaneda, según hemos visto, se muestra agraviado en la primera parte del *Quijote* por Cervantes, y concreta su acusación echándole en cara el haber tomado su fábula como *medio de ofenderle á él y á Lope de Vega.*

Partiendo, pues, de esta base segura, no podemos admitir en modo alguno que una alusión vaga, una censura literaria dirigida á varios escritores en conjunto por haber incurrido en errores ó tachas más ó menos reparables, pudiera constituir entonces (como ni tampoco podría constituir ahora) verdadera ofensa, á no ser que la censura llevara envuelta animosidad ó enemiga contra la persona del autor aludido; circunstancia que sólo ha podido apreciarse con respecto á Lope de Vega, según los estudios más detenidos que se han realizado hasta el presente.

Hay que variar, por tanto, de método de investigación; hay que indagar á toda costa el agravio inferido por Cervantes en su primera parte del *Quijote* al autor de la segunda parte apócrifa; averiguar á qué se reduce y en qué consiste la ofensa, y de esta manera quizá podamos rehacer poco á poco esta interesante cuanto obscura página de nuestra historia literaria.

Cervantes, en su *cacareado y agresivo prólogo* (1), da cabida, entre otras, á la siguiente alusiva crítica, que juzgamos no equivocarnos al señalar la obra y el autor á quienes iba dirigida:

«Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del

(1) En él se encuentran también varias alusiones agresivas á las obras de diversos autores, en especial á las de Lope de Vega.

olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un espa. ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque *sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos* que admiran á los leyentes y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la *Divina Escritura!* No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros *doctores de la Iglesia;* guardando en esto un *decoro tan ingenioso*, que en *un renglon* han juntado *un enamorado distraido* y en otro hacen un *sermoncico cristiano* que es un contento y un regalo oirle ó leelle.»

Y poco más adelante y en el mismo prólogo:

«Ni tiene que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento (1).»

¿A qué libros fabulosos y profanos alude aquí Cervantes?

Soy de parecer que estos pasajes, en tono de sátira jovial el uno y el otro de severa censura, van enderezados contra la segunda parte de la *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache,* compuesta por Mateo Luján de Sayavedra, puesto que en esa fábula profana, en esa novela, concurren todas las principales circunstancias enumeradas en los párrafos transcritos; con efecto: en ella se hallan citados, con una intemperancia de la que no hay ejemplo en obras de este género, *toda la caterva de antiguos filósofos,* razonable suma de doctores eclesiásticos, el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento,* los poetas de la clásica antigüedad, los historiadores, los juristas, todo linaje de autores, en fin, barajados en revuelta confusión, para servir de glosa y comentario á escenas picarescas de un *enamorado distraído,* interpoladas con moralidades ó *sermoncicos* de todo punto intempestivos.

Y aunque alguna parte de esta censura pudiera también caber en suerte á Mateo Alemán, bastante claro se echa de ver que el blanco á donde Cervantes encaró su mira y en el que de lleno descargó el tiro de su máquina, fué contra el osado imitador que, falto de inventiva y alardeando de erudición farragosa, tan sólo consiguió con sus exageraciones estragar y pervertir la estructura ó forma de composición singular que Mateo Alemán había impreso en su modelo.

Antes de proseguir en nuestra tarea, convendrá que hagamos una breve digresión sobre algunos extremos de historia literaria de aquel tiempo.

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Año 1605. En Madrid. Por Juan de la Cuesta. En 4.° La impresión de esta edición *príncipe*, según el testimonio de las erratas que se halla entre los preliminares, estaba ya terminada el 1.° de Diciembre de 1604. En los primeros meses del año 1605 reimprimió Juan de la Cuesta esta primera parte del *Quijote*, con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal, con fecha de 9 de Febrero de 1605.

Bien sabido es por los amantes de nuestros clásicos, que en el año de 1599, en Madrid, en la imprenta del Licenciado Várez de Castro, publicó Mateo Alemán la *primera parte* de su famosa novela titulada *Vida de Guzmán de Alfarache,* obra que mereció el éxito más lisonjero y cuya estampa se repitió en numerosas ediciones; un desconocido que se nombra Mateo Luján de Sayavedra, abusando de la confianza que Mateo Alemán le había dispensado (1), dió á luz en 1602, en Barcelona, en la imprenta de Joan Amello, una *segunda parte* de la *Vida del pícaro Guzmán,* que consiguió en breve ser reimpresa en Zaragoza, Madrid, Milán y Bruselas, merced á la expectación general que en el público había producido la primera parte de esta obra de Mateo Alemán, quien, á virtud de tan irregular procedimiento, no solamente se vió salteado en la propiedad de su trabajo, si que además defraudado en la legítima ganancia que de él esperaba obtener, y que de seguro, en el estado precario en que se hallaba, había de venirle muy á cuento.

Dos años después, en 1604, en Lisboa (2), Mateo Alemán dió á la imprenta la continuación auténtica de su novela, aplicando en ella, entre irónicos elogios, el castigo que merecía al fingido Luján de Sayavedra.

Justo es convenir que si grande fué la bellaquería del escritor valenciano, la venganza que de él tomó el burlado Mateo Alemán fué tan ingeniosa como gallarda y fiera: en una página de su libro lo gradúa de ladrón cicatero y bajamanero; en otra le arranca el antifaz, delatando su patria y verdadero nombre; ora lo convierte en mero auxiliar de su héroe, encomendándole las faenas más abatidas y ruínes de su *oficio;* ya, por último, le hace morir de *modorra,* confesando, entre accesos de locura, que él no era otra cosa sino la sombra del verdadero Guzmán, es decir, un desmañado y mezquino Guzmancillo. No hay para qué acotar y repetir aquí los términos regocijados, pero á la vez sangrientos, con que Alemán fustiga sin piedad á su víctima; únicamente y como muestra trasladaremos el pasaje que sigue:

«No le culpo—dice—empero á su hermano mayor el señor *Juan Martí* ó *Mateo Lujan,* como más quisiere que sea su buena gracia, que ya tenia edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado. ¿Cuál diablo de tentacion le vino en dejar su negocio y *empacharse* con tal facilidad en lo que no era suyo? ¡Querer quitar capas! ¿Cuánto mejor le fuera ocupar su persona en otros entretenimientos? *Era buen gramático,* estudiara leyes, que más á cuento y fácil fuera hacerse letrado. ¿Pien-

(1) «Pues por haber sido pródigo comunicando *mis papeles* y pensamientos, me los cogieron al vuelo; de que viéndome (si decirse puede) *robado* y defraudado, fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra.» (Prólogo de Mateo Alemán á la segunda parte de su *Guzmán de Alfarache.)*

(2) Segunda parte de la *Vida de Guzmán de Alfarache,* por Mateo Alemán, su verdadero autor. A D. Juan de Guzmán, Marqués de San Germán: Lisboa, Pedro Crasbeeck, 1604, en 4.°

san, por ventura, que no hay más que decir *ladron* quiero ser y salirse con ello? Pues á fe que cuesta mucho trabajo y corre peligro. Demás, que no sé yo si en los derechos hay más consejos ó tantos cuantos há menester un buen *ladron*.

Y él y su hermano pensaban que con sólo *hurtar* á secas, mal sazonado, sin sabor ni gusto, que podrian leer la cátedra de Prima.....

Quien se preciare de *ladron*, procure serlo con honra; no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla y trompos á los muchachos, que no sirve de más de para dar de comer á otros ladrones, haciéndose sus esclavos de jornal, y si no les pechan los ponen luego en percha.....

Pero dejemos agora estos ladrones aparte..... (1).»

Según presumo, Cervantes tenía también cuentas pendientes que saldar con el supuesto Mateo Luján, y si bien no de tanta cuantía é importancia como las referidas, no quiso, sin embargo, perder la oportuna ocasión que con la publicación de su *Quijote* se le venía á las manos, sin dejar pagado al escritor valenciano, y aun con las setenas, del entuerto que le había hecho.

Cervantes coincidió en parte con Mateo Alemán en los *medios* de que se valió para tomar condigna satisfacción de su agravio; mas no creo por eso que cuando escribía su *Quijote* tuviera ya noticia exacta (2) de la segunda parte auténtica del *Pícaro Guzmán de Alfarache;* teniendo en cuenta que esta última obra, según llevamos dicho, no salió al público hasta 1604, y que en Septiembre de ese mismo año se expedía la licencia regia para imprimir la primera parte del *Quijote*.

Hemos visto cómo en el prólogo de su *Ingenioso Hidalgo*, y á fe bien en el comienzo de su libro, calificó el anticipado y furtivo parto del encubierto Juan Martí; más adelante, y ya en el cuerpo de la fábula, para llevar á efecto su propósito de desagraviarse bien á su sabor y á su *salvo,* introdujo al novelista valenciano investido en la forma de un malhechor; no con su verdadero nombre, como Mateo Alemán lo había ejecutado, ni tampoco con el de Mateo Luján, que el mismo Juan Martí se había sobrepuesto para mejor esconderse y solaparse, sino con otro inventado por Cervantes, que bien pudiera contener alguna indicación anagramática, á fin de que sirviera á los curiosos de señuelo. A otro medio apeló y más eficaz, sin duda, para conseguir su intento de zaherir y mortificar á Mateo Luján, dejando entrever la *doble* personalidad de su trasunto al través de la poco tupida malla que lo encubría.

Con maliciosas alusiones é intencionadas referencias á la segunda parte de *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Luján, aplicadas diestramente á la escena

(1) Cap. V, lib. II, parte segunda.

(2) Sin embargo, entiendo que, á lo menos, conocía el plan ó método que Mateo Alemán se había propuesto seguir en su segunda parte para castigar la impudencia del entremetido novelista valenciano.

en que desempeña su papel en la fábula del *Quijote*, Ginés de Pasamonte, procuró llamar la atención sobre este equívoco personaje, identificado por él con el autor del *Guzmán* espúreo y convertido en narrador de sus propias truhanerías; y á la verdad que, en la época que la obra de Luján andaba en manos de todos y era grandemente conocida (1), no necesitaban de mucha perspicacia los lectores del *Quijote*, dueños de tan sencilla clave, para descifrar el enigma que encerraba algunas de las más hermosas páginas de aquesta inimitable novela.

En comprobación de lo que acabamos de exponer, pasaremos la vista por el capítulo XXII del *Quijote*.

De esta manera da cuenta Cervantes del encuentro que Don Quijote y Sancho tuvieron con una cadena de rematados:

«Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaban venian hasta doce hombres á pié, *ensartados* como cuentas, *en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas á las manos.*»

A su vez Mateo Luján describe en estos términos el acto de asegurar á su héroe para ser conducido á las galeras:

«..... *y ensartáronnos en unas cadenas con argollas por los cuellos y esposas en las manos* (2).»

Pasa Don Quijote, con licencia de los guardianes, á inquirir de los forzados las causas ó delitos por los que eran llevados de aquella manera.

Dejemos á un lado la graciosa defensa del Hidalgo Manchego en favor de los alcahuetes, que nos recuerda cierta célebre paradoja burlesca de Don Francisco de Quevedo, y salgamos á recibir al famoso Ginés de Pasamonte, último forzado, á quien Don Quijote dirige su interrogatorio:

«Tras todos éstos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años (3), sino que al mirar metia el un ojo en el otro.»

Don Quijote, sorprendido al verle aherrojado tan diferentemente de los demás, pregunta á las guardas la razón de ello; respóndenle que

«..... tenia aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros de él, sino que

(1) En el espacio de solos dos años, de 1602 á 1604, salieron de las prensas de diversas ciudades, para la venta pública, seis ediciones á lo menos de este libro.

(2) Lib. III, cap. XI.

(3) Poco más ó menos, ésta sería la edad que entonces tendría Luján de Sayavedra.

temian que se les habia de huir.—¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?—*Va por diez años,* replicó la guarda, que es como muerte civil.»

Luján de Sayavedra había referido de su *Guzmán:*

«Concluyeron mi *pleito*..... y por momentos me publicaron sentencia de azotes y *diez años de galeras* (1).»

Ginés de Pasamonte se declara historiador de su propia vida, que no había más que desear; si bien el libro lo dejaba en la cárcel empeñado en doscientos reales.

«¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.—Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes y *para todos cuantos de aquel género se han escrito* ó escribieren.»

A la sazón en que esto se afirmaba, sólo se habían publicado del *género picaresco* dos novelas: el citado *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; en cuya competencia, Luján de Sayavedra había echado en pública plaza la *Vida* de su pícaro, como asimismo Ginés de Pasamonte tenía escrita al objeto indicado su apicarada *Vida.*

Ginés alterca con el Comisario que en guarda de la cadena los conduce, y el que le dirige el siguiente apóstrofe:

«Hable con ménos tono, señor *ladron de más de la marca*, si no quiere que le haga callar mal que le pese.»

Y pasara más adelante si Don Quijote, interponiéndose, no le hubiera rogado se contuviese:

«..... pues no era mucho que quien *llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua.*»

Antes Mateo Luján había puesto en boca de su protagonista la reflexión siguiente:

«No pienses que es el menor tormento para un hombre que tenga discreccion ver el tratamiento que se hace á los que allí van puestos en caña como ranas; porque el alguacil, corchetes y gente de guardia no os tratan ménos que de *ladron:* suba al carro el *muy ladron*, y *hombre va bien atesado de cadenas y esposas, que sólo la lengua le queda libre* (2).»

(1) Cap. XI, lib. III: de los azotes se libró merced á la influencia del actor Heredia.
(2) Cap. XI, lib. III.

Recuérdese, por último, el desenlace de esta escena: Don Quijote da libertad á los forzados; Ginés se niega á presentarse á Dulcinea, y Don Quijote, montando en cólera, le dice:

«Don hijo de la puta, Don Ginesillo de Paropillo ó como *os llamais*, que habeis de ir solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas.»

Por fin, los galeotes arremeten contra Don Quijote y Sancho, á quienes descalabran y roban, en recompensa del beneficio que de ellos habían recibido.

Así salió bosquejado Luján de Sayavedra, revestido en Ginés de Pasamonte, en la edición príncipe de la primera parte del *Quijote;* pero Cervantes debió haber á las manos la parte segunda de *Guzmán de Alfarache*, escrita por su *verdadero autor*, recién impresa, y animado con la descubierta de Mateo Alemán, asegundó el golpe.

Atropelladamente, en la segunda edición de su libro, que también salió á luz, como la primera, en el año de 1605 (1), introdujo de nuevo en la exposición de su novela á Ginés de Pasamonte, para dar á su retrato más parecido y mayor relieve.

Las últimas pinceladas fueron como de maestro; abandonó en adelante las referencias al texto de Martí, de que para nada ya necesitaba, y se apoyó tan sólo en el de Mateo Alemán, como más conducente para su objeto.

En el capítulo XXIII, los lectores de la *segunda* edición del *Ingenioso Hidalgo* se encontraron sorprendidos con la inesperada aparición de Ginés de Pasamonte,

«..... el famoso *embustero y ladron* (habla Cervantes) que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se habia escapado..... y como siempre los malos son *desagradecidos y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe*..... (2), Ginés, que no era agradecido *ni bien intencionado,* acordó de hurtar el asno á Sancho Panza.»

Ya tenemos metido á Pasamonte á ladrón *cuatrero;* habilidad de la que el mismo Luján de Sayavedra se jacta en la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán:

«Fuí muy gentil caleta, buzo, *cuatrero*..... (3).»

Tan precipitadamente incluyó Cervantes este pasaje en su *Quijote*, que no

(1) Cláro es que me refiero á la segunda edición, por Juan de la Cuesta.

(2) «..... y como la necesidad obliga muchas veces, como dicen, á lo que el hombre no piensa,» así se explica Luján de Sayavedra, hablando de sí propio, en el *Pícaro* de Mateo Alemán, cap. IV, lib. II, segunda parte.

(3) Cap. IV, lib. II.

se curó siquiera de ajustar las escenas sucesivas á la *nueva situación* creada á Sancho con el *despojo* de su rucio; de manera que la congruencia de la fábula no salió muy bien parada con la adición de este incidente; pero á Cervantes (1) todo ello le importaba poco, á trueque de dejar bien acabado el retrato de Luján de Sayavedra (Apénd. *A*).

Ginés de Pasamonte gozó poco tiempo del fruto de su robo: en el cap. XXX de nuevo topamos con él, y

«..... Sancho Panza, que doquiera que veia asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia; el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, *cuya lengua y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas.*»

Mateo Alemán había advertido con sutil ironía que Luján de Sayavedra era gentil estudiante, *buen gramático*. Cervantes completa su pensamiento dándonos á entender que Ginés conocía cuantas lenguas *sabias* se cultivaban entonces en España, como el dialecto gitano y otras jergas semejantes, que lo acreditaban de *excelente gramático*, sobrado apto para poder figurar con honra en la Academia de la Argamasilla.

Para no fatigar demasiado á mis lectores, daré fin á esta comprobación de la *sinonimia* literaria y gramatical que de los textos comparados resulta entre Pasamonte y Sayavedra, con unas brevísimas consideraciones.

El tipo que el sin par novelista ideó, con el doble propósito de solazar á sus lectores y gracejar veladamente á expensas de Luján de Sayavedra, fué trazado por él con la misma habilidad y soltura que todos los personajes que juegan algún papel, siquiera sea secundario, en el desarrollo de la fábula del *Quijote*.

Cervantes, dotado con la luz vivificante del genio, infundía en sus creaciones vida real y personalidad propia; nótase, sin embargo, en la figura del galeote Ginés algo de anómalo y ambiguo: preséntase ante nuestra vista *atesado* de cadenas, como si, en efecto, se tratara de algún criminal peligroso, de un verdadero pájaro de cuenta; pero bien pronto echa de ver el lector que el temible criminal no es otra cosa sino un picaronazo resuelto y atrevido, socarrón y taimado; un escritor *sospechoso*, un novelista *sui generis* aprisionado por *ladrón*, cuya *Vida*, escrita por él mismo,

«..... trata de verdades, y verdades tan *lindas* y donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.»

(1) Alguna cosa procuró enmendar en la edición de 1608; pero como no reformó *todos* los pasajes en que aparece Sancho como plaza montada después de la pérdida de su jumento, la inconsecuencia quedó todavía más patente y manifiesta.

Mas ¿qué verdades tan lindas y donosas eran éstas? Mateo Alemán las habría de revelar muy en breve (1), y aun el mismo Cervantes pudiera añadir á la autobiografía algún capítulo curioso (Apénd. *B*).

Hora es ya de averiguar en qué consiste la burla de que fué objeto Cervantes, y lo primero que nos ocurre es suponer que la tal burla (de existir) guardaría natural correspondencia con la satisfacción tomada en desquite, y que, por lo tanto, habremos de buscarla en el mismo terreno, ó sea en el campo ó arena literaria.

Martí no publicó, que sepamos, otra ni más obra que la segunda parte apócrifa de la *Vida de Guzmán de Alfarache:* probemos, pues, á ver si en ella encontramos el cuerpo del delito.

En el cap. IX, lib. III, refiere Luján la siguiente escena (2):

«Trabóse brava conversacion, muchos ofrecimientos de paseos, y atajóla un gentil entremés de un *señor poeta* que, con una *capa larga de bayeta*, como portugués, preguntaba por el autor. Conociéronle los que allí estaban, y como le sabian el humor, sospecharon que traeria alguna maldita farsa, como era verdad.

Advirtieron al autor que no dejase de vella, porque le mataria de risa, y la hiciese leer ante todos. Salió *Heredia* (3), y díjole:—¿Pues qué nos manda vuesa merced en su servicio?

(1) Cuando salió á luz el *Quijote*, el público sabía ya á ciencia cierta y á pesar de su disfraz quién era el novelista del *género* picaresco *aprisionado por ladrón* á virtud de sus propias *picardías;* muy pocos meses antes Mateo Alemán le había enterado cumplidamente de todos los antecedentes criminales del encubierto Juan Martí.

(2) No pretendo dar á la interpretación de este pasaje un carácter de completa certidumbre: aunque verosímil y probable, Cervantes pudo tener presente al despicarse otra sinrazón ú ofensa para mí del todo desconocida: únicamente me resisto á creer, que por mera bizarría de ingenio introdujera en su novela al jurisperito valenciano en la forma y manera que lo hace, porque Cervantes sabía muy bien que *no se ha de añadir aflicción al afligido.*

(3) El *autor* Heredia, que interviene como interlocutor en este diálogo, es también un personaje real y verdadero mencionado en obras y documentos de su tiempo: pertenecía á aquel número de *pertinaces* directores de compañías dramáticas que no sabían representar sino comedias llenas de desatinos (*), y de quien micer Andrés Rey de Artieda escribía en su epístola dirigida al Marqués de Cuéllar:

«Como estas cosas representa Heredia
A pedimento de un amigo suyo,
Que en seis horas compone una comedia.»

Lo que no sabría yo decir quién pudiera ser el autor dramático amigo de Heredia, que en fecundidad superaba, sin duda alguna, al mismo Lope de Vega: seguramente no sería Miguel de Cervantes.

(Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en Es-

(*) Cap. XLVIII del *Quijote*.

Yo soy el autor, y si vuesa merced nos trae algo de poesía, que ya sabemos que es *famoso poeta*, nos hará mucha merced, porque hay falta de farsas que sean buenas, y señaladamente para un lugar de tales gustos como Valencia, que hace temblar á cualquier autor. Hízose el buen hombre muy alegre con tal acogimiento, y dijo:—No repare vuestra merced en comedias, que le proveeré de todas las que hubiere menester, que dos tengo empezadas, y esta que aquí traigo, que sólo el nombre de ella dirá quién es.—¿Cómo la intitula vuesa merced, dijo Heredia, que mucho importa el buen título?—*Muchos nombres*, dijo el poeta, *se le pueden dar;* pero me parece que le cuadra mucho *El Cautivo engañoso*.—Bonísimo, le dijo Heredia: vuesa merced nos haga merced de leella, que aquí está el Sr. Guzman, que es hombre de buen gusto, y le cometo el ver este negocio, y estaré á lo que dijere, y creo será extremada, por ser de su mano de vuesa merced.—¿Cómo buena? dijo el poeta: ella lo dirá, que no pensaba dalla á ningun autor sino á Porras (1), que me tiene ofrecidos 1.000 reales por cada farsa.—Léala vuesa merced, dijo Heredia, que siendo lo que pensamos, no llorará vuestra merced á Porras. Sacó un envoltorio el triste poeta, que no debiera, y empezó con unos versos que no les debió de sacar de botica de sedas, segun les hubo tan *mal medidos*, y con todo, á cada *redondilla* levantaba los ojos y miraba á todos los oyentes, como si fuera un concepto milagroso; todos estábamos perdidos de risa, y no habia órden de disimulalla, hasta que él lo echó de ver, y muy corrido dijo:—Yo creo que vuesas mercedes tienen hecho el *estómago al verso de Lope de Vega y no les parece nada bueno* (2).»

¿Quién es este famoso poeta: un ente de pura imaginación, ó acaso se esconde en este capítulo alguna de aquellas chanzonetas pesadas con que los escritores de aquel tiempo solían motejarse unos de otros? Presumo que en este pasaje se alude, y no en son de plácemes por cierto, á episodios de la vida de Cervantes.

Este *pobre* autor dramático que con su capa de bayeta se anuncia también como un poeta *pobre*, nos trae á la memoria algunos tercetos del *Viaje del Parnaso*, en que haciendo alarde Cervantes de su honrada indigencia, se expresa en los términos que siguen:

«Mandóme el dios parlero luego alzarme
Y con *medidos versos* (3) y sonantes
De esta manera comenzó á hablarme:
¡Oh Adan de los poetas, oh Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
Que así muestra discursos ignorantes?

paña, por D. Casiano Pellicer: Madrid, 1804; dos tomos en 8.°—*Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*. Sacados á luz por micer Andrés Rey de Artieda: Zaragoza, Angelo Tavanno, 1605; en 8.°)

(1) Otro autor ó director de compañía dramática célebre en aquel tiempo.

(2) No termina con esto el *cuento;* pero por no alargar el nuestro demasiado he creído conveniente no trasladarlo ni comentarlo íntegro.

(3) Debió sacarlos Mercurio, sin duda, de *alguna botica de sedas*.

Yo, respondiendo á su demanda, digo:
—Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño, mi jornada sigo.
. . . . . .
. . . . . .
Mas si quieres salir de tu querella
Alegre y no confuso, y consolado,
Dobla *tu capa* y siéntate sobre ella.
Que tal vez suele un venturoso estado
Cuando le niega sin razón la suerte,
Honrar más, merecido, que alcanzado.
—Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo *capa*.
Él dijo:—Aunque sea así, gusto de verte.
La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrecheza,
Que exenta y libre de la *envidia* escapa.»

¿Recordaría Cervantes todavía la capa de bayeta, por la que Luján de Sayavedra le tildaba de pobre y desvalido?

La farsa que luego ofrece el cuitado autor, aunque se le pudieran *dar muchos títulos* (como, en efecto, los tuvo), el que mejor le cuadraba era *El Cautivo engañoso*. Dejemos lo de engañoso á cuenta *del mal intencionado* de Luján, y quedémonos con *El Cautivo*, en seco. Todos cuantos han estudiado la biografía de Cervantes saben que la gloriosa cautividad que padeció en Argel los años más floridos de su vida le proporcionó argumentos y noticias para varias de sus obras literarias, encariñándose de tal modo con el papel de *cautivo*, que lo reprodujo en sus dramas repetidas veces, y todavía le quedó materia bastante para escribir sobre este mismo asunto una lindísima novela. En el año de 1599 (1), en que Luján presupone el paso ó entremés que analizamos, Cervantes tenía compuesta una comedia basada en la vida y penalidades que los cautivos sufrían en la ciudad berberisca sobredicha, denominada *El Trato* ó *Los Tratos de Argel*. Esta comedia está escrita en variedad de *metros*, entre los cuales abundan sobremanera las *redondillas:* acerca de su mérito poético, nada hemos de añadir ahora al juicio (poco favorable) de los entendidos críticos que en su examen nos han precedido.

Concluyamos con el avieso cuento del maleante Luján de Sayavedra.

Por fin, el poeta se amohína con las risas burlonas de su auditorio, y en su despecho exclama:

(1) En esa fecha se hallaba Lope de Vega en Valencia: ¿acudiría también á esta ciudad Cervantes atraído por las memorables fiestas con que se solemnizaron las bodas del Rey Felipe III?

«..... yo creo que vuesas mercedes tienen hecho el estómago al verso de Lope de Vega y no les parece nada bueno.»

En el año mismo de 1599, en Valencia, Lope puso en escena (por primera vez si no estoy mal informado) su comedia *Los Cautivos de Argel*, que guarda bastante analogía con *El Trato* ó *Tratos* de Cervantes. Puestas en parangón estas dos composiciones, para el público, cómicos y censores, arregostados al verso de Lope de Vega, siempre resultarían *Los Cautivos* de Lope los verdaderos, y falsos ó engañosos los de Cervantes.

Durante toda su vida, el autor del *Ingenioso Hidalgo* demostró grande y decidida afición por el cultivo del género dramático; escribir para el teatro constituía para él la satisfacción más grata de su alma: los vítores y parabienes le atraían, y los productos que de las comedias allegaba, aunque escasos, todavía le ayudaban para atender al cotidiano sustento de su familia.

En sus años juveniles formó parte de aquel número de insignes poetas (1) que supieron realzar la Talía española haciéndola capaz de asuntos graves y elevados, y que allanando dificultades y difundiendo por doquier la afición á los espectáculos escénicos, prepararon el terreno á Lope de Vega, el que ya, sin grande esfuerzo para su ingenio portentoso, pudo dar feliz cima á la obra de sublimar el teatro español á su más alto grado de esplendor y belleza.

Cuando Lope, seguido de pléyada brillante de imitadores, se hizo árbitro supremo de las *representaciones, avasallando y poniendo bajo su jurisdicción á todos los farsantes*, el pequeño grupo de aquellos escritores que habían preparado su triunfo enmudecieron; pero Cervantes no siguió tan saludable ejemplo, y obstinado en sobrevivir á su época, no dándose cuenta de que sus comedias en pocos años habían notablemente envejecido, tal vez recibió de *alguno de aquellos pertinaces autores* (2) ó directores de compañía alguna negativa ó desaire cómico que, corriendo de boca en boca, dió pretexto á Luján para vestir y decorar á su propósito la anécdota inserta en su novela, en menosprecio y mofa de Cervantes y en aplauso y elogio de Lope de Vega.

Mateo Luján ó el Dr. Juan José Martí, como más quisiere el lector que sea su buena gracia, murió á fines de 1604; y aunque pudo muy bien enterarse de las pullas y motes que Mateo Alemán, en su segunda parte, á manos llenas

(1) Juan de la Cueva, Lupercio Leonardo de Argensola, Pedro Liñán de Riaza, Andrés Rey de Artieda, Cristóbal Virués, etc.

(2) «Acuérdome que un dia dije á *uno* de estos pertinaces..... Así es que no está la falta en el vulgo que pide *disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa.* Sí, que no fué disparate *La Ingratitud vengada,* ni le tuvo *La Numancia,* ni se le halló en la del *Mercader Amante*, ni ménos en *La Enemiga Favorable*, ni en otras algunas que de algunos *entendidos poetas* han sido compuestas para fama y renombre suyo y para ganancia de los que las han representado.» (Cap. XLVIII del *Quijote.*)

le prodiga, no llegó á alcanzar el sabroso retorno que Cervantes le dedicó en el *Quijote;* pero Martí no estaba solo: tenía valedores, deudos y amigos (1), que hicieron suya la causa de Luján, causa, en realidad, común á todos los devotos é idólatras de Lope de Vega.

Imaginaron, sin duda, que Cervantes, en la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*, reiteraría los ataques al Monstruo de Naturaleza, asestando nuevos golpes contra alguno de sus principales partidarios ó admiradores.

Recelosos de las burlas que temían y para prevenir y neutralizar su efecto, se aprestaron á la defensa, contribuyendo por indirecto modo, si no á la publicación del *Anti-Quijote*, cuando menos á preparar y á henchir este libro, ayudando á su información con todos los vituperios y cargos más odiosos que un rencor mal reprimido les dictaba, y de los que tan diestramente se supo aprovechar el supuesto licenciado Avellaneda.

Contra aquel brusco y personal ataque, sigilosamente preparado en la sombra de impenetrable misterio, Cervantes tan sólo opuso una protesta noble y digna, es verdad, pero harto vacilante y tímida.

Lejos de desenmascarar al autor de tan sórdida invectiva, se limitó á decir:

«Que el lenguaje es *aragonés*, porque tal vez escribe sin artículos (2).»

Luego, en el cap. LXI, advierte:

«Estos bien nos han conocido: yo apostaré que han leido nuestra historia y aun la del *aragonés*, recien impresa.»

Y más adelante:

«Esta segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un *aragonés*, que él dice ser natural de Tordesillas (3).»

Y, por último, en el cap. LXXII agrega:

«Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel D. Alvaro de Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de *Don Quijote de la Mancha*, recien impresa y dada á la luz del mundo por un *autor moderno*.....»

(1) «..... no le faltaran al *disfrazado* muchos *valedores* que quieran anteponer su segunda á esta del verdadero autor.» (Carta de Sebastián Cormellas á D. Miguel Caldes, de 1.° de Noviembre de 1605): en la edición de Barcelona de dicho año. Mateo Alemán, en la dedicatoria de su segunda parte á D. Juan de Mendoza, dice, refiriéndose á su contrincante Luján de Sayavedra: «Él pelea desde su casa, en su nacion y tierra (Valencia), *favorecido* de sus *deudos, amigos* y conocidos, de todo lo cual yo carezco.»

(2) Cap. LIX.

(3) Cap. LXX.

Con tan vagas y tenues indicaciones, ¿cómo es posible señalar ahora el verdadero nombre y patria del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda?

Que el lenguaje es aragonés. ¿Qué significa?

Que el anónimo escribía, no con la pureza, propiedad y corrección de que tanto se preciaban los ingenios de Castilla, sino valiéndose de ciertos giros y voces propios y peculiares de los regnícolas de la Corona de Aragón.

Porque tal vez escribe sin artículos. Sin artículos y sin preposiciones escribían con frecuencia, lo mismo los autores aragoneses que los naturales de cualquiera otra comarca de España.

Que el autor que compuso la segunda parte tordesillesca *era aragonés:* afirmación resuelta y terminante. Cierto; mas la palabra aragonés tenía en aquellos siglos dos acepciones distintas: específica y literal la una, y la otra amplia y genérica. El mismo Avellaneda pone en boca de uno de los personajes de su *Quijote:*

«..... le desafío y reto á él y á todo el reino de *Aragon junto* y á cuantos aragoneses, catalanes y valencianos hay en su Corona (1).»

Por lo tanto, según el sentido que apliquemos á esta dicción, lo mismo podría ser Avellaneda aragonés de pura cepa, que catalán ó valenciano.

Bajo la fe de Cervantes y estricta interpretación de sus asertos, algunos escritores han examinado cuidadosamente el texto del *Anti-Quijote* en busca de términos, frases y giros propios y peculiares del reino de Aragón; pero lo cierto es que no han logrado dar con ellos, aun tratándose de maestros peritísimos en la materia. El docto Catedrático de la Universidad de Zaragoza, D. Jerónimo Borao, en su notable *Diccionario de voces aragonesas*, resume así sus diligentes investigaciones: «Las únicas palabras que hemos sorprendido son: *zorriar, repapo, malvasía, repostona, mala gana* y *buen recado*, de cuyas cuatro primeras (quizá no todas aragonesas) ya hemos dado cuenta en nuestro *Diccionario* (2).»

Permítasenos que hagamos algunas observaciones acerca de las voces enumeradas en el párrafo que antecede:

(1) Quinta parte, cap. XII. No creo necesario alegar otros ejemplos, que sólo servirían de causar molestia y hastío en los lectores.

(2) Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1884; en 8.°

Con sobrado fundamento escribía el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo en una discreta epístola sobre el autor del falso *Quijote,* que vió la luz pública en el número correspondiente al 15 de Febrero de 1897 de *Los Lunes de El Imparcial:*

«Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles; y si no hubiera otros para tener por aragonés á Avellanada, no sería yo ciertamente quien se atreviese á afirmar su patria.»

Zorriar.—No pasa de ser más que un barbarismo puesto en boca de Sancho, una deformación del verbo *zurriar* ó *zurrir*.

Repapo.—Es un vocablo que ó inventó Avellaneda ó lo recogió del fondo común del lenguaje del vulgo para dar más gracia á sus grotescas quimeras.

Malvasía.—No es palabra aragonesa: debió su origen á la ciudad así llamada en la isla de Candía, que prestó su nombre (1) al afamado vino tan conocido entonces por toda Europa, como lo son al presente el Burdeos, Jerez, Madera ú Oporto.

Encuéntrase esta voz usada indistintamente por escritores aragoneses y castellanos; el toledano Tirso de Molina (ó sea Fr. Gabriel Téllez), en su comedia *Palabras y plumas*, nos ofrece el siguiente ejemplo:

«Dos gallinas, tres conejos,
De vitela una empanada,
Ostiones en escabeche,
Y una bota calabriada
De Chipre y de *Malvasía*,
Medio tinta y medio blanca (2).»

Repostona.—Supuesto que fuera aragonesa, bien pudo usarla el supuesto Licenciado, fuera ó no natural de Aragón, del mismo modo que el valenciano Luján se sirvió de la voz *ambrolla*, que en lenguaje vulgar todavía es corriente en la misma ciudad de Zaragoza.

Mala gana.—No se halla en el *Quijote* de Avellaneda en el sentido de parasismo ó desmayo, sino en el de indisposición ligera:

«Al cabo de ellos, quiso Dios que llegasen á ella don Cárlos con su amigo don Alvaro, á quien por aguardar que convaleciese de una *mala gana* que le habia sobrevenido en Zaragoza, no quiso dejar don Cárlos, y esta fué la causa de no haber llegado mucho antes (3).»

Con la misma significación de malestar ó enfermedad leve la empleó Martí:

«Yo, como conocia las faltas que hacia, procuraba soldallas con levantarme aprisa, fingir que habia estado de *mala gana* aquella noche y mostrarme solícito (4).»

(1) *Tesoro de la lengua castellana ó española*, por D. Sebastián de Covarrubias: Madrid, M. de León, 1674; en folio. Otros aseguran que no fué una ciudad de Candía, sino cierta comarca de Grecia, la que comunicó su nombre al Malvasía: esta cuestión geográfico-vinícola para nosotros es indiferente.

(2) Acto segundo, escena XIII.

(3) Cap. XXXI.

(4) Lib. I, cap. VII.

Y Lope de Vega, en la *Dorotea*, advierte lo que sigue:

«Dice Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque está de *mala gana, como dicen en Valencia* (1).»

La voz compuesta *buen recado* (2) se encuentra en el cap. XXXVII del *Quijote* «auténtico» en boca de Sancho:

«Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el *buen recado* que ha hecho.»

La autorizó, por tanto, Cervantes, Luján de Sayavedra y otros varios autores aragoneses y castellanos.

D. Juan Antonio Pellicer, diligente comentador del *Quijote* (3), entre diversos aragonesismos, que en su mayor parte rechazó ya el Sr. Borao por inadmisibles y faltos de fundamento, apuntó también los que siguen: *el* señal, *en* salir, *á la* que volvió.

Al nombre substantivo *señal,* con efecto, algunos escritores aragoneses de aquella época (4) le atribuyeron el género masculino; mas como quiera que en el *Quijote* de Avellaneda siempre se encuentra esta palabra usada en acepción femenina (5), no merece la pena que nos detengamos en desvanecer una distracción tan obvia.

Como término de esta labor ingrata, nos falta por analizar los giros *en* salir, *á la que*, en particular el último, que para Avellaneda constituía un bordoncillo obligado, sin cuyo apoyo apenas acertaba á dar paso alguno.

Pero estas formas modales no deben ser consideradas como verdaderos provincialismos: son más bien incorrecciones de lenguaje que á lo sumo descubren la impericia del autor que recurre á ellas, no el lugar ó provincia donde hubiese nacido.

Con el objeto de evitar disquisiciones inútiles, concretándome al libro de Avellaneda, conviene hacer notar que este autor parodió con frecuencia el lenguaje de Cervantes, sus idiotismos y locuciones. Obsérvanse en el *Quijote* cervantino ciertos giros excesivamente elípticos, en los cuales se extrema, por decirlo así, el límite expresivo de la partícula *que*, lo mismo cuando tiene

(1) Acto quinto, escena II.

(2) «¡Buen recado se tiene! respondió Sancho; sepa que no es Mari-Gutierrez amiga de tantas retóricas.» (Cap. XXXV del *Quijote* de Avellaneda.)

(3) Edición de Gabriel Sancha: Madrid, 1797-98, tomo V.

(4) Como, v. gr., micer Joan Costa.

(5) «Porque nacerá con *una señal* de una espada..... el otro porque en el lado derecho tendrá *otra señal parda*.....» (Cap. IX.)

oficio de pronombre relativo, que cuando se usa como conjunción; en prueba de lo que acabamos de manifestar, aduciremos algunos ejemplos:

«..... y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote, *que* estaba diciéndoles su ama á voces (1).»

«..... bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos [tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto], *que* cortada la cólera y aun la malenconía, subieron á caballo (2).»

«Ella me dijo, tan segura como yo de la traicion de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, *que* tardase mi padre de hablar al suyo (3).»

«Esto todo será *que* yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza (4).»

«Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, *que* la tuviesen de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, y dijo..... (5).»

No creo necesario aumentar el número de citas; pero sí hacer constar la duda vehemente que me asalta sobre si Avellaneda abusó de la fórmula *á la que* por mera ignorancia, ó si lo hizo intencionadamente; para burlarse del *humilde idioma* en que se hallaba escrito, según él, el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes.

De lo que llevamos expuesto, se desprende que, por el lenguaje del *Quijote* tordesillesco, no se puede aventurar una declaración categórica acerca de la patria de su autor. Adviértese tan sólo un ligero dejo valenciano, alguna frase de uso en aquel país, alguna palabra que por la idea ú objeto que representa parece que se halla más cerca de la pluma de un escritor de Valencia que de la de otro cualquiera de distinta ciudad ó región de España (6), y nada más. Con todo, estos leves indicios poco ó nada significarían, si no viniesen á corroborar los antecedentes de crítica literaria de que ya hemos hecho mérito.

En Valencia habitaban los valedores y deudos del ofendido Juan Martí; en esa misma ciudad existía un valioso y pujante núcleo de imitadores y amigos entusiastas de Lope de Vega, del ídolo nacional del astro-rey de la poesía, en el que había osado poner mancilla Cervantes, el *desfavorecido,* el *viejo,* el *lisiado,* el *envidioso* autor del *Quijote* (7).

(1) Cap. V.
(2) Cap. XXI.
(3) Cap. XXVII.
(4) Cap. XLII.
(5) Cap. XLIV.
(6) V. gr., chapín valenciano: los zaragüelles de que andaba proveído Sancho Panza.
(7) Véase el prólogo del *Quijote* de Avellaneda.

El Dr. Juan José Martí, si bien dió á luz su obra disfrazado con un nombre supuesto, tuvo, sin embargo, buen cuidado de encomendarla bajo el amparo de un caballero valenciano, ilustre, rico y escritor, aunque de no muy buen gusto: el Sr. D. Gaspar Mercader y Carroz, que tanto más quedaba obligado, cuanto que al aceptar la dedicatoria venía á ser el único que á cuerpo descubierto y con la visera levantada figuraba al frente y como en guarda de la novela.

«Cuanto las cosas parecen más flacas y humildes—dice el oculto Martí,—tanto necesitan de mayor proteccion y que sean *favorecidas y amparadas*. Y esto mayormente es necesario en los libros que *tan de suyo* están sujetos á la *detraccion y son blanco de todos cuantos quieren enderezar á ellos sus tiros*. Y porque el título de este libro es de sí tan humilde, me pareció que con más razon le habia de buscar un protector más esforzado y de grande lustre, que sólo el *nombre suyo y autoridad cerrase las bocas*, que á no tenerle, *osarian abrirse* (1).»

No obstante la autoridad y nombre del Mecenas, las bocas de los aludidos y agraviados por Luján no se cerraron, sino que, por el contrario, con sátiras cáusticas y festivas se cebaron en él y en su novela.

Cuando las sazonadas burlas y disimulados ataques que Cervantes le dirigía en su *Quijote* vieron la luz pública, Martí había ya muerto.

Su protector responsable, el paladión de su obra, era el único que podía ocupar su puesto, tomando en cabeza y nombre propio las ofensas de que había sido hecho blanco su favorecido.

Hacer suya la causa de quien mal podía volver por sí y á cuya defensa se hallaba en cierto modo obligado; mostrarse á la vez campeón resuelto del Fénix de los Ingenios, del gran Lope de Vega (2), era un empeño demasiado tentador para un espíritu caballeresco (3) é irreflexivo.

(1) Segunda parte de la *Vida de Guzmán de Alfarache*. Dedicatoria de Mateo Luján de Sayavedra á D. Gaspar Mercader.

(2) Lope, efecto de las vicisitudes de su vida, residió algún tiempo en Valencia, en cuya ciudad entabló relaciones literarias y amistosas con los más distinguidos escritores que en ella florecían, entre los cuales debemos contar al Sr. D. Gaspar Mercader; viene á confirmar esta conjetura la siguiente cita tomada del *Peregrino en su Patria*, de Lope de Vega (Sevilla, C. Hidalgo, 1604; en 4.°): «Acabadas las fiestas, Everardo y el *Peregrino* (Lope) se fueron á la casa de *un caballero amigo suyo* de la nobilísima familia de los *Mercaderes*, apellido que en Valencia ha tenido y tiene agora famosos hombres.» (Lib. II, al final.)

(3) «Entre los cuales, paladin de amores
Y gentilezas de armas nunca oidas,
El Conde de Buñol al lauro ofrece
Espadas bien regidas
Y plumas bien cortadas,
De generosa mano gobernadas;
Que en Marte y en Apolo resplandece
Su acero con su lira,
Que cuanto el uno vence, el otro admira.»

(*Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, silva II: Madrid, J. González, 1630; en 4.°)

Parece natural que al llegar á este punto diera mi trabajo por terminado, y así lo haría, sin duda, si no estuviese plenamente convencido de que todos los antecedentes que llevamos examinados pudieron acaso predisponer los ánimos, preparar el terreno; pero en manera alguna determinar el momento oportuno, decisivo, para la publicación de la obra de Avellaneda: otras razones hubo, y por cierto bien ajenas á las controversias y rivalidades literarias.

Cervantes, en la exposición del argumento de su novela, cometió algunas, no sé si llamarlas ligerezas ó distracciones.

La más inocente si se quiere, la menos importante entre todas, fué la que, en mi opinión, le ocasionó el más rudo contratiempo.

Los aragoneses de aquella época tenían puesto especialísimo cuidado (1) en la solemne celebración de la festividad de su patrón San Jorge (2).

Entre los festejos que le dedicaban, contábase como el más singular y extraordinario la Justa llamada del Arnés, dispuesta por su ilustrísima Cofradía con la cooperación de la nobleza del Reino (3).

La noticia (4) de que Cervantes encaminaba á su malandante caballero á Zaragoza para tomar parte activa en la mencionada fiesta, debió causar en Aragón, y en particular en la clase más culta y elevada, un sentimiento de profundo pesar y disgusto.

Y en verdad, el relato de una de estas funciones caballerescas, mezclando en irrisorio contraste la descripción de los gravísimos lances que formaban la parte esencial de su programa con las locuras de Don Quijote y graciosas simplicidades de Sancho, aun escrito por la pluma del Príncipe de los Ingenios, había de dar por resultado un cuadro de abigarrados colores, en cuyo conjunto dominarían los tonos cómicos y burlescos.

Bajo esta impresión, se apresuraron á anticiparse á Cervantes, á fin de evitar la presencia de su héroe en la Justa del Arnés, poniendo á cubierto á este severo y grandioso espectáculo (5) del ridículo probable que le amenazaba. Tal fué, según mi sentir, la causa eficaz y determinante de la publicación del *Anti-Quijote*, y de allí nació la idea generadora del argumento de este libro.

(1) Como después sucedió con las fiestas consagradas á Nuestra Señora del Pilar, que entonces no se conocían.

(2) *Forus Conceptionis Beatæ Mariæ Virginis et Sancti Georgi.* (Joannes Secundus, Calatajubii, 1461.)—*Fueros, observancias y actos de Corte del reino de Aragón:* Zaragoza, 1866; en folio.

(3) *Ordinaciones del Capítulo y Cofradía de caballeros y hijosdalgo so la invocacion del glorioso mártir y patron San George:* Zaragoza, herederos de Pedro Lanaja, 1675; en folio, págs. 30 y siguientes. Ordinaciones de la justa. El arnés, ó sea el premio de honor, lo costeaba la Diputación del Reino.

(4) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* cap. LII y último de la primera parte, cap. IV de la segunda parte.

(5) Ultima manifestación histórica de la antigua caballería andante y militar del reino.

El lector recordará que Avellaneda, desde el capítulo I de su obra, prepara el ánimo de su héroe á la realización de la aventura anunciada por Cervantes: á este propósito, y para que la promesa no se cumpliera, le pone inmediatamente en camino, y mediante una paliza estupenda que le propina el guarda de un melonar, le impide llegar á tiempo de ejecutar sus belicosos deseos. Cuando Don Quijote arriba á Zaragoza, se halla con las fiestas ya fenecidas y casi puestas en olvido.

D. Alvaro Tarfe, á quien por una feliz coyuntura encuentra Sancho Panza, libra á Don Quijote de sus prisiones, y además le facilita el trato y comunicación con la gente más granada de la ciudad, que á porfía compiten en obsequiar y seguir el humor á tan ilustre y renombrado personaje.

D. Alvaro invita á su huésped, no á una justa real, sino á otro ejercicio más en armonía con la situación moral y física del hidalgo manchego: á una sortija, la que, gracias á su participación en ella, se convierte, como era de esperar, en una verdadera pantomima (1). Don Quijote, sin lograr hacer suerte de provecho, obtiene graciosamente un premio señalado; y Don Carlos, juez del certamen y personificación de la aristocracia aragonesa, agasaja al vencedor con un espléndido banquete. Si sus comensales gastan con él alguna broma, todas son de bonísimo gusto y completamente inofensivas. En resumen, el Ingenioso Hidalgo, al partir de Zaragoza, podía asegurar que los aragoneses sabían regalar y honrar á sus huépedes, si bien no gustaban de burlas que pudieran redundar en menoscabo y desdoro de sus fiestas y tradiciones seculares.

Cervantes recibió la lección y se dió por enterado cuando convino al plan de su novela. En el cap. LIX, al referir Don Juan al legítimo Don Quijote que su contrahecho homónimo se había hallado y tenido parte en unas carreras de sortijas celebradas en la capital aragonesa, respóndele en estos términos:

«Por el mismo caso no pondré los piés en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.—Hará muy bien, dijo Don Jerónimo, y otras *justas hay en Barcelona* donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.—Así lo *pienso hacer* (2), dijo Don Quijote, y vuesas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.»

(1) «..... pues ya todos los que entraban en este número sabian..... quién era Don Quijote, su extraña locura y el fin para que salia á la plaza, pues era para regocijarla con alguna disparatada aventura.» (Cap. XI del *Quijote* de Avellaneda.)

(2) D. Diego Clemencín se sorprende de que Cervantes no volviera á acordarse de tales justas, ni aun á mentarlas siquiera en todo el discurso de su novela. ¡Quién sabe si el amargo recuerdo que las Justas del Arnés le dejaron fué la causa verdadera de este voluntario olvido!

Avellaneda había conseguido la finalidad que con su libro se prometiera; por lo demás, poco importaba ni la crudeza de la forma ni la violencia de los medios de que para ello se hubiera valido.

En las fiestas que con motivo de la beatificación de Santa Teresa de Jesús se celebraron en Octubre de 1614 en Zaragoza, los estudiantes de su Universidad organizaron una brillante cabalgata entremesada de caprichosas invenciones, á cuya cabeza marchaba jinete sobre un poderoso caballo Mateo Indalecio, hijo del doctor Francisco de Miravete (1).

Entre estas invenciones llamó la atención, causando universal regocijo, cierta especie de bojiganga que representaba á Don Quijote y su *criado* Sancho; los cuales, á vuelta de mil candorosas travesuras, entregaron al tribunal designado para la adjudicación de premios un memorial escrito en desalmados versos, precedidos del epígrafe que sigue:

«La Verdadera y segunda parte del ingenioso *Don Quixote de la Mancha,* compuesta por el Licenciado Aquesteles, natural de como se dize, bendese en donde y á do. Año de 1614 (sic).»

Sospecho que el estudiante encargado de desempeñar en la fiesta el papel de Sancho Panza es el mismo á que se refiere el vejamen citado por el bibliotecario Pellicer (2); y si bien pongo en duda que él (llamárase ó no Alfonso Lamberto) ni otro alguno de sus camaradas pusieran sus inocentes manos en la confección del libro de Avellaneda, tengo por muy cierto que supieron interpretar á maravilla los sentimientos dominantes en las aulas, aprovechando la lección autorizada de alguno de sus más queridos profesores.

De estas noticias y de los datos que nos suministran los manuscritos que disfrutó y alegó Pellicer, claramente se infiere que por el año de 1614 y siguientes el *Quijote* de Avellaneda era popular en Zaragoza; en cuya ciudad lícito es suponer también que no tendría por entonces mucha aceptación ni gozaría de grandes simpatías el libro inmortal de Cervantes (3).

(1) *Retrato de las fiestas que á la beatificacion de la bienaventurada vírgen y madre Santa Teresa de Jesús..... hizo, assí eclesiásticas como militares y poéticas, la imperial ciudad de Zaragoza.....* por Luis Díez de Aux, año 1615: en Zaragoza, por Juan de Lanaja y Quartanet; en 4.°, pág. 52. Fiesta y passeo de los estudiantes.

(2) «A Sancho Panza *estudiante*,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en rocinante.»

(Pellicer, Biografía de Cervantes que precede á su edición del *Ingenioso Hidalgo,* de 1797, tomo I. Véase también la epístola citada del Sr. Menéndez y Pelayo.)

(3) Por primera vez salió á luz de las prensas zaragozanas en el año de 1831.

Al lector curioso, y aunque no lo sea, se le ocurrirá naturalmente observar, que admitiendo como buenas las explicaciones de que se acaba de dar cuenta, no se deduce de ellas que D. Gaspar Mercader fuera el autor del *Anti-Quijote*, sino que más bien y con mejor lógica se desprende que bajo el pseudónimo Avellaneda se oculta el nombre de algún respetable varón, probablemente Doctor ó Catedrático de la Universidad cesaraugustana.

Reconozco que el argumento encierra en sí gran fuerza, y por mi parte ningún interés tengo en impugnarlo; antes bien, ingenuamente declaro que si propuse aquella atribución en favor del prócer valenciano, fué con el único intento de probar que, aun siendo manifiesta la ofensa que en el *Quijote* cervantino se infiere contra un escritor conocido, no desprovisto de protectores, ni dicha ofensa ni la enemiga de los prosélitos de Lope pudieron servir de más que de preparar medios á la acción de otras causas más poderosas y eficaces.

De todos modos, para la historia literaria lo que interesa en primer término es conocer los antecedentes que abrieron camino al proceso; los sentimientos é intereses que puestos en juego influyeron en su desarrollo; los móviles verdaderos en que se inspiró el autor del falso *Quijote*, y los fines que con su publicación se propuso conseguir: en suma, todo lo que ha sido objeto preferente de mis investigaciones.

Como remate y complemento del presente estudio, faltaba la declaración de un nombre, el verdadero del licenciado Avellaneda.

Mas desde el punto en que por el curso de mis indagaciones se demuestra que la publicación del *Anti-Quijote* no obedeció ni á intrigas literarias ni á resentimientos personales, el descubrimiento carece de interés y pierde casi toda su importancia (Apénd. *C*).

El anónimo escribió su libro bajo la influencia de causas meramente históricas; no es un émulo de Cervantes, ni tampoco un admirador apasionado de Lope de Vega: es sencillamente el intérprete, el eco fiel de las ideas y sentimientos que flotaban en el ambiente de la sociedad y pueblo en que vivía.

Hay que confesar que si por arrebatado celo se excedió en la forma de llevar á cabo su cometido, salvando la barrera que separa al escritor del detractor; que si, atento á resaltar los descuidos del ingenio ilustre á quien combatía, no echó de ver que con frecuencia salpicaba á sus lectores de torpes inmundicias, también habrá que concederle que no careció de habilidad para alcanzar á poca costa y menos peligro el resultado final que se había propuesto (1).

(1) Así se explica el cuento del loco de Sevilla, mencionado por Cervantes en el prólogo de su segunda parte del *Quijote*, que tanto dió en que entender á sus comentadores Clemencín y Hartzenbusch.

Hinchó su libro con la ponzoña que los contrarios de Cervantes habían vertido; deslumbró á la crítica con todo el aparato de una venganza literaria, y, por último, legó á la posteridad una obra que propios y extraños al presente miran como un problema sin solución posible.

APÉNDICE A

Del contexto del cap. XXV de la primera edición del *Quijote* se desprende que Cervantes algo había escrito, ó mejor, pensaba escribir, acerca de la pérdida y hallazgo del rucio, puesto que en dicho capítulo aparece Sancho desposeído de su cabalgadura y recordando á Don Quijote la promesa de la libranza pollinesca; sin duda, esperando Cervantes la producción de Mateo Alemán, para mejor acoplar á su designio el relato de estos incidentes, le sorprendió la impresión de su obra, y tuvo que dejar para la edición segunda de Cuesta la realización del plan que se había propuesto.

En la segunda parte del *Quijote,* con la mayor naturalidad, atribuyó á descuido del impresor «ó falta de la emprenta (1)» el no haberse incluído estos pasajes en la edición príncipe de la primera parte; pero, y las siete incongruencias ó contradicciones que con esta adición resultaron, ¿serían también faltas ó descuidos de los impresores?

Aconsejándose con la más elemental reserva, no debía ni podía dar Cervantes otro género de explicaciones. Harto suficientes eran para los lectores discretos y avisados; mas para los no comprendidos en este número, ¿qué podía decirles, sino que muy ciego es el que no ve por tela de cedazo?

APÉNDICE B

Ginés de Pasamonte es uno de los pocos personajes secundarios del *Quijote* que intervienen en su primera y segunda parte.

Propúsose, sin duda, con ello Cervantes enlazar más estrechamente la acción general de su fábula en sus dos divisiones fundamentales; interesábale también desorientar á sus émulos, presentando de nuevo al misterioso galeote desligado de la doble representación que en la primera parte ostentaba.

Mas paréceme observar que algo de extraño se esconde todavía con la presencia de Ginés en la segunda parte del *Quijote:* no sé si será alucinación mía ó malicia de Cervantes; pero cuando veo á maese Pedro declarar á deshora:

(1) Caps. IV y XXVII.

«¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felizmente su carrera y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol..... (1),»

se me ocurre preguntar: ¿estas últimas palabras no estarían puestas con mucha propiedad en boca del señor Heredia, el célebre representante?

Sería curioso que el autor de una compañía de título se hubiera transformado en el director de una tropa de títeres, y el caso nada tendría de particular por cierto. El improvisado titiritero representaba ante Don Quijote la libertad de Melisendra por Don Gaiferos, y Lope de Vega, en una carta de 9 de Noviembre de 1608 dirigida al Conde de Saldaña, refiriéndose al actor Heredia, escribe lo siguiente:

«La viuda de Sanchez es ya de Heredia. Persuádenla que se case y dice: que venga el señor Gaiferos á libertarla (2).»

¿Tendría la Melisandra del señor Heredia el mismo trágico fin que la del retablo de maese Pedro?

Por lo visto, no se había curado Cervantes por completo de su afición á los sinónimos voluntarios.

APÉNDICE C

Una conjetura.

En el año de 1614, fecha de la publicación del falso *Quijote* y de las fiestas celebradas en honor de Santa Teresa, era Rector de la Universidad de Zaragoza el Canónigo de la Metropolitana D. Martín Carrillo; escritor fecundo, hombre activo é influyente, que se distinguió, entre varias cosas no pertinentes á nuestro asunto, por sus aficiones á Lope de Vega, así como por la enemistad que profesó á Bartolomé Leonardo de Argensola (3).

Según colijo, por acuerdo común de algunos personajes de importancia, debió haber recibido poco tiempo antes el encargo de buscar sujeto idóneo para escribir el libro de que tanto nos hemos ocupado y para los fines que también dejamos expuestos.

(1) Segunda parte del *Quijote*, cap. XXVI.

(2) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española: Madrid, 1890; en folio, tomo I. Biografía.

(3) Carrillo desempeñó durante diez años la cátedra de Decreto en la Universidad de Zaragoza. Véase á Latassa, *Biblioteca Nueva de los Escritores aragoneses*, tomo II, número 314.—*Elogios de mujeres insignes del Viejo Testamento:* Huesca, P. Bluson, 1627; en 4.°—*Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola*, coleccionadas por el Conde de la Viñaza: Madrid, 1889; dos tomos en 8.°

A Carrillo le parecería sumamente á propósito la persona de su protegido D. Vincencio Blasco de Lanuza, que andaba buscando ocasiones de hacerse acepto al Consistorio de Diputados y á otros graves señores de gran cuenta (1), á fin de prevenir en su favor el nombramiento de Cronista del Reino; oficio que ambicionaba bajo la solícita amistad de D. Martín Carrillo (2).

El Dr. Blasco, es de suponer, no tendría inconveniente alguno en aceptar una comisión que, inspirada en móviles patrióticos, tan de lleno encajaba en el plan de sus aspiraciones. Por su parte, Carrillo no dejaría de recomendarle que defendiera el crédito y opinión de Lope de Vega (3) en contra de las acusaciones de que había sido objeto en el *Ingenioso Hidalgo* de Cervantes; y creo no necesitaría esforzar mucho su recomendación, puesto que á Blasco convenía presentar la conducta de Cervantes todo lo más odiosa que le fuera posible, ya como justificación de su invectiva, y ya también para paliar el secreto impulso que movía su pluma á las miradas de los indiscretos é indiferentes.

Blasco de Lanuza fué realmente un escritor de mérito; teólogo de profesión y sumamente versado en estudios eclesiásticos, sus inclinaciones le llevaron por otros derroteros: la historia, la poesía latina y castellana, la literatura, tales fueron las artes que cultivó con cariñosa predilección durante toda su vida. Escritor fácil, de estilo llano, algunas veces desaliñado y seco, pero siempre natural y claro; en una palabra, Blasco de Lanuza reunía todas las cualidades y aptitudes literarias que se revelan en el autor (4) que escribió el *Quijote* de Avellaneda.

En el año de 1615 presentó su candidatura á la plaza de cronista, vacante por muerte del Dr. Llorente. Después de una elección muy disputada, fué proveído el cargo en el eximio escritor Bartolomé Leonardo de Argensola, que para salir triunfante de su competidor necesitó de los altos y merecidos prestigios de que su nombre venía rodeado, y además de muchas y poderosas influencias (5).

(1) Con este objeto había presentado á la Diputación alguna muestra de los estudios históricos que estaba realizando acerca de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II; para D. Francisco de Aragón, Duque de Villahermosa, escribió la *Vida* de su progenitor D. Alonso, Conde de Ribagorza é hijo natural del Rey D. Juan II. *(Historias eclesiásticas,* tomo II, lib. I, cap. XXXIII.)

(2) Latassa, *Biblioteca Nueva*, tomo II, núm. 271.

(3) Lope correspondió á tamaña fineza dedicándole en el *Laurel de Apolo* un elogio tal, que por lo hiperbólico no me atrevo á reproducirlo.

(4) Cervantes afirma que está escrito en lenguaje *aragonés* el libro de Avellaneda.

Blasco de Lanuza se precia de escribir en el lenguaje corriente que se usaba en Zaragoza:

«No me pongo yo á disputar cuál de las ciudades de España habla con más elegancia; pero tengo por cierto que el lenguaje de Zaragoza y el que en ella usamos es de los muy suaves y de los que con más propiedad, compostura y modestia declaran lo que pretenden de cuantos hay en toda ella. En el cual irán escritos mis libros.....» *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*, tomo II, prólogo: Zaragoza, J. de Lanaja, 1619; en folio.

(5) Segunda parte de los *Progresos de la Historia en Aragón*, por el Dr. Juan F. Andrés de Uztarroz. Manuscrito de la Academia de la Historia, *Los Cronistas de Aragón,* por el Excmo. Sr. Conde de la Viñaza: Madrid, 1904.—*Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, Duque de Villahermosa:* Madrid, 1894; en 8.º

Pocos días después el Consistorio dirigió una afectuosa carta al Dr. Blasco; y en prueba de lo mucho que estimaba sus talentos y servicios, le confió la delicada misión de contestar á los erróneos juicios que algunos historiadores, en particular Antonio de Herrera (1), habían propalado en contra de la honra y fidelidad del Reino; encargo que desempeñó satisfactoriamente con la publicación del tomo II de sus *Historias eclesiásticas y seculares* (2).

Por causa de sus estudios había residido algún tiempo en Valencia, en cuya ciudad es muy probable que tuviera ocasión oportuna de conocer y admirar al gran dramaturgo Lope de Vega. De Valencia pasó á continuar su carrera á Salamanca; la ruta que el Don Quijote hechizo siguió desde su salida de Zaragoza hasta su encerramiento en el Nuncio de Toledo, debía ser muy conocida para un estudiante aragonés que hubiera cursado algunos años en las escuelas salmantinas.

No es posible desconocer que el licenciado Avellaneda poseía una educación esencialmente eclesiástica: así lo demuestran sus citas y sus aficiones.

Los cuentos que á imitación y en competencia de las novelas del *Quijote* de Cervantes inserta en su argumento, van enderezados á fines puramente religiosos, según como tales estímulos se entendían en aquellos tiempos: á cada uno acompaña su tema (3), que lo mismo pudiera dilucidarse en un sermón ó plática que en una historieta.

A alguno se le ocurrirá sospechar que bien pudiera ser Blasco de Lanuza, familiar y protegido de D. Francisco de Aragón, Duque de Villahermosa, aquel *grave* eclesiástico que figura en el cap. XXXI de la segunda parte del *Quijote*, y contra quien Cervantes dispara tan furiosa andanada antes ya de que el buen eclesiástico tuviera tiempo de decir «esta boca es mía.» No me resuelvo á formular opinión alguna acerca de este extremo particular, que dejo íntegro á la prudencia y discreción de mis lectores.

Concluiré estas breves observaciones haciendo notar que entre el estilo y lenguaje de Blasco de Lanuza (4) y el de Avellaneda se advierten notables afinidades y semejanzas, teniendo en cuenta la diferencia esencial que existe entre una historia grave y una menguada diatriba.

(1) «No uso de grandes rodeos ni de muchedumbre de palabras; oprobios no son admitidos en mis obras; la verdad y la modestia son el fundamento, ó por mejor decir, el nivel y regla de los escritores cristianos. Guárdolas en todas mis obras sin agravio particular de los autores, y si alguna vez reprendiendo ó respondiendo nombro alguno, sabe Dios que es negocio forzoso y inexcusable..... porque se me ha mandado que lo hiciese y era fuerza hacerlo.» Prólogo citado.

(2) El tomo primero se publicó después del segundo, en 1622.

(3) A mayor abundamiento, el cuento del *Rico desesperado* lleva su tema en latín y en castellano.

(4) Blasco abandonó la forma *á la que*, que en algunos casos sustituyó con el modismo *á lo que*.

Plancha de plata esmaltada, premio de la Real Maestranza de Zaragoza en el Certamen.

ESTUDIO SOBRE EL «QUIJOTE»

FUNDAMENTO RELIGIOSO-PSICOLÓGICO DE SU GRANDEZA Y POPULARIDAD

POR

D. JUAN MARÍN DEL CAMPO

TRABAJO PREMIADO CON LA PLANCHA DE PLATA DE LA REAL MAESTRANZA

LEMA

¡Felicidad! Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

(SELGAS, *Flores y espinas.*)

I

«El *Quijote* es para los literatos lo que la *Summa* de Santo Tomás para los filósofos y teólogos; es un arsenal con toda clase de pertrechos y paramentos para el arte del buen decir. Allí nunca se acaban los giros nuevos del lenguaje, ni fenece la elegancia del estilo, ni la sutileza se quiebra, y la gracia desafeitada campa en trenza y en cabello sin estar pagada de su hechizo y desenfado. Allí la invención tiene su casa solariega, y los caracteres están copiados del natural con gallardía, sin pusilanimidad ni amaneramientos; allí la trave-

Sr. D. Juan Marín del Campo, premiado con la placa de la Real Maestranza.

sura del genio tiende todas sus redes, y la imaginación hincha todas sus velas, y la memoria enciende todos sus faros, y el entendimiento, como piloto de la nave, no deja á tiempo ni á deshora de mirar al cielo.»

Con estas bellísimas palabras da comienzo el clásico Jiménez Campaña á uno de los elogios más majos y más garridos que del *Quijote* se han escrito (1). Pero el recuento más minucioso y nimio de tantas grandezas como en este maravilloso libro se atesoran, es trabajo baldío por demás si al empeñarse uno en tal labor intenta por ventura apoderarse de la rica esencia que embalsama las páginas de tan peregrina historia, ó describir la ingente fecunda virtud que da vida perdurable á este libro inmortal. ¡Empresa para nadie guardada! ¡Secreto que todavía no ha sido á los hombres revelado, como no ha sido revelado el secreto de las obras del Creador! Porque, como atinadamente dijo á este propósito desde la Sagrada Cátedra uno de los Obispos más sabios que en España han sido, esta esencia y esta virtud son un «ideal misterioso que nadie se ha atrevido á definir, que á todo se parece y á nada se adapta; y el hombre pensador que lo contempla, al verse perdido en su estudio, encuentra mejor renunciar á su inteligencia y dejarse transportar del placer y del entusiasmo. Su tipo existió tan sólo en la mente de Cervantes; y para juzgar del parecido, era necesario disponer de su inteligencia. ¡Cuán cierto es lo que dice San Agustín, que la palabra, á pesar de ser lo más apto para significar, no es bastante á expresar el verbo interior que la mente concibe! (2).»

Aquellos ricos diamantes y perlas preciosísimas de que están cuajadas como de rocío abundoso las frescas y gentiles hojas de este libro, no son la verdadera corona y la gloria y la palma del *Quijote*. Esas preseas que hemos mentado no son más que aristas leves, como dice el cervantista Asensio; aristas que caían en la llama del ardiente ingenio de Cervantes, y allí cobraban vida verdadera, saliendo á luz transformadas, brillantes, deslumbradoras (3). El mérito de la gran novela no consiste tampoco en la magnificencia y en la galanura y gentileza de su riquísimo lenguaje. El cual no es más que regio manto castellano «que con sus elegantes pliegues aumenta y pone de manifiesto los méritos de la estatua que envuelve; atmósfera clara y embalsamada que rodea lo mismo á los personajes que los lugares descritos en la fábula;

(1) Jiménez Campaña, *Panegíricos y discursos originales:* Madrid, Imprenta Moderna, Caños, 4, 1903; pág. 316.

(2) Oración fúnebre que por encargo de la Real Academia Española y en las honras de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles pronunció en la iglesia de Religiosas Trinitarias de Madrid, el día 23 de Abril de 1879, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, Obispo de Salamanca.

(3) *Cervantes y sus obras*, por D. José María Asensio: Barcelona, F. Seix, editor, 1902; pág. 113.

sol espléndido que alumbra las descripciones, vivifica la narración y baña con tintas risueñas toda aquella creación de la fantasía (1).» Despojad al *Quijote* de ese rico y magnífico manto castellano; envolvedle en los pliegues de cualquier extranjera lengua, y veréis (como lo estamos viendo en todo el mundo) que con la misma afición y con el mismo cariño y entusiasmo que en España es también acogido y aplaudido y venerado en las márgenes del santo Tíber ó del turbulento Sena, del frío Támesis, del nebuloso Rhin ó del Missisipí caudaloso (2).

«Por él, en Orán, en Flandes,
En las lomas de los Andes
E las playas de Luzón,
Don Quijote y Sancho son

(1) Ibid., pág. 180.

(2) «Si el interés de la donosísima novela no se agota; si las ediciones de ella se repiten; si no hay literato que no se sienta en la necesidad de manifestar la personal impresión que ha podido ocasionarle su lectura; si los artistas pugnan por ilustrar sus tipos y sus escenas con selectos trabajos; si cada día que pasa es mayor el número de los admiradores de Cervantes, débese en mucho á los esfuerzos de la crítica filosófica.» *(Cervantes y el Quijote,* estudios críticos por Francisco Tubino: Sevilla, 1872, imprenta de *La Andalucía*, pág. 209.)

Cita á continuación Tubino los nombres de los más principales cervantistas nacionales y extranjeros enamorados del *Quijote,* como Gayton, Jarvis, Bowle, Dunlop, Coleridge, Ticknor y Robertson, entre los ingleses y norte-americanos; Florián, Viardot, Germond de Lavigne y Emilio Chasles, en Francia; Bonterweck y Schlegel, en Alemania.

¿Por qué no citará entre los franceses á Chateaubriand? ¿Por qué no cita al gran Gustavo Doré, egregio cervantista que con su lápiz inmortal ha hecho uno de los más grandiosos comentarios del *Quijote*, y es uno de los ilustres franceses á quienes precisamente está dedicado el libro de Tubino?

Además de los autores citados por este juicioso cervantista, merecen ser citados también, con palabras de mucha alabanza, los ingleses Wats, Duffield y Fitzmaurice-Kelly; el sueco Lidforss; los portugueses Pinheiro Chagas, Bretón y Vedra, Barroso y Acevedo; los rusos Jovkobski, Karebin y Masalski; los holandeses Brockhnyssen, L. van der Bosch, Weyermann y Schuller, y los italianos Francionini Fiorentino, Bartolomeo Gamba, Giovachivo Mugnoz, Jusepe Matto, juntamente con otros cervantistas de todas *las naciones políticas,* como diría Cervantes, de América y Europa. Baste decir, para rastrear la universal popularidad del *Quijote,* que en la incomparable *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes,* que es uno de los principales monumentos levantados en honra del *manco sano*, describe minuciosamente el diligentísimo Ríus nada menos que 647 ediciones del *Quijote;* conviene á saber: 212 españolas, 158 francesas, 130 inglesas, 51 alemanas, 20 italianas, 20 rusas, 16 holandesas, 8 suecas, 6 húngaras, 5 portuguesas, 4 polacas, 3 catalanas, 3 danesas, 3 bohemias, 2 griegas, 2 servias, 1 rumana, 1 croata, 1 finlandesa y 1 en turco.

Ríus no catalogó, sin embargo, todas las ediciones existentes hasta 1895, sino únicamente las que conoció, ó aquéllas de que tenía noticia ó referencias. Mas con posterioridad al citado año de 1895, en que se publicó aquella admirable *Bibliografía*, cuyo tercer tomo está próximo á publicarse al escribirse estas líneas, se han publicado nuevas y muchas ediciones del *Quijote* en todas partes.

Véase mi artículo intitulado *Un arbitrio,* que va inserto como *Apéndice* á continuación de estas notas; *Apéndice* que dedico especialmente al Ateneo de Zaragoza, suplicando de todas veras á tan respetable Corporación que se digne patrocinar y hacer suyo el proyecto que en dichos apuntamientos se expone.

Conoscidos por do vamos;
Nos nombran en el camino,
Y al caballo y al pollino
Que montamos (1).»

Los nombran, efectivamente, en todas partes; y más conocidos son y más renombre tienen que los personajes del *Paraíso perdido*, de la *Divina Comedia*, de la *Eneida*, de la *Jerusalén libertada*, y de la *Odisea* y de la *Iliada*. Más vida tienen Don Quijote y Sancho, con ser el amo loco y el escudero simple, que todos los héroes de Sófocles y de Shakespeare, de Lope y Calderón, de Schiller, de Tamayo y de Manzoni (2); y con colores más vivos y más plásticamente están grabados en nuestra memoria los dos inmortales personajes cer-

(1) Hartzenbusch, *Epístola de Don Quijote en rancio lenguaje caballeresco, enderezada al muy respetable público matritense.*—Esta donosa epístola comienza del siguiente modo:

«Caballeros é donceles,
Dotos rancios é noveles,
Regalonas doncellicas,
E vos la de aguja y plancha,
E tú que adobas gigote,
Vos escribe Don Quijote
De la Mancha.»

Mas ¿quién se resiste ya á copiar algunas otras décimas, por ejemplo, las dos siguientes, que son tan graciosas y tan bellas? Helas aquí:

«Honrais con farta razon
Al perínclito varon
Cuyo bulto de metal
Reverencian por igual
Congreso é Medinaceli,
Cuando quitado el bonete
Saludan á *Cide Hamete*
Benengeli.»

«El orbe señala entero
A mi Duque y mi ventero,
Al bien mal parado Andrés,
Al bizco infame Ginés,
Maritornes tuerta é fea,
Los hábitos de Luscinda
E las trenzas de la linda
Dorotea.»

Ni una sola vez paso por ante la mezquina estatua que Cervantes tiene en la plazuela de las Cortes, en Madrid, sin recitar estas donosas décimas de Hartzenbusch, las cuales vienen por sí solas á mi memoria y á mis labios. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas (dice en sus *Girondinos* Lamartine): prestan su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa si no se expresa con esa lengua de la inmortalidad!

(2) «Ante este libro huyen dispersos como rebaño de ovejas, de la lanza de Don Quijote, desde los lúbricos trovadores provenzales, hasta Lord Byron y Enrique Heine; desde las meretrices de Ovidio, hasta las cortesanas de Zola; desde la poetisa de Lesbos, que despreciada por Faón atenta contra su vida, hasta los novísimos noveladores y dramaturgos que coronan por suicidas á sus héroes. Y mientras tales desdichados ingenios huyen y se ocultan en las sombras de los pasados siglos, paréceme que Homero tiende al paso de Cervantes su clámide griega, que Virgilio se le inclina, que Dante le sonríe, que Tasso le aplaude y que Lope y Calderón, y Tirso, y Moreto, y Hurtado, y Solís, y Góngora, y Espinel le doblan reverentes la rodilla, diciéndole al pasar: «Dios te salve, Príncipe.» (Jiménez Campaña, obra citada.)

vantinos que la mayor parte de los personajes más excelsos de la misma historia. ¡Maravilloso y estupendo fenómeno! La historia del obscuro hidalgo y del pobre y rústico labrador de un lugar de la Mancha, ha eclipsado á todos los grandes poemas en donde se cantan las hazañas y gestas de los héroes y de los dioses, la fundación, la conquista ó la ruína de los imperios.

Delicia es el *Quijote* de los doctos, pasatiempo de pechos melancólicos y mohínos, encanto y recreo del indocto vulgo; y en todas *las naciones políticas del mundo* encuentra siempre corazones que le quieren, talentos que le estudian, manos amigas que le manosean. «Es—dice el P. Cayetano—quitapesares de toda malaventura, solaz de todo descanso, antídoto de toda tristeza. Recrea á los doctos con la profundidad de las sentencias; regala á los gobernantes con sus máximas sapientísimas; deleita á los literatos con lo selecto de la frase; alegra al anciano con la amenidad de los sucesos; transporta al niño con lo maravilloso de las invenciones, y á todos divierte con la abundancia de su chiste, con la finura de su sátira, con lo honesto de sus donaires. ¡Ingenio felicísimo, señores, el de nuestro Cervantes! Y bien podemos decir que si nuestros escritores han sido y son nuestras delicias, Cervantes ha sido, es y será siempre las delicias de nuestros escritores (1).»

No hay en la universal república de las letras libro alguno á quien mejor que á éste le cuadren los garridos elogios que Cicerón en su deliciosa prosa hacía de las bellas letras: *Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, contrariis perfugium et solatium præbent; delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur* (2); de las cuales bellísimas palabras son resonancia aquellas otras que decía el Bachiller Sansón: «Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen: *allí va Rocinante.* No hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y del menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico (3).»

«Yo apostaré—dijo Sancho—que antes de mucho tiempo no ha de haber

(1) Oración fúnebre que por encargo de la Real Academia Española, y en las honras de Miguel de Cervantes y otros ingenios españoles, pronunció en la iglesia de Religiosas Trinitarias de Madrid, el 29 de Abril de 1867, el Presbítero D. Cayetano Fernández, del Oratorio de San Felipe Neri de Sevilla y Académico de número electo.

(2) Cicerón, *Oratio pro Archia poeta.*

(3) Capítulo III de la segunda parte del *Quijote.*

bodegón, venta ni mesón ó tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas (1).»

En resolución: estos triunfos y victorias del *Quijote* sobre todas las epopeyas literarias y sobre todas las obras maestras del ingenio humano, y á pesar de las faltas y sobras, dormitaciones, descuidos, imperfecciones y yerros de Cervantes, prueban, convencen y persuaden que la novela inmortal es más que novela, más que poema y más que epopeya; porque, como ya confiesan de consuno todos los hombres pensadores que han meditado sobre las causas de la universal popularidad de este libro, el *Quijote* es la novela de todo el mundo, es el poema del hombre, es la epopeya del corazón humano, en donde cada cual puede contemplar á todas horas su retrato, y es, finalmente, abreviada historia y cifrada filosofía de la humanidad desterrada del Paraíso. Y por eso, al través y sobre los chistes y burlas, risas y donaires, cuentos, refranes, episodios, invenciones y juegos de la inmortal novela, flotan perennalmente misteriosos efluvios de tristeza y se dibujan siempre en todas las escenas y paisajes risueñas tintas de poética melancolía:

Medio de fonte leporum,
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat (2).

(1) Capítulo LXXII de la segunda parte del *Quijote*.

«Es verdad y no lo puedo negar (dice en su despecho el fingido Avellaneda): por doquiera que he pasado no se trata ni se habla de otra cosa en las plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas hoy, si no es de Don Quijote de la Mancha.

»¡No creería tal vez Aliaga llevar á cabo una obra meritoria, aspirando á que resonasen mil víctores á su ingenio en sitios vedados á la plebe, en las casas de los consejeros, ministros y oficiales, en las celdas de los religiosos de campanillas y en los palacios de los próceres; á distraer al vulgo con sucesos de un falso Don Quijote, para que fuese olvidando la salpimienta del verdadero, á injuriar y desautorizar á Cervantes?» (A. Fernández-Guerra, *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina:* Madrid, Rivadeneyra, 1864.)

(2) Lucrecio, 4, 1115. La dolencia del hidalgo—dice Tubino—tiene su nombre especial, que es *melancolía,* afección que se encuentra en casi todos los héroes y heroínas de Cervantes, puesto que toman este tinte del pintor que los traza, sujeto también á esta enfermedad ó pasión propia de los estudiosos, de los poetas, de los corazones ardientes y generosos y de las almas enamoradas de la belleza, de la virtud y de la verdad. (Tubino, *El Quijote y la Estafeta de Urganda:* Sevilla, 1862, pág. 144.)

¿Cómo habían de faltar esas risueñas tintas ó ese cielo de poética melancolía en el *Quijote*, que es la obra de arte más primorosa del mundo? Óiganse ó léanse las siguientes sentencias bellísimas y profundas de uno de los genios más grandes que han cruzado la tierra, del sublime Balmes, que, dicho sea entre paréntesis, fué siempre uno de los más *amigos* de Cervantes y de los más amantes y apasionados del *Quijote*, cuya lectura tantas veces templaba la rara fiebre que á nuestro Balmes le minaba y consumía.

«Nuestra alma tiene en verdad el carácter de desterrada: solamente la afectan vivamente objetos tristes; y hasta los que andan acompañados de la bulliciosa alegría, necesitan de hábiles contrastes que les comuniquen un baño de tristeza. Si la hermosura no ha de carecer de su más hechicero realce, menester será que fluya de sus ojos una lágrima de angustia, que oscile en su frente un pensamiento de amargura, que palidezcan sus mejillas con un re-

II

La contemplación de la hermosura de la Naturaleza nos encanta, porque en ella vemos destellos y reflejos de la eterna Hermosura increada y creadora. Los genios inmortales, los libros peregrinos, mágica y poderosamente también nos hechizan por ser como centellas de Aquél que dijo: «Yo soy la luz del mundo,» y es foco infinito de toda verdad, de toda ciencia, de toda sabiduría. Y donde quiera que vemos estampada la huella del Señor, allí se nos va el corazón y el alma entera, la cual es *naturalmente divina,* si es lícito variar de esta manera el famoso dicho del sabio Tertuliano. «Nos hiciste, oh Señor, para Tí (exclamaba San Agustín), é inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse y repose en Tí.» El hombre es de estirpe divina; pero no embargante su linaje y no embargante el destino inmortal para que ha sido criado, vive como un hijo de reyes desterrado y preso, pagando y expiando grandes crímenes en el destierro y en la cárcel. Así nos lo enseña con toda claridad y con toda verdad la religión católica, y también lo enseñan, ó cuando menos lo dan á entender muy claramente, todas las teogonías de las mismas falsas religiones y todas las tradiciones y monumentos más antiguos de la humanidad, archivados, para dar testimonio de verdad, en los anales de la Historia y de sus ciencias auxiliares.

Pero príncipe desterrado el hombre; vástago real lleno de muchas miserias y condenado á muerte, lleva siempre estampado en su corazón el sello de su regia estirpe celestial, y late siempre en el fondo de su alma el conocimiento ó el presentimiento del destino inmortal para que ha sido criado. La añoranza de la casa paterna, la nostalgia de una vida inmortal y feliz, es enfermedad endémica en todo el mundo, en todos los hogares, en todos los corazones.

cuerdo de dolor. Las aventuras de un héroe, ¿han de excitar vivo interés? La desdicha ha de ser su compañera, el llanto su consuelo; la recompensa de sus méritos, la ingratitud y el infortunio. Un cuadro de la naturaleza ó del arte, ¿ha de llamar fuertemente nuestra atención, embargar nuestras potencias, absorber nuestra alma? Necesario es que vague entonces por nuestra mente un recuerdo de la nada del hombre, una sombría imagen de la muerte; sentimientos de apacible tristeza han de brotar en nuestro corazón; necesitamos ver el color rojizo que distingue algún monumento en ruínas, la cruz solitaria que nos señala la mansión de los muertos, los paredones musgosos que nos indican los restos de la antigua morada de un grande que pasó algunos instantes sobre la tierra y desapareció.....

»Las bellas letras y las bellas artes se alimentan de antiguos recuerdos; hallan el manantial de sus maravillas en elevados pensamientos, en cuadros grandes y sombríos, en sentimientos profundos y melancólicos.....» (Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. 38.)

«¡Felicidad! Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.»

Siempre, siempre está soñando el hombre con esta felicidad; pero sus sueños siempre se estrellan contra los muros de su cárcel, siempre se enredan con las duras y pesadas cadenas que le amarran, y jamás pueden salvar en este mundo las estériles altas rocas del valle de lágrimas en donde cumple terrible condena de prisión y de destierro. A pesar de lo cual, nunca se desvanecen aquellos ensueños; nunca mueren, aunque por ventura se marchiten, las ilusiones; jamás se apagan en el corazón los idealismos.

Siempre será, pues, idealista el hombre: ó á la manera de Don Quijote, enamorado fino y caballero andante de la verdad, de la bondad y de la belleza, ó á la manera de Sancho Panza, que es también soñador é idealista, pero cuyo ideal, que es de más bajo metal que el de su señor, se cifra en personales medros y en favorables mudanzas de fortuna, aunque el mismo Sancho tenga barruntos y algo más que barruntos de la locura del hidalgo, y de que el servir á tal amo no es camino que lleva al logro de los deseos que al escudero tan aína le acucian. ¡Cuán cierto es que el hombre vive siempre en perpetua lucha y constante contradicción consigo mismo!

No solamente, pues, en Don Quijote, sino también en Sancho, ó, por mejor decir, en Sancho y en Don Quijote juntamente, está dibujada admirablemente y compendiada toda la historia del linaje humano: su naturaleza, su estirpe, su caída, su expiación, sus destinos.

El dogma cristiano de la caída del hombre y de su expiación aquí en la tierra, es el más profundo y oculto fundamento en que estriba toda la colosal grandeza de este monumento inmortal; porque esa hambre y sed de justicia en Don Quijote, esa inquieta comezón y ambición en Sancho, ese afán de felicidad, ese idealismo, en fin, que tanto al caballero andante como al escudero les hostigan, y que siendo el alma de la novela es también el alma y la vida de uno y otro, no embargante ser dos hombres tan diferentes en educación y en entendimiento, en pensamientos, en gustos y costumbres; ese afán, digo, ese anhelo, ese desasosiego y esa angustia, son testimonio universal y perenne de aquel dogma; testimonio que da el alma de su glorioso origen, de

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

su triste caída y de su destino inmortal, ó por decirlo todavía más compendiosamente, de su principio y de su fin, que es Dios. El *Quijote* nos embelesa y nos hechiza á todos consciente ó inconscientemente, porque todos los hombres nos vemos de algún modo retratados en ese idealismo de Don Quijote y Sancho, en sus afanes y luchas, en sus caídas, en su vencimiento, en sus esperanzas y en el desengaño ó pesar que les abruma al tornar á su aldea, y en el seno del cual vuelven á retoñar nuevas ilusiones, que sólo fenecen cuando Alonso Quijano *el Bueno* entra en agonía. Y entonces hasta las mismas sombras de la muerte iluminan melancólicamente desde el sepulcro de Don Quijote las serenas encantadas páginas de tan maravillosa historia.

Pero la gran maravilla artística cuyo secreto no ha sido revelado y cuya esencia se escapa siempre por entre las redes del análisis, la gran maravilla artística del *Quijote* resplandece y brilla y campa bizarramente en el modo inefable con que sin pretender Cervantes retratar al hombre ni enseñarnos al vivo su historia y su retrato como en espejo fidelísimo, ni escribir de teología, ni exponer ningún dogma, ha logrado realizar, como por arte de encantamiento, el prodigio de enseñarnos tan dulce y fácilmente el difícil estudio del hombre, y encaminarnos así, como por la suave fuerza de las cosas y como por milagro del arte, al conocimiento de aquellas altísimas verdades. Y todo esto lo ha logrado Cervantes, haciendo con tan difícil facilidad, tan magistral y al mismo tiempo tan gustosa y práctica anatomía del mundo y del corazón humano, que no hay sino estudiar con atención y despacio, leer, releer y saborear la gran novela, para conocer perfectamente el carácter del alma humana. Y presupuesto este conocimiento, fácilmente se sube luego por la escala de la meditación y de la lógica á la contemplación del dogma de la caída y de la expiación, y á las altas razones que justifican las eternas aspiraciones del alma humana; ciencia verdaderamente alta y profunda, que como jugando y con deleite se comienza á enseñar y se va aprendiendo en el *Quijote*, como no se enseña ni se aprende en las páginas de ningún libro de imaginación entre los más famosos y principales de la universal república de las letras.

Digamos, pues, que el *Quijote* es obra de arte insuperable y libro de filosofía. Y es libro de filosofía, no porque la filosofía haya sido nunca el blanco de Cervantes al escribir el *Quijote*, sino porque, como hemos visto, anida misteriosamente la más alta filosofía en el fecundo seno de la sublime belleza artística del poema. El objeto de la filosofía es la verdad; el objeto del arte es la belleza. Pero con tan hermanable afecto se entrelazan la bondad, la verdad y la belleza en el país del heroísmo, de la sabiduría y del arte, que jamás caminan solitarias por estas regiones aquellas tres gracias, sino que las tres van siempre juntas, se compenetran, se confunden mágicamente y se fu-

sionan. Leed á San Agustín, á Platón, á Balmes, á Bossuet: los torrentes de sabiduría que fluyen de las páginas de sus libros inmortales, son también torrentes de bondad y de perennal belleza, por más que el blanco á donde miraban estos genios no fuera la belleza, sino la verdad. Si, pues, los caminos de la sabiduría nos llevan como por la mano á los encantados alcázares de la belleza, también los caminos de la belleza nos llevan á la mansión de la sabiduría. Por eso el *Quijote*, obra de arte, y de arte inmarcesible, es también libro de filosofía, y de filosofía profunda, y por eso en él campan, juntamente con la belleza, la bondad y la verdad.

Es, por lo tanto, el *Quijote* libro de filosofía, aunque no á la manera de los libros en donde los sabios tratan de las más altas y profundas cuestiones filosóficas con estilo didáctico ó magistral y con todo el aparato científico de los procedimientos académicos. Y sin ser novela histórica como las de Walter Scott, Manzoni y Villoslada, allí tenemos maravillosamente compendiada la historia principal de la Humanidad, que es la historia del corazón del hombre, y á ningún otro libro humano pueden con más propiedad ser aplicadas las palabras de Cicerón, cuando decía que la Historia es testigo de los tiempos, lumbrera de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad. No es tampoco novela científica el *Quijote*, como las del popular Julio Verne, y, sin embargo, sus páginas encierran una de las ciencias que más les importa y en la que más les va á los hombres, que es la ciencia difícil del propio conocimiento. No es poema épico al estilo de los que así se llaman; pero es la epopeya grandiosa y triste de la humanidad desterrada. Dicen que es sátira, y dicen bien, pero es sátira sin hiel (1); dicen

(1) Queden archivados también como joyas en estos apuntamientos las juiciosas observaciones de Martínez Izquierdo y de Valera á cuento de la risueña musa de la bondad, inspiradora y compañera fiel de Cervantes, alma sin hiel y corazón de oro:

«La prueba más brillante de la bondad de su alma—dice el primero,—es el carácter con que supo presentar los personajes en su incomparable novela. Proponiéndose ridiculizar aficiones extravagantes, lo hace sin odio ni malignidad, de tal modo que parece que corta sin herir, y, sobre todo, no destruye ni una sola creencia sana, ni una sola idea, ni una sola afección legítima. Bajo cualquier respecto que se mire esta obra singular, claramente se descubre el propósito que al autor anima de hacerse útil á sus lectores. Por mucho que se ponderе esta propiedad, no se comprenderá todo su valor: la intención es siempre próvida y bienhechora; *diríase que su libro está inspirado por no sé qué ingenio de caridad que nos lo hace interesante y amable, acaso más que ninguna otra de sus relevantes condiciones.*» (Martínez Izquierdo, *Discurso* citado.)

D. Juan Valera diserta sobre lo mismo del siguiente modo:

«Si se atiende á lo maltratado que fué Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y á que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra á la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra á toda criatura hecha á imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la

que es historia de burlas, pero es también el gran poema de la verdad. Es libro de regocijos y donaires, pero es misterioso manantial de perenne melancolía. Razón tenía y le sobraba al ilustre Chateaubriand cuando en sus memorias póstumas decía:

—Buscad y rebuscad por las bibliotecas; leed y releed libros y más libros, y si lográis dar con uno que aventaje, ¿qué digo que aventaje? que solamente sea igual al *Quijote*, desde ahora para entonces declaro que es vana toda mi reputación literaria. *Lisez, relisez, et si vous trouvez un livre meilleur, que je dis meilleur? seulement egal au* Quixote, *j'y consents volontiers à perdre toute mon autorite litteraire.*

A lo cual parece que contestaba Jusepe Matto en sus *Raccontos:*

atinada observación del Sr. Hartzenbusch, «son casi todas en su libro á cual más bella y discreta y merecedora de cariño, y á la que pinta ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne. Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas; pero le ayudan luego á quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres no se atreven á mentir, sino que bajando los ojos declaran humildes los apodos que llevan de la *Tolosa* y la *Molinera*. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve á Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se le paga; y en otra ocasión ofrece oraciones para que se consiga volver á la razón al hidalgo demente.» Aún nos deleita más haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro sér, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente, todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras, hasta que rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler á palos por una fatalidad de la locura misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significación altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido á la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza al oir los discretos, apacibles y muy á menudo elevados razonamientos de su señor.....

»Por lo común, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningún vicio enteramente despreciable ú odioso. Es, además, tan grande su sentimiento de la humana dignidad, que movido por él rechaza toda protección y amparo de los poderosos á los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y de contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala á todos, ya que no preste más bríos á la gente menuda. Aquellos pelaires y agujeros que mantearon á Sancho, dejaron abierta la puerta de la venta, sin temer la cólera de Don Quijote, y lo mismo hicieran aunque Don Quijote se hubiera trocado en Don Roldán ó en uno de los nueve de la fama. En fin, Juan Palomeque *el Zurdo*, al desechar con desdén la protección que Don Quijote le ofrece, se diría que responde en nombre de la plebe á todos los magnates y paladines: «Yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen.» Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia zafia y villana, sino, como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud á sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dió la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.» (Valera, *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.)*

—*Sei impossibile rivedere meigliore libello q' ei* Quixote. (Imposible cosa es, efectivamente, encontrar un libro mejor que el *Quijote.*)

Por todo lo cual es la historia del *Ingenioso Hidalgo* libro sabroso como el maná para todos los paladares: para el varón provecto, para el anciano y para el niño; para los hombres sabios y para la gente ruda; para los naturales y para los extraños; para todos los tiempos y para todo el mundo. Libro, en fin (de tejas abajo), el más hermoso, el más gallardo y discreto que se puede imaginar, cuyo nacimiento ha colmado al mundo de maravilla y de contento. Y magüer que fué concebido por el entendimiento de un anciano en una cárcel, donde toda incomodidad tuvo su asiento y donde todo triste ruido hizo su habitación, no parece sino que está tejido por las hadas de la sabiduría ó por las diestras y gentiles manos de las gracias. Y cuando acontece pensar en la región en donde debió de ser escrito, nuestra fantasía vuela más que hacia los hierros y las inclemencias de una cárcel, vuela á regiones mucho más altas y serenas, á la región luciente del sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes y la quietud del espíritu (1).

III

¿En dónde aprendería á escribir por manera tan nunca vista, ni oída, ni pensada, tan alta y peregrinamente, el cautivo de Argel, el *soldado desgarrado,* el manco de Lepanto, el aborrecido alcabalero, el sainetero pobre, el humildísimo terciario?

Y ¿por qué sin pretender Cervantes nada más que poner en aborrecimiento los libros de caballerías, salió inconscientemente de sus manos este libro tan único y tan singular en el mundo; esta obra tan sin genealogía ni parentela entre las obras literarias, aunque á todas ellas se parezca; este símbolo tan acabado y tan bello de la Humanidad; esta historia del corazón del hombre tan verídica, tan elocuente y tan gallarda y gustosa?

Siendo esto así, resulta que el *Quijote* es superior á Cervantes, puesto caso que Cervantes no conoció toda la grandeza de su propia obra cuando creía que los merecimientos del *Persiles* pasaban de vuelo á los merecimientos del *Quijote*..... Pero el *Quijote,* ¿es superior á Cervantes? Luego la obra será más que el artífice; luego el efecto será mayor que la causa..... ¿Cómo se desenreda ó se desata este nudo?

(1) Prólogo de la primera parte del *Quijote.*

Acordaos de Cristóbal de Colón. Al embarcarse en el puerto de Palos, no pensaba más que en buscar un camino para las Indias orientales; pero encontróse de repente con un nuevo mundo lleno de prestigios y maravillas, donde «los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco (1).» Dios, envuelto en el manto gigantesco de la bíblica nube, había guiado á Israel, cabe las riberas del mar Bermejo, por los desiertos del Egipto. Dios, envuelto también en la grandiosa idea que el genovés tenía de la redondez de la tierra, guiaba ahora las carabelas por las soledades del Atlántico para que descubriese Colón un nuevo mundo. ¿Sabéis lo que es un *descubrimiento* ó un *invento*? No es una cosa que busca el hombre, sino algo que de repente se encuentra el hombre sin buscarlo, y quizá sin haber jamás pensado en ello. Pues bien: al manco sano le aconteció lo mismo que al inmortal marino genovés. La pluma de Cervantes volteaba en su mano; pero Dios la encaminaba á más altas empresas que la de dar el golpe de gracia á los descomulgados libros. ¿Quién dudará, pues, que también hay verdaderos *inventos* en la república de las letras como en los extensos cotos de las ciencias naturales, en donde frecuentemente se ofrecen de improviso á los cansados ojos del astrónomo, del matemático, del físico ó del naturalista, cuerpos, leyes y fenómenos en que jamás habían soñado?

Digamos, pues, como católicos cristianos, que *el hombre se mueve, pero Dios le guía* (2), y admiremos en el *Quijote,* libro el más excelso y principal de la universal literatura, la mano invisible que todo lo guía con suavidad: la Providencia del Señor. Sus destellos iluminan por especial manera las inmortales páginas, ó, si se quiere, las luminosas doradas cumbres de este libro, cuya gloria, más que al soldado de Lepanto, pertenece á Dios, Verdad increada, Luz indeficiente, Bondad y Belleza infinita.

Este cántico de alabanza á Dios es la mejor corona con que podemos ceñir la frente de Cervantes, Príncipe y Emperador de los Ingenios; *ingenio* verdaderamente *cristiano,* como le llamaron los escritores de su tiempo (3); corazón

(1) Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos,* tomo III, epílogo.

(2) Montaigne, *Ensayos*, lib. II, cap. XII.

(3) *La última novela ejemplar de Cervantes* es la obra más hermosa, más tierna y más sentimental del famoso cervantista D. Adolfo de Castro, el cual, por boca del religioso franciscano que dió el hábito de la Tercera Orden al Príncipe de los Ingenios, hace así el recuento de los títulos que Cervantes tiene, para que todos le llamemos *ingenio cristiano,* sobrenombre que le dieron efectivamente los poetas D. Francisco de Urbina y D. Luis Francisco Calderón:

«Llevaron á hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos á la iglesia de las Trinitarias, donde Cervantes quiso tener sepultura en gratitud afectuosa de haber debido á los Padres de esta Orden ser sacado de cautiverio, Orden en que subió la caridad al punto del deseo de dar la vida por el prójimo; y sabido es que quien da la vida por los hombres, es

bien nacido, puesto caso que fué agradecido hasta la muerte y más allá; soldado valeroso en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y presentes, ni esperan ver los venideros; el que, cautivo en Argel, fué caballero andante de lo hazañoso y legendario; el que, soldado en Lepanto, quedó malparado y maltrecho, y derramó la sangre de sus venas por la religión y por la patria; el de conciencia tan delicada y ejemplar, como lo revela el edificante prólogo de sus *Novelas ejemplares;* el devotísimo *Esclavo del Santísimo Sacramento,* como lo ha revelado también la historia; finalmente, el fervoroso buen cristiano, que antes de entregar su alma á Dios profesó san-

quien más se asemeja á Jesucristo. Desde que se acercó á la iglesia el entierro, doblaron las campanas, según el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo era el de la de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervantes hasta que los Oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

A la salida del templo, el religioso vió á D. Francisco de Urbina y á D. Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda,* ya que tan altos poetas lo habían abandonado en la muerte.

—Bien me parece el intento—respondió el Visitador;—pero llámenle en los versos **Ingenio cristiano.**

—¿Por qué?—preguntaron.—Y ¿quién puede poner duda en la cristiandad de Cervantes Saavedra?

—Él ha sido el caballero andante de la humanidad—dijo el religioso:—peleó por la libertad del cristianismo contra el Turco en Lepanto; combatió con los trabajos en el cautiverio; la caridad de la religión rompió el encantamiento de sus cadenas; recorrió las selvas arduas del mundo siglos y siglos, incultas para el ingenio, perseguido de la malignidad con calumnias, promovidas unas con apariencias de celo, otras con envidias declaradas, otras con pretensiones ambiciosas; prosiguió en lid con la ceguedad de su desdicha y los errores de su tiempo; pugnó por la causa del bien, defendió las virtudes, guardó lealtad y gratitud, gastó años, menospreció su vida, aventuró sus esfuerzos; y combatido de la pobreza, armas que el siglo y la vanidad esgrimían contra su persona para abatirle, vistió el hábito de la pobreza de San Francisco, que la sublimó con su regla, para enseñanza y consuelo del mundo.

Ahí tenéis á Cervantes, caballero y armado de las armas de la pobreza, de la humildad y del afecto á Dios y á los hombres. Y ¿sabéis cuál empresa ha elegido como el más alto blasón de los blasones que caballero puede anhelar? Las cinco llagas de Jesucristo, escudo de mi Orden, para defender su inmortalidad con esta invencible empresa y conseguir la corona, no la que los gentiles antes y las damas hoy daban y dan á las felicidades, sino la que la fe reserva para los trabajos y la constancia.

—Me maravilla lo que vuesa Paternidad dice,—respondió D. Francisco de Urbina.

—No hay de qué maravillarse, por más que en Dios todo sean maravillas—prosiguió el religioso.—San Antonio de Padua nos enseña que Cristo nos manifestó en sí dos documentos de suma perfección: la fortaleza de la paciencia, que triunfa, y la rectitud de la pureza del alma, que persevera; la de Cervantes triunfó y triunfará para siglos, porque perseveró en el bien.

Por eso repito á vuesas mercedes que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano.* Si pasando, como pasará, de la soledad de su pobreza y del olvido de los hombres en su muerte hoy á la aclamación de las edades, y en ellas por los pecados de la humanidad decreciese la fe y se aumentasen los errores, bien será recordarles que Cervantes, objeto seguramente de su admiración, fué *ingenio cristiano,* y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos.» (Adolfo de Castro, *Varias obras inéditas de Cervantes:* Madrid, A. de Carlos é hijo, editores, 1874.)

tamente en la Tercera Orden de Penitencia. Tal fué el autor del *Quijote* (1).

¡Privilegiado libro entre los libros que son hijos del entendimiento humano, y en cuyas páginas anida la sabiduría, y del cual brota este don del cielo como brotan de altísimas cumbres las cristalinas aguas manantiales, ora formando frescas y abundosas cascadas, ora ofreciendo á la vista bellísimos cambiantes de luz y de colores, ya corriendo regocijadas y juguetonas con alegre bullicio, ya resonando con magnífico rumor ó ya formando *serenos estanques y apacibles remansos*, como las aguas bíblicas de que nos hablaba el gran Donoso! Y si del mismo Donoso Cortés ha dicho otro ingenio de nuestros días

(1) Retratos de Cervantes conozco dos que me placen entre todos: uno de su físico, hecho por el propio Cervantes en el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares*, y cuyo tenor es el siguiente:

«Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo, entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* á imitación del de César Caporal Perusino y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria.»

Nadie como mi venerable maestro D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe ha pintado más al vivo ni más clásicamente el retrato moral de nuestro Cervantes. Helo aquí:

«Á intentos soberanos incitábale la hidalga sangre heredada, y la pobreza y el infortunio amarrábanle á mercenarias tareas. Tan pronto veíase en los palacios y festines de los próceres, como en el hediondo calabozo de una cárcel; hoy camarada de príncipes y señores, y mañana mezclado con asesinos y rufianes; así cultivando el trato de hermosas y discretas damas en Italia, España y Portugal, como el de fregonas, vivanderas y campesinas. Valiente, asiste á la batalla y la victoria; cristiano, sufre con ánimo y resignación el cautiverio; noble y con ínfulas de caballero andante, sueña hallar en su entendimiento, en su industria, en su valor y arrojo bastantes fuerzas para levantarse con Argel y ceñir el laurel de los héroes.

»Estudiante y soldado, hidalgo y cautivo, labrador y agente de negocios, alcabalero y poeta, sorprende el corazón humano en las escuelas y en los campamentos, en el asalto y en el abordaje, en la prosperidad del triunfo y en la miseria de la esclavitud, en las antecámaras de los príncipes y ministros y en el tinelo de los purpurados, en la curia y entre mercaderes, en las Academias y en la aldea. Inspírase con el sublime espectáculo de la Naturaleza y del Arte, contemplando ahora el griego mar embravecido con deshecha borrasca, ahora los manchegos campos cubiertos de rubias espigas; ya los arenales del Africa inclemente, ya los floridos cármenes del divino Genil, los pintorescos valles de la guerrera Alpujarra, y la soledad y encantado silencio de Sierra-Morena; ya, en fin, los palacios y alcázares de Roma, Génova, Florencia, Nápoles, Venecia y Milán. Peregrinando mucho y viendo y estudiando como Ulises muchos hombres y pueblos, con alma grande y grande

que donde él entra sólo hablan los reyes (1), lo mismo y con mayor razón puede decirse de Cervantes, á cuyo entendimiento le fué dado por Dios, dador de toda dádiva preciosa, el ver y contemplar, en momentos verdaderamente solemnes y fugaces de inspiración sublime, los más altísimos y recónditos secretos del arte, que á muy pocos en el mundo, y á nadie como al manco sano, han sido revelados, pues nadie como él ha creado una obra de arte que es siempre antigua y siempre nueva, tan alegre y tan melancólica, tan sencilla y tan excelsa, tan fácil y tan difícil, tan llana y tan filosófica, tan fantástica y tan real, tan vulgar y tan sabia; finalmente, tan original, tan sin par y tan única en el mundo como el *Quijote*.

En cuya alabanza, y en la de Cervantes juntamente, séame lícito cerrar estos apuntamientos con la concertada, melancólica y suavísima canción que el tiernísimo y soñador Hartzenbusch puso en labios de la hija de Cervantes, y cuyo tenor es el siguiente:

«En el libro que esta edad
Aún á comprender no alcanza,
Don Quijote y Sancho Panza
Compendian la humanidad.

El primero imagen es
Del ansia de una pasión;
El segundo es la razón
Vencida del interés.

Loco Don Quijote va
Lejos de villa y aldea,
Pensando en la Dulcinea
Que ni ha visto ni verá.

Se ríe de su señor
Sancho en su ruda malicia;
Mas le sigue por codicia
De verse gobernador.

Mil con fin noble se entregan
Á febriles desvaríos;
Mil también cautos y fríos,
Mirando por sí, se ciegan.

En Sancho sus faltas note
Cada cual, y en el Hidalgo:
Quien no es Sancho Panza en algo,
Tiene algo de Don Quijote.

corazón, pudo Cervantes dar á su libro la novedad en los sucesos que suspende, la verdad en los caracteres y pasiones que admira, el hermoso y brillante colorido que arrebata. Allí se refleja como en lago apacible su discreción, dulzura y limpieza de pensamientos; el vehemente y arraigado amor que profesaba á la virtud; la indulgencia y ternura de quien no veía con desprecio á la humanidad, como los conquistadores, los avaros y los envidiosos; el valor de quien no se rendía con el peso de la gratitud, y la forzó á traspasar los límites del sepulcro á ley de hidalgo y bien nacido que era; en una palabra, el alma y la vida de Cervantes. Como él, lucha siempre su Don Quijote con las esperanzas y los desengaños, con lo ideal y lo positivo, con la triste realidad y la seductura ilusión; pasa por las peripecias que el autor había pasado, y lo mismo que él, considérase tan en potencia propincua de subir en un momento á las estrellas como de caer á los abismos, arrebatado por la caprichosa rueda de la fortuna.

»Con tales dotes y circunstancias, ¿es Cervantes un escritor idealista ó naturalista? Lo es todo: dibuja como Rafael y los antiguos, y pinta como Velázquez; idealiza como Van-Eyck y siente como Alonso Cano.» (A. Fernández-Guerra, obra citada, pág. 39.)

(1) Menéndez y Pelayo, obra citada, tomo III, lib. VIII, cap. III.

Él en su alucinamiento
Traba con gigantes guerra,
Y échanle de un golpe á tierra
Las aspas que agita el viento.

Emprendió sublime acción
Mi padre en Argel así,
Y abatió su intento allí
El soplo de la pasión.

Por eso, pues, al talento
Juntando experiencia suma,
Trazó el *Quijote* con pluma
Que le prestó el escarmiento;

Y en su designio profundo
Puso, al retratar su loco,
De sí Cervantes un poco,
Lo demás de todo el mundo.

Aquí el cimiento mirad
En que esta fábula estriba,
Ficción en parte festiva
Y en parte amarga verdad.

Si por las lenguas ingratas
De unos cautivos villanos
No dió mi padre á cristianos
El reino de los piratas,

Ganó con la mano misma
Para su patria un laurel,
Que durará más que Argel
En poder de la morisma.

Ya el pobre soldado está
Libre de enemiga saña:
Cante á Cervantes España,
Su hija le llorará (1).»

(1) Hartzenbusch, *La hija de Cervantes*. Loa para la función representada en el teatro del Príncipe el 23 de Abril de 1861. La acción pasa en el cementerio provisional del Convento de las Trinitarias de Madrid, y tiene lugar en la noche del mismo día en que enterraron á Cervantes.

Esta loa fué traducida al alemán por el Dr. Fastenrath.

APÉNDICE

(Véase la pág. 101.)

UN ARBITRIO

"—Quizá podría ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

—El mío, señor rapador—dijo Don Quijote,—no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto—replicó el barbero,—sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á Su Majestad, ó son imposibles ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino.

—Pues el mío—respondió Don Quijote,—ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.„

(*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, parte segunda, capítulo primero.)

Uno de los proyectos que ha tenido la Junta del Centenario del *Quijote* consiste en construir en el Buen Retiro de Madrid un edificio que se llamará *La casa de Don Quijote*.

Ni por su fachada ni por su aspecto general ha de llamar mucho la atención del curioso esta mansión, la cual no será ni más ni menos que copia fidelísima de una de las más modestas casas de corrales extensos y amplio solar que habitaban en la Mancha los hidalgos de gotera, trocados en labradores de secano, allá en los comienzos del siglo XVI, en tiempos de la sacra católica real majestad del Emperador Carlos V.

El mérito de *La casa de Don Quijote* estará por dentro, porque es voluntad de la Junta del Centenario que esta casa sea un verdadero Museo del *Quijote*.

Yo supongo que los señores de la Junta se inspirarán para la formación de este Museo, como para dotarle espléndidamente, en las famosas *Droapianas* del Dr. Thebussen, á quien habrá que felicitar muy cordialmente, porque se me antoja que sus hermosos, poéticos, fantásticos ensueños del castillo de Flirmenth, en Wurtzburgo, comienza ya á convertirlos en realidad la Junta del Centenario.

Y presupuesta la sabiduría de los egregios literatos que componen tan venerable senado ó areópago cervantista, ¿será acaso irreverencia en el autor de esta Memoria, suplicarles que de veras se enfrasquen en la lectura de

aquellas deleitables y sabrosísimas misivas del doctor que despertaron en España, cuando salieron á luz, tanta afición y entusiasmo por el *Quijote* y por Cervantes?

En aquellas galanas páginas es en donde está el verdadero ideal de una magnífica Biblioteca y espléndido Museo del *Quijote*. No hay que ir á buscar, por lo tanto, ese ideal en otra parte.

Con aquellas noticias peregrinas del fantástico castillo que es Biblioteca y Museo, todo en una pieza; con infinitos artículos sobre Cervantes y el *Quijote*, y con todos los demás escritos del mismo doctor, que aunque ni del *Quijote* ni de Cervantes hablen, están rebosando siempre y derramando á manos llenas cervantismo sano y de ley, y en donde el regocijo y el buen sentido y la discreción y la verdad campan gallardamente sin ningún resabio ni el menor atisbo de sutilezas majaderas ni cervánticas monomanías; con todos esos trabajos, digo, se ha hecho merecedor el Dr. Thebussen de que todo el mundo le pueda llamar en ley de justicia y por antonomasia *El doctor Cervántico*, como llamamos á Suárez el doctor *Eximio*, y á Escoto el doctor *Sutil*, y á Raimundo Lulio el doctor *Iluminado*.

Inspirándose, pues, la Junta del Centenario en las peregrinas noticias que preceden á las famosas *Droapianas;* poniendo y no levantando mano en esto de la Biblioteca y del Museo del *Quijote*, y haciendo que tome al fin cuerpo real y tangible el fantástico sueño del Dr. Thebussen, podrá aplicarse en buen hora al mismo doctor cervántico la conocida sentencia de *sueños hay que realidades son;* siendo, por lo tanto, más afortunado que el sinventura de Julio Verne, que ha muerto sin haber visto realizado (Dios tenga á Peral en su santa gloria) aquel otro poético sueño con que soñaba en el sublime ideal del **Mobilis in mobile;** con lo cual quiero decir que no ha podido ver aquel sabio francés navegar de veras ningún buque debajo de las movibles ondas de los mares.

Y á propósito de latines: ¿por qué no trabajan los muy altos y poderosos señores de la Junta del Centenario en que con motivo ó como fruto de estas grandes fiestas cervánticas que estamos celebrando, se publique ó, por lo menos, se dé comienzo con buen pie á una buena traducción latina del *Quijote?*

Si hemos de estar á la estadística del nunca bastantemente alabado Ríus en su monumental *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*, consta que hasta el pasado año de 1895 se habían publicado, *por lo menos*, en el mundo las 647 ediciones del *Quijote* que van clasificadas en la *nota* á que este *Apéndice* se refiere.

Bien dijo, pardiez, el inmortal *Quijano* cuando decía al Caballero del Verde gabán:

«He merecido andar en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil millones de veces si el cielo no lo remedia.»

Pero es lástima grande que los humanistas no puedan contar todavía, entre las joyas y tesoros literarios del mundo, una gallarda traducción del *Quijote* en la clásica y sabia lengua del Lacio, tan conocida y hablada hoy en todas

partes, y en la cual se escriben revistas periódicas ilustradas, lo mismo en Roma que en los Estados Unidos, y la cual conocen (¡asómbrense los españoles de *raza latina!)* hasta varios *viajantes* de Alemania, como ha podido comprobarlo el que esto escribe.

Dos sacerdotes españoles, los Sres. D. Ramón del Busto y Valdés y Don José María León y Domínguez, han traducido al latín: el segundo, los famosos consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula; y D. Ramón del Busto, el episodio de las rumbosas bodas de Camacho el rico. Y dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo, según cuenta el citado Ríus, que hay *indicios,* pero nada más que indicios, de una traducción latina del *Quijote* hecha en Alemania en el siglo XVIII.

Si la Junta del Centenario lograse dar gloriosa cima á tan alta empresa, como es la que propongo, levantaría, en honra de Cervantes y de la patria y de la literatura universal, un monumento verdaderamente suntuoso y magnífico y grande; más grande y más magnífico que el Museo que quiere fundar en *La casa de Don Quijote.* Entonces sí que podría la Junta ufanarse y envanecerse, y cantar con más razón que Horacio: *Exegi monumentum ære perennius.*

—Y ¿cuánto costaría, si no lo hais por enojo, la construcción de ese monumento nacional?

—Mucho menos costaría de lo que uno á primera vista puede figurarse.

—Y ¿quién va á sufragar estos gastos y ayudas de costa?

—Puesto que se trata de un monumento nacional de primer orden, debe sufragarlos la nación.

—Y ¿quién iba á comprar la edición latina del *Quijote?*

—Todas las Bibliotecas públicas, todas las casas de enseñanza, todas las personas ilustradas de España y del extranjero, es decir, los mismos que compraron el *Facsímile* y la *Iconografía* del *Quijote,* del Coronel López Fabra, y quizá, y aun sin quizá, algunos más, supuesto que la Junta del Centenario y el Estado tienen á mano más resortes de propaganda que el Coronel y los que generosamente le ayudaron en aquella empresa.

—Y ¿quién va á ser el guapo, señor arbitrista, que eche sobre sus hombros la tarea de dar cima á la colosal empresa de traducir *clásicamente* el *Quijote* á la difícil lengua de Cicerón y de Virgilio?

—Ningún italiano, ningún alemán, ningún inglés, ni ruso, ni japonés, ni yanqui, sino un español que vive entre nosotros.

—¿Qué me decís? ¿Quién es él?

—Y humanista eminente, que es hoy uno de los primeros latinos del mundo, y á quien conocen, estiman y agasajan los sabios de allende los Pirineos y allende el Rhin; que sabe los resortes y secretos, y conoce los infinitos tesoros de la dificilísima lengua madre como si los hubiese mamado con la leche; un hombre que fácilmente podría alternar en la conversación de las damas y caballeros cultísimos que se solazaban en la espléndida mansión de Salustio; conversar sin vacilación ni embarazo, cenando en un mismo comedor, con Virgilio, Horacio y Mecenas, y terciar en los sabrosos diálogos de Cicerón con Bruto, con Atico y con Hortensio, en las apacibles rusticaciones tusculanas.

—Pero ¿quién es, cómo se llama?

—Bien le conocen Menéndez y Pelayo y Mariano de Cavia, que son dos señores de la Junta del Centenario. Se llama D. Miguel Robles Alabern, autor de una obra muy reciente, escrita en latín y en metro virgiliano, sobre las corridas de toros, y traductor de *El Vértigo*, de Núñez de Arce, en bellísimos, perfectísimos y *músicos* exámetros, que parecen fabricados en los mismos talleres de Ovidio y de Virgilio, aunque más saben al mantuano que al de Sulmona.

Quinientos setenta versos componen *El Vértigo* en castellano; doscientos ochenta y cinco, ó sea la mitad, son los versos de que consta la maravillosa traducción. Pero ¡qué perfección, qué pulso, qué lenguaje tan poético y tan *romano*, qué bellezas en esta versión latina, qué imperio de la lengua madre, qué remembranzas de su siglo de oro! Aquello es un primor y un encanto, delicioso rincón de la granja del buen gusto, cosa verdaderamente increíble si no se viera y se tocara.

Si los señores de la Junta del Centenario encomendasen á este egregio humanista la traducción *latina* del *Quijote* (única traducción principal que falta en la bibliografía del gran libro), habría que señalar con piedra blanca en los fastos de la literatura y de la patria el día en que el felicísimo y facilísimo traductor Miguel Robles diese *felice fin* (que sí le daría) á tan difícil y arrojada empresa.

Mas como quiera que no es poco trabajo esto de hinchar un perro, yo, si fuera arbitrista y si se tomase mi consejo, aconsejaría que durante cuatro años presupuestase el Gobierno, en cada uno de los mismos, 25.000 pesetas, que al cabo de los cuatro años sumarían 20.000 duros, de los cuales se haría puntual entrega al traductor (al finar el plazo que por quien corresponda se le fijara, plazo que pudiera ser de cuatro á seis años), á cambio de la traducción *latina* del *Quijote*, una vez que ésta fuese visada y aprobada por los jueces que al efecto diputasen los señores de la mentada Junta.

Impertinente acaso le parecerá á alguno este *arbitrio*. Pero á mí se me entiende que es muy *perteneciente*, como diría Don Quijote; en la segunda parte de cuya historia también se leen, y son muy de notar, aquellas palabras que dijo el Bachiller Sansón Carrasco hablando del gran libro:

«A mí se me trasluce que no ha de haber nación ni *lengua* donde no se traduzca.»

Confírmese, pues, una vez más con esta traducción *latina* que propongo, la profecía del Bachiller.

Mora de Toledo 19 de Abril de 1905.

ESTUDIO DEL «QUIJOTE»

POR

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

PREMIADO CON EL PRIMER ACCÉSIT

LEMA

.....de la patria aragonesa.

I

LA OBRA

Sr. D. José Fernández Bremón, premiado con el primer accésit.

El *Quijote*, no sólo es el mejor libro de la literatura española, sino uno de los más leídos y admirados de la literatura universal. Tiene entre las grandes epopeyas el carácter único de haber elevado lo cómico á la mayor categoría de lo épico, la abstracción de la crítica á realidad viviente y la parodia á creación. Es una inspiración venida de lo alto, porque teniendo un objeto confesado por Cervantes, sobrepujó al tomar cuerpo á las intenciones del autor, adquiriendo una transcendencia por él no sospechada, y, en fin, porque lo prueba su naturaleza de inmortal. No debe poco ni mucho, como otros poemas, su prestigio á representar los sentimientos generales de un pueblo ó de una época, como la *Iliada*, la *Eneida*, la *Divina Comedia* y los *Lusiadas*, sino todo lo contrario, oponiéndose contra la corriente de los gustos; ni debe nada á la majestad del asunto ó á la clásica regularidad de su composición, pues no le dieron apoyo las grandes figuras de Aquiles, Eneas, Virgilio ó Vasco de Gama, ni las seducciones de la euritmia: con héroes desconocidos y en un poema desordenado, salió Cervantes á la conquista de la fama, sin más defensa que su ingenio y sin que los contemporáneos, esos ciegos del porvenir, imaginaran, al ver cargas de volúmenes sobre los hombros de los operarios de una imprenta de Madrid en el año, para España de gracia, de 1605, que aquel libro recién impreso constituía la verdadera gloria de la época, y que los héroes que entonces tenía el vulgo en boca, Espínola, D. Nuño de Mendoza,

D. Luis Fajardo y D. Alfonso Martín de Castro, serían olvidados por un loco, Don Quijote, y trescientos años después, cuando ni memoria quedara de los poderosos de aquel tiempo, España entera agitaría palmas y laureles por un soldado raso, un inválido pobre y obscuro, tal de Saavedra, autor del libro que los cargadores sacaban de la imprenta de Juan de la Cuesta.

II

INVENCIÓN

Aunque Miguel Cervantes dijera irónicamente que venía al cabo de sus años con un libro *pobre de invención*, ésta es indudable y prepondera como cualidad eminente en su *Quijote*. Pudo conocer en cualquier lugar de la Mancha algún hidalgo de los de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor, lector asiduo de libros de caballerías, ya en Argamasilla de Alba, como hacen presumir los epitafios de la primera parte del libro, y haber querido ridiculizar al Rodrigo Pacheco de la tradición de Argamasilla, ó á un su pariente, como quieren los de Esquivias, ó al Martín Quijada, que cita con aparente seguridad y toda la verosimilitud de la mala intención el falso Avellaneda; lo cierto es que entre la insignificancia del modelo (si le hubo, y no es suposición de la malicia) y la gallarda aparición de Don Quijote, caballero en Rocinante, con su armadura mal limpia del orín y su celada de cartón, es la analogía tan remota como entre la hombruna Aldonza Lorenzo, que llamaba con su vozarrón á los pastores desde media legua de distancia, y la sublime princesa á quien dió el nombre de Dulcinea del Toboso su enamorado caballero.

No sólo hay invención en la figura principal, sin precedente humano, sino en el original contraste de la idealidad que le inspiraba y la realidad que iba á estorbársela: en el grupo burlesco de amo y mozo con sus cabalgaduras, éstas tan bien trazadas, que alguien llamó á Rocinante y el Rucio protagonistas inferiores, sino en las nunca imaginadas aventuras de su libro, tan rico en incidentes y sorpresas, y en las gracias nunca oídas de sus diálogos sabrosos; por eso pudo Cervantes decir en su *Viaje del Parnaso*, en un terceto duro, pero exacto:

«Yo soy aquél que en la invención excede
A muchos; y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.»

¿A muchos? Dijo poco. ¿Qué ingenio español le aventaja en la invención, esa alta facultad que no puede faltar á un escritor sin detrimento de su fama? Ya se entienda como potencia creadora, en la limitación humana del crear, ó como cualidad de exploración y selección afortunadas de la naturaleza visible é invisible para deleitar con sus hallazgos, es en literatura lo más delicado y etéreo del arte.

No es de esta ocasión diferenciar las jerarquías que constituyen la invención; sólo diré que desde la superior, la de crear personajes y darles vida universal, hasta la de copiar fielmente lo que no vieron todos, pero todos pueden ver, la de personalidad en el estilo, la que se manifiesta en gracias, rasgos felices y sentencias propias, todas se amontonan en el libro en racimos, como los frutos en el plátano, abrazadas, como las espigas en los haces. Hay más: tiene tal fuerza su inventiva, que en cierto punto perjudica al mismo autor. Cuenta Mesonero Romanos que al derribarse la casa en que murió Cervantes no hubo medio de impedirlo, y el dueño de la finca, que era un carbonero, al insistir en el derribo, manifestó algún sentimiento porque no ignoraba que en su casa había muerto Don Quijote.

Esta anécdota vulgar no es tan aislada: festéjase el Centenario del *Quijote*, no el de Cervantes; y si en el mundo intelectual éste es famoso y reverenciado, no así entre el pueblo, que tiene de él muy vaga idea, mientras se representa con claridad y como personas familiares á Don Quijote y Sancho Panza. Después que hizo Cervantes por escrito su propio retrato, añadió con melancólica resignación que se había «quedado en blanco y sin figura,» y en efecto, nos es desconocida, en tanto que Don Quijote, vivo y popular, trota sobre Rocinante festejado por las naciones y los siglos.

III

ESTRUCTURA—LENGUAJE

Es la composición la figura externa de toda obra literaria, y de su buena ó mala trabazón y proporciones se produce un cuerpo más ó menos airoso. En este concepto, la primera parte del *Quijote* es inferior á la segunda por su mayor irregularidad y la interrupción del interés en varias ocasiones, como en la batalla del vizcaíno, si bien pertinente á la historia y graciosa burla de las suspensiones de los lances críticos con que redoblaban la curiosidad del lector algunos libros de entonces y hacen hoy los folletines; la intercalación inútil, aunque grata, de la mejor de sus novelas cortas, *El Curioso im-*

pertinente, que al fin con su lectura contribuye á dar colorido familiar á las escenas de la venta; pero el defecto de más bulto es el obscuro final con la intervención confusa de los académicos de Argamasilla, en versos no felices: de ellos sólo por conjetura se deduce ser aquélla la patria de Don Quijote; ni aun es clara en el autor la intención de dar por terminada la obra ó proseguirla, justificando esta duda, no los agravios, la tentación del falso Avellaneda, cuya sola disculpa es, tras largos años de silencio del autor, comprender que el *Quijote* no estaba concluído y era preciso continuarle.

Las imperfecciones de estructura sólo en las obras maestras se reparan, y las que hemos consignado acaso sean, como dijo Cervantes, lunares que agracien esa parte de su libro. No consiste la forma sólo en el armazón, sino mucho más en el ropaje que le viste, y no podemos seguir sin inclinarnos ante las galas de aquel lenguaje sonoro y gallardo en los discursos, como modelos que han sido y serán en las antologías; vivo y luminoso en las descripciones, hasta el punto de verse los jefes, las empresas, armaduras y naciones de los ejércitos que se han de convertir en rebaños de carneros, descripción por nadie superada; y nótese el contraste de esa profusión de galas en lo vivo y necesario (pues vivo está para Don Quijote todo aquello), con la sobriedad de que hace alarde al describir en cuatro rasgos la casa de D. Diego de Miranda, dejando «menudencias en silencio,» lección muy útil, como de tal maestro, para los que hoy detallan, hasta formar un inventario, muebles, techos, paredes, sin hacernos gracia de los hedores y las manchas.

Sin pormenores descriptivos nos hace sentir la impresión canicular, lo agreste de Sierra Morena, las sombras del Toboso y la grandeza del Palacio de los Duques; y con detalles justos todo lo que vive, ya la entrada del caballero andante en el reino donde le reciben aclamándole, las bodas de Camacho, la visita á las galeras y las rondas de Sancho Panza en su gobierno; narrador inimitable, hace el retrato de un caballero andante en dos plumadas; su gracia en el diálogo es legendaria, y la energía y desenfado de las fanfarronadas de Don Quijote entristecen al comparar aquel lenguaje pintoresco con la prosa afrancesada que nos legó el siglo XVIII, que si ha ganado en orden, ha perdido en libertad y en armonía.

- ¿Cuándo diríamos hoy á un cuadrillero que nos quisiera prender lo que dijo al de la venta Don Quijote, sin cuidarse de asonancias ni importársele repeticiones de palabras? «Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de camino con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿Quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe

que no hay ejecutoria de hidalguía con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?»

Podremos envidiar á los antiguos atenienses el haber gustado la energía y bellezas íntimas de los versos de *La Iliada;* pero deben envidiarnos los extranjeros el saborear todas las hermosuras del lenguaje de Cervantes.

IV

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE—PARALELO

Contienden algunos críticos sobre cuál es mayor en belleza, la primera ó segunda parte del *Quijote.* Contradicción inútil: ambas son hermosas y se completan con exquisita concordancia; pero no es ocioso observar entre ellas algunas diferencias.

Asombra en la primera que el libro alegre fuera «engendrado en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento,» como si un genio bondadoso, compadecido de Cervantes, hubiera querido divertir con aquella aparición su pensamiento. Es la primera parte la juventud del libro, fresca, juguetona, acometedora, libre, más risueña y poética que la segunda; tiene el mérito fundamental de ser la concepción de la obra y bastarse á sí propia con sólo enterrar á Don Quijote en el último capítulo; el de vencer la dificultad de la exposición del pensamiento y presentación de los tipos principales, dándoles su forma y su carácter definitivos, de tal modo, que en el tomo II sólo hay necesidad de sostenerlos y de continuar las aventuras.

No aparece trazada de un golpe la índole, sino la causa de la locura: es al principio un delirio confuso en que el enfermo cambia de personalidad según varía su situación, y se cree Valdovinos al verse derribado en tierra y molido á palos por el mozo de los mercaderes de Toledo, ó uno de los Pares, indeterminado, en la batalla imaginaria que sostuvo después del escrutinio; en su segunda salida, ya acompañado de Sancho y conseguida la verosimilitud de

la ficción caballeresca, encarna con vigor en la personalidad de Don Quijote, y queda regularizada la manía. Desde entonces, con intervalos lúcidos, ve el mundo poblado de encantadores y gigantes, pero tiene conciencia de sí propio; en la segunda parte las visiones externas son menos frecuentes, y una semirazón suaviza la locura, pues si en el tomo I los rebaños se le imaginaron dos ejércitos y un gigante los cueros de vino, en el II no pudo ver á Dulcinea en la zafia labradora del Toboso, como si caminara Cervantes á devolverle por grados la razón. Hay un dato para suponerlo, además del naturalismo del autor, en aquel elogio que hace el cura al excluir del fuego el *Tirante el Blanco*, diciendo: «Aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte,» condición de verosimilitud que, por parecerle bien, realiza al fin Cervantes y va poco á poco preparando.

Hay más viveza en la primera parte, más reposo en la segunda; es aquélla más atrevida, agresiva y ligera; ésta más precavida y profunda; en una el ingenio de Cervantes se solaza desenfadado con sus héroes, y embiste como Don Quijote contra los libros de caballerías, la falsa erudición, los versos editoriales y las comedias de su tiempo, es decir, contra los escritores más celebrados; está solo con su idea, y nadie se interpone entre su gusto y su trabajo; siente la frescura de la novedad, la alegría del hallazgo y los atrevimientos de la libertad; la aventura de los molinos de viento, la batalla de los carneros, el manteamiento de Sancho, el bálsamo de Fierabrás, que sólo aprovechaba á los caballeros andantes; la liberación de los galeotes, la conquista del yelmo de Mambrino, la imitación de Beltenebros y las animadas escenas de la venta encantada, en que, reunidos caballeros, damas, ricos labradores, un oidor, un cautivo, una mora, el cura y dos barberos, criados, mozos de mulas y cuadrilleros, componen un cuadro sintético de aquella sociedad, todo conserva la originalidad y el perfume que tuvieron en su primera edición las capillas de la imprenta.

¿Y qué diremos de la segunda parte, que consigue mantener el interés hasta el final con nuevas aventuras de género diverso y más naturales todavía, que revelan la inagotable inventiva de Cervantes? Rara vez confunde en ellas Don Quijote la realidad visible sin razón justificada, como al quedar dormido en la cueva de Montesinos, al ver los enharinados molineros con sus ganchos ú oir la voz del gobernador Sancho en el fondo de una sima; pero su intrepidez no ha decaído: lo prueba su desafío á los leones, el paso honroso que sostuvo en honor de las aristocráticas pastoras, terminado tan cómicamente con el paso del encierro, y, sobre todo, la sublime frase que con el hierro en el rostro pronuncia en loor de Dulcinea. No necesita imaginar locuras: se las preparan en burla el mismo Sancho en el Toboso, el Bachiller Sansón Carrasco, la servidumbre de los Duques y la juventud barcelonesa. Si el primer tomo es

agresivo, éste es defensivo desde el prólogo: tiene que responder á las críticas que se le hicieron, suavizar defectos de las suyas, rectificar descuidos, satisfacer á los reparos y mantenerse firme en la perturbación que produjo en sus propósitos la aparición de otro *Quijote*.

Diez años transcurrieron entre la publicación de la primera y la segunda parte de la obra: en ese tiempo había madurado su plan y sus ideas; asombrado por su buen éxito, no quiso exponerse á un fracaso con una continuación precipitada, porque, como él mismo asegura en el capítulo IV, «las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren;» y porque lo demuestra que al escribir el capítulo III se habían impreso doce mil volúmenes del libro, y en el capítulo XVI alcanzaba la tirada á treinta mil. En toda esta segunda parte, habiendo tantas ocasiones en que se habla del *Quijote* impreso, jamás se alude al de Avellaneda hasta el capítulo LIX, cuando encuentra Don Quijote á D. Juan y D. Jerónimo en la posada de Aragón: desde entonces, la preocupación de Cervantes es continua, y no sólo parece que apresura y concluye su historia en quince capítulos, renunciando á las justas de Zaragoza, sino que pasa como un hálito triste y prosáico en los últimos episodios. Alude con frecuencia á su rival, ya haciendo que Don Quijote visite una imprenta en Barcelona, que Altisidora viese en el infierno que jugaban á la pelota con el libro los demonios, y uno asegurase que adrede no lo haría peor, ó haciendo certificar á un alcalde que era apócrifo aquel libro; y finalmente, escribiendo la terrible condenación del último capítulo, única personalidad con que le castiga llamando á su pluma, él, tan cortés, «pluma de avestruz grosera y mal adeliñada.»

Y, sin embargo, Cervantes no se fijaba en que tenía cierta culpa por su tardanza en concluir la historia y la seducción que ejerció el libro y enloqueció al misterioso Avellaneda y á tantos comentadores, que ven símbolos entre líneas como veía gigantes Don Quijote.

V

SIMBOLISMO

Es el *Quijote*, para quien lo lea sin ofuscación, una obra de crítica literaria escrita, por confesión reiterada de su autor, contra los disparatados libros de caballerías, plaga intelectual de aquel tiempo y fin algo más importante para un autor que cualquier otro objetivo político ó social que se le atribuya, y sólo remotamente, dada su posición subalterna, podía interesarle en la or-

ganización civil de aquella época. Cumplido su propósito con el gran disolvente del ridículo, el *Quijote* hubiera muerto á no darle Cervantes vida eterna, no en sus condiciones negativas de crítica, sino en las positivas de poema, ó, pese á Cervantes, de libro de caballerías y aventuras, que si no suceden por vía de encantamiento, se producen por arte de locura, es decir, por vía natural. Sin el *Quijote* se habrían borrado los nombres de Amadís, Esplandián, Felizmarte, Merlín y la sabia Urganda y su arte mágica, ciencia creída á la sazón y de que Cervantes se burlaba; y sin dar amenidad al *Quijote* con lances extraordinarios y episodios nuevos y variados como en la novela antigua, no hubiera sido una obra de entretenimiento universal.

No mató Cervantes los libros de caballerías, porque á los libros no se les mata. ¿Quién mató la novela pastoril? Se suicidan ellos al nacer y estaban en la agonía, como no pudo Cervantes concluir con nuestro teatro nacional estableciendo la censura que deseaban el cura y el canónigo para dar á las comedias las condiciones de moralidad y buen gusto, según ellos lo entendían; mató lo absurdo, lo disparatado, lo impropio, no lo maravilloso, porque no está en manos de hombre cortar al pensamiento ajeno sus alas soberanas. El mismo Cervantes utilizó la magia en *El coloquio de los perros* y lo maravilloso en *El viaje del Parnaso*. Gustaba de poner los pies en terreno firme, pero tenía vuelo para flotar por los espacios; en su libro se mantiene en el suelo con Sancho y recorre con Don Quijote los mundos prodigiosos á la grupa del Clavileño. La crítica negativa que encierra el libro quedó enterrada bajo los cascos de Rocinante, y la positiva, la del ejemplo, alumbrando al mundo con un modelo de belleza.

Si los libros que el ama de Don Quijote echó al corral quedaron bien quemados, en cambio ni *Tirante el Blanco*, que excluyó de la hoguera como bueno, ni *La Isabela*, *La Filis*, *La Alejandra*, de Lupercio Argensola, ni las demás comedias que cita con elogio, ni su propia *Numancia*, han tenido vida póstuma. La crítica contemporánea propone y la posteridad decide siempre. Mediten esta verdad los autores aplaudidos: casi todos los poetas citados en *El Viaje del Parnaso* ó en *El Laurel de Apolo*, célebres y aclamados en su siglo, no tienen imagen ni hornacina en el templo de las Musas. Cervantes respetaba los preceptos, creía en la grandeza de los grandes, en la jurisdicción paterna sobre los sentimientos de los hijos; pero era revolucionario contra todo lo que no se acomodaba á su criterio y á la razón, que jamás reinará en el mundo. Todos los caballeros andantes, siendo hombres de juicio, se portaban como locos; sólo Don Quijote, loco, en calidad de tal, se conducía con cordura.

De aquí la gran substancia intelectual que brota por todas las páginas del libro y ha dado ocasión á las exégesis que estudian á Cervantes como geó-

grafo, médico, marino y poseedor de muchas ciencias, cuando no está averiguado que hubiera seguido ningún estudio superior; pero no era ignorante, como supone el ruso Tourgueneff, sin fijarse en que habla bien de casi todo lo que en su tiempo se sabía; se había educado á sí propio, como un gran curioso del saber, leyendo en desorden cuanto papel caía en sus manos y adquiriendo además con gran intuición conocimientos originales en el inédito libro de la vida. Y es tal la abundancia de donaires, discreciones, máximas y aciertos del *Quijote*, que cada nueva lectura sorprende con hallazgos, y es tan español, que todos sentimos dentro de nosotros algo de Don Quijote y Sancho Panza. Es, en fin, el *Quijote* algo más que un libro: es un amigo. Es inútil buscarle símbolos y segundas intenciones; lo que hay en él es creación, síntesis del carácter nacional, derroche de imaginación y un ramo espléndido de todas las flores, que dan, bajo el astro más propicio, el talento, la agudeza, la fantasía, el sentido común y la experiencia.

VI

¿ES RACIONALISTA?

Los que en son de elogio ó como censura, según sus ideales, han calificado de racionalista el gran libro español, fúndanse en impresiones que el examen desvanece. Ni su autor quiso hacer una novela devota, ni contrariar, que fuera entonces arriesgado, los sentimientos religiosos. La libertad con que se escribía entonces en Italia y que conoció en su residencia juvenil, y cinco años de cautiverio entre los moros, habían quitado á sus creencias, no la fe, sino los escrúpulos ó temores con que se recataban de todo riesgo ante el Tribunal de la Suprema los ingenios españoles: era su talento de carácter más universal y menos cauteloso.

Otro escritor no hubiera osado llamar «gente endiablada y descomunal y fementida canalla,» y hacer que embistiera su héroe á dos frailes benitos; ni en la aventura del cuerpo muerto, cuando le notificó el Bachiller que quedaba excomulgado por haber puesto la mano con violencia en cosa sagrada, hubiera hecho contestar á Don Quijote: «no puse las manos, sino este lanzón;» ni se hubiera atrevido á hacer un rosario con una tira del faldón de la camisa, como en la imitación de la Peña Pobre hizo el loco caballero en la edición primera, lo que fué corregido en las restantes ediciones; ni á que acometiera á la procesión de rogativa gritando á los disciplinantes: «vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros.....» ó de consignar esas cómicas

libertades, las hubiera atenuado con piadosos correctivos. Cervantes, seguro de no haberse extralimitado en aquellas manifestaciones de locura, no creyó que necesitaba explicaciones.

Si un crítico, el Sr. Revilla, en una sesión del Ateneo, citando las palabras que pronunciaron amo y criado en el Toboso: «Con la iglesia hemos dado, Sancho.—Ya lo veo, respondió Sancho; y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura.....» las interpretó en sentido anticatólico, la verdad es que no eran tiempos de ataques á la Iglesia, ni el recto sentido puede hallarlos en el miedo de Sancho en la obscuridad de un cementerio. Mayor dosis de malicia pudiera extraerse en la parodia de los penitenciados del Santo Oficio, cuando para resucitar á Altisidora visten á Sancho algo parecido al sambenito y la coroza con llamas y diablos pintados, y aquél dice entre sí: «aún bien que ni ellas me abrasan ni ellos me llevan;» pero en cambio abunda ese segundo tomo, más precavido que el primero, en declaraciones terminantes. En el capítulo III asegura Sansón Carrasco que en el *Quijote* impreso no hay una palabra deshonesta, «ni un pensamiento menos que católico;» en el VIII dice Sancho: «y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firmé y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser, como soy, enemigo mortal de los judíos.....» Por no ser prolijos, no se citan otros textos en la conversación de Sancho con Ricote, en los consejos para el gobierno de la ínsula y otros no menos expresivos.

Podrá objetarse, y reconozco el fundamento, que esas profesiones de fe tan repetidas en la segunda parte tienen aspecto de temor, ya por no estar Cervantes, por su edad, «para burlarse con la otra vida,» como aseguraba en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, ó por precaución, si le advirtieron la conveniencia de esas salvedades, dadas las peligrosas aventuras de su héroe, ya previniendo escrúpulos de su protector el Arzobispo de Toledo.

Ello es que el *Quijote* circuló con todas las licencias, y la Inquisición sólo, muerto Cervantes, mandó tachar estas palabras de la Duquesa: «las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada;» y como eran irónicas y se referían á los ridículos azotes que se había dado Sancho con la mano para desencantar á Dulcinea, aunque se expurgaron muchos libros y se enmendaron ediciones, la prohibición no ha prevalecido. Resumiendo: Cervantes era católico sin misticismo, y como el Caballero del Verde gabán, en quien parece simbolizó el sentido recto, hojeaba más los libros profanos que los devotos.

VII

CURIOSIDADES

Hay defectos y descuidos en el libro por no ser entonces de tan fácil corrección como ahora: uno de ellos, acaso el más notado, es olvidar varias veces el autor que el rucio había sido robado por Ginés de Pasamonte; y como esto sucede veintidós líneas después del hurto, claro es que Cervantes debió intercalar el episodio algún tiempo después, olvidándose de enmendar bien el texto sucesivo. Podrá existir algún *Quijote* anotado; pero no pruebas corregidas por Cervantes, que al vender el privilegio entregaría al comprador el manuscrito sellado y rubricado por el Escribano de Cámara, con el cual había de cotejarse la impresión: este manuscrito era, con la cesión del autor, el título de propiedad del adquirente, que, como responsable de las alteraciones, tendría buen cuidado de evitarlas y no admitir enmiendas al autor, ateniéndose al examen del corrector nombrado oficialmente, cuyas serían las variantes de las ediciones posteriores, y expuesto y complicado pedir licencia para modificar el manuscrito que obtuvo el privilegio.

«Ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribísteis,» dice al autor su amigo en el prólogo de la primera parte; y de esas palabras se puede deducir que no es el autor del *Quijote* el Miguel de Cervantes condenado á perder una mano por la del verdugo en sentencia judicial, que no se mienta la soga en casa del ahorcado.

La manía de corregir el texto es antigua: hoy se empeñan en variar «la olla de algo más vaca que carnero,» trocando en berza la vaca del original; y sin embargo, es tan claro, que si el puchero fuera de berza, ésta predominaría sobre la carne, que no habría necesidad de mençionarlo; en cambio, la mayor baratura de la vaca en aquel tiempo indica la economía del hidalgo; y que esto es así, lo prueba Lope en el acto quinto de su *Dorotea*, al describir la olla con que iban á regodearse dos viejas regalonas; dice Gerarda: «Una libra de carnero, *catorce* maravedís. Media de vaca, *seis*, son veinte. De tocino un cuarto, otro de carbón, de perejil y cebollas, dos maravedís, y cuatro de aceitunas, es un real cabal.....» Y de ello se desprende que la vaca costaba menos que el carnero, y en la olla se mezclaban las dos carnes, y que ponían más carnero que vaca los que podían regalarse. No se debe alterar aquí ni en otras partes, sin mucha reflexión, el texto de Cervantes, y no como hizo Arrieta en este pasaje del primer capítulo de la obra, añadiendo el adverbio *sólo:* «acordándose que el valeroso Amadís, no *sólo* se había contentado con

llamarse Amadís á secas, sino que añadió el nombre de su reino.....» cuando es evidente que Amadís no se había contentado; alteración que trueca el sentido en absoluto.

Y en esta broma de Cervantes hay un dato contra su pretendido manchegazgo: al convertir á Quijada ó Quijano en Don Quijote, claro es que adoptó un nombre burlesco, y al llamarle Don Quijote de la Mancha le asoció también en burla esa región: ningún manchego puro se lo hubiera permitido, sino un hombre que conociendo á palmos el país, de eso no hay duda, se considerase molestado por algo, no diré prisión, que le hubiera sucedido en un lugar de que en su libro no quiere acordarse. En la Mancha se casó: allí pudo hacer vida cómoda administrando los bienes de su mujer y de su suegra, y, sin embargo, reaparece en Sevilla ejerciendo cargos ambulantes que no se avienen con la vida conyugal. ¿Estuvo separado de su mujer temporalmente? En 1605, cuando la causa de Valladolid, Doña Catalina de Palacios no estaba en casa de su esposo. Y como en lo que de su vida se conoce no hay datos para sospechar mejoría de su suerte, ¿aludiría á aquel tiempo en estos versos?

«Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella;
Pero en el imprudente poco dura.»

Por el *Quijote* sabemos más del alma, de la cultura y gustos de Cervantes que de su vida y su persona; sin embargo, algo dice ó puede deducirse. Allí se afirma que en Lepanto quedó inválido de la mano izquierda, y nadie duda de que se aludió á sí propio en el *tal de Saavedra* de la historia del cautivo; por la amargura con que habla más de una vez de la pobreza se comprende, digan lo que quieran, que pasó gran estrechez, y sólo á quien viviera con hembras necesitadas se le pudo ocurrir que Dulcinea mandase pedir á Don Quijote media docena de reales, dejándole en prenda un faldellín de cotonía; que Sanchica ahorrase ocho maravedís diarios haciendo randas, y que Altisidora reclamase dos tocadores y unas ligas; además, contestando á Avellaneda en su prólogo, no se hace ilusiones acerca del lucro que le correspondiese de su obra, y da más valor á los socorros de sus protectores: rebosan los indicios de que vivía pobremente. En cuanto á su físico, nada añade el *Quijote* á los curiosos sino lo sabido: que era manco y que no tendría en Lepanto doce años, porque no era circunstancia la de su niñez para omitida, ni aquí ni en los versos donde describe la batalla.

¿Cómo erigirle estatua sin más datos que el de ir ya algo encorvado y el rostro que describe en sus novelas ejemplares? Si fuera soldado únicamente, se le representaría en la gallarda posición en que él se pinta con la

espada en la diestra y la izquierda mano herida, reprimiendo un desmayo de dolor; pero el valor es un accidente de su vida. Acaso fuera necesario presentarle á pie, llevando de la rienda á Don Quijote; pero ¿cómo vestía? En *El Viaje del Parnaso* no tenía capa; en la *Adjunta* se burla de la gola de un poeta rico; el retrato que le figura remando, sin ser imposible, no es propio de un manco..... No es disparatado suponer que al describir minuciosamente el traje del cautivo, recordara Cervantes el mismo con que entró en España después de su rescate, es decir, «casaca de paño azul corta de faldas con medias mangas y sin cuello, calzones de lienzo azul y bonete de la misma color, borceguíes datilados y alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho.» Ese fué su traje más probable en la época dichosa de recobrar la libertad, el que dijo: «por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.» Y ese vestido, si no le usó, le imaginó Cervantes, y es suyo, por lo tanto, y estaría bien representado por un cautivo que regresa trayendo de la rienda á Don Quijote.

Y ese hombre insigne se libró del cautiverio para ser encarcelado tres veces, ó dos por lo menos, en España: en una de ellas escribió el *Quijote;* la de Valladolid coincide con este Centenario. Y, sin embargo, nada resulta en la causa contra él, y tenemos motivos para dudar que se conserven íntegros los autos. Existe un libro escrito por un Escribano de Cámara de la Sala de Alcaldes de casa y corte (1), conforme al procedimiento de la Sala que le juzgó: por ese libro, raro ya, sabemos la costumbre que tenía aquel Tribunal de dividir las causas en cuadernos, lo cual explica los vacíos que se notan, y explica también la prisión de la familia de Cervantes y otras vecinas, el pasaje siguiente: «..... se prende, dice el tal Herrera, los vecinos de la casa, aunque haya muchos; se hace por este motivo, porque procede de no averiguarse y tomar aquel temperamento para inquirir por apremio, como sucede tal vez hacerse con todo un barrio en los casos que suceden en una calle dél.» El Alcalde de casa y corte, usando el *temperamento* que constituía regla procesal para los señores de la Sala, hizo gracia de la prisión á todo el barrio, llevando á la cárcel con su familia á un inocente, que tal vez cenase al concluir el *Quijote,* pero que fué atropellado y preso el año en que apareció su obra maestra.

El éxito del *Quijote* fué popular, como había sido literario el de *La Galatea;* hay más: *Don Quijote* era famoso antes de publicarse, como lo prueban las «sextillas unísonas de nombres y verbos cortados:» así las llama el autor del enrevesado libro *La Pícara Justina,* que salió á luz antes que el *Quijote.*

(1) *Práctica criminal y instrucción de substanciar las causas,* por Jerónimo de Herrera Villarroel, Escribano de Cámara de la Sala de señores Alcaldes de casa y corte: Madrid, 1672.

«Soy la Rein de Picardí,
Más que la Rud conocí,
Más famo que Doña Olí,
Que *Don Quixo* y *Lazarí*.»

Fama que ningún crítico ha explicado satisfactoriamente, sino habiendo el autor divulgado su obra por medio de lecturas que harían verosímil en parte el cuento de Hartzenbusch, *La locura contagiosa*, padre de *El loco de la guardilla*. Tal vida tiene el personaje, que su primera salida al mundo es anterior á su salida de la imprenta, para que todo sea singular en ese libro y en su autor. Y no hay otra solución para el misterio, ó que el *Quijote* fué conocido antes de nacer por arte de encantamento.

No pudieron sus émulos negar su buena acogida; pero sólo le concedieron la categoría de libro divertido, citando á sus héroes con benevolencia y como especie de payasos populares. Así pudo Avellaneda (de algún modo hay que nombrarle) aludir al *Quijote* en estos términos: «..... como se cuenta en no sé qué anales que andan por ahí en humilde idioma escritos.....» y decir Lope de Vega que no había poeta tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabase su *Quijote*, y muerto el autor de éste, intentar la rehabilitación de los Esplandianes, Febos y Palmerines en una especie de contraescrutinio, reconociendo en *Las Fortunas de Diana* el ingenio de los escritores españoles para la novela propia ó traducida, «en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso, añade, que son libros de gran entretenimiento y que podrían ser ejemplares..... pero habrían de escribirlos hombres científicos, ó por lo menos grandes cortesanos, gentes que hallan en los desengaños notables sentencias y aforismos.» Parece imposible que se haya impreso tan solemne disparate y lo haya escrito un hombre de su altura intelectual; es decir, que en vez de Cervantes debió haber escrito sus novelas un teólogo ó un D. Rodrigo Calderón.

«El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho,» dice Cervantes (tomo II, cap. XXV), y esa fué su escuela. Hubo, pues, disonancia entre su enseñanza libre y la oficial y erudita. Era para los profesionales un simple aficionado, y pasaron años de aquel siglo para que dijese de él un sabio, D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova*, que desde el tiempo en que floreció *ingenii præstantia et amœnitate unum aut alterum habuit parem superiorem neminem*, pudo tener alguno que otro igual en la excelencia y amenidad del ingenio, pero ninguno superior. Si la honra de iniciar la apoteosis del *Quijote* corresponde á Inglaterra y al siglo XVIII, la de empezar la de Cervantes corresponde á España por boca del Licenciado Márquez de Torres y al gran bibliófilo español D. Nicolás Antonio en el siglo XVII.

VIII

CONCLUSIÓN

Es fuerza concluir, aunque apartándonos con pena del libro y del autor.

El *Quijote*, adelantándose á las modernas invenciones, nos legó una impresión fotográfica de la España andariega de su tiempo, diferente á la picaresca de los Lazarillos y Alfaraches; un modelo de ideal caballeresco y una burla encantadora de la caballería mágica y andante; reglas de pundonor y buen sentido para la vida civil; un tesoro de gracias y aforismos, y el cuerpo más completo de refranes españoles, en una fábula tan agradable que resiste al tiempo y á la repetición de las lecturas; hechos que han quedado proverbiales, pues son tipo de empresas descabelladas embestir molinos de viento, de bodas fastuosas las de Camacho y de medicamentos ridículos el bálsamo de Fierabrás, y, sobre todo, mucha honra en un libro amenísimo que no tiene en las lenguas vivas ni muertas ningún equivalente.

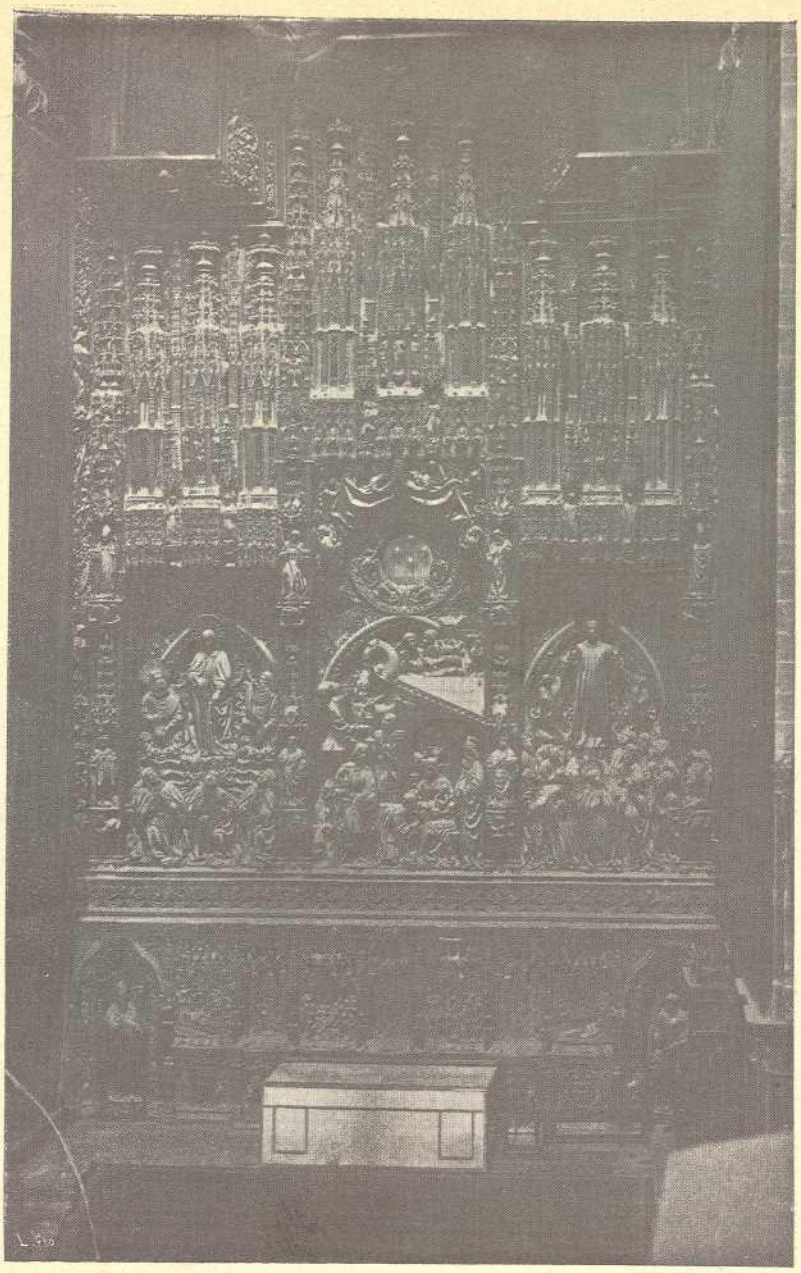
También nos legó una curiosidad insaciable de registrar los sitios en que *pudieron suceder* las principales aventuras de su libro. Sabido es que una Sociedad francesa pidió datos á España en el siglo XVIII para averiguar dónde estaba la sepultura del pastor Crisóstomo; á la Mancha acuden peregrinos extranjeros, sin conchas ni bordón, que hacen en silencio devociones de simpatía al espíritu del gran libro español; en 1848 el Sr. Jiménez Serrano publicó en *El Semanario Pintoresco*, en cinco curiosos artículos, *Un paseo por la patria de Don Quijote*, reproduciendo por medio del grabado una vista de la ruinosa venta del cuadrillero, que, según sus cálculos, fué la misma en que Cervantes hizo pronunciar á su héroe el discurso de las armas y las letras; la plaza de Argamasilla de Alba, la casa recién quemada de Medrano y la iglesia del Toboso; ya entonces se falsificaba al forastero la casa que pudo ser de Dulcinea. Los arqueólogos que hoy remueven los cimientos de la arruinada Troya, guiados por Homero, rehacen la historia antigua; la arqueología quijotesca es más extraordinaria, responde á una necesidad mental de que sea historia la novela; tan pasmosa es la realidad de aquellos arquetipos, que el mundo no se conforma con que no hayan existido y los inscribe en el registro civil de los vivientes.

Nada más plausible que los estudios técnicos enderezados á apreciar los conocimientos de Cervantes en diversas disciplinas, porque nos indican la extensión de su saber. No son tan útiles las investigaciones esotéricas con que se le atribuyen intenciones misteriosas que no se compadecen ni con las ideas

de su tiempo, las de los poderosos que escudaban sus escritos, ni su desvalimiento; lo que quiso decir está bien claro, y harto dijo de los caballeros cortesanos, de la Santa Hermandad, de la expulsión de los moriscos, venalidad de la curia, prevaricaciones de los altos funcionarios, desafíos y problemas morales y sociales que entonces interesaban á las gentes, cuando el curso de la historia le ofrecía la ocasión; ¿á qué conducían intenciones atrevidas que de entenderse hubieran sido castigadas, y á ser incomprensibles no servían de nada? Es anacrónico y falso hacer de Cervantes un hombre de los siglos XIX y XX, quitando á su *Quijote* la pátina de su tiempo para enjalbegarle á la moderna, y harto hizo en lo que realizó para necesitar lo que no hizo; no es su obra tan mezquina que pida auxilio de otros, sobre todo si son delirios ó cualidades inútiles las que quieren concedérsele. Que hay ilusiones perdidas para siempre, lo dice la historia de todo libro viejo y los versos incomprensibles ya del principio y fin del primer tomo; aclararlas sería conveniente y nos parece que es tarea inútil. En fin, creemos la exégesis ocasionada á confundir, convirtiendo en rompe-cabezas el libro más hermoso y sencillo en su belleza natural que ha escrito el hombre.

Los que culpan á Cervantes de gozarse en los apaleamientos y caídas de un caballero como Don Quijote, no reparan en la delicada melancolía que hay en el fondo de esas burlas de la suerte, ni en la constancia sobrehumana con que sufre las adversidades el asendereado caballero, sin doblarse ni ceder; jamás desmiente la nobleza de su alma: él embiste y pelea y deja para Sancho los despojos; cuando el acaso les depara la maleta de Cardenio, elige para sí un libro en blanco con algunos versos manuscritos, y deja á su criado los escudos y las ropas; pierde éste el rucio y le compensa con todos los que él tiene; en la conquista del reino de Micomicón quiere estipular como premio una parte del reino para regalárselo á Sancho Panza, y se satisface con la honra. Sancho es el hombre práctico que sigue al loco porque hay en su fantasía un buen negocio: un reino era posible para el vulgo que había conocido á los soldados de Pizarro y de Cortés. Jamás vacila Don Quijote en amparar al débil y combatir al opresor por el ideal de la justicia. Si una sola vez salva su cuerpo en la aventura del rebuzno, es que militarmente debe retirarse ante fuerzas superiores. Si es vencido por el caballero de la Blanca Luna, prefiere la muerte á decir mal de su señora, y al volver derrotado á su aldea, su tristeza es tanta que le devuelve la razón, y una vez cuerdo, D. Alonso de Quijano tiene que morirse, porque nadie puede ser nada después de haber sido Don Quijote.

Sr. D. Mariano Escar, premiado con segundo accésit.



Retablo mayor de la *Seo* de Zaragoza.

IV

HONRAS FÚNEBRES

POR EL ALMA DE

MIGUEL DE CERVANTES

LA SOLEMNIDAD

En la magnífica Catedral zaragozana, llamada por antonomasia *La Seo*, se celebraron el día 10 de Mayo las honras fúnebres en honor del autor del *Ingenioso Hidalgo*.

El Excmo. Cabildo metropolitano recibió en las puertas del templo á las reducidas Comisiones representantes de las entidades civiles, militares y Centros docentes de esta ciudad.

A las diez y media dió principio la ceremonia, oficiando el M. I. Canónigo Sr. Blanco, asistido de los Sres. Millán y Villanueva, ocupando asiento preferente, en modesto sitial colocado en el presbiterio, la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa.

La capilla de música interpretó con afinación la Misa de *Requiem* del maestro Cariñena, la misma que se cantó en las exequias de prebendados.

Según rúbrica, á la conclusión de la Misa el M. I. Sr. Arcipreste del Pilar, D. Florencio Jardiel, encargóse de la oración fúnebre que va á continuación.

Terminada la oración, se cantó un responso solemne por el alma del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra.

ELOGIO FUNEBRE

EN HONOR DE

DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DE LA

VENERABLE DOÑA LUISA DE BORJA Y ARAGÓN

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

PREDICADO EN EL TEMPLO MÁXIMO DE LA SEO DE ZARAGOZA

EL DÍA 9 DE MAYO DE 1905

POR

D. FLORENCIO JARDIEL

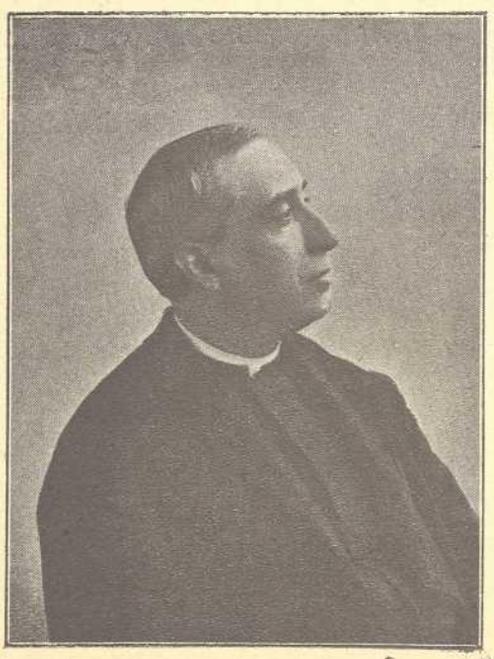
ARCIPRESTE DEL PILAR

Fructus lucis est in omni bonitate et justitia et veritate.

(El fruto de la luz consiste en toda bondad y justicia y verdad.)

(*S. Pablo ad Eph.*, v. 9.)

EXCMO. SR.—EXCMOS. SRES.—AMADOS HERMANOS MÍOS:



Ilmo. Sr. D. Florencio Jardiel, Arcipreste del Pilar.

Acuerdo fué por extremo acertado, propio de la piedad de quienes han organizado estas fiestas, y de la vuestra especialmente, Excelentísima Señora (1), dar en ella parte principal á la Iglesia de Dios, que tan grande la tuvo en formar, dirigir, engrandecer y perfeccionar el prodigioso ingenio del inmortal Cervantes, ornamento el más rico de las letras patrias, y en formar, dirigir, engrandecer y perfeccionar el espíritu de aquella *Santa Duquesa*, decoro y ornamento, el más rico también, de la Real Casa de Villahermosa.

Porque si es cierto que lo que

(1) La Duquesa de Villahermosa.

aquí nos trae es honrar la memoria del hombre extraordinario, á quien España entera consagra en estos días homenajes rendidos de admiración y de alabanza, no lo es menos seguramente que llamada por voto universal á presidir los que nosotros le dedicamos la dama egregia en quien florecen hoy las glorias todas y todas las grandezas de aquel regio solar aragonés, como lo prueba la fundación espléndida con que ha querido solemnizar nuestro magnífico Centenario, no, no cabe sustraernos al recuerdo de su ilustre ascendiente la venerable Doña Luisa de Borja, la cual, muy poco antes de que Cervantes hiciera de su palacio y de sus tierras apropiado lugar para sus más originales y hermosas creaciones, dejaba que su alma se derramara en ellos como á torrentes, embelleciéndolos con el encanto de sus virtudes.

Y han pasado los años, y han pasado los siglos, y, por designio inescrutable de su Providencia, quiere Dios que se junten aquí, casi á la vista de aquellos sitios, que Cervantes hizo suyos á fuerza de locuras sublimes, y doblemente suyos la venerable Doña Luisa, á fuerza de divinas locuras, quiere Dios que se junten aquí aquellos dos espíritus, para que unidos den testimonio del fervor entusiasta con que en la tierra le bendijeron y le amaron, y reciban unidos el tributo piadoso de nuestro cumplidísimo rendimiento.

¡Oh, hermanos míos, y cuánto tiene de feliz este día contemplado desde esta altura en que me ha colocado vuestra piedad, y á la luz de la fe que ilumina este majestuoso recinto! ¿Hay alguien que pueda celebrar este Centenario con mejor derecho que nosotros? ¿Y en dónde mejor que aquí puede celebrarse, en esta noble tierra aragonesa, teatro de los más bellos episodios de la inmortal obra de Cervantes? ¿Y cómo celebrarlo mejor que ajustándonos á su precisa y natural significación, que es eminentemente religiosa, á la cual, y en este sentido, viene á prestar encantos celestiales la figura de la Santa Duquesa, quizás aquélla que imaginó Cervantes «digna señora de la hermosura y universal princesa de la cortesía?»

Tan penetrado estoy de esto que digo, que estimo como obra de Dios, encaminada á fines elevados de espiritual edificación y aprovechamiento, el concurso ejemplar de tantas voluntades como han contribuído á la celebración de esta fiesta, en la que, al lado de Cervantes y unida á él por vínculos estrechos de tiempo y de lugar, y aún más por lazos estrechísimos de piedad y de fe, aparece la venerable Doña Luisa de Borja, á quien con el recuerdo de estos días de gloria irán siempre enlazados en la memoria y en el corazón de nuestro pueblo los nobles sentimientos de su generosísima descendiente.

Y como lo que yo he de decir ha de responder á mi elevado ministerio, y á la sagrada cátedra que ocupo, y al espíritu de esta solemnidad, y á vuestro propio espíritu, pues cristianos sois todos y acendradamente católicos, oid lo que yo pienso de Cervantes y de su libro, de la Santa Duquesa y de sus obras

de santidad. Aquél es la expresión brillantísima de la verdad cristiana, ésta la hermosísima personificación de las virtudes evangélicas; aquél es el vulgarizador—así se dice hoy,—es el vulgarizador de la doctrina, ésta la doctrina en acción puesta al alcance de todas las miradas; y para expresarlo mejor, en forma más concreta, Cervantes es el apóstol soberano de la palabra, y la Santa Duquesa de Villahermosa el soberano apóstol del ejemplo.

Si os parece apropiado este concepto al acto de piedad que estamos celebrando, oidme con aquella buena disposición que pide la palabra divina, siquiera, para llegar hasta vosotros, sea articulada por labios tan humildes como los míos.

No es pequeña ventaja para mí, supuesta, sobre todo, la brevedad del tiempo de que me es dado disponer, poder contar con vuestra ilustración y ahorrarme así explicaciones necesarias acerca de este apostólico ministerio, que admiro y reverencio en el insigne y celebrado autor del *Ingenioso Hidalgo*.

Ya sé yo, y vosotros sabéis también, que tiene el apostolado cristiano su más alta expresión en el magisterio sacerdotal, cuyo es el depósito de las enseñanzas divinas y á quien ha sido dado todo poder para defenderlas, y toda luz y toda autoridad para difundirlas y predicarlas. ¿Qué hubiera sido sin este magisterio—que vive en la Iglesia y en ella ha de vivir hasta la consumación de los siglos,—qué hubiera sido sin este magisterio de aquella celestial doctrina que brotó de los labios de Cristo, Señor nuestro, Verbo eterno encarnado, Palabra substancial que apareció en el mundo como luz indefectible y purísima, portadora en su seno de aquella gracia que es aliento de vida y sostiene y fecunda los corazones?

Los que dieron su sangre en defensa del Evangelio, los pobladores de la Tebaida armados duramente contra sí mismos, las almas enamoradas de la pureza, los mansos, los obedientes, los humildes, los que hicieron del pobre objeto predilecto de su ternura, todos buscaron, todos bebieron en este riquísimo manantial la firmeza y la perfección de su espíritu.

Pero, hermanos míos, al lado de este magisterio sacerdotal, de este divino apostolado de la palabra, encomendado á la suprema autoridad de la Iglesia católica, ha florecido en ella desde el principio, luz de su luz, hermosa emanación de su sabiduría incomparable, otro magnífico apostolado, que sin tener la gracia, la firmeza, la autoridad del apostolado del deber, tiene, sin embargo, su misma elevación, su mismo carácter de santidad, su misma fecundidad inagotable. No sé qué nombre darle: creo que debiera llamarse el apostolado de la caridad, *unicuique mandavit Deus de proximo suo;* mas el hecho es que existe; que existe como milicia bienhechora, empeñada en la conquista de las almas para la verdad y para el bien; que existe como ordenada y nece-

saria prolongación del ministerio sacerdotal, del que toma como elemento indispensable de su misión altísima el celo y la prudencia, la abnegación y el sacrificio.

Me preguntáis: ¿dónde está la expresión de este divino apostolado del amor? ¿Cómo su vida se desenvuelve?.... ¡Oh, fuente codiciada de la verdad eterna! ¡Oh, sereno y delicado manantial de la sabiduría increada, que no ya te contentas con deslizarte por cauces anchurosos, reflejando en tu clarísima superficie las glorias de la tierra y las maravillas del cielo, sino que, á modo de corriente subterránea, penetras en lo más escondido de la vida moral, y, en hilitos de agua apenas perceptibles, subes á lo alto, invades la llanura, te abres camino á través del granito de las montañas, formas cascadas bulliciosas y tranquilos remansos, y horadas, gota á gota, la dureza del pedernal ablandándolo suavemente! ¿Quién, quién sabe los secretos de tu poder, los giros misteriosos de tu acción vivificante y salvadora, las luchas que sostienes y las coronas que conquistas?

Es el padre que corrige y castiga; la madre que persuade y que besa; el amigo del alma que detiene al amigo al borde del abismo; la voz del consejo; el grito de entusiasmo; el aula y la escuela; el lecho del enfermo y los estrados de la justicia; la risa y las lágrimas; el silencio y la conversación; la pluma que escribe; el poeta que canta; el arte digno; la ciencia entera; la prensa honrada; la palabra de los humildes animada por el fuego de la caridad, y el vuelo de los grandes ingenios que se ciernen sobre las almas fascinándolas con atracción irresistible y transformándolas, por virtud de esta suprema fascinación, á su imagen y semejanza.

Así es, hermanos míos, como el divino apostolado del amor se manifiesta y desenvuelve, y así es como cumplió Cervantes, á quien Dios hizo gracia de todos los dones del espíritu, esta misión altísima.

¿Era ésta su vocación? Digo que sí; que lo era en efecto; que en aquel pecho generoso, de par en par abierto á las inspiraciones de lo alto, vibraban, como en arpa eólica, las auras delicadas de la verdad, concierto de armonías nunca oídas, acentos penetrantes de piedad y de religión, voces de condenación y de alabanza, gritos entusiastas para alentar ó para contener, y siempre la gracia, la dignidad y la dulzura.

Y sin duda, porque tal era su vocación, Dios le llevó por el camino del infortunio. ¿Acaso no es obra de redención el apostolado cristiano? Y la redención supone el sacrificio: sangre de las venas unas veces, y otras veces sangre del corazón. Aquellos primeros pasos de su vida, inciertos, vacilantes, como de hombre no formado en la seguridad y en la confianza de sí mismo; su heroísmo en Lepanto, soldado de la fe, en cuyo altar generosamente se inmola; cautivo en Argel, con aliento sobrado para luchar por la libertad de-

safiando la fiereza de sus verdugos; pobre siempre, y siempre con adversa fortuna, ni apreciada su condición, ni reconocido su ingenio, llega Cervantes á la plenitud de su ministerio apostólico, probado en los combates de la vida, y tan perfecto conocedor de las grandezas y de las miserias humanas, que puede desde luego constituirse en celoso y fidelísimo representante de esta función sacerdotal, á que la Providencia le llamaba.

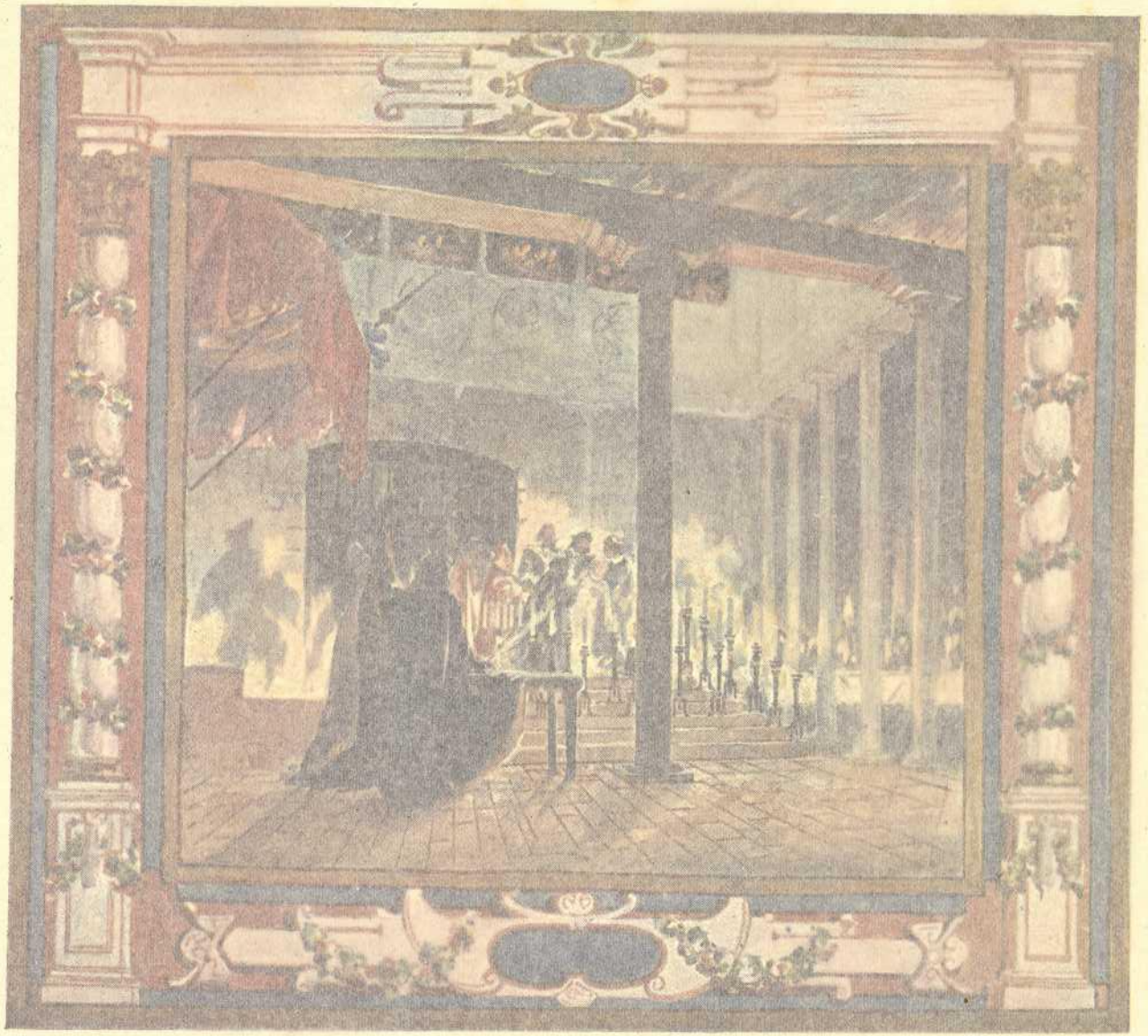
Nunca he dudado de que Cervantes comprendió su misión y de que fué resuelto y decidido á su cumplimiento. «Los enviados—(que tanto quiere decir apóstol),—los enviados, dice San Juan Crisóstomo, no lo son como filósofos para disputar, sino como conquistadores para someter.» Tal es la fuerza de la verdad que brota de sus labios. Sí: muchos han leído á Cervantes, muchos han estudiado á Cervantes; pero nadie ha disputado con él: en cambio, los vencidos, los sometidos, los uncidos á su carro de triunfo, son innumerables.

¡Oh! Alma nobilísima enamorada de la verdad, «de aquélla que lava, de aquélla que salva, de aquélla que nos hace libres,» como dice San Bernardo, dióse prisa á predicarla desde la cátedra de su ingenio siempre peregrino y fecundo, pero con tal sinceridad y llaneza, con tan sentida gracia y donosura, y—¿por qué no decirlo?—con tan divina unción, pues de Dios era la que daba calor á sus maravillosas invenciones, que no hay en ellas cosa que no responda al natural requerimiento del espíritu: ¿qué concepto, que no sea sazonado? ¿qué sentencia, que no sea cristiana? ¿qué consejo desprovisto de suavidad? ¿qué censura molesta? ¿qué chiste envenenado? ¿qué, en una palabra, que no vaya encaminado al engrandecimiento de la vida moral y, por lo mismo, á la dignificación de los espíritus?....

Bien se ve, hermanos míos, que no es ésta ocasión de ir desentrañando sus escritos, buscando en ellos la justificación de lo que digo; pero ya que el objeto de esta solemne fiesta es honrar la memoria del más esclarecido de los ingenios á los trescientos años de la publicación de su *Ingenioso Hidalgo*, aquí precisamente, en esta portentosa manifestación de las facultades superiores de su alma, en esta obra que decimos inmortal, porque no sabemos de otra palabra alguna más adecuada á su grandeza, es donde admiro más el sublime ejercicio de ese divino apostolado de la caridad, á que Dios le llamó con vocación especialísima.

Labios muy cristianos y muy piadosos han dicho del *Ingenioso Hidalgo* que era «la Biblia festiva y profana de la humanidad.» Quien de ello se asombre ó lo tenga por exageradamente hiperbólico, ni conoce la Biblia en lo que tiene de inspirada y divina, ni conoce el espíritu de Cervantes en la pasmosa creación de su *Ingenioso Hidalgo*.

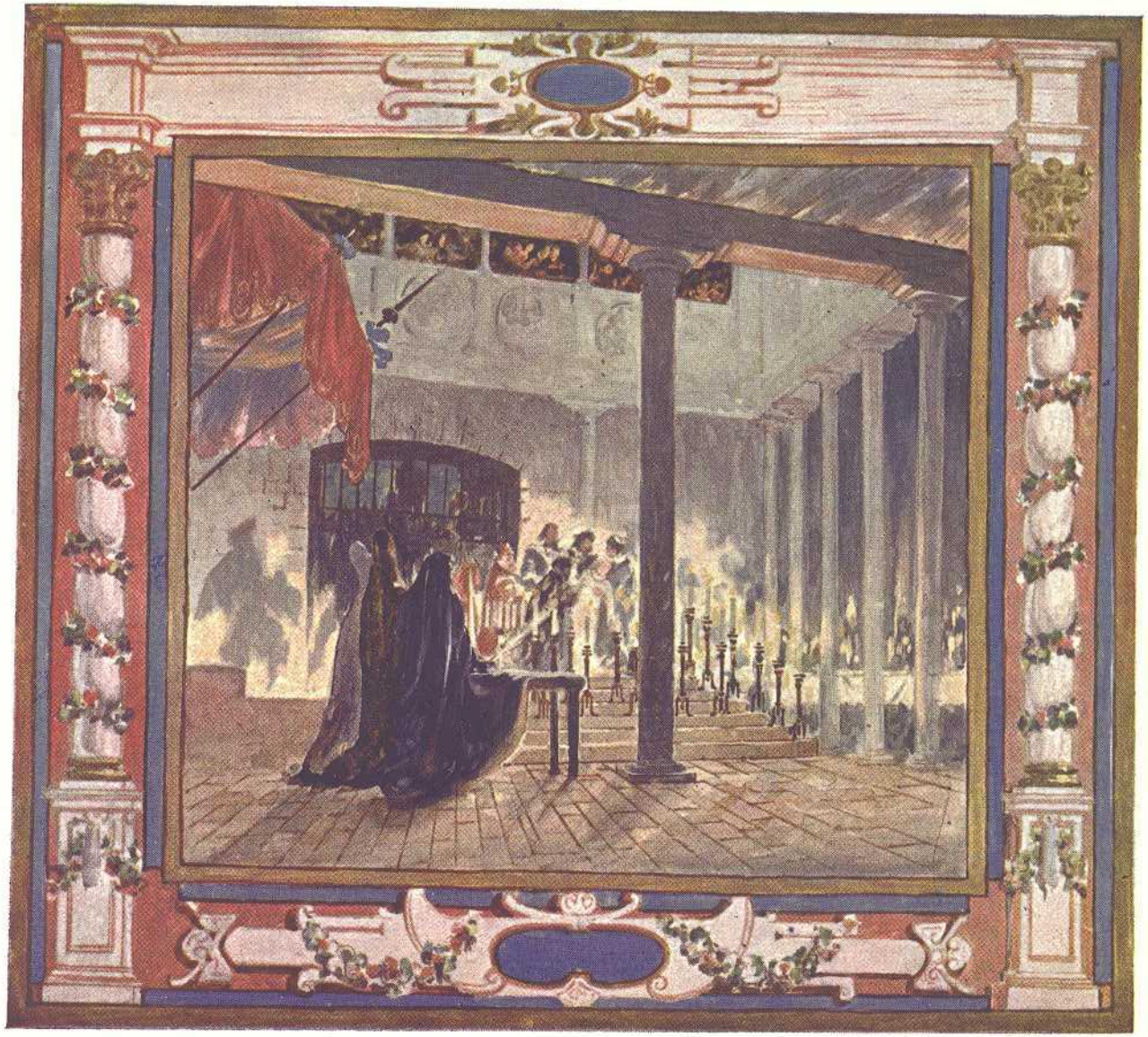
En lo antiguo habló Dios á los hombres por la boca de sus Profetas; después, llegada la plenitud de las edades, habló Dios á los hombres por medio



Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

F. Lafuente. — Túmulo de Altisidora.

Imitación á tapiz, hecha para decorar el palacio de Pedrola.



Fotocromotipia de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

F. Lafuente. — Túmulo de Altisidora.

Imitación á tapiz, hecha para decorar el palacio de Pedrola.

de su Hijo, y esta palabra eterna, que ha venido á nosotros á través de los tiempos, encerrada en tradiciones y escrituras divinas, y que la Iglesia guarda como sagrado depósito de la fe, no tiene más objeto que inundar de verdad las inteligencias, para luego inundar de bondad y de gracia los corazones. «Una cosa me atreveré á decirte, escribía Cervantes: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes que sacarlas en público, me cortara la mano con que las escribí.» Es decir, mis amados hermanos, que el fin era santo, y que los medios respondían al fin; que Cervantes, al entender en su *Ingenioso Hidalgo*, entendía en la prolongación, en la difusión de aquella verdad misma que Dios comunicó á los escritores inspirados; que siendo cierto que la explotación del Evangelio no ha de acabar hasta la consumación de los siglos, que es una mina de riquezas sin fin, riquezas de inestimable precio por lo que tienen de divinas y por la inacabable variedad de sus aplicaciones, ocupa el *Ingenioso Hidalgo* señalado lugar en esas divinas manifestaciones del espíritu cristiano, formado en el estudio de los sagrados libros.

Siempre me ha parecido poca cosa para Cervantes afirmar de su *Ingenioso Hidalgo*, que debió su existencia al propósito de combatir y desterrar los libros de caballerías. Pero, hermanos míos, Cervantes ¿no era hombre de su tiempo? ¿Aquellos libros creaban por sí mismos un estado social necesitado de reformas, ó era este estado social el que determinaba la repetida aparición, el aprecio y la estimación de aquellos libros?

¡Cuánto me apena verme ahora atosigado por el tiempo!

Cien años de fecundísima labor, abrillantados por la potente irradiación de los más grandes talentos, no habían arrancado todavía de la patria española lo que en ella quedaba de aquellos siglos de reconquista; reliquias necesarias de la forzada convivencia con los dominadores, del rudo y continuo batallar á que obligaba la dominación misma, del carácter caballeresco y aventurero que prestaba á los hombres, y á las empresas de los hombres, aquella lucha gigantesca de setecientos años, de que no hay ejemplo parecido en la historia de la humanidad.

Falseada en parte la verdad; alterados en parte los principios eternos de la justicia; afán desmedido de notoriedad y de renombre; arrojo temerario, siempre casi en desproporción con su objeto; ideas equivocadas, y aun ridículas, acerca de lo que es fundamental en la vida de sociedad, el honor, el amor, la mujer, la amistad, la familia; supersticiones y ñoñerías; ni verdad en la devoción, ni solidez en la piedad: he aquí, hermanos míos, lo que venía á ser el espíritu de aquel siglo, que sucedió inmediatamente á la conquista de Granada. ¿Siglo de oro? Sí: ¿quién lo duda? de los grandes santos, de los grandes

ingenios, de los grandes capitanes, de las grandes empresas, de un mundo descubierto, de la patria una, de la dominación universal.

Pero en el fondo la tormenta era recia: las clases todas se resentían de un funesto desequilibrio, originado por preocupaciones no extinguidas del todo; por la relajación, no del todo curada, de los vínculos más respetables y más santos, sin que bastaran á ocultar este estado social toda la grandeza, todo el esplendor de aquella época gloriosísima. ¡Oh, y cómo clamaba contra ello la Iglesia de Dios! ¡Y qué esfuerzos los suyos para hacer valer los derechos sacrosantos de la verdad, y asegurar la acción de su salvadora influencia! ¿Qué diré yo, que no dijeran y reprendieran y condenaran Santo Tomás de Villanueva, el Beato Juan de Avila, Lanuza el venerable, y D. Juan de Palafox y Mendoza, venerable también? ¿A dónde, sino á la rectificación de las ideas y al mejoramiento de las costumbres, iban encaminados las enseñanzas y los ejemplos de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Luis de Granada, todos insignes santos y celosos predicadores?

¿Queréis que lo diga como lo entiendo?

Pues oidlo.

El *Ingenioso Hidalgo* de D. Miguel de Cervantes Saavedra es en esta campaña de regeneración, en la cual resplandece de manera tan admirable el apostolado cristiano, el medio de que se sirve Dios para extender, para dilatar, para hacer familiares, para vulgarizar, para suavizar, para dorar, si así cabe decirlo, el conocimiento, no siempre dulce, de la verdad, y el ejercicio, penoso siempre y muy difícil, de las virtudes evangélicas.

Hermanos míos: Cervantes no pensó en otra cosa. Su misión era ésta: no la empequeñezcáis imaginando fines esotéricos que no responden, ni pueden responder, á la grandeza de su vocación. Los que, leyendo el *Ingenioso Hidalgo*, sepan apreciar el espíritu de esta obra admirable, verán en ella la confirmación de mis palabras. ¡Qué seguridad en la doctrina, tomada casi textualmente de los libros santos! ¡Qué firmeza en el juicio! ¡Qué lógica en el razonamiento! ¡Qué sencillez en la exposición! ¡Qué filosofía tan popular! ¡Qué conocimiento tan acabado, no ya de su patria y de su tiempo, sino del hombre, del hombre de todos los países y de todos los tiempos! ¡Qué severidad en la censura! ¡Qué dulzura en la misma severidad! Y como si Dios, que le había llamado á este magnífico apostolado, quisiera que nada le faltara para hacerlo provechosísimo y eficaz, le dió ¡oh! le dió el encanto de una imaginación soberanamente creadora, y la magia de una palabra y de un estilo sólo comparables á su brillante imaginación.

Oigo que me dicen al oído: pero ¿y la forma? pero ¿y la fábula? ¿Puede ser el *Ingenioso Hidalgo* sublime encarnación de lo que es celestial y divino? Y yo pregunto: el libro de Ruth, con sus mieses sazonadas, con su olor á juncia

y á tomillo, con su candorosa sencillez, ¿tiene algo de común, en la forma, con el libro de Job, triste y doloroso, ó con el casto apasionamiento del *Cantar de los cantares?* ¿Qué relación halláis entre la natural y sencilla narración evangélica y las terribles visiones de San Juan en el *Apocalipsis?* ¿O es que Dios no tiene abiertos todos los caminos para comunicarse con las almas: el camino de la risa y el del dolor, el camino de la imaginación y el del sentimiento, el camino de la naturaleza y el del arte, el camino de la ficción y el camino de la historia? ¿El mismo no habló en parábolas á los hombres, *et sine parabolis non loquebatur eis?*

Hermanos míos: de lo que no puede dudarse en manera alguna; lo que tiene para nosotros evidencia notoria, es que esta acción saludable del *Ingenioso Hidalgo* no ha sido desgastada, ni, en lo más mínimo, debilitada por el tiempo; que hoy, como ayer, este libro admirable constituye un verdadero cuerpo de doctrina, de doctrina cristiana, de doctrina severamente católica; que Cervantes sigue siendo el apóstol de la palabra, el insigne predicador de las enseñanzas divinas, y que bajo una forma única, por nadie imaginada hasta él y por nadie después de él imitada, no hay verdad ni consejo evangélico que no proclame, ni virtud que no preconice, ni vicio que no afee, ni superstición que no combata, ni miseria que no compadezca, ni generoso esfuerzo que no aliente, ni herida que no cure, ni tristeza que no disipe, ni altura á que no alcance, ni profundidad á que no descienda, ni nada, en fin, según sea digno de vituperio ó de alabanza, que no halle en él ó implacable fustigador ó fervoroso panegirista.

Y ved, señora, á quién de hecho y de derecho corresponde, en gran parte, la gloria de este acto de piedad que estamos celebrando; cómo tengo que recurrir forzosamente á vuestra generosidad é indulgencia.

He ido más allá de lo justo en lo que atañe al inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo*, y ahora me falta tiempo para decir cómo vuestra ilustre ascendiente, la venerable Doña Luisa de Borja, ejercitó, respondiendo también á su vocación, el divino apostolado del ejemplo. No lo sintáis, y que no lo lleven á mal aquéllos que me escuchan. ¿Acaso es posible olvidarse de aquélla su profundísima humildad, de su obediencia seria y reflexiva, de su mortificación llevada hasta el martirio, de su piedad, tan exquisita y delicada, que ni faltaba en ella el rigor saludable de la justicia, ni menos el poderoso atractivo de la dulzura? ¿Los efluvios de santidad, que suben del sepulcro donde yacen sus restos venerandos, no llegan hasta aquí, y prestan al ambiente que nos envuelve el delicado aroma de todas las virtudes? Si, después de tres siglos, todavía nos sentimos impresionados al recuerdo piadoso de aquel espíritu superior, que reinó en sus dominios, no sólo por sus títulos de nobleza, sino por la cristiana perfección de su santa vida, ¿cuál sería su influjo mien-

tras vivió en la tierra, rica con los tesoros más inestimables de la naturaleza y de la gracia? ¿Qué voz tan elocuente no sería la suya, la voz de sus ejemplos, hablando desde la sede augusta de su posición elevadísima, de modo que los acentos de su piedad alcanzaran á todos sus Estados y dijeran prácticamente aquello de Cervantes: «que la deshonra verdadera está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud?»

Hermanos míos: tan bien estoy aquí, que no descendería de esta sagrada cátedra; pero las fuerzas faltan, y falta el tiempo, y debe estar agotada vuestra cristiana benevolencia. ¿Qué haría yo para decir, de forma que me oyeran, á los talentos encumbrados, aquello que escribía San Pablo á los Efesios: «que los frutos de la sabiduría, que es luz, deben consistir en toda verdad, en toda justicia, en toda santidad, *fructus lucis in omni bonitate et justicia et veritate?*» ¿Qué haría yo para obligarles á entender, de una vez para siempre, estos conceptos tan elevados de San Agustín: que «la verdad existe anterior y superior á nuestra inteligencia, *veritas existit mentibus nostris superior;*» que «su ambiente apropiado es el ambiente de la virtud, *veritas non est nisi in opere bono;*» que «todo esfuerzo para lograr su posesión resulta estéril sin el concurso de la gracia, *veritas nisi divina ope non percipitur,*» y que «cuando se busca con dignidad, sale al encuentro de los que la desean, *si quæratur ut dignum est, non potest se suis dilectoribus substrahere?*» ¿Qué haría yo para que esta fiesta de la verdad, así quiero llamarla; qué haría yo para que esta fiesta de la verdad, homenaje rendido por la cultura nacional á la más bella, á la más encantadora producción del ingenio humano, dejara en tantas inteligencias esclarecidas, serenas unas, obscurecidas otras por el error, turbadas muchas por la indecisión y por la duda, dejara en ellas el afán generoso de vivir en el seno de esa eterna verdad una vez conocida, de buscarla noblemente á través de preocupaciones insensatas, de confesarla y difundirla, con ánimo resuelto, ejerciendo el hermoso apostolado de la caridad?

¡Oh, Dios mío! ¡Honrar á Cervantes en la publicación de su *Ingenioso Hidalgo,* y no ver, y no ver que en aquellas páginas estáis Vos, luz eterna y sabiduría infinita; que en ellas centellea el sol inextinguible de vuestro santo Evangelio; que sois Vos el honrado en vuestro siervo, á quien disteis inteligencia para conoceros, corazón para amaros, fuerza de voluntad para soportar los desengaños de la vida, palabra celestial para cantar vuestras maravillas y para publicar vuestras leyes, y aliento suficiente para morir, mártir del talento, en medio de la frialdad y de la indiferencia de los suyos!

No, hermanos míos: no me habléis de otra cosa. Desde aquí, yo desafío á todas las escuelas, idealistas ó realistas, ¿qué me importa? á que intenten arrebatarme lo que en justicia me pertenece. Cervantes y su *Ingenioso Hidalgo* son míos, de la Iglesia católica, á quien yo represento en esta sagrada

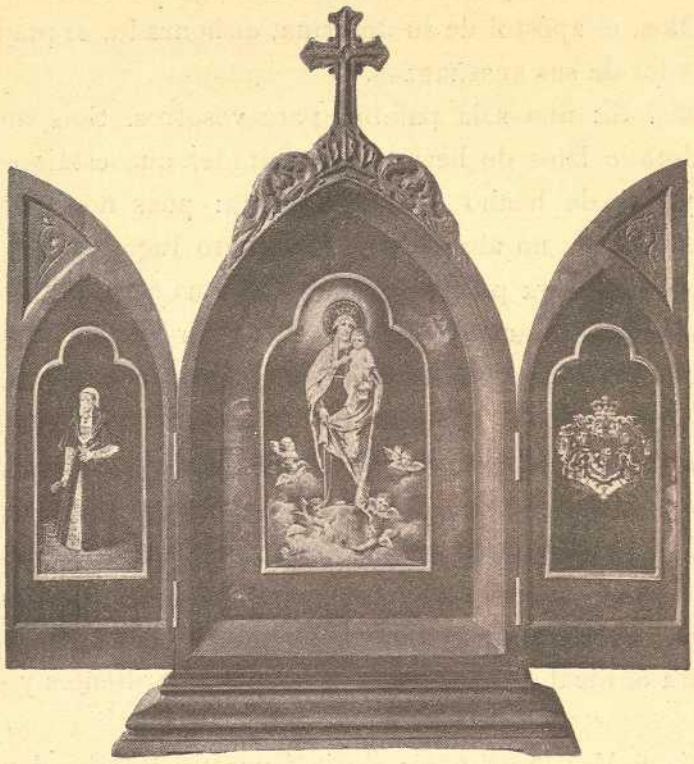
cátedra. Su escuela es la de Cristo, y por encima de toda lucubración filosófica ó literaria, aplicada al estudio de nuestro gran ingenio y de su obra inmortal, la Historia dirá siempre lo que nosotros; por nosotros mismos podemos apreciar con sólo abrir el *Ingenioso Hidalgo:* Cervantes fué cristiano, el amigo de Dios, el apóstol de su doctrina, el honrado, el piadoso, el celosísimo predicador de sus enseñanzas.

¿Queréis más? Sí: una sola palabra para vosotros. Sois hombres de talento; os ha dotado Dios de hermosas facultades que estáis en condiciones de ejercitar y que de hecho ejercitáis ahora: pues no salgáis, hermanos míos, de este templo, no abandonéis este santo lugar sin la firme resolución de consagrar vuestra palabra y vuestra pluma al servicio de Dios, que es lo mismo que consagrarlas al servicio de la verdad, al perfeccionamiento de los espíritus, y, por ellos, á la gloria y prosperidad de las sociedades humanas.

Eso quisiera yo: que Cervantes, á quien glorificáis en estos días, fuera siempre con vosotros; que vuestro espíritu tomara de su espíritu, con el respeto á la verdad, el amor á las virtudes evangélicas; que su valor os infundiera fuerzas para vencer todo humano temor en la difusión de las enseñanzas divinas; que su gloria, tan pura como es, cantada y celebrada por todo el mundo, fuera el ideal de vuestras almas en sus ardientes y generosas aspiraciones.

Señor: gloria á Vos lo primero; gloria á vuestra Iglesia, depositaria de la verdad, que sois Vos en la tierra; gloria á la santa Duquesa de Villahermosa, apóstol soberano del ejemplo; gloria á Cervantes, á quien honrásteis de modo especialísimo con el sublime apostolado de la verdad, y gloria á cuantos sigan las huellas salvadoras de este ingenio inmortal, honor á un mismo tiempo de la Religión y de la Patria.

Así sea.

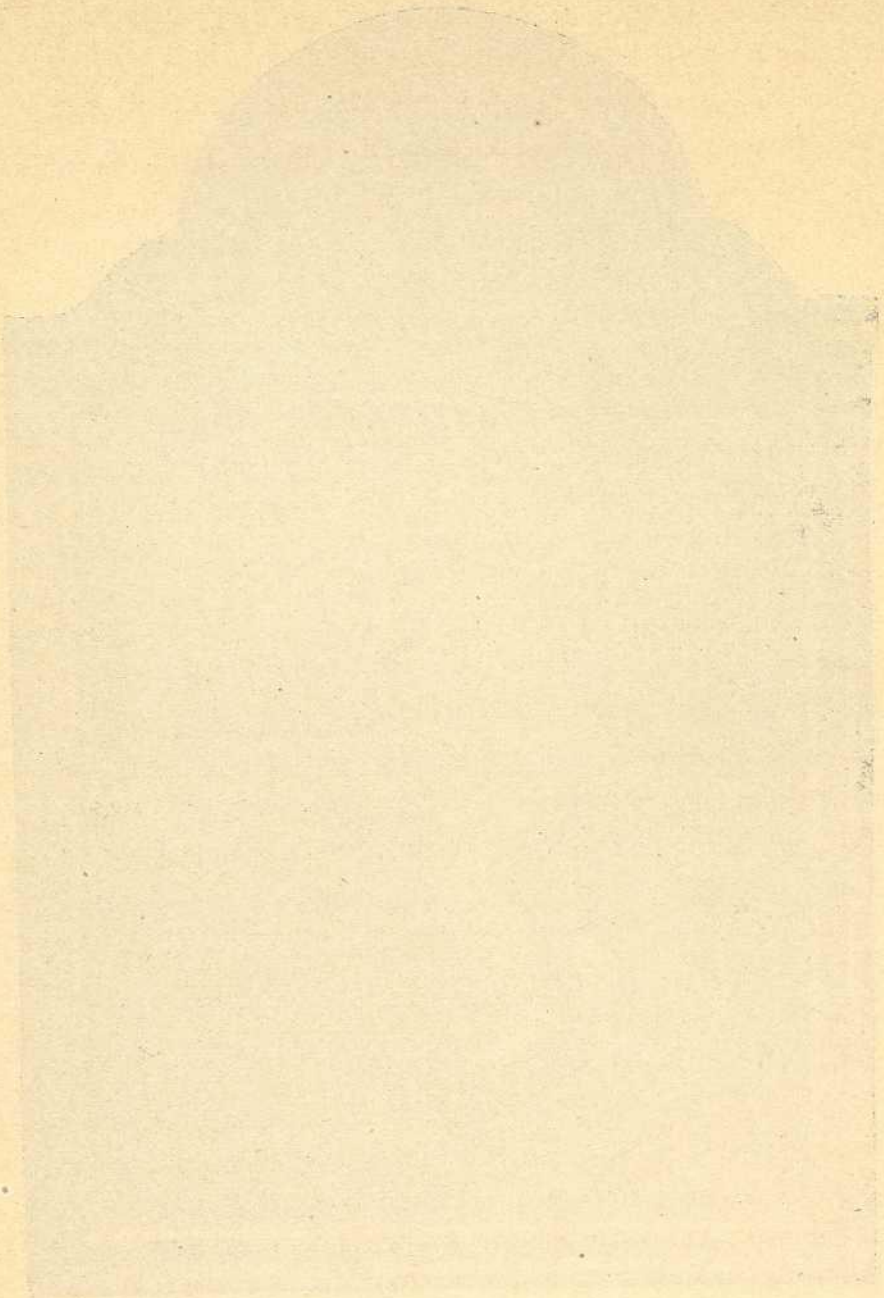


Tríptico de esmaltes regalado al Sr. Jardiel por la señora Duquesa de Villahermosa.

Pintura traida à España por D. Martin de Gurrea y Aragón, Conde de Ribagorza, Duque de Villahermosa, existente en el Museo de Zaragoza.

V

INAUGURACIÓN DEL MUSEO DE ZARAGOZA



Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Diploma repartido á los agraciados en el certamen cervantino de Zaragoza.

APERTURA DEL MUSEO PROVINCIAL

El día 10 de Mayo fué el señalado para la apertura del Museo.

A las cinco de la tarde, los claustros bajos de la antigua Academia Militar (Convento de Dominicos en otro tiempo) se vieron invadidos por una multitud deseosa de admirar las interesantes obras de la magnífica colección provincial. Una música militar amenizaba el acto, saludando con alegres notas á las Autoridades y Corporaciones que iban llegando. La Diputación había tenido la delicada atención de adornar con macetas y flores el vestíbulo y la escalera.

El amplio salón de actos del piso principal era angosto para la gran concurrencia que lo llenaba.

A las cinco y media, el Vicepresidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, D. Mariano de Pano y Ruata, abrió la sesión é inauguró el acto con breve y correcto discurso.

Expuso la satisfacción que sentía la Academia al ver vencidas las dificultades que por largo tiempo habían tenido almacenados los efectos pertenecientes al Museo; dió las gracias á la Excma. Diputación por los auxilios de todo género que para la colocación y exposición de las obras del Museo había prestado, y encomió el acto de patriotismo realizado por la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa al encargarse de una de las salas, donde se ha colocado la hermosa colección de las hazañas de D. Alonso de Aragón. «Una hada bienhechora, decía el Sr. Pano; una hada bienhechora cuya influencia, siempre cultísima y admirable, se deja sentir en estos días por todas partes, fijó su consideración también en el Museo provincial, y con regia munificencia acudió en socorro del arte, como en otros lados ha acudido en beneficio de las letras ó en ofrendas á la caridad. No preguntéis quién es: gracias á ella, podréis visitar y estudiar la gran colección de quince lienzos atribuídos á Rafael Pertús, y admirar la maravillosa Virgen de Veruela, tabla adquirida en Flandes en el siglo XVI por el Conde de Ribagorza, D. Martín de Aragón y Gurrea, cuarto Duque de Villahermosa.»

Continuó el Sr. Pano y ponderó las bellezas de todo género que el Museo guarda: la hermosa serie de tablas pintadas; las maravillosas pinturas de Jusepe Martínez, dignas algunas de la firma de Velázquez, lo mismo que

varios de los lienzos de Vicente Verdusán; la magnífica *Cena*, de Pablo Raviella; la colección de vasos ibéricos expuesta en las vitrinas, vasos cuyo origen debe buscarse en las primeras colonias greco-pelásgicas que arribaron á España.

Hizo ver de qué modo la Comisión organizadora había distribuído el Museo, estableciendo, en primer término, una sala central, donde la historia del arte se presentara con los mejores atavíos; dos salas de cuadros antiguos en la planta baja del edificio; una tercera dedicada exclusivamente á Vicente Verdusán; otra á los cuadros y efectos de la Casa de Villahermosa; dos salas de pintura moderna, donde podían admirarse trabajos de Cutanda, Mercadé, Alvarez Dumont, Unceta, Muñoz Degrain y otros notables artistas contemporáneos. Habló del reciente donativo de los testamentarios del difunto artista aragonés D. Marcelino Unceta, por quien están hoy de luto, decía, las artes españolas. Y expuso, por fin, la importancia del Museo Arqueológico establecido en el antiguo refectorio de Dominicos, hermoso salón de bóveda de crucería, pieza la más á propósito para el objeto á que se la había destinado. En ella se ha colocado la gran colección de *medios puntos* procedentes de la Cartuja de *Aula Dei*, debidos en parte al esmerado pincel de Fr. Antonio Martínez. Enumeró las colecciones de azulejos y canecillos y frisos mudejares, y la de capiteles árabes de la Aljafería, pertenecientes al arte de los Reyes de Taifas.

Lamó la atención hacia los dos arcos que de la misma época se guardan, y que por falta de medios no han podido armarse; hacia los mármoles del Renacimiento procedentes del antiguo Palacio de la Diputación del Reino, de aquella Diputación, dijo, que terminó gloriosamente su existencia entre las bombas, el incendio y las ruínas producidas por los ataques del ejército francés.

Y terminó dando las gracias á cuantas personas se habían dignado acudir al acto, Autoridades, Corporaciones y público en general; saludando especialmente á la Excma. Diputación, á cuya protección y amor hacia la cultura en general, y hacia las bellas artes en particular, era debido el renacimiento del Museo, y de quien se esperaba todavía la protección y auxilio necesarios para llevar á perfección en lo posible la instalación completa.

Una salva de aplausos acogió las últimas frases del Sr. Pano, quien, después de haber sido declarado abierto el Museo por el señor Gobernador civil interino y Presidente de la Diputación, D. Luis Pérez Cistué, acompañó á las Autoridades y Comisiones por las diferentes instalaciones, recibiendo de paso las enhorabuenas y felicitaciones por el hermoso acto realizado, tal vez el de más transcendencia de cuantos en honor de Miguel de Cervantes y de la publicación de su maravillosa obra se han celebrado en Zaragoza.

Presidió el acto el dignísimo señor Gobernador interino y Presidente de la Diputación, ya mencionado; acudió en pleno la Academia de Bellas Artes de San Luis, y asistieron Comisiones de la Diputación, de los Cuerpos militares, Universidad, Sociedad Económica, Ateneo, Academia de Medicina, Real Maestranza y otros Centros y Corporaciones de la capital.

EL MUSEO DE ZARAGOZA

La celebración de centenarios, forma moderna de culto á las glorias pasadas, son á modo de ráfagas de entusiasmo que pasan, pero que suelen motivar algunas instituciones beneficiosas. Esto ha sucedido en Zaragoza con el Museo, el cual puede decirse que ha resucitado ahora, al calor del entusiasmo producido por los honores rendidos al *Quijote*.

Formó el Museo zaragozano, que llegó á ser importante, la Academia de Bellas Artes de San Luis. Hallábase bastante bien instalado, en lo cual se reconocía por cierto la mano inteligente de nuestro inolvidable compañero el arqueólogo aragonés D. Paulino Savirón. Ignoramos por qué causa la Academia fué desalojada, el edificio que ocupaba derribado, y los objetos del Museo hubieron de quedar depositados en amplios salones al efecto cedidos por aquella Diputación provincial en el edificio destinado á escuelas y otras dependencias.

No se hizo á su tiempo, como debió hacerse, conveniente instalación, siquiera hubiese sido provisional, de cuadros, esculturas y objetos arqueológicos, y las colecciones que componían quedaron dispersas, ofreciendo á los ojos del curioso que las buscara el cuadro más triste y desolador. Años enteros permaneció desbaratado y maltrecho el Museo de Zaragoza. Hasta que ahora la noble solicitud y el tesón laudabilísimo del Sr. D. Mariano de Pano, individuo de aquella Academia, y la emulación despertada por la iniciativa de la Duquesa de Villahermosa, que ha costeado la instalación de la Sala que lleva su nombre, por ser la que encierra algunas obras de arte, otro tiempo pertenecientes á su Casa, han conseguido, con ocasión de las fiestas del Centenario, y para que en ellas se verificase la reapertura del Museo, la resurrección del mismo, en la forma que vamos á indicar.

Ocho salas en planta baja y una en la principal ocupa el Museo, que puede considerarse hoy dividido en dos secciones: una de Pintura, que es la más numerosa, y otra arqueológica. Esta, que en el orden histórico debe ser la primeramente visitada, es un salón que parece iglesia por estar cubierto con bóveda ojival del siglo XIV, y fué refectorio del Convento de *Predicadores*, pues el edificio, moderno por fuera y modernizado por dentro, es viejo é histórico. En dicho salón se ven tres hermosas estatuas romanas de mármol, una de Venus, otra varonil, desnuda, y ánforas, mosáicos, inscripciones, asimismo de origen romano; arcos de lacería, curiosos fragmentos con peregri-

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

nas labores y preciosos capiteles del alcázar arábigo ó *Aljafería* de Zaragoza; una numerosa colección de azulejos; canecillos tallados en madera, de algunos aleros, en que tan rica es la ciudad; dos sillerías de coro con buenos relieves; trozos arquitectónicos de estilo plateresco, en piedra, del antiguo palacio de la Diputación del reino de Aragón; el sepulcro del Cardenal Xavierre, y algunas estatuas procedentes del Convento de Santo Domingo. La serie de pinturas comienza allí con la interesante colección de lunetos de la Cartuja de *Aula Dei*.

Ya hemos dicho que la Pintura forma la sección más numerosa. En dos salas se ve variedad de cuadros, comenzando por una colección de tablas, entre las que sobresalen por su interés *El Nacimiento*, atribuído al pintor flamenco Roland de Mois; las *Tentaciones de San Antonio*, y otras *Tentaciones de unas monjas en el coro*, composición en que su autor da muestra de peregrino humorismo. Hay buenos lienzos de la *Pasión*, la *Aparición de la Virgen á San Bernardo*, por Verdusán, y una *Concepción* de la escuela de Maella.

El citado Verdusán, de nombre Vicente, fué un pintor que floreció en el último tercio del siglo XVII, habiendo dejado estimables obras en Pamplona, donde residió, y en Aragón. Pintó cinco grandes lienzos, cuyos asuntos son de la vida de San Bernardo, para el Monasterio de Veruela, y que hoy casi llenan otra sala del Museo zaragozano. También proceden del dicho Monasterio otros cuadros interesantes que anteriormente pertenecieron á la Casa de Villahermosa, que, como queda dicho, da nombre hoy á la sala del Museo que los contiene, habiendo costeado la instalación la dama insigne que hoy ostenta ese título. El más antiguo de dichos cuadros es una *Virgen con el Niño*, pintada en tabla, obra de estilo más italiano que flamenco, primorosa, traída á España por el Duque D. Martín, ilustre arqueólogo, á cuya colección perteneció la estatua marmórea de *Venus* primeramente citada. La serie más numerosa en la sala de Villahermosa es la que compone los 15 grandes lienzos de las hazañas del primer Duque, D. Alonso de Aragón, hermano del Príncipe de Viana, á quien hizo prisionero en la batalla de Aybar, y del Rey D. Fernando *el Católico*, para quien aseguró en Toro la Corona de Castilla. Estos cuadros no son coetáneos del personaje, sino que fueron pintados en el siglo XVII, estando atribuídos al pintor zaragozano Rafael Pertus. Hay también una serie de retratos en la que figura el del noble D. Pedro de Atarés, los de D. Alonso *el Casto* y su mujer Doña Sancha.

Pero la serie importante de retratos forma una sala especial, en la que figuran los de Fr. Antonio Rodríguez, Abad de Veruela; del Dr. Francisco Salvador Gilaberti, de Merklein; de los Arzobispos zaragozanos D. Fernando de Aragón y D. Tomás de Agüero, de D. Hugo de Huríes, señor de Ayerbe, y varios de Monarcas aragoneses y de Maestres de la Orden de San Juan.

Después hay dos salas de pintura contemporánea. En la primera figuran *Santa Teresa ante el P. Gracián,* de B. Mercadé; la *Vestal dejando apagar el fuego sagrado*, de J. Soler; la *Matanza de judíos en Toledo*, por V. Cutanda, y dos cuadros de asuntos de la guerra de la Independencia, tan memorable en Aragón; pero sólo uno se refiere al sitio de Zaragoza, el de César Alvarez Dumont, que representa la *Defensa del púlpito de San Agustín*, pues el otro, de E. Alvarez Dumont, es el episodio madrileño *La venganza de Malasaña.* En la sala segunda hay otro *Episodio de la defensa de Zaragoza*, por D. F. Jiménez Nicanor, y las conocidas obras *Lectura de la carta*, de Peña; *Establo de corderos*, de Federico Jiménez; *Exorcismo,* de Martínez del Rincón; *Accidente de caza,* de R. Arredondo, y *La Rota del Guadalete,* de Marcelino Unceta. De este notable pintor aragonés, cuya pérdida está reciente, acaba de recibirse, por donación de sus testamentarios, en el Museo, una preciosa colección, que ha sido instalada en esta misma sala de que hablamos, y que se compone principalmente de obras del artista, más de algunas que él conservaba de otros, como un apunte hecho en Egipto por León Escosura, una marina de Martínez Abades, varios cuadritos de Barbasán y *El bobo de Panticosa,* de mi hermano Enrique, que fué buen amigo de Unceta.

Además de estas ocho salas hay una de honor ó de obras selectas en el piso principal. En ella se ven preciosas tablas de los siglos XV y XVI, entre las que sobresalen una *Virgen*, que recuerda las obras de Lucas de Leyden; un retablo con la imagen de San Martín de Tours, y una *Adoración de los Pastores.* Allí también figuran los cuadros de *Santa Cecilia* y *San Pedro Nolasco*, del famoso pintor zaragozano del siglo XVII, Jusepe Martínez, más su retrato y el de su hijo Fr. Antonio, pintados por éste. Del citado Verdusán se ven en este salón sus lienzos *San Benito* y *El Redentor con un brazo desclavado de la Cruz para abrazar á San Bernardo;* de Pablo Raviella, *La Cena* y los apóstoles *Pedro y Pablo;* de José Moreno, un *San Juan Bautista;* de Bayeu, un *Santo Tomás.* Los contemporáneos están representados por los bocetos de las pinturas murales de San Francisco el Grande, debidas á Domínguez y á Ferrant, y una *Cabeza de mujer*, de Larraz.

La buena escultura española está representada en esta sala por una estatua atribuída al célebre Damián Forment.

Hay asimismo dos vitrinas en las que se ven curiosas arquillas de la Edad Media; objetos varios, entre ellos algunos que son como trofeos de la guerra de la Independencia, y una colección no muy numerosa, pero interesantísima, de vasos ibéricos de barro con ornamentación pintada de rojo. Estos vasos, que, según nuestras noticias, proceden de Azaila (Teruel), son en su género las piezas más importantes halladas en España, y bajo su nombre ya corriente de ibérico se expresa su origen ante-romano, de lo que atestiguan el estilo

de su ornamentación, denotando la influencia grego-pelásgica en nuestra Península.

Solamente con hacer esta reinstalación del Museo de Zaragoza, se ha estimulado el donativo Unceta. Si el Museo está cuidado y atendido como conviene, vendrán otros donativos y depósitos. Por el pronto, ya tiene Museo Zaragoza.

José Ramón Mélida.

LOS CUADROS DE VILLAHERMOSA

EN EL

MUSEO PROVINCIAL

Acababa de visitar los almacenes del Museo Provincial una numerosa Comisión de Diputados y Académicos, cuando me ví agradablemente sorprendido con el siguiente despacho telegráfico:

«Presidente Ateneo Zaragoza. De El Pardo.

Desearía, y puede decirlo Diputación y Academia de Bellas Artes, arreglar á mi costa en el Museo Provincial la sala de efectos de mi Casa.—Duquesa de Villahermosa.»

Para quienes saben hasta dónde llegan en la ilustre dama que firma el telegrama anterior los sentimientos del patriotismo; para quienes conocen el amor que á las artes profesa la actual representante de la primera de aquellas ocho famosas Casas de Aragón; para quienes conocen el magnífico monumento elevado en Javier á la fe y á la caridad; para quienes han visitado las hermosas escuelas de Pedrola, el telegrama no significa sino una iniciativa más de quien sabe emplear siempre sus capitales en pro de la caridad ó en beneficio de los grandes ideales de la patria.

Oportuno será, con tal ocasión, que hagamos historia de los efectos y lienzos del Museo Provincial á que el telegrama se refiere.

En 1842, el Duque de Villahermosa, D. José Antonio de Aragón y Azlor, abuelo de la actual Duquesa, regaló al Museo Provincial una magnífica colección de diez y seis lienzos pintados (1), los cuales, después de haber adornado durante muchos años el Palacio ducal de Zaragoza, habían ido á parar al Monasterio de Veruela.

(1) Diez y seis dice el catálogo del Museo; pero en realidad son quince los cuadros de las hazañas de D. Alonso de Aragón, dos pseudo-retratos y una tabla pintada, todo procedente de Veruela.

Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cia. - Madrid.

Copa de plata esmaltada.

Premio de la Sra. Duquesa de Villahermosa en el Concurso Cervantino de la Exposición celebrada en Madrid por el Círculo de Bellas Artes, otorgado al distinguido artista D. Ricardo de los Ríos.

(Fotografía de M. Moreno.)

Representan dichos cuadros, según parece, la historia del egregio D. Alonso de Aragón, primer Duque de Villahermosa, gran capitán aragonés héroe de aquella guerra de Sucesión que puso la Corona de Castilla en la frente gloriosa de la Reina Católica Doña Isabel, y fué ocasión y origen del engrandecimiento del Imperio español del siglo XVI.

Otros pueblos hacen, de héroes pequeños, figuras grandes popularizando sus biografías y llamando la atención hacia las más insignificantes circunstancias; nosotros olvidamos á los gigantes de nuestra historia, y á fuerza de olvido, los empequeñecemos y arrinconamos. ¡Triste destino el nuestro!

No son conocidos los autores que dieron vida á la magnífica colección de nuestro Museo. La brillantez del colorido, la gallardía de las figuras y la entonación general recuerdan, sobre todo en los fondos, algo de la *Escuela flamenca* y aun de la célebre *Escuela veneciana*. El antiguo catálogo de nuestra pinacoteca provincial dice esto, y á la vez indica si estos cuadros pudieron ser pintados por Rafael Pertús, autor de la serie de hazañas de los Monarcas de Aragón que decoraron los salones de la antigua Diputación del Reino (1).

Lo único que hoy podemos asegurar es que ni los cuadros son todos de una sola mano, ni su factura tan extraordinaria que no deje bastante que desear. Son lienzos, en cambio, de gran valor histórico, pintados en el siglo XVII, con gran riqueza de colorido algunos, con escaso conocimiento del arte casi todos. Mas así y todo, la circunstancia de tratarse de una colección tan completa les da considerable y extraordinaria importancia. Y grande obra ha sido la de la señora Duquesa de Villahermosa de hacerlos colocar en orden y exponer toda la colección á la vista del público.

El primer cuadro que el catálogo presenta lleva el número 7 de la colección general. Dice así el catálogo:

«**Núm. 7.**—Un personaje á caballo anuncia á una dama que se halla en un balcón el alumbramiento que se verifica en el atrio de un edificio que se dibuja en el fondo.»

«**Núm. 10.**—Segundo de la curiosa colección cedida al Museo generosamente por el señor Duque de Villahermosa, en el año 1842.

»Representa este cuadro el rapto de una señora. En primer término, las figuras del raptor ordenando la conducción de la dama (que se halla en poder de un criado) hacia un grupo de soldados en marcha, junto al cual se nota la cabeza de un caballo tenido de las bridas por otra figura de la que sólo se ven los brazos.

(1) He aquí lo que de Pertús dice Jusepe Martínez:

«Fué muy garboso inventor y muy largo en su trabajo; teníase á menos de valerse de cosas ajenas, y mucho menos de sacar del natural ni por dibujos suyos, diciendo que el valerse de lo dicho era no ser maestro, que eso pertenecía á los que poco sabían.»

»En el fondo dos caseríos: en el uno, que ostenta una bandera con la cruz de Borgoña, hay varios grupos de soldados, jugando á los dados y en distintas posiciones; en el otro hay dos mujeres en actitud de lamentar el robo. A la derecha varias figuras de gente del campo, que salen á la defensa de la dama y á las que dos soldados tratan de detener. A la izquierda hay un bosque.»

Alto, 1,90 m.—Ancho, 2,13 m.

Ambos lienzos, señalados, como queda indicado, con los números 7 y 10, refiérense á los amores del Duque D. Alonso con María Junquers, de familia hidalga catalana (1), doncella á quien conoció con ocasión de las guerras del Principado.

En el número 7 aparece arrogantísima la figura del Duque montado en soberbio caballo. María Junquers sale á la ventana; su figura es bellísima y parece escuchar con gozo las palabras del General. La familia, tal vez por patriotismo, se opuso á los deseos de D. Alonso. Este dió á su camarero Francisco Salat el encargo de realizar el dicho plan.

El lienzo número 10 representa á Salat apoderándose á viva fuerza de la muchacha que pasó á ser Condesa de Ribagorza, residiendo desde entonces en Benabarre, donde dió muestras de su noble condición, y distinguiéndose en más de una ocasión en la defensa del Condado. Murió allí y yace en el Convento de Dominicas de aquella villa.

«**Núm. 20.**—Sueño del Rey D. Fernando el Católico.

»Un personaje con alas anima al Monarca, que, acostado en su tienda de campaña, teme por el éxito de la batalla. A la entrada, un soldado se halla dormido, y en segundo término aparecen dos ejércitos combatiendo. En el fondo se dibuja una población á la falda de una sierra.»

Alto, 1,92; ancho, 2,20.

«Fué cosa muy divulgada entre las gentes, dice nuestro gran Zurita, que estando el Rey (D. Juan II) sobre Torroella tuvo cierta visión, en sueños, de un capitán que había muerto en esta guerra..... el cual le amonestó que no moviera su ejército del lugar donde estaba porque su hado le era á la sazón muy contrario; y que el Rey, menospreciando la vanidad de aquel sueño, mudó su campo y fué á ponerse sobre Rosas y luego se le rindió el lugar.» Mas luego pasó á poner cerco á Peralada, donde le sorprendieron tan impensadamente los franceses, que con gran dificultad pudo salvarse, huyendo á Figueras desarmado y casi desnudo. D. Alonso de Aragón salvó en esta ocasión la vida de su padre. Y éste es el hecho que conmemora el lienzo número 20, donde se ve en primer término á D. Juan en su lecho dormido; junto á

(1) Señores del Mas de Junquers y de San Cristóbal de los Planes.

él una figura con alas recuerda al capitán muerto, y en el fondo se desarrolla la escena del combate.

«**Núm. 26.**—Los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel entregan á D. Alonso de Aragón, Duque de Villahermosa, gran Maestre de Calatrava, el bastón de mando á la presencia de sus tropas.»

Alto, 1,97; ancho, 2,22.

D. Alonso de Aragón fué designado por los Reyes Católicos para el cargo de Capitán general de las Hermandades de Castilla, con ocasión de la guerra contra Alfonso V de Portugal. El lienzo número 26 recuerda este hecho memorable.

«**Núm. 31.**—Acto de armar Caballero de Calatrava, el Rey D. Fernando el Católico, á D. Alonso de Aragón, primer Duque de Villahermosa, hijo de D. Juan II de Castilla.»

Alto, 1,96; ancho, 2,22.

La descripción de este número 31 está completamente equivocada. En él se conmemora la proclamación de D. Alonso de Aragón (hijo de D. Juan II de Aragón y no del de Castilla) como Gran Maestre de Calatrava. El Rey de Castilla D. Juan II preside la ceremonia, que tuvo lugar en 2 de Febrero de 1444, y los heraldos, desde el tablado donde aquélla se llevó á cabo, hacen la proclamación diciendo: «Calatrava, Calatrava por D. Alonso de Aragón, nuevo electo.» «Este es, dicen otros, D. Alonso de Aragón.» D. Alonso, de hinojos ante el Rey, recibe el *espaldarazo* que le da el Monarca.

La historia del Maestrazgo de D. Alonso es muy curiosa. D. Juan II de Castilla le designó como Gran Maestre en 1443; dos años después se rompieron las hostilidades entre Aragón y Castilla; D. Alonso, fiel á su padre, se separó de los castellanos; éstos, después de la batalla de Olmedo, le depusieron del Maestrazgo, de lo cual apeló él ante el Pontífice.

Siguió, sin embargo, siendo reconocido en Aragón hasta el 1445, en que renunció el Maestrazgo en Zaragoza el día 4 de Mayo. En todos los lienzos de esta colección aparece D. Alonso con la cruz de Calatrava, aun en los episodios que recuerdan hechos posteriores á su renuncia (1).

«**Núm. 40.**—El Rey D. Fernando el Católico, delante de su tienda, entregando el bastón de mando á D. Alonso de Aragón, á presencia de varios Caballeros de la Orden de Calatrava.

»La figura del Rey parece retrato exacto de D. Juan II.»

Alto, 1,94; ancho, 2,19.

(1) Hacia el fin de su vida volvió á usar el título de Gran Maestre, sustituyendo por algún tiempo á D. Pedro Girón, que se había declarado por la Beltraneja.

Y en efecto: no fué D. Fernando, sino D. Juan II de Aragón, quien nombró á D. Alonso General en Jefe de las tropas levantadas en 1449 para el sitio de Cuenca, y este lienzo perpetúa el recuerdo por medio de la entrega del bastón de mando. Varios soldados á caballo tocan clarines proclamando la Jefatura de D. Alonso.

«**Núm. 44.**—Entrada triunfante del Rey Católico D. Fernando. Unos Caballeros le ofrecen las llaves de oro y una corona á nombre de la ciudad.

»En este cuadro hay más exactitud histórica en los trajes que en otros de la misma colección, y la composición está ideada con la dignidad y majestuoso aparato que le corresponde.»

Alto, 1,97; ancho, 2,35.

Tampoco es D. Fernando el Rey representado en este lienzo. D. Juan II, bajo palio que ostenta escudo aragonés, es quien recibe la sumisión de una ciudad; ciudad tan importante como lo indica la corona que en bandeja de plata le presentan. En otra bandeja le son entregadas asimismo las llaves de la ciudad.

Este lienzo conmemora la sumisión de Barcelona, resultado glorioso de la gran campaña sostenida en Cataluña durante varios años. La entrada triunfal en Barcelona tuvo lugar en 1473; las varas del palio, que aquí son seis, pero que debieran ser diez, eran llevadas por seis Consejeros y ciudadanos; por Juan de Villamarín, Capitán General de la Armada; por D. Pedro de Luna, Embajador de Sicilia; D. Bernardo Hugo de Rocaberti, Castellán de Amposta, y por D. Juan Ramón Folch, Conde de Cardona y de Prades.

«**Núm. 50.**—Un personaje en traje de corte ordenando el embarque de tropas en varias galeras y otros bajeles de guerra.»

Alto, 1,94; ancho, 2,19.

Es también D. Alonso de Aragón, primer Duque de Villahermosa, cuyo estandarte flota al viento en los mástiles de una de las naves. Recuerda probablemente este lienzo el penoso cerco del Castillo de Amposta que tuvo lugar en 1465. Fué necesario atacarlo por mar y por tierra, y además por la parte del río Ebro; y para evitar que le llegara socorro alguno, fué necesario emplear en esto una considerable armada.

Es memorable este asedio para la Casa de Villahermosa, pues durante él hizo merced el Rey de la célebre baronía de Arenos á D. Alonso de Aragón. La baronía de Arenós era uno de los más ricos Estados de Aragón; más adelante se transformó en Ducado de Villahermosa.

«**Núm. 56.**—D. Alonso de Aragón, precedido de su porta-estandarte y Reyes de armas, aprestándose con su ejército á una batalla.»

Alto, 1,97; ancho, 2,35.

Batalla de Toro en que D. Alonso de Aragón derrotó á Alfonso V de Portugal, quedando con esto decidida la suerte de Castilla en favor de la Reina Católica. Hecho glorioso con que el Duque de Villahermosa acredita una vez más su pericia militar, dejando asegurada para siempre la unidad española.

El ejército castellano enarbola las banderas de Villahermosa con los escudos de Aragón, Castilla y Sicilia; las tropas enemigas llevan en sus estandartes las célebres quinas de Portugal. Entre dichas tropas aparece, huyendo á todo escape, la figura mitrada del famoso Arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, partidario de la Beltraneja.

«**Núm. 65.**—D. Alonso de Aragón con su escudero dirige la entrada de sus tropas en una ciudad.

»Hay, como en las demás de la colección, vistosa variedad en los accidentes del paisaje, y la figura del paje ó ballestero está muy bien colocada.»

Alto, 1,98; ancho, 2,41.

Tengo para mí que este lienzo, en que más que un hecho de armas se representa la toma de posesión de una población, conmemora la entrega de Villahermosa á D. Alonso de Aragón por su padre el Rey D. Juan II. La figura plácida y satisfecha de aquél, la hermosura del campo que rodea el pueblo, la entrada de la mesnada del Duque, todo parece indicar que el asunto de este cuadro es la toma de posesión de Villahermosa, que tuvo lugar en 29 de Enero de 1482.

«**Núm. 68.**—El Rey Católico D. Fernando entrega á D. Alonso de Aragón, Caballero de Calatrava, una manopla de su armadura en señal de estima por su ayuda á la victoria de sus tropas, que se ven en el fondo del cuadro. Los Caballeros del Rey y los de Calatrava con sus soldados hacen huir á un ejército que lleva la bandera de Navarra.»

Alto, 1,95; ancho, 2,22.

Justamente el llevar el ejército vencido la bandera de Navarra, indica bien á las claras que el lienzo representa el principal episodio de la batalla de Aybar. El Príncipe de Viana se entrega á su hermano D. Alonso como prisionero de guerra. D. Alonso, dejando su caballo, se acerca al desdichado Príncipe; éste le hace entrega del guantelete en señal de sumisión.

Este hecho de armas, que tan alta elevó la fama de D. Alonso, tuvo lugar el 23 de Octubre de 1451, declinando con él la tremenda lucha de los Agramonteses y Beamonteses que había puesto en gravísimo peligro la autoridad del Rey, primero en sus dominios de Navarra y más tarde en los de Cataluña.

«**Núm. 98.**—Desafío de un caballero castellano con un moro ante los muros de Granada y á presencia de la Reina Católica Doña Isabel. Muchos moros observan desde las atalayas la lucha, y otros huyen viendo vencido á su caudillo.

«Este cuadro es inferior en mérito artístico á los anteriores.»

Alto, 1,85; ancho, 2,23.

D. Alonso de Aragón, á pesar de la avanzada edad que ya tenía, no quiso dejar de acompañar á sus hermanos los Reyes Católicos durante la gran epopeya de Granada.

Asistió á la tala de la Vega, á las tomas de Loja y de Lora. El lienzo señalado con el número 98 conmemora sin duda uno de los episodios que tuvieron lugar ante los muros de Granada.

En una de aquellas expediciones, falleció el Duque D. Alonso en Linares por efecto de grave enfermedad que le aquejó. Fué enterrado en Poblet á los pies del Rey su padre, á cuya defensa había consagrado gran parte de su vida. Gran Capitán y gran político, de él decía el Arzobispo D. Fernando que había conquistado para su padre el reino de Aragón y para su hermano el de Castilla.

«**Núm. 102.**—Episodio histórico de la Casa del Duque de Villahermosa. Se ve en primer término un Caballero de Calatrava en traje de guerra, y cerca de él otro derribado del caballo, junto á un estandarte rojo.»

Alto, 1,92; ancho, 2,20.

Batalla del Besós ganada por D. Alonso de Aragón en 1471, 25 de Noviembre, contra Juan de Lorena, Dionisio de Portugal y los sublevados catalanes. Tuvo lugar este hecho de armas junto á San Adrián, en la ribera del río Besós, quedando completamente destruído el ejército enemigo y prisioneros casi todos sus capitanes. Hecho memorable del cual procedió la entrega de Barcelona y la pacificación del Principado.

«En esta batalla, dice Zurita, fué muy señalado el esfuerzo y valor de Martín de Lanuza, el cual, peleando bravamente, derribó el estandarte de Jacobo Galeoto, que era el capitán principal de los enemigos, y lo sacó de las manos y poder del alférez que lo llevaba.» Este episodio se halla conmemorado en primer término en el lienzo, que es hermoso por la perspectiva que presenta de bosques y grupos de guerreros.

«**Núm. 115.**—La marcha de un ejército, bajo el pendón de Calatrava y mando de D. Alonso de Aragón, al encuentro del enemigo.»

Alto, 1,96; ancho, 2,21.

Después de haberse apoderado de la ciudad de Toro la Reina Católica en 1476, el alcázar continuó resistiendo, valerosamente defendido por una mujer, Doña María Sarmiento, esposa de D. Juan de Ulloa, que tenía tomados los castillos de la Mota y Monzón. D. Alonso de Aragón estrechó con gran diligencia el cerco, y consiguió que Doña María pidiese capitulación y entregase aquellos baluartes, alrededor de los cuales se habían desarrollado

las más importantes escenas de la guerra de sucesión á la Corona de Castilla.

Este parece ser el asunto á que se refiere el lienzo número 115: D. Alonso á caballo dirigiendo el ataque; la fortaleza en el fondo, desde cuyas almenas se arrojan toda clase de proyectiles; en el terreno intermedio se desarrolla el combate; en una de las ventanas del alcázar aparece Doña María Sarmiento con uno de sus hijos, en ademán de pedir capitulación.

Núm. 65 bis.—No aparece en el antiguo catálogo otro lienzo que lleva repetido el número 65 y representa el ataque á una ciudad musulmana.

El Rey Católico y D. Alonso, ambos con bastón de mando, dirigen el asalto. Debe referirse también este cuadro á las guerras de Granada.

Números 78 y 80.—Pertenecen además á la colección de Veruela los lienzos números 78 y 80, que no son sino dos pseudo-retratos de D. Pedro de Atarés y de D. Alfonso *el Casto*.

Mas la joya de la colección de Villahermosa es la preciosa tabla de Nuestra Señora, de la escuela flamenca de Juan Van Eick.

«**Núm. 22.**—Nuestra Señora abrazando tiernamente al Niño Jesús.

»Copia pintada en tabla.

»Tiene toda la suavidad de pincel y esmerada conclusión que caracteriza la escuela alemana antigua. Este precioso cuadro se hallaba en el Monasterio de Veruela y era allí venerado en un rico retablo en la capilla del Tras Sagrario. Según tradición del Monasterio y lo que el P. Faci dice en su libro de *Imágenes veneradas en Aragón*, pág. 162, este cuadro fué pintado por el Canciller de Inglaterra, Tomás Moro, y lo adquirió en Flandes el Duque de Villahermosa D. Martín de Aragón, regalándolo, á su venida á España, á dicho Monasterio de Veruela.»

Dejando á un lado la gratuita aserción del P. Faci, parece indudable que, en efecto, la primorosa tabla señalada con el número 22 fué traída de Flandes por D. Martín de Aragón y Gurrea á mediados del siglo XVI.

Copia ú original, la tabla es de factura maravillosa, obra de uno de los grandes maestros flamencos de dicho siglo, y constituye uno de los más preciados ejemplares de nuestro Museo Provincial.

La colocación de esta serie de lienzos merece un estudio especial. Deberán presentarse en orden cronológico para poder mejor seguir con ellos los episodios de la vida del heróico aragonés fundador de la Casa de Villahermosa. El orden, á mi entender, debe ser el siguiente:

1.° Proclamación de D. Alonso como Gran Maestre de Calatrava.
2.° Entrega del bastón de mando para la guerra con Castilla.
3.° Batalla de Aybar.
4.° Declaración de amor á María Junquers.

5.° El rapto de María Junquers.
6.° Sitio de Amposta.
7.° Batalla del Besós.
8.° Combate de Peralada.
9.° Entrada triunfal en Barcelona.
10. Entrega del bastón de mando para la guerra con Portugal.
11. Batalla de Toro.
12. Cerco del alcázar de Toro.
13. Toma de posesión de Villahermosa.
14. Episodio de la Vega de Granada.
15. Toma de Écija ó de Lora.

Así, el estudio de la colección, bosquejado aquí ligeramente, podrá hacerse completo hasta en sus menores detalles, y de ese estudio saldrá seguramente el conocimiento del autor ó autores que la pintaron.

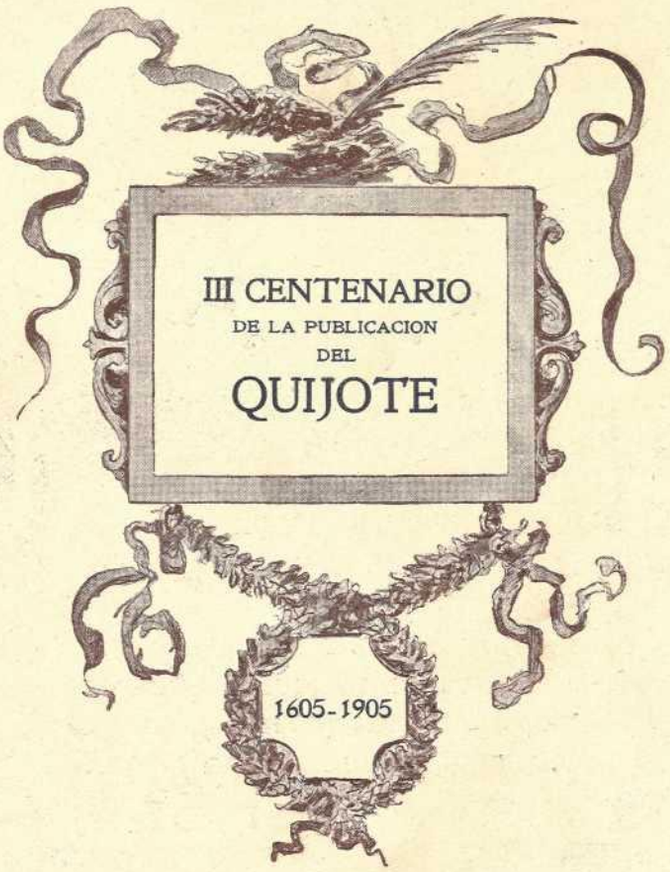
En ella hay golpes de gran efecto, actitudes resueltas y varoniles, interesante estudio de la naturaleza, vigor y animación en el colorido, indumentaria, no de la época á que los asuntos se refieren, sino del tiempo en que se pintaron.

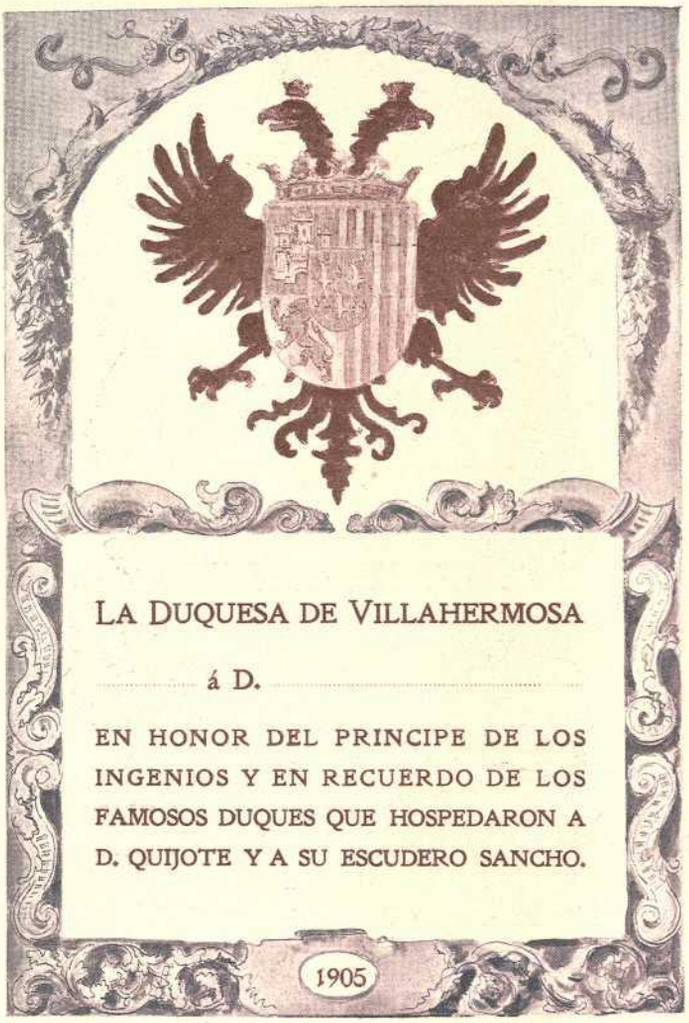
Bien merecía la interesante *Colección de Villahermosa* (1) una sala especial para que se presente completa y ordenada ante los ojos del artista y del historiador.

Y plácemes y gratitud merece la noble dama, que con tan hermosas iniciativas nos da constante ejemplo de patriotismo y de cultura.

MARIANO DE PANO.

(1) Pertenecen á la misma colección dos hermosas estatuas de mujer, desgraciadamente mutiladas. Una de ellas se supone sea la famosa Venus, hallada en Gaeta y traída á España con otras antigüedades por el Duque de Luna D. Juan de Aragón.


III CENTENARIO
DE LA PUBLICACION
DEL
QUIJOTE
1605-1905



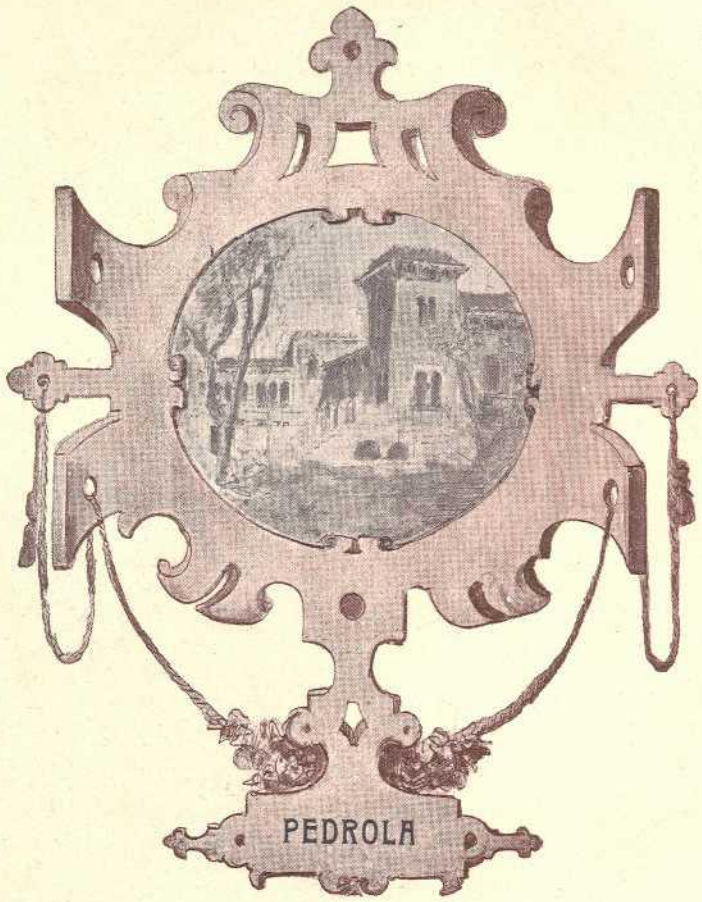
LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

á D. .....

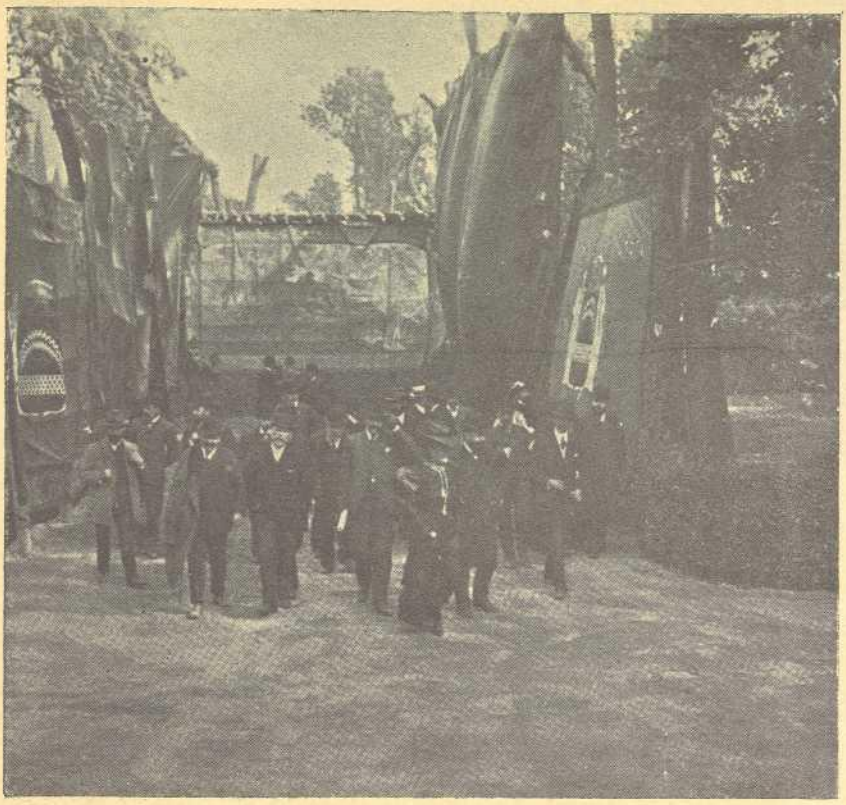
EN HONOR DEL PRINCIPE DE LOS INGENIOS Y EN RECUERDO DE LOS FAMOSOS DUQUES QUE HOSPEDARON A D. QUIJOTE Y A SU ESCUDERO SANCHO.

1905

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA



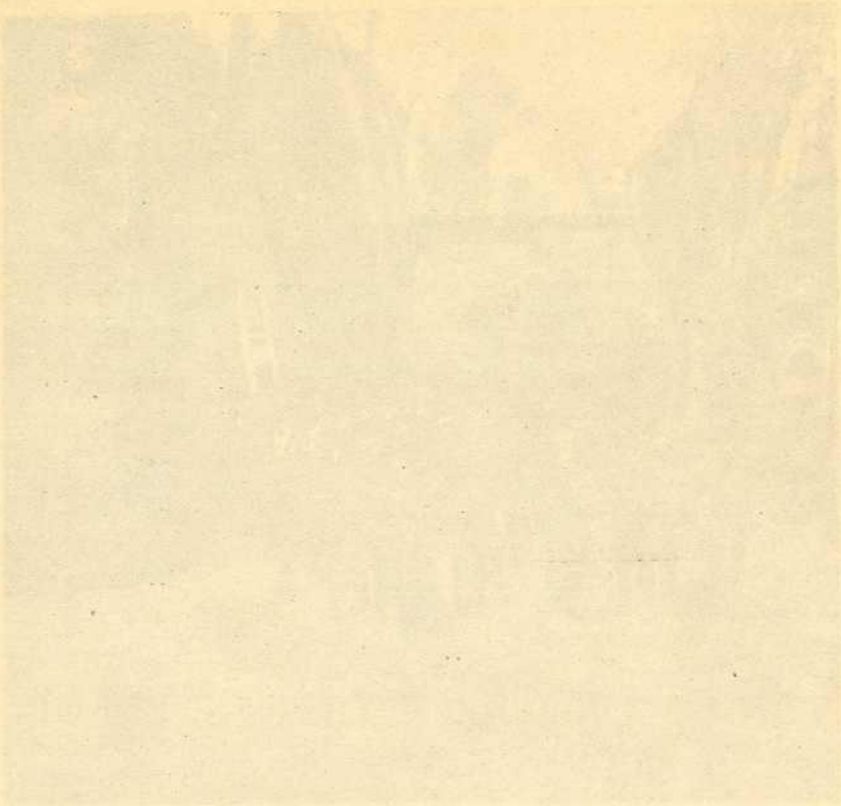
JOSÉ BLASS Y CÍA., SAN MATEO 1, MADRID

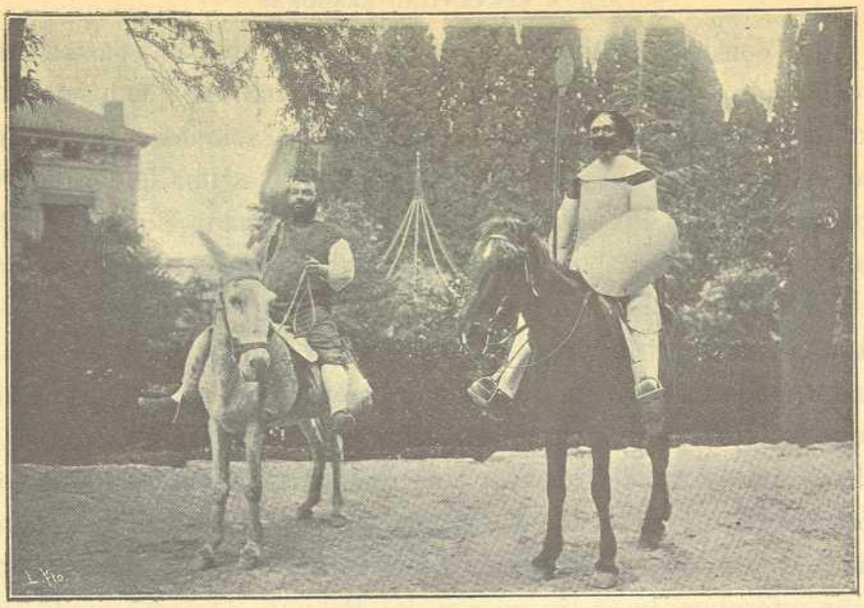


La castellana de Pedrola y sus invitados.

VI

FIESTAS DEL CENTENARIO EN PEDROLA





Don Quijote y Sancho en Pedrola.

CRÓNICA DEL CENTENARIO EN PEDROLA

En la tarde del día 9 de Mayo de 1905 y en el salón de actos de la Casa-Ayuntamiento de la Villa de Pedrola, se celebró una velada literaria á la que asistieron algunos señores de la Junta local de Instrucción y otras personas. El señor Cura párroco, en discurso de apertura, explicó el objeto de aquella reunión, ensalzando el mérito y valor del ilustre manco de Lepanto, diciendo de paso que si todos los pueblos de España se esmeraban en celebrar con regocijo el aniversario de la aparición del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* la villa de Pedrola había de ir á la cabeza en ese movimiento de entusiasmo, porque en ella se encierra aquella histórica *quinta* en que se fingen sucedidos varios de los entuertos acaecidos á Don Quijote. A continuación, los señores Profesores Barranco y Pargada leyeron dos trabajos meritísimos basados en la Historia y Literatura y matizados con tonos muy patrióticos. Luego, niños escogidos de ambas escuelas leyeron muy bien algunos trozos de la obra inmortal ya citada, tras de lo cual se cantó por todos los niños, con gusto y afinación, un himno á Cervantes, con lo que se dió fin al acto, continuando el improvisado orfeón infantil cantando su himno por las calles de la villa con gran regocijo de los vecinos.

Así se hizo hora de saborear la suculenta merienda con que la Excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa obsequió á todos los niños y niñas de la ve-

cindad, y que consistió en filetes de ternera, pan, avellanas y pastas variadas. Excuso decir que todos asistieron con mayor puntualidad que los demás días, y que no faltó uno solo: repartiéronse más de cien raciones entre los niños, y unas doscientas setenta entre niñas y parvulitos. ¡Lástima que éstos y aquéllos no pudieran ir á pasar la tarde en el olivar llamado Bonavía, y que los chicos no pudieran ser trasladados al montecillo donde está el santuario de la Virgen del Pilar!.... ¡Qué bien y qué á sus anchas hubieran corrido! Pero no lo permitía el fuerte y frío viento que reinaba.

La señora Duquesa tuvo un recuerdo para todos, sin olvidar sus amados pobres, que salieron muy favorecidos.

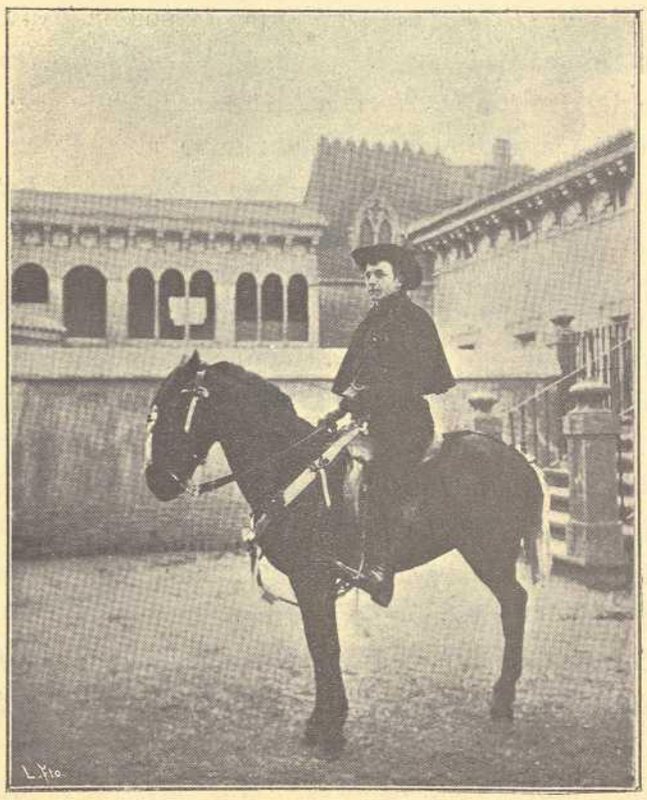
Las Hermanas del Colegio de San José (que dicha señora levantó y sostiene á sus expensas) tenían preparada en la escuela de párvulos á niños y niñas que habían de representar una función de la época del *Quijote*, alusiva á los personajes que intervinieron en los sucesos del Palacio. De este modo querían obsequiar á los ilustres huéspedes que con motivo del Centenario habían de visitarnos. La niña Vicenta Martínez Leza tenía á su cargo un discurso de despedida, habiendo dicho el de bienvenida la jovencita Josefa Sanz, cuyo trabajo gustó mucho, así como la soltura y corrección con que lo pronunció.

Después de recibidas las Comisiones, al día siguiente y al otro se corrieron vaquillas por los aficionados, en las que no hubo percance que lamentar, y dieron solaz y entretenimiento á los moradores de la villa, á quienes se les veía vestidos de gala como si se hallasen por los días de San Roque, que son aquí las fiestas populares. Una cuadrilla muy numerosa de toreros lucían su habilidad ante la vaca, brindando de antemano á la señora Duquesa, quien con mano generosa recompensaba la galantería.

En cada uno de los días que se corrieron vaquillas, y antes de comenzar la función taurina, aparecieron en la plaza las figuras de Don Quijote y su escudero Sancho, perfectamente caracterizados.

También fué obsequiada la señora Duquesa por los de la villa con serenatas y rondallas en que se cantaban coplas expresivas y llenas de agradecimiento; cuantas veces salía á los balcones, otras tantas era aclamada y entusiastamente victoreada; la levantaron arcos de triunfo, colocando uno de ellos junto á la entrada de su restaurado Palacio. Y al acabar la corrida del segundo día, una muchedumbre compacta de hombres, en su mayor parte mozos, llenó de luces el patio del Palacio, pidiendo ver á la señora; y una vez que ésta se presentó en uno de los balcones, el entusiasmo rayó en delirio: todos daban ¡vivas! á la Duquesa; todos gritaban ¡gracias!; todos tiraban sus gorras al alto, las que, recogidas por la Duquesa, les devolvía llena de emoción. Lo que costó la corrida de los dos días también era de cuenta de esta espléndida señora, la cual tuvo otros rasgos de su generosidad. Sólo haré mención del donativo

que hizo de cinco mil pesetas para emplearlas en obras de una acequia á fin de aprovechar mucha agua que ahora se malemplea. Apenas la Comisión de labradores, que la componían Cayetano Sancho, Manuel y Tomás Pascual, Vicente Solsona y Manuel Sancho, con el señor Cura párroco, manifestaron el objeto de su visita, en seguida se adelantó á dar más de lo que pretendían. Por esto se retiró dicha Comisión de su presencia, llena de satisfacción y haciendo mil elogios de la amabilidad y sencillez con que fueron recibidos y de la generosidad con que escuchó su demanda. De aquí fué creciendo de día en día la afición y cariño hacia tan magnífica bienhechora; y haciéndose eco el ilustre Ayuntamiento de todas esas manifestaciones, dió la más grande, celebrando sesión, en la que tomó el acuerdo de nombrar á la actual Duquesa de Villahermosa HIJA LA MÁS PREDILECTA DE PEDROLA, cubriendo de firmas un artístico álbum, en el que se escribió tal acuerdo, y haciendo ostentación de este título en un magnífico cuadro con un muy buen acabado trabajo caligráfico.



El alguacilillo de los toretes de Pedrola.

INVITADOS Á PEDROLA

D. Florencio Jardiel, *Canónigo-Arcipreste, Director de la Real Sociedad Económica aragonesa.*

D. Juan J. Urrózola, *Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de la Seo.*

D. Ricardo Royo, *Catedrático de la Facultad de Medicina de Zaragoza.*

D. Juan E. Iranzo, *ex-Presidente del Ateneo de Zaragoza.*

D. Pascual Comín, *Decano del Colegio de Abogados de Zaragoza.*

D. Emilio Soteras, *Alcalde ejerciente de Zaragoza.*

D. Luis Pérez Cistué, *Presidente de la Diputación de Zaragoza.*

D. Honorato de la Saleta, *General de Brigada.*

D. Luis Azara, *ex-Senador del Reino.*

Junta del Centenario.

D. Mariano Ripollés, *Rector de la Universidad de Zaragoza.*

D. Antonio Royo, *Director del* Diario de Avisos de Zaragoza.

D. Mariano Gómez Guallart, *de la Junta del Canal de Aragón.*

D. Enrique de Benito, *Secretario del Ateneo.*

D. José María Azara, *Bibliotecario del Ateneo.*

D. Gregorio García-Arista, *Presidente de la Sección de Letras.*

D. Manuel Lasala, *Tesorero del Ateneo.*

D. Marceliano Isabal, *Presidente de la Sección de Ciencias morales.*

D. Eduardo Ibarra, *Presidente de la Sección de Historia.*

D. Faustino Bernareggi, *Presidente de la Sección de Artes.*

D. Alberto Casañal, *Presidente de la Prensa local.*

D. Rafael Bosque, *Abogado.*

D. Ramón de San Juan, *Presidente de la Federación de Autores.*

D. José Valenzuela, *Director del* Heraldo de Aragón.

D. Eufemio Sola, *Redactor del* Diario de Avisos de Zaragoza.

D. Juan Sabiani, *Director de* El Noticiero.

D. Félix Cerrada, *Concejal y Profesor de la Facultad de Medicina.*

D. Patricio Borobio, *ex-Presidente del Ateneo y Profesor de la misma.*

D. Mariano de Pano, *Presidente del Ateneo.*

D. Máximo P. de Quinto, *Teniente de Hermano mayor de la Maestranza.*

Sr. Barón Areizaga.

Sr. Conde de Bureta.

D. José Antonio Doset, *Vicepresidente del Ateneo.*

Portada del Palacio de Villahermosa en Pedrola.

INSCRIPCIÓN DE LA ESCALERA DEL PALACIO DUCAL

ESTE PALACIO DE LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA, CONDES DE LUNA,
MANDÓ RESTAURAR Y DECORAR LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DOÑA
MARÍA DEL CARMEN ARAGÓN AZLOR É IDIÁQUEZ,
EN MEMORIA DE SUS ILUSTRES ANTEPASADOS Y EN HONOR DEL
PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
PARA RECIBIR DIGNAMENTE Á LA REPRESENTACIÓN INTELECTUAL DE ARAGÓN
CONVOCADA POR EL INTENTO DEL ATENEO Y UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
DE CONMEMORAR EN ESTA VILLA DE PEDROLA Y EN ESTE PALACIO DUCAL
EL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «EL QUIJOTE»
LAUS DEO

VISITA AL COLEGIO DE SAN JOSÉ DE PEDROLA

DISCURSO

PRONUNCIADO POR UNA NIÑA DEL COLEGIO

EXCMA. SRA. PRESIDENTA É ILUSTRES Y DOCTAS COMISIONES DE LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE:»

Este establecimiento de enseñanza, fundado y sostenido por la magnificencia de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, y dirigido con ferviente celo y santa abnegación por las Religiosas de la Consolación, os saluda con respetuoso cariño; os da la más cordial y leal bienvenida, al par que las más sinceras gracias por la honra que dispensáis á estas Escuelas, asociándolas con este acto á los festejos que se tributan en justo homenaje á la aparición del inmortal *Quijote*, obra del más inmortal de los Ingenios españoles, de D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Obligado parecía que algo se dijera del que con justicia se llama «el Príncipe de los Ingenios,» aquí donde, según los más autorizados anotadores, se desarrollaron tantas escenas de su nunca bien comprendida producción; pero ¿qué de bueno ni de nuevo podría decirse, cuando plumas mejor cortadas y eximios literatos se han ocupado ya con brillantez de tan difícil tarea? Quimérico empeño sería el querer emularlos, y, sin alardear de modestia, hay que renunciar á ello. Mas como los destellos de su gloria se reflejan en cierto modo sobre sus generosos protectores los Duques de Villahermosa, la ilustrada Comisión de festejos, con muy buen acuerdo y mejor acierto, ofreció la Presidencia de éstos á la más legítima representante de la Casa de Villahermosa, á la Excma. Sra. Doña Carmen de Aragón Azlor, actual Duquesa de Villahermosa. Y como «nobleza obliga,» no podía sustraerse á tal deuda de honor esta nobilísima dama, que, contando en su preclara genealogía capitanes tan ilustres como D. Martín de Aragón, santos varones como los hermanos San Francisco y la Venerable Doña Luisa de Borja, y literatos como Don Marcelino de Aragón, que con su inspirada traducción en verso de las *Geórgicas*, de Virgilio, supo conquistar en buena lid el honroso y codiciado título de Académico de nuestra hermosa lengua, parece resume en su persona las nobles cualidades de sus ilustres progenitores. Mucho más podría decirse de

Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Excelentísima Señora Doña María del Carmen Aragón Azlor é Idiaquer,

Duquesa de Villahermosa, Condesa de Luna, de Guara y viuda de Guaqui.

VISITA AL COLEGIO DE SAN JOSÉ DE PEDROLA

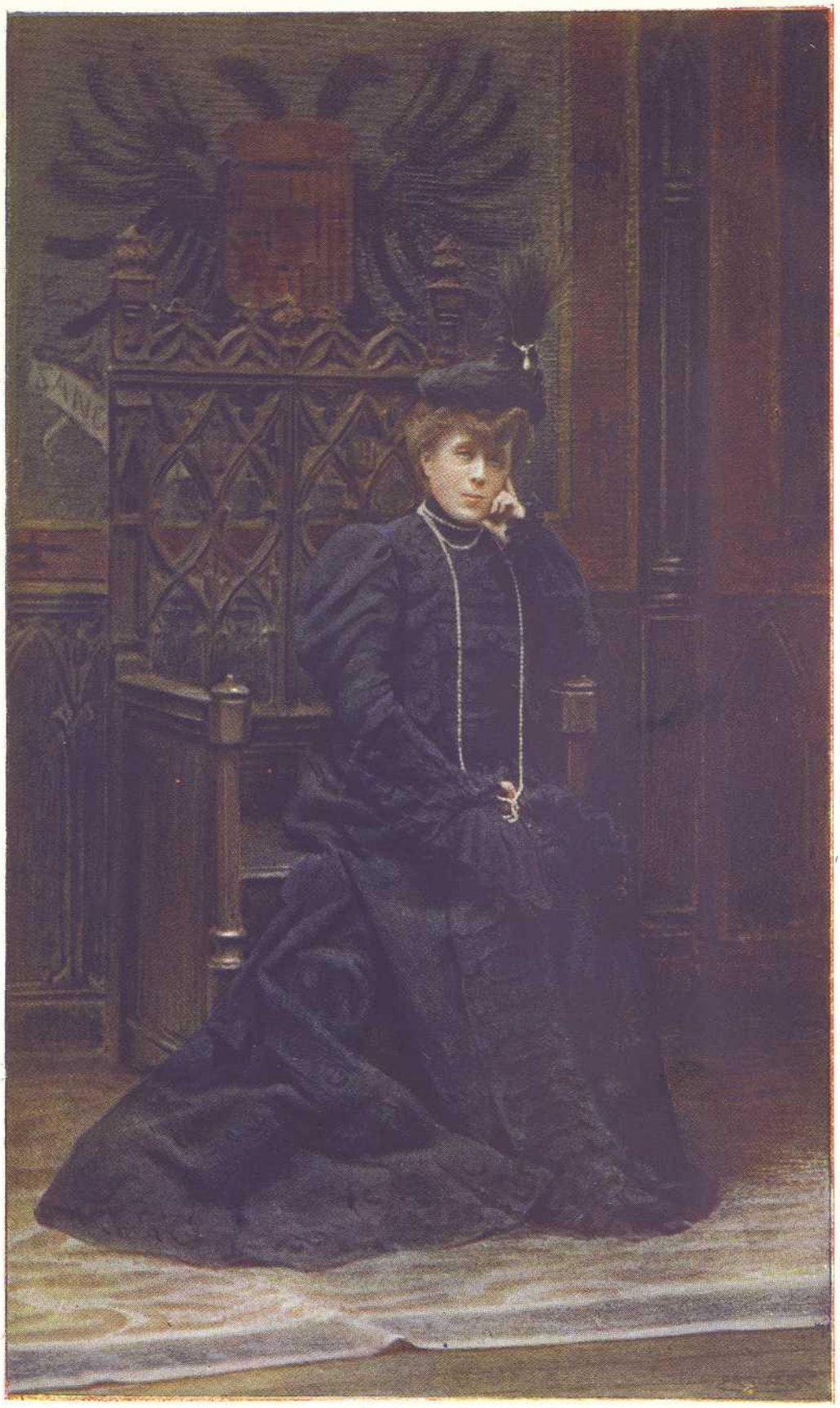
DISCURSO

PRONUNCIADO POR UNA NIÑA DEL COLEGIO

Excma. Sra. Presidenta é ilustres y doctas Comisiones de los festejos del Centenario del «Quijote:»

Este establecimiento de enseñanza, fundado y sostenido por la magnificencia de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, y dirigido con ferviente celo y santa abnegación por las Religiosas de la Consolación, os saluda con respetuoso cariño; os da la más cordial y leal bienvenida, al par que las más sinceras gracias por la honra que dispensáis á estas Escuelas, asociándolas con este acto á los festejos que se tributan en justo homenaje á la aparición del inmortal *Quijote*, obra del más inmortal de los Ingenios españoles, de D. Miguel de Cervantes Saavedra.

Obligado parecía que algo se dijera del que con justicia se llama «el Príncipe de los Ingenios,» aquí donde, según los más autorizados anotadores, se desarrollaron tantas escenas de su nunca bien comprendida producción; pero ¿qué de bueno ni de nuevo podría decirse, cuando plumas mejor cortadas y eximios literatos se han ocupado ya con brillantez de tan difícil tarea? Quimérico empeño sería el querer emularlos, y, sin alardear de modestia, hay que renunciar á ello. Mas como los destellos de su gloria se reflejan en cierto modo sobre sus generosos protectores los Duques de Villahermosa, la ilustrada Comisión de festejos, con muy buen acuerdo y mejor acierto, ofreció la Presidencia de éstos á la más legítima representante de la Casa de Villahermosa, á la Excma. Sra. Doña Carmen de Aragón Azlor, actual Duquesa de Villahermosa. Y como «nobleza obliga,» no podía sustraerse á tal deuda de honor esta nobilísima dama, que, contando en su preclara genealogía capitanes tan ilustres como D. Martín de Aragón, santos varones como los hermanos San Francisco y la Venerable Doña Luisa de Borja, y literatos como Don Marcelino de Aragón, que con su inspirada traducción en verso de las *Geórgicas*, de Virgilio, supo conquistar en buena lid el honroso y codiciado título de Académico de nuestra hermosa lengua, parece resume en su persona las nobles cualidades de sus ilustres progenitores. Mucho más podría decirse de



Fotocromotipia de Laporta. Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Excelentísima Señora Doña María del Carmen Aragón Azlor é Idiaquer,

Duquesa de Villahermosa, Condesa de Luna, de Guara y viuda de Guaqui.

esta noble dama, si no se temiera ofender su susceptible modestia; pero la fundación de Javier, la reedificación de la ermita de Nuestra Señora del Pilar, las recientes obras de la Parroquia y la fundación y sostenimiento de estas Escuelas, son testimonios que prueban de una manera elocuente su caridad inagotable, su acendrada piedad y su amor á la ilustración y cultura.

Y para no molestar más vuestra atención, terminaremos haciendo votos porque se cumplan las nobles y patrióticas aspiraciones de los iniciadores y patrocinadores de estos festejos, que no son más que el extender la verdadera enseñanza por todos los ámbitos de ésta nuestra querida cuanto malograda patria.

He dicho.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR UN NIÑO DEL COLEGIO

Excma. Sra.—Excmos. é Ilmos. Sres.:

Pocas veces se verá éste nuestro amado Colegio tan favorecido. Vosotros príncipes de las Letras patrias, no os habéis desdeñado en venir á visitarnos, honrándonos así muy mucho con vuestra presencia, á nosotros, tiernos parvulitos que no sabemos sino balbucear frases; pero si nuestro labio no sabe expresarse, en cambio, en este corazoncito que encerramos, que por ser tan jovencito no conoce dolo ni engaño, se anidan muchos sentimientos de gratitud hacia nuestra bondadosa bienhechora, la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, por los motivos que oísteis al principio de este acto, y que yo no repito por no molestaros.

Pero sabed que esta ilustre señora no se ha contentado con tener sus iniciativas en favor de la edad de la discreción, sino que también ha amparado á la tierna infancia, para la que ha colocado unas Hermanas muy cariñosas que van poco á poco depositando en nuestro corazón puro é inocente gérmenes de religión y moral y hábitos de trabajo y laboriosidad, con lo que nos enseñan á seguir el ejemplo de Nuestro Compañerito el Niño Jesús, del que se refiere que tenía mucha afición á la oración y al trabajo. De este modo podrá llegar un día en que nosotros podamos honrar á nuestra patria como vosotros la honráis hoy festejando y conmemorando el recuerdo de Cervantes.

Ante estas razones, y como la gratitud es una de las virtudes que más ennoblecen al corazón del que recibe un beneficio, como el que nosotros recibimos en el Colegio de San José es muy grande, en proporción está el reconocimiento; y es tanto y tan grande, que no sé expresarlo, Excmos. Señores, sino condensándole en esta frase salida del fondo de mi alma: ¡Viva la Excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa! *(¡¡Vivaaaa!!)*

He dicho.

BRINDIS

DE D. MARIANO DE PANO

Presidente del Ateneo.

SEÑORES:

Ansiaba que llegase este momento para revelaros un secreto, el cual no lo es ya, tal vez, para quienes han visto de cerca el movimiento de organización del Centenario que celebramos.

Desde que en buen hora la ilustre Duquesa de Villahermosa, nuestra Presidenta de honor, se dignó aceptar el homenaje de adhesión y respeto del Ateneo de Zaragoza, no podéis suponer hasta qué punto, por la bondad maravillosa de esta señora, y con cuánta ventaja para la obra, quedaron trocados nuestros papeles.

La Presidencia de honor fué desde entonces para nuestro Presidente efectivo, mediante el honor extraordinario con que la señora Duquesa depositó en mí su confianza; la Presidencia real y efectiva fué la de esta señora, con verdadero afecto hacia nuestra Sociedad, con actividad pasmosa, con celo grandísimo, con inteligencia y previsión admirables: lo pensó todo, lo dispuso todo, y hasta ¿por qué no he de decirlo?.... lo *pagó* todo. Todo lo bueno; porque si algo habéis visto que no os haya satisfecho y complacido, eso me pertenece por completo, efecto de no haber sabido interpretar ni llevar á ejecución las instrucciones siempre acertadas de nuestra Presidenta.

¿Y sabéis, señores, cuál es el poderoso resorte que agitó las fibras de su corazón hasta el punto de olvidar los cuidados de habituales dolencias y tomar parte tan directa en esta fiesta?

He aquí el secreto que deseaba revelaros, aun á trueque de molestar un tanto la extremada modestia de la señora Duquesa de Villahermosa.

El resorte que produjo los hermosísimos resultados que estáis viendo y que habéis visto, no fué sino un sentimiento admirable y santo de «amor filial:» «Mi padre habría honrado á Cervantes en Aragón, si mi padre hubiera vivido.»

Desde el instante en que tan feliz idea surgió en la mente de nuestra Presidenta, entró en un período de prodigiosa actividad, abandonando con frecuencia la predilecta mansión de El Pardo, haciendo continuos viajes á Madrid y dándose á un género de trabajo tan asiduo, que resintió su salud.

«Mi padre lo hubiera hecho.» ¿Quién es capaz de medir las energías que tal idea puede despertar en corazones bien templados y amantes del honor paternal?

Grandes ejemplos de amor filial ofreció siempre la Casa de Villahermosa: ¿quién sabe si no es éste el secreto de su existencia á través de las generaciones y de las centurias? Olvidemos que fué Dios mismo quien fijó en el Decálogo aquel admirable mandato: «Honra á tus padres, y vivirás largos años sobre la tierra.»

El gran D. Alonso, fundador de la estirpe; el héroe entre los héroes del siglo xv, había sido honrado con el Maestrazgo de Calatrava por su deudo el Rey de Castilla D. Juan II. Sobrevino la ruptura de aragoneses y castellanos. D. Alonso abandonó el servicio de Castilla, aun á trueque de perder estados, honores y riquezas. Peleó en Olmedo en defensa del Rey de Aragón, su padre. Fué destituído del Maestrazgo; pero triunfó el *amor filial* sobre las conveniencias de la fortuna.

Como triunfó después en Aybar, al hacer prisionero al Príncipe de Viana; como triunfó en la célebre guerra del Ampurdán, salvando al Rey de una muerte cierta; como triunfó en la entrada pacífica y gloriosa en la capital del Principado, después de la prodigiosa victoria del Besós.

La señora Duquesa de Villahermosa, heredera de tantas glorias, abierto su corazón al amor filial, sigue las grandes tradiciones de su familia, honra á su padre, y en su memoria, en memoria de aquel insigne literato, profundo conocedor de los clásicos, correctísimo traductor de Virgilio, Académico de la Española, dispone la celebración del Centenario de la aparición del *Ingenioso Hidalgo*.

«Mi padre lo hubiera hecho:» ante esta frase gimen las prensas y aparecen medallas primorosas, se agitan los pinceles y brotan como por encanto pinturas admirables, los genios de la poesía entonan himnos y cantares, abre doradas páginas la crítica literaria, y un mundo de artistas y de artífices bulle en los talleres y regocija á Aragón con deleitosas invenciones.

¿Es esto mucho? Sí; pero el amor filial exige aún mayores horizontes: quiere perpetuar sus impulsos á través de los tiempos, y da vida al Patronato Villahermosa-Guaqui, asociando al recuerdo del padre querido el nombre del esposo idolatrado.

«Mi padre lo hubiera hecho:» permitidme, señores, que yo en vuestro nombre, en nombre del Ateneo de Zaragoza, rinda tributo de admiración á tan dulce y hermoso sentimiento, y levante mi copa en honor y en memoria del Sr. D. Marcelino de Aragón Azlor, XIV Duque de Villahermosa, en quien no se supo qué alabar más, si la modestia de su natural ó la agudeza de su saber. Ambas andaban juntas en su persona; pero de tal modo la segunda igno-

rada de aquella alma tan noble y tan honrada, que nunca se consideró llamado al sillón académico por su propio valer, sino por la tradición de toda una estirpe consagrada á las letras. Y esto en tiempos en que no por su estirpe, sino á *pesar* de ella tal vez, se abrían para él las puertas de la Inmortalidad, y por méritos propios, que hartos eran los suyos para alcanzar altura considerable en los extensos horizontes de la cultura nacional.

Honor y gloria, pues, señores, al egregio prócer; y gratitud inmensa, cuanta pueda albergarse en nuestros pechos, hacia su ilustre hija y sucesora, también conocida en la república literaria con clarísima fama: que no lo es siempre la del que escribe, pero sí la de quien procura que los buenos escriban, y sabe dar á conocer lo bueno que han escrito.

Gratitud inmensa hacia la señora Duquesa de Villahermosa, nuestra Presidenta de honor, y á la vez nuestra Presidenta efectiva, quien tan espléndidamente nos favorece y obsequia en este momento; y quien tanto nos ha favorecido y honrado desde el primer instante, que bien comprenderéis, señores, que me asalte el temor de si nosotros, y con nosotros el Ateneo de Zaragoza, hemos de poder en alguna forma corresponder á tantas excelencias y bondades.

Porque ¿qué podemos hacer nosotros? ¿qué puede hacer con nosotros el Ateneo de Zaragoza?

En lo alto de la escalera de honor de esta suntuosa mansión habréis visto, señores, al Príncipe de Viana rendido á discreción ante la espada vencedora de D. Alonso de Aragón, primer Duque de Villahermosa.

He aquí lo único que puede hacer el Ateneo de Zaragoza ante la esplendidez, ante el afecto de la ilustre descendiente de D. Alonso: rendirse á discreción como D. Carlos el desdichado; pero rendirse elevando á su egregia protectora sobre hermoso pedestal de corazones aragoneses.

BRINDIS

DE D. HONORATO DE LA SALETA

En este sitio de grandes recuerdos relativos al Príncipe de los *Ingenios*, Miguel de Cervantes Saavedra, y á su *Ingenioso* Hidalgo Don Quijote de la Mancha; en el nobilísimo Ducado fundado por D. Alonso de Aragón, el más ilustre de los artilleros é *ingenieros* del siglo xv; después de oir y aplaudir

vuestros *ingeniosos* discursos y poesías; siendo yo *ingeniero* de profesión, sólo me resta brindar por el admirable *ingenio* de la esclarecida señora Duquesa de Villahermosa, que ha logrado rendir á tantos *Ingenios*, demostrando que su mano *izquierda* es tan bella y eficaz como la derecha.

BRINDIS

DE D. RICARDO ROYO VILLANOVA

Dr. D. Ricardo Royo Villanova, Catedrático de la Facultad de Medicina de Zaragoza.

La Duquesa me dice que hable, y hablo.

Dijéraselo á un guarda-cantón, y el bloque pronunciaría un discurso, que tal es la autoridad de su mandato sobre todas las cosas y personas de este Aragón de nuestras preferencias.

Pero la piedra sería elocuente y yo no puedo serlo, porque á la vista de esta dama egregia, al recuerdo de sus actos y en presencia de sus obras de arte supremo y de caridad inagotable, la emoción enturbia el pensamiento, vela los ojos, anuda la garganta, y todas las palabras que la improvisación dictara en otros momentos, se traducen ahora en un latir precipitado del corazón.

Nublad por un instante vuestras inteligencias privilegiadas por el ingenio, atended únicamente con los oídos del sentimiento á este tumulto cardiaco que la gratitud despierta en mi pecho y la admiración sostiene en trémolo constante, y escucharéis algo que puesto en boca de Jardiel sería elocuente, en pluma de Casañal os parecería poético, en prosa de Pano escultural y en versos de Arista cadencioso.

Ya habéis oído á nuestro Presidente cantar otra vez más las glorias de todo género de esta dama ilustre, compendio y dechado de aquellas dotes que hicieron un apellido egregio, un casal nobilísimo, una dinastía ilustre, un reino grande.

Si, como buenos aragoneses, no recordásemos aquella historia aurífera de nuestro pueblo con el cual va ligada la historia de la Casa de Villahermosa, la hubiéramos presentido al entrar en esta *hermosa villa* y ver por nuestros ojos y oir por nuestros oídos la verdadera apoteosis con que estas gentes, vestidas de limpio, han sabido rodearnos desde nuestra llegada, á los que veni-

mos á rendir la pleitesía del cariño, del respeto y de la admiración á nuestra Presidenta honoraria.

Los vivas atronadores que nos han acompañado desde la estación hasta el parque, las armas presentadas por los guardas de campo uniformados de amarillo y gris, el sentidísimo discurso de aquella niña que hace un momento nos enternecía con su oración de adorable ingenuidad y emocionante sencillez, la ovación indescriptible con que el pueblo en masa ha saludado á la Duquesa cuando ha salido á un balcón para mostrarme el sitio donde se correrán mañana los toretes, todo esto nos dice que aquí están las raíces de ese árbol frondosísimo de respetuoso cariño, de veneración más bien, cuyas ramas sombrearán un día todos los caminos españoles por donde vaya nuestra Duquesa.

Ese es mi deseo: para expresarlo, levanto mi copa. Yo quisiera que así como, según la última frase célebre que ha salido de nuestro Parlamento, desde el punto de vista del caciquismo *todo España es Carcabuey*, yo quisiera, repito, á la vista de este espectáculo grandioso de admiración y gratitud á nuestra egregia huésped, quisiera que *todo España fuese Pedrola* para la hija predilecta de Aragón y Navarra, ya que á todo España llegan los beneficios de su caridad inagotable y de su patriotismo fervoroso.

No he de recordaros las gigantescas empresas en que los Azlor intervinieron para hacer grande como ninguna esta Monarquía, cuyos antepasados descansan tras las losas románicas de San Juan de la Peña. No he de traeros á la memoria quién fué el que con mayor eficacia y acierto contribuyó á crear la Patria única; no he de insistir en todo aquello que ha significado grandeza política, aumento de nacionalidad, esplendor literario, acrecentamiento de cultura, magnificencia artística y exaltación religiosa; que ha llevado el pendón amarillo con los aquiles negros á los confines de la tierra y á las alturas del cielo, tremolando glorioso sobre las cimas de la ciencia, extendiendo sus pliegues en las serenas regiones del arte y sirviendo siempre de consuelo al triste, de abrigo al desnudo, de amparo al desvalido.

Innumerables son las prácticas de aquella índole realizadas en Castilla y en Aragón, en Navarra y Cataluña, en Andalucía y en Valencia; y si la modestia extremada de nuestra anfitrión, si el cuidado que pone para que sus buenas obras permanezcan en el silencio (cumpliendo como nadie la máxima divina según la cual debe ignorar la mano izquierda lo que da la derecha mano), han sido parte para que muchos ignorasen los beneficios recibidos, nosotros debemos abominar de esta costumbre seguida en todos los actos magnánimos llevados á término por la Duquesa; que si la modestia es digna de imitación, más digna de imitación es la caridad, que de ser modesta no saca beneficio más que el que lo es, y de ser caritativa la mayor ventaja es para los demás.

Por eso nosotros debemos pregonar á los cuatro vientos una conducta ejemplar en munificencia para que tenga imitadores en esta Patria triste, donde el egoísmo y el interés guían la mayoría de los actos.

En esta razón me fundé para dar publicidad hace pocos meses al acto admirable de nuestra Presidenta negándose á vender un Velázquez, y prefiriendo, al millón y medio de francos que se le ofrecía, el íntimo regocijo de regalar aquel cuadro admirable á nuestro Museo Nacional.

Inmenso clamoreo de felicitaciones y de elogios levantóse, no sólo en España toda, sino en muchas grandes ciudades extranjeras, reproduciendo revistas y periódicos el cuadro de D. Diego de Corral, el de la actual Duquesa de Villahermosa, y los párrafos elocuentes, sentidos y patrióticos de aquella carta, toda corrección y cortesía.

Todavía hoy, cuando hace pocas horas pronunciaba en el Ateneo de Madrid mi conferencia acerca de *Don Quijote y la locura* ante el público más numeroso é ilustrado de España, y sostenía la tesis atrevida de que, al traernos los restos de Colón, habíamos los españoles enterrado en América el alma de *Don Quijote*, y lamentaba otra vez más el espíritu positivo de nuestra sociedad, mientras surge el idealismo en los Estados Unidos; cuando el hablar de la manera como los Duques, guiados por el espíritu de Alonso Quijano, cambian sus dollars por libros y por cuadros, enriqueciendo la Biblioteca de Washington y el Museo de Boston, con el arte que nosotros les vendemos, inspirados por el cura, el barbero y el propio Muñatón, cuyos herederos somos; cuando entre tanta decadencia nacional mentaba la excepción de aquella dama ilustre enamorada del arte, apasionada de la Patria, que rechazó una fortuna en un arranque de sublime quijotismo, aquel público, hasta entonces silencioso, prorrumpió en un aplauso cerrado, en una ovación estruendosa que vosotros ahora, como yo entonces, sabemos bien á quién iba dedicada.

Sí, Duquesa ilustre: aquel aplaudir rabioso, al que contribuyeron intelectuales de todas las regiones españolas y de muchos representantes extranjeros, eran para vuestra excelencia, y me demostraron que efectivamente, para admiraros y agradeceros, para conocer vuestra labor admirable, para apreciar vuestra conducta ejemplarísima, para aplaudiros, reverenciaros y acataros, todo España es Pedrola, todo el mundo es Aragón.

Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Excelentísimo Señor Don José Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldívar,

Duque de Luna.

EL MÁS AGRADABLE DE MIS SUEÑOS

A LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE VILLAHERMOSA

MUY DISTINGUIDA, GENTIL Y ADMIRADA SEÑORA MÍA:

Tanta ha sido la bondad que usted ha tenido para mí desde que me honré con su trato, que yo quedé cautivo de ella, y no mostrara hidalguía en mi condición si no me diera prisa á rendir á usted sincero, aunque humilde, tributo de gratitud y de respetuoso afecto.

Insuperables tropiezos confieso que he hallado al buscar la manera de rendir dicho tributo ó de pagar la deuda que con usted tenía. Estuve tentado á componer un discurso y aprendérmele de memoria á fin de repetirle de sobremesa; pero me sobresaltó el temor de que la elocuencia me faltara y apareciera yo aquí poco menos que como tartamudo, ó de que usted se aburriera considerando, para sus adentros, que el crecido número de hermosos discursos que estos días se han pronunciado ó leído por ahí, se aumentaba con la mezquina peroración mía.

De modo que se me ocurrió dejar la oratoria á un lado, olvidarme del Centenario y de cuanto á él atañe más ó menos directamente y seguir otros derroteros, á fin de variar un poco, tomando los de mis aficiones literarias; pero le declaro que también me extravié ó perdí en la mitad de ellos, sin que ningún dichoso suceso, hada, ninfa ni otro sér sobrehumano viniera á socorrerme ó á sacarme del atolladero en que ya me había metido ó iba á meterme.

Esto me aconteció anoche, después que nuestro común, discreto y bondadoso amigo D. Mariano de Pano me puso al corriente de la visita que íbamos á hacer á usted en su suntuoso castillo ó Palacio de Pedrola.

Me perdonará usted que ponga aquí algunos pormenores domésticos, que, aunque parezca que son de mal tono, los reputo preliminar indispensable de lo que voy á referirle. Después de dar no pocas vueltas á mi cabeza en la soledad de mi cuarto, decidí acostarme y me acosté, harto caviloso, mohíno y desesperado de ver que no me soplaba mi Musa, la cual debía de estar con jaqueca, con el trancazo ó enojada contra mí, porque por más que la había llamado no había acudido á inspirarme.

Muy de madrugada sería cuando cerré los ojos y me quedé dormido como un tronco: harto dormido debía de estar, aunque no digo yo que roncara, por-

que me parece que mi sueño debe de ser muy apacible y muy suave, como conviene á un tan candoroso muchacho como, sin duda, soy yo.

Al poco rato comencé á soñar. Soñé que era un pobre diablo aficionado en demasía á la literatura; que me pasaba los días tratando de escribir, pero sin que, por desdicha, atinara á componer nada bonito, á causa de que la inspiración no venía de parte alguna. Todo lo que yo escribía me salía mal, porque las Musas se me volvían de espaldas; y aunque las damas no tengan espalda, yo estaba muy desesperado de ver que el soplo fecundante de las Musas no daba en mi frente, sino que se iba en dirección contraria.

Renuncio á referir á usted, á fin de no hacerme pesado, las congojas que yo sufría. Pedía ayuda á las Musas, y estas zahareñas señoritas se negaban á ayudarme; anhelaba inspiración para mis escritos, y nadie me inspiraba; buscaba ideas, buscaba un ideal que me diera calor y que animara á mi fantasía, pero tampoco le hallaba en ningún sitio.

Creo que me dí de cachetes y que hice otros extremos de ira, y hubiera acabado por perder el juicio si un extraño suceso no alterara el curso de las cosas.

Sin darme cuenta, y muy delicadamente, fuí transportado, como en alas de genios, de espíritus invisibles ó de pajarracos y otros seres maravillosos, á la puerta de un magnífico y quizás encantado Palacio. No atinaré á decir á usted cómo hice el viaje tan sutilmente, aunque conjeturo que le hice como digo, ó acaso siendo yo mismo quien llevaba un par de alas en la espalda á modo de angelito patudo.

Cuando llegué, las puertas del Palacio se abrieron de par en par, sin que tampoco acierte á contar á usted por cuál mecanismo ó misterioso y recóndito impulso se abrieron las puertas.

La escalera estaba adornada con alfombras, macetas de lindas y olorosas flores y con estatuas. De los artesonados colgaban arañas y otras lámparas donde ardían muchas luces. Profusión de tapices, frescos y lienzos pintados vestían las paredes, que todas representaban escenas cortesanas, guerreros armados de relucientes armas y grupos donde se parecían un caballero alto, seco y avellanado, que traía por yelmo una bacía de barbero, y un rústico de cerril aspecto, bajo y rechoncho. Aquí y allá había sillones y otros muebles forrados de terciopelo y de damasco. Sobre algunas consolas y mesitas estaban colocados ánforas, bandejas, candelabros y otros objetos de extraordinario valer y muy bonitos. Los jardines que rodeaban al Palacio eran también amenos y extensos. Abundantes y pomposos árboles seculares daban grata sombra. Desde ellos cantaban, á un tiempo, pájaros de mil clases. Las flores se esparcían entre el césped, y lo hermoseaban, alegraban y perfumaban todo. Por entre el ramaje de los árboles se veía el cielo azul despejado y sereno, ó bien con pequeñas y lindas nubecillas blancas.

Pero lo más hermoso de todo no eran las nubecillas, las flores, las aves cantoras, los tapices, las lámparas, ni ninguno de los otros pormenores que dejo ponderados y señalados. Lo más hermoso y lo más grato era la castellana ó señora de aquel Palacio ó castillo. No era alta ni baja, sino de proporcionada estatura; rubios eran las trenzas ó rizos de sus cabellos, los cuales se confundían por lo dorados con el oro de la diadema que los coronaba. El rostro era lindo, así en su conjunto como en sus varias partes: los ojos eran azules como el cielo, y la boca como una flor roja y blanca de exquisito aroma. Cierto aire señorial, cierto aire de distinción, de nobleza y de bondad grandes, campeaba en aquella dama, y sin duda que en su corazón anidaba la magnanimidad.

Yo estaba embobado y como fuera de mí: apenas me atrevía á hablar á la castellana; esperaba yo oir que se extrañaba de mi visita, que motejaba mi aturdimiento y que de él se burlaba. Pero ella, al verme á mí, con mi lira colgada á la espalda, apenas cubierta ésta por mi roja capa, con mi caperuza verde en una mano y con un legajo de mis escritos en la otra, me tendió la mano, me invitó á sentarme, aplaudió mis discursos y mis cuentos, me alentó con sus elogios, me convidó á comer manjares sabrosos y á beber exquisitos licores, me regaló lindas medallas; y finalmente, con tanta bondad y delicada cortesía me trató, tan grata fué la visita, que si aquél no era el propio Paraíso celestial, era, cuando menos, la antesala de él.

Fueron llegando al Palacio otros caballeros y otros ingenios, á todos los cuales la bondadosa castellana prodigó las mismas cariñosas frases, los mismos finos obsequios, la misma espléndida y primorosa cortesía. Todos la admiraban como yo, la elogiaban y la bendecían. Ante su liberalidad y angelical dulzura, todos estábamos pasmados sin dar crédito á los ojos.

En suma: terminó la fiesta, y se fueron todos, y yo con ellos, de aquel Palacio, maravillados y gozosos.

Pero yo era el más gozoso y el más maravillado, porque sin duda que los genios, espíritus invisibles, pajarracos ú otros seres sobrehumanos que tan bonitamente me habían conducido á aquel encantado Palacio, lo habían hecho por su cuenta y razón y no á tontas y á locas, á fin de que en él hallara yo lo que anhelaba.

Tres cosas me había mostrado la peregrina castellana ó hada moradora de aquel Palacio, sin darse cuenta quizás: belleza, grandeza de alma y amor al Arte.

Este era, cabalmente, el triple ideal que durante tanto tiempo había buscado por el mundo, sin encontrarle; éstos los manantiales ó fuentes de inspiración en que yo quería beber.

Con dichas tres ideas, que tan claras y tan radiantes ví en la castellana de aquel Palacio encantado, volví yo á mi casa, y un día y otro día, sentado

junto á mi mesa de trabajo, escribí cuentos y novelas. Las Musas, antes tan esquivas, me eran siempre propicias: el público me aplaudía, todos me celebraban, y, finalmente, vino á enamorarse de mis escritos y de mí, con apasionado cariño, una princesita muy guapa, muy buena, muy rica y heredera de un dilatado y feracísimo reino; yo me enamoré también de ella, y, en resumen, tanto creció el amor, que al poco tiempo nos casamos y vivimos luengos años, muy felices, comiéndonos muchas perdices.

Con el sabor de ellas desperté esta mañana, amable Duquesa, y tenté las ropas de la cama para convencerme de que era sueño cuanto me había sucedido. Ví que, en efecto, lo era, y me apresuré á vestirme á fin de salir de mi casa, tomar presuroso el tren, ir á Pedrola, visitar á ust ed en su Palacio ó castillo y comenzar así á convertir en realidad gran parte del agradable sueño que tuve anoche, y cuya verídica narración viene á sacarme del apuro de leer algún escrito mío en la visita de gratitud que le hago á usted con el Ateneo de Zaragoza.

Créame, Duquesa, su devotísimo admirador que le besa los pies

ENRIQUE DE BENITO.

Zaragoza 13 de Mayo de 1905.

A LA EXCMA. SRA.

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

Brotó del Ateneo
La nota viva, delicada, seria,
De asociar vuestro nombre,
Que tan preclaros timbres nos recuerda
Y que lleváis con porte soberano,
Cual corresponde á vuestras altas prendas,
Al hermoso homenaje
Que, en el concierto de españolas fiestas,
Aragón ha ofrecido
Al Rey de la palabra y de la idea.
Nunca más acertado,
Nunca mejor hiciera;
Pues sois, señora mía,
Y perdone la flor vuestra modestia,
De nuestra tierra aragonesa orgullo,
Encanto y galardón de nuestra tierra.
Presidencia de honor os hemos dado:
No hay otra presidencia
Que responda mejor á nuestro anhelo
Y más digna de vos; que si la hubiera,
Rendido el Ateneo á vos vendría,
Seguro, al ofrecerla,
De que, si á nadie como á vos la debe,
Nadie cual vos respondería á ella.
¿Acertó el Ateneo?
Los hechos lo demuestran:
De todo lo que hicimos,
Como recuerdo perdurable, queda
Aquello á que dió vida vuestro influjo;
Lo que se debe á vos; la pura esencia
De vuestra esplendidez, siempre fecunda;
De vuestra caridad, aún más espléndida;

Pues en rico legado,
Del que los pobres gozarán las rentas,
Más que el dinero, el corazón pusísteis,
El alma toda entera.
Apreció Zaragoza,
Noble siempre y leal, vuestra fineza,
Y os aclamó, con general aplauso,
Su hija predilecta;
La que en estuche inmaculado guarda
Las irisadas perlas
De aquel viejo Aragón noble y fecundo
En glorias y en hazañas gigantescas;
La que sabe reinar por sus encantos;
La que sigue las huellas
De la ilustre progenie que en su escudo
Nuestras barras ostenta,
Con sangre conquistadas
Y con sangre dispuesta á defenderlas,
Llevando á vuestra Casa el testimonio
Que tan preciada distinción encierra.
¡Que vuestro nombre augusto
Mil y mil veces bendecido sea!...
Eso, señora, el Ateneo quiere,
Y eso deseo yo; que el alma aquélla
De la que fué dechado de virtudes,
De la Santa Duquesa,
Siga viviendo en vos, como ahora vive,
Derramando favor á manos llenas,
De aquéllos que otorgaba cuando viva,
De aquéllos que aún otorga cuando muerta;
Pues sé por buen conducto
(Me lo habéis dicho vos: ¿qué mejor prueba?)
Que á ella acudís para pedir consejo,
Y humilde obedecéis lo que ella ordena.
Y basta ya, señora,
Que no es bueno abusar de la paciencia;
Mas siendo el corazón el que me dicta,
Bien merezco dispensa.

FLORENCIO JARDIEL.

Sr. D. Alberto Casañal.

A LA EXCMA. SRA.

DUQUESA DE VILLAHERMOSA

SEÑORA: Yo bien querría
en la presente ocasión
expresar mi simpatía
leyendo una poesía
modelo de inspiración.
Mas son tan emocionantes
estos felices instantes
y es tal mi agradecimiento,

que no encuentro consonantes
para expresar lo que siento.
Básteos saber, señora,
que Aragón, de gozo, llora
al ver con satisfacción
que sois hada protectora
de esta bendita región.
Vuestro nombre esclarecido
va al de Cervantes unido,
y hoy se elogia en todas partes
vuestro tributo ofrecido
á las Letras y á las Artes.
Repito que yo quisiera
expresarme de manera
tan sencilla y elocuente,
que con gusto se me oyera.
Pero teniendo presente
que tienen un poder tal
los versos, que por virtud
extraña y excepcional
suenan bien, aunque estén mal,
cuando expresan gratitud,
pidiendo, humilde, perdón,
y en mi afán de complacer
á tan amable reunión,
voy, con permiso, á leer
alguna composición.

Á ZARAGOZA

Ha sido siempre objeto
de discusiones
que Aragón no conserva
sus tradiciones;
que sus rasgos salientes
y principales
pierden lo que han tenido
de originales;
que todas sus costumbres
se han extinguido
y que ya no es ni sombra
de lo que ha sido,
pues destruye el progreso
cuanto halla al paso,
y pueblos que vivían
con un retraso
de tres ó cuatro siglos
en experiencia,
no pudiendo librarse
de la influencia
que ejercen las costumbres
de las ciudades,
abandonan las suyas
de otras edades.
Por eso, hasta en la aldea
más escondida
ya no hacen los baturros
su antigua vida.
Ya han ido desechando
su gentileza
quitándose el pañuelo
de la cabeza.
Ya al cuerpo no se ciñen
la airosa faja,
en cuyo fondo, al lado
de la navaja,
ante la cual huyeron
los invasores,
guardaban las reliquias
de sus amores.
Ya el calzón corto queda
dado al olvido.
Ya el baturro no luce,
como ha lucido,
ni alpargatas abiertas,
ni media lisa,
ni la pechera blanca
de la camisa.
Es cierto. Aragón pierde
su antigno traje
con el cual, lleno un día
de odio y coraje,
supo dar á su tierra
días de gloria,
sumando nuevos triunfos
á nuestra historia.

Mas ¿pueden todas esas
afirmaciones
probar que Aragón pierde
sus tradiciones?
No. Aragón no ha variado.
Nada ha perdido.
No se va su carácter
con su vestido.
Queda algo todavía
que no perece;
queda algo que la moda
no desvanece
y que es el distintivo
de la nobleza:
su honradez, su carácter
y su firmeza;
sus arranques sentidos
y generosos;
sus hechos, arriesgados
y valerosos;
sus gracias ingeniosas
y peculiares
que brotan de los versos
de sus cantares;
su envidiable destreza
que no se agota.
Y aún queda algo más grande.
Queda... ¡la jota!
Queda ese canto lleno
de melodía,
himno que el pueblo entona
con alegría;
canto con el cual calman
sus sinsabores
al regresar del campo
los labradores;
canto que da á un baturro
fácil manera,
cuando quiere á una moza
con su alma entera,
de hablarle del cariño
que le anonada,
hasta alcanzar el goce
de una mirada;
canto que hace el carácter
de aquella tierra
más apto que ninguno
para la guerra;
canto de dulces notas;
hermoso canto,
mezcla de gozo y pena,
de risa y llanto.
No. Aragón no ha variado.
Nada ha perdido.
No se va su carácter
con su vestido.
Queda algo que la moda
no desvanece.
Queda en él algo grande
que no perece.
¡Aragón! Pueblo noble,
pueblo querido,
no es en tu hermosa tierra
donde he nacido.
No es en él donde tuve
mi hogar primero;
mas yo como hijo suyo
me considero.
Lejos viví veinte años
de Andalucía,
y hoy está Aragón dentro
del alma mía.
Hoy es él quien me alegra,
quien me alboroza;
hoy, cuando sueño, sueño
con Zaragoza.
Allí adquirí yo juicio
de mi existencia.
Allí obtuve la clave
de la experiencia.
Allí, siendo muy niño,
cuando soñaba,
el rumor de la jota
me despertaba.
Y pensando cien veces
en sus canciones
manantiales fecundos
de inspiraciones,
por el amor al arte
me ví atraído,
y ahora sueño despierto
más que dormido.

Allí, cuando mis juegos
interrumpía
y en las estrechas calles
me introducía,
en los sólidos muros
aragoneses
contemplaba las balas
de los franceses,
que Aragón, con orgullo,
quiso guardarlas
¡por si algún día intentan
recuperarlas!
Allí los más hermosos
alrededores
guardan gratos recuerdos
de mis amores.
Allí junto á mis padres
nunca he sufrido,
sin que ellos á mis penas
se hayan unido.
Allí todo está lleno
de poesía.
Allí está á todas horas
el alma mía.
Aragón, si me obligan
á abandonarte,
por lejos que me vaya
no he de olvidarte.
Amor, gloria, deseos,
todo se olvida,
que olvidar es el fruto
que da la vida.

Mas si al olvido el hombre
da amor y gloria,
nunca borrar consigue
de su memoria
el pedazo de tierra
donde ha vivido
y en el cual la ventura
le ha sonreído.
Por eso yo disfruto
si á Aragón canto.
Por eso á Zaragoza
la quiero tanto.
Por eso la recuerdo
todos los días,
y á ella sola dedico
mis poesías.
Y aunque hubiese en mis versos
belleza alguna,
no ambiciono más dicha
ni más fortuna
que, si salgo triunfante
de mis empresas,
me aplaudan las hermosas
aragonesas,
y que al ver esa tierra
donde he vivido
que á todos sus favores
agradecido
el alma que me ha dado
le restituyo,
¡me considere siempre
como á algo suyo!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

La Ciudad de Zaragoza

Por cuanto Vuestra Excelencia, la Señora Doña Maria del Carmen de Aragon Azlor é Idiaquez, Pariente Mayor del Regio Casal de Aragon, Duquesa de Villahermosa, se ha dignado asistir á este Reyno de Aragon y á su Capital en estas fiestas del III Centenario de la publicación del Quijote y conmemorarla para lo futuro con generosidad en bien de este Reyno. En virtud de acuerdo de su Excelentisimo Ayuntamiento, unanimamente tomado en sesion ordinaria del dia de hoy V de mayo de MCMV os nombra y proclama su hija predilecta.

El Alcalde de Zaragoza.

Por acuerdo de S.E.

F. de T. Albiñana

Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Título de Hija predilecta de Zaragoza, concedido por su Ayuntamiento á la Sra. Duquesa de Villahermosa.

Sr. D. Gregorio García-Arista,
Profesor de la Universidad de Zaragoza.

CANTAS BATURRAS

Como *semos* los baturros
algo corticos de genio,
yo no sé cómo *dicite*
lo mucho que te queremos.

Los señoritos te llaman
Duquesa y *Excelentisma*,
y nosotros los baturros
te llamamos *Carmencica*.

Como tú mereces, maña,
no podemos *orsequiarte*,
pero ¡rediez! te queremos
con un querer mucho grande.

¡Siempre pensando en los *probes!*
¡Eres más *güena* que el pan!...

Cuando yo me busque novia,
á tú s' ha de semejar.

No hacía *nenguna* falta
que descendieras de reyes
pa que tú *jueras* ya reina...
reina de nuestros quereres.

Güenica debió de ser
aquella *Santa Duquesa;*
pero, *pa* ser más que tú,
¡rediez si sería *güena!...*

Me despido ya de tí
á estilo de nuestra tierra:
¡Quédate con Dios, mañica,
y que el cielo te proteja!

GREGORIO GARCÍA-ARISTA Y RIVERA.

EXCURSIONES DEL ATENEO

PEDROLA

Para reseñar cual se merece la excursión realizada ayer á Pedrola por el Ateneo y Junta del Centenario del *Quijote*, precisaba la pluma del inmortal ingenio á quien España entera acaba de rendir homenaje de admiración y de recuerdo; porque recorrer aquellos campos de Pedrola, atisbar en las lejanías la famosa ínsula Barataria y penetrar en la histórica mansión de los Duques, que describió Cervantes, y no traer á la memoria los dos insignes personajes del libro inmortal, es cosa imposible, ó por eso resultarían pálidos cuantos intentos pretenda hacer este cronista modestísimo, que harto hará, y por satisfecho podrá darse, si acierta á reflejar el entusiasmo de los excursionistas por el viaje y el agradecimiento inmenso de que todos le quedamos á la ilustre castellana del Palacio de Pedrola, la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, Condesa viuda de Guaqui.

En la estación del arrabal nos reunimos los excursionistas, que lo fuimos, para satisfacción y grato recuerdo nuestro, el Alcalde accidental, D. Emilio Soteras; el Rector de la Universidad, D. Mariano Ripollés; el Presidente del Ateneo, D. Mariano de Pano; los Prebendados Sres. Jardiel y Urrózola; el señor Conde de Bureta, Barón de Areizaga, Azara (D. Luis y D. José María), Royo Villanova (D. Ricardo y D. Antonio), D. Pascual Comín, Ibarra, Borobia, Iranzo (D. Enrique), Dosset, P. de Quinto, General Saleta, de Benito, Marraco, Sanjuán, García-Arista, Casañal (D. Alberto), Valenzuela (D. Tomás) y el que esto escribe, y acompañados del simpático Letrado y Apoderado-Administrador de la Casa de Villahermosa, Sr. Torres, partió el tren, sintiendo nosotros vivos deseos de acelerar la marcha para llegar cuanto antes al término de nuestro viaje.

Como todo tiene limitación en lo físico, hubimos de resignarnos á la marcha poco rápida del tren mixto, viendo desde las ventanillas cómo el vendaval azotaba las mieses y descarnaba de tierra los caminos, envolviendo en torbellinos de polvo las lejanías.

Llegados á Pedrola, la señora Duquesa de Villahermosa, á quien acompañaban sus sobrinos las Srtas. Cristina Manzano y María Azara y el señor Duque de Luna, recibiónos en los hermosos jardines de su Palacio con la

cortesía y señorial llaneza peculiar á tan esclarecida dama, hija predilecta de Zaragoza y constante y entusiasta favorecedora de Aragón y Navarra.

La huerta estaba adornada con guirnaldas, y prestaban aspecto de especial grandeza á la suntuosa mansión los guardas correctamente uniformados y equipados que cuidaban de la finca.

Sobre la puerta principal flameaba la bandera de los Villahermosa, destacándose los colores vivos del blasón sobre el paño amarillo.

Próximo al Palacio se había dispuesto una magnífica tienda de campaña, en la cual hubiérase servido la merienda á los excursionistas, á no impedirlo el fuerte viento que hacía imposible la estancia en el campo.

Estaba formada por riquísimos tapices de seda roja con los blasones de Villahermosa, destacándose al fondo la alegoría del *Quijote*, pintada, imitando tapiz, por el distinguido artista Sr. Lafuente.

La disposición, adorno y restauración del Palacio, han sido llevadas á cabo con feliz acierto por el ilustrado é inteligente Arquitecto de la Casa, D. Julio Bravo, habiéndose mostrado la señora Duquesa en este punto soberanamente espléndida para satisfacer sus deseos de recibir y agasajar á la representación de Zaragoza.

Visitamos las amplias escuelas con que la munificencia de la ilustre dama ha dotado á la villa de Pedrola, en las cuales las Religiosas de la Consolación dan enseñanza á 120 niños y 160 niñas. Una de éstas, llamada Pepita Sanz, pronunció con rara serenidad y gran aplomo un bonito discurso de salutación y reconocimiento á la Duquesa de Villahermosa.

Visitadas las escuelas, que están dotadas de cuantos elementos de enseñanza puedan apetecerse y de una preciosa capilla, pasamos al Palacio, que está contiguo, y recorrimos aquellas suntuosas estancias, magníficos salones en los que se encierra un verdadero Museo de preciosidades, muebles antiguos, cuadros, objetos de arte, armas, etc., etc.

Sobre artísticos caballetes se destacaban en el salón principal de la Casa los cuadros pintados sobre asuntos del *Quijote* por los laureados artistas Menéndez Pidal y Gárate.

En la escalera principal, que es suntuosa, ha sido escrita una leyenda en el friso de la cornisa central, en la que se señala el acontecimiento de la restauración como homenaje al intelectualismo, representado en el Ateneo y Universidad, con motivo del tercer Centenario del *Quijote*.

En ella, así como en el gran patio del Palacio, se hallaban colocados los tapices pintados por los artistas Lafuente y López.

Visitamos también la hermosa Iglesia parroquial, restaurada recientemente, en la que se admiran cuadros muy notables de Bayeu, destacándose en las capillas laterales los mausoleos de mármol en que yacen los restos de los

abuelos de la actual Duquesa. Allí será también colocado el que se dedique á la Venerable Duquesa de Villahermosa, que está enterrada en el mismo templo.

Como el tiempo apremiaba, instósenos á pasar luego al hermoso comedor, decorado expresamente para esta fiesta por el ilustre artista Sr. Madrazo: es indescriptible la suntuosidad de esta estancia, en la que se sirvió delicado y espléndido *lunch*, preparado por la casa de Victorino Zorraquino.

. . . . . .

Grande trabajo y no poco disgusto nos costó abandonar aquella mansión señorial en que tan agradables pasaron las horas.

Rendidos y obligados á las amabilidades de la señora Duquesa de Villahermosa, salimos de Pedrola, llevándonos todos un recuerdo perdurable de su cortesía y de su esplendidez. Como una muestra á los muchos donativos que lleva haciendo estos días, ayer donó á Pedrola, además de costear los festejos populares que se celebrarán hoy y mañana, la cantidad de cinco mil pesetas para las obras de un azud en el río Jalón, en término de Luceni, para que pueda regarse mayor extensión de terrenos en la villa.

Bien merece tan ilustre señora el agradecimiento de todos, y bien haya quien, como la ilustre dama, vive practicando el bien y socorriendo con mano pródiga las necesidades de sus semejantes.—J. FABIANI.

El Noticiero, Zaragoza 14 de Mayo de 1905.

LA EXCURSIÓN Á PEDROLA

Justo era que la Junta Directiva del Ateneo, y á la vez la del Centenario del mismo Centro, rindieran el debido homenaje de gratitud á la egregia dama que desde el instante en que aceptó la Presidencia de honor de la fiesta, no ha dejado un momento de *desvivirse*, así se puede decir, por el mejor éxito.

Y justo es reconocer que á la señora Duquesa de Villahermosa ha sido debido el hermoso resultado del Centenario en Zaragoza. En todas partes ha habido versos y discursos; en Zaragoza ha habido algo más que todo esto: ha habido algo que no se consigue con todo el apoyo oficial imaginable; en Zaragoza ha habido entusiasmo, entusiasmo despertado por la ilustre Presidenta de honor, en quien, aparte de las grandes simpatías que aquí tiene, se juntan fe, patriotismo y amor á las Artes y á las Letras, y corona de tradiciones gloriosas y de lauros inmarcesibles.

Todo esto sentía el pueblo de Pedrola agolpado en masa junto al antiguo castillo de los Duques, cuando á la llegada de los expedicionarios prorrumpía en aclamaciones; jamás, en una fiesta literaria, se oyó tan simpática nota como la que dió aquel vecindario, unido en una sola aspiración á la ilustre señora que de tan alta manera concibe la representación intelectual, que honores y riquezas, y agrado y cortesía, todo le parecía poco para ofrecerlo en honor de sus huéspedes.

La avenida principal de los antiguos jardines de Bonavía, en una extensión considerable, aparecía llena de guirnaldas y de flores, como si los seculares álamos se hubieran transformado en maravillosos rosales. A pesar de la molestia que causaba el viento, la señora Duquesa, acompañada de su ilustre heredero el joven Duque de Luna, venido expresamente de Madrid para este acto, y de las señoritas de Azara y Manzano, salió á larga distancia á recibir á los excursionistas.

Estos admiraron desde luego la hermosa perspectiva del Palacio, con sus altas torres, en una de las cuales ondeaba el pendón amarillo de Aragón, con el blasón de Villahermosa.

A la derecha, en otra de las grandes avenidas del jardín, se había instalado una gran tienda de campaña, formada por una doble hilera de soberbios tapices rojos, cada uno de los cuales ostentaba blasones de la Casa ducal. En el frente aparecía la hermosa alegoría de Cervantes, pintada recientemente por el artista aragonés D. Félix Lafuente.

La señora Duquesa, que demuestra bien sus aficiones con estar más orgullosa de sus escuelas que de su Palacio, quiso que fueran para aquéllas (anejas al jardín) las primicias de la excursión. Amplias, hermosas, ventiladas, espléndidas de luz, pueden ser modelo de construcciones escolares, y bien merece encomios nuestro buen amigo el Arquitecto D. Julio Bravo, que dirigió la edificación. Y también los merece la niña Josefa Sanz, que recitó ante los excursionistas, entre los cuales aparecía el Rector de la Universidad, un primoroso discurso alusivo á las circunstancias.

El interior del castillo ofrecía maravilloso aspecto: el vestíbulo era ya por sí solo un magnífico Museo; más adelante, otra habitación, llena de preciosidades artísticas, presentaba un inestimable relieve de mármol blanco, una Virgen Madre, recuerdo del quinto Duque de Villahermosa D. Martín de Aragón y Gurrea; en la alcoba aparecía una cama del Renacimiento, verdadera maravilla del arte español, á la cual no iguala nada de cuanto conservan en este género de obras Cluny y el Garde Memble del Gobierno francés.

El gran salón, con la interesante colección de retratos de Roland de Mois, con los modernos de Madrazo y de otros autores notables, con los cuadros de Gárate y Menéndez Pidal, representando escenas del *Quijote*, y con toda cla-

se de primores artísticos en muebles, en armas y en el decorado general, se presentaba verdaderamente suntuoso.

El comedor era sencillamente una maravilla en su decoración: tapizado con grandes tiras verticales de peluche verde, alternando con otras que presentan blasones y fantasías, aparecía de un gusto tan exquisito y de un conjunto tan espléndido, que sólo por verlo puede hacerse el viaje á Pedrola. No hay que decir más, sino que esta decoración ha sido pintada y dirigida por D. Ricardo Madrazo, inspirándose en clásica tapicería existente en el Ayuntamiento de Toledo, para comprender su mérito. Allí no faltaba sino que Sancho Panza levantase aquellos paños y viera si ocultaban algún secreto, como lo *hizo* en su conversación con la Duquesa de Cervantes, para que la realidad fuera completa.

La mesa para el *lunch* estaba cuajada de flores; en la vajilla aparecían todas las aventuras del *Quijote:* allí era todo espléndido y magnífico.

Al destaparse el *champagne,* el señor Rector de la Universidad inició los brindis, dando las gracias á la egregia castellana de Pedrola por sus repetidos agasajos y por sus innumerables bondades.

El Presidente del Ateneo, Sr. Pano, confesó que había llevado un título que no le pertenecía, pues todo cuanto de hermoso y bueno había tenido el Centenario, había sido debido á iniciativas de la ilustre dama. Recordó al insigne literato D. Marcelino de Aragón y Azlor, padre de la señora Duquesa, XIV Duque de Villahermosa, Académico de la Lengua, varón eminentísimo y profundo conocedor de los clásicos.

Dijo que el amor filial es lo que había principalmente movido á su ilustre hija á tomar parte activísima en el Centenario; que el Ateneo de Zaragoza tenía para con la señora Duquesa una deuda inmensa de gratitud, la cual jamás podría pagar en la medida necesaria.

D. Alberto Casañal leyó preciosos versos en honor de dicha señora; Don Florencio Jardiel leyó también una inspiradísima poesía; el Sr. García-Arista unos sentidísimos cantares baturros, y una hermosa carta el Sr. De Benito.

Los Sres. Royo (D. Ricardo) y Saleta pronunciaron brillantes discursos, terminándolos el Sr. Soteras (á quien la Duquesa colocó desde el primer momento en lugar preferente), recordando la unanimidad con que el Ayuntamiento de Zaragoza había votado la declaración de HIJA PREDILECTA en honor de la señora Duquesa, y el propósito de dar el nombre de Villahermosa á una de las calles del ensanche de Zaragoza.

Réstame hablar de la restauración, aún no terminada, de la iglesia de Pedrola; pero no hay tiempo ni espacio.

La salida de los excursionistas fué por la escalera principal del Palacio, que es todo un monumento. Corre por el friso de ella una hermosa inscrip-

ción en honor de la Universidad y del Ateneo de Zaragoza, delicada atención de la señora de aquella Casa.

En el principal descanso aparece, en imitación de tapicería, la rendición del Príncipe de Viana á D. Alfonso de Aragón, primer Duque de Villahermosa.

El patio presentaba el mismo aspecto de toda la vivienda: colgados de magníficos tapices los balcones y expuestos en los intercolumnios los telones pintados por Lafuente, representando escenas del *Quijote*.

La despedida, entusiasta: apareció la señora Duquesa en el balcón para dar un último adiós á los expedicionarios, y el pueblo entero prorrumpió en grandes aclamaciones.

Sin exageración puede decirse que lo más hermoso del Centenario del *Quijote* en España ha sido la excursión á Pedrola.—X.

Diario de Avisos de Zaragoza, 17 de Mayo de 1905.

DON QUIJOTE EN PEDROLA

La ilustre castellana del Palacio de Pedrola, la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa y Condesa viuda de Guaqui, ha cumplido sus propósitos de recibir y agasajar á la representación intelectual de Zaragoza, rindiendo así espléndido y serio homenaje al tercer Centenario del *Quijote*.

Los afortunados excursionistas partieron de la estación del Arrabal, acompañados del señor Administrador de la Casa, Sr. Torres; y llegados á Pedrola fueron recibidos por la señora Duquesa, que, en unión de sus sobrinos las señoritas Cristina Manzano, María Azara y el señor Duque de Luna, hicieron los honores de la Casa con la cortesía y señorial llaneza peculiar á tan esclarecida familia.

Sobre la puerta principal del Palacio flameaba la bandera de los Villahermosa; la huerta estaba adornada artísticamente con guirnaldas, y en los jardines formaba un verdadero ejército de guardas uniformados y equipados correctamente.

Las disposiciones, adorno y restauración del histórico Palacio de los Duques han sido dirigidas por el Arquitecto D. Julio Bravo, quien ha efectuado reformas muy acertadas, entre ellas la de la inscripción de una leyenda en el friso de la cornisa central de la escalera principal, que es suntuosa, en la que se señala el acontecimiento de la restauración como homenaje al intelectua-

lismo representado en el Ateneo y la Universidad con motivo del tercer Centenario.

Después de una detenida visita á las Escuelas fundadas en Pedrola por la Duquesa, en las que reciben enseñanza 120 niños y 160 niñas, y á la hermosa iglesia parroquial restaurada recientemente y en la que yacen los restos de los abuelos de la actual Duquesa en soberbios mausoleos, fueron los excursionistas instados á pasar al hermoso comedor del Palacio, decorado expresamente para esta fiesta por el ilustre artista Sr. Madrazo, y en el que se sirvió un exquisito *lunch*.

Al descorcharse el *champagne*, el Rector de la Universidad de Zaragoza, Sr. Ripollés, se levantó para dedicar sentidas y elocuentes frases de salutación en nombre de los excursionistas, ofreciendo el homenaje del Ateneo y la Universidad en las fiestas del Centenario.

El Sr. Pano dedicó un recuerdo al escritor ilustre D. Marcelino de Aragón, padre de la actual Duquesa. Continuaron en el uso de la palabra los Sres. Jardiel y Casañal, el Dr. Royo, el General Saleta y el Sr. De Benito, que leyó un precioso artículo literario.

García-Arista improvisó unos cantares baturros.

Al despedirle los invitados, entre los que, además de los señores antes citados, asistieron D. Emilio Soteras, Sres. Jardiel y Urrózola, el señor Conde de Bureta, Barón de Areizaga, Sres. Royo (D. Ricardo y D. Antonio), Azara (D. Luis y D. José), Comín, Ibarra, Borobia, Iranzo, Doset, P. de Quinto, De Benito, Marraco, Sanjuán, García-Arista, Valenzuela y Fabiani, fueron obsequiados con la medalla acuñada con tal motivo y de la que dimos un diseño hace días.

Término de tan espléndida fiesta fué la promesa de la señora Duquesa de abonar el gasto de los festejos populares realizados en Pedrola, y un donativo importante para las obras de un azud en el río Jalón, en término de Luceni.

Diario Universal, Madrid 19 de Mayo de 1905.

La Villa de Pedrola

En atención á las excelentes cualidades que en Vuestra Excelencia, la **SEÑORA DOÑA MARIA DEL CARMEN DE ARAGON AZLOR É YDIAQUEZ,** Pariente Mayor del Regio Casal de Aragón, Duquesa de Villahermosa, &c. &c. existen en favor de esta Nuestra amada Villa, socorriendo y beneficiando á todo el vecindario, al considerar los inmensos é innumerables obsequios prestados á esta la inolvidable cuna de vuestros ilustres antepasados y recordando á la vez las tan pomposas como espléndidas y suntuosas festividades del III Centenario de la publicación del **Quijote**, este Ayuntamiento y sus vecinos agradecidos, en sesión extraordinaria de 18 de Mayo de 1905, tuvo el honor de nombraros **LA HIJA MAS PREDILECTA DE ESTA VILLA DE PEDROLA,** honrándose sus habitantes en contar entre las suyas á tan Católica-Religiosa-Caritativa y Excelentísima Señora.

El Alcalde

El Secretario,

Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Título de Hija la más predilecta de la villa de Pedrola, concedido por su Ayuntamiento á la Sra. Duquesa de Villahermosa.

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

Y EL

CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

Nos escriben de Zaragoza comunicándonos noticias de las fiestas severas y lucidas con que en aquella tierra se ha celebrado el Centenario de la publicación del *Quijote*.

El Ateneo de Zaragoza, con muy buen sentido de la realidad, recordando que las imaginaciones de Cervantes adquieren caracteres de cosa cierta en el Palacio y huerta que en Pedrola poseen desde antiguo los Duques de Villahermosa, ofreció la Presidencia honoraria de las fiestas á la dama insigne que hoy lleva ese título, y en cuyo espíritu hallan eco fácilmente las invocaciones al glorioso pasado de la intelectualidad española.

Nuestros lectores saben cómo ha respondido la noble descendiente de los Reyes de Aragón á dicho ofrecimiento, haciendo un depósito de veinte mil duros para una Fundación destinada á proteger las Letras, las Artes y la Agricultura en Zaragoza y Pedrola. Aparte otras iniciativas, ha hecho grabar á Maura una medalla conmemorativa que con profusión ha repartido en Zaragoza, y en la cual se representa por el anverso á Don Quijote, y por el reverso la vista del histórico Palacio.

Al platero Aguilar, de Zaragoza, mandó repujar en plata una artística y magnífica bandeja con medallones en que aparecen los retratos de Cervantes, de los Duques de antaño, de ella misma y de Don Quijote, para que sirviese de premio en el concurso convocado por el Ateneo zaragozano, habiéndola ganado el Sr. Ximénez Embún con su trabajo unánimemente elogiado sobre el falso *Quijote*.

En Madrid también aparece su iniciativa asociada á la celebración del Centenario, pues ha regalado al Círculo de Bellas Artes una magnífica copa de plata, con esmaltes y piedras, para que sirva de premio en el concurso cervantino y que puede verse en el pabellón del Retiro.

Los periódicos de Zaragoza han dado cuenta del modo como correspondieron á las distinciones antes mencionadas la Diputación Provincial, el Ayuntamiento, el Ateneo, la Universidad, que en cuanto tuvieron noticia de la llegada de dicha señora á aquella ciudad, acudieron á saludarla y darle gra-

cias; habiendo ido las dos Corporaciones primeramente citadas con sus maceros y con la pompa que acostumbran desplegar en actos solemnes. También la Federación de Autores estuvo á saludarla y entregarla un ejemplar de la obra *Don Quijote en Aragón*, que la noche del 8 se estrenó en el teatro del Circo.

El nombre de la Duquesa de Villahermosa ha resonado por doquiera en todas las fiestas del Centenario en Zaragoza. HIJA ADOPTIVA de aquella noble ciudad la ha declarado su Municipio. Cual Reina de Aragón ha sido enaltecida ella y su Casa en la oración fúnebre que por Cervantes pronunció el ilustre Jardiel en la Seo; aclamada con delirante entusiasmo en la solemnidad celebrada en la Lonja.

Noticias particulares nos permiten, aun á riesgo de pasar por indiscretos, dar al público cuenta de la no diremos fiesta, sino remembranza cervantina celebrada en el citado Palacio de Pedrola. Al efecto, la Duquesa había enviado á sus amigos de Zaragoza unas artísticas invitaciones cuyos dibujos son debidos á D. Ricardo de Madrazo. Los invitados efectuaron su expedición á Pedrola en la tarde del día 13. A las tres y media llegaron al terruño aragonés en que localiza Cervantes el encuentro de Don Quijote con la bella cazadora, y se entraron por la huerta del Palacio ducal, cuyos árboles gigantescos y frondosos aparecían engalanados de flores. Pronto divisaron otra alameda en que formaban calle, no sólo las galas de la vegetación, sino unos magníficos tapices de sedas de brillantes colores con escudos de armas, y al fondo una preciosa alegoría de Cervantes. Tras de los árboles columbraban el Palacio con sus torres de castillo y sus arcadas y frisos de estilo del Renacimiento.

La ilusión era completa: el Palacio y el jardín cervantinos en que la dueña dolorida plañió sus cuitas al caballero de la Triste Figura, aparecía real ante los ojos de los expedicionarios. Allí, entre los poéticos recuerdos de Cervantes, hallaron á la noble Duquesa amable y reconocida al agasajo aragonés. Penetraron en el Palacio y encontraron en el salón señorial la serie de los retratos históricos de la Casa de Villahermosa, que comienza con el del Rey D. Juan II de Aragón, y en la que figuran las efigies del Castellán de Amposta y Virrey de Nápoles, D. Juan de Aragón; el Duque de Villahermosa, D. Martín de Aragón, autor de un *Libro de antigüedades y medallas* hace poco publicado por su descendiente, y la Venerable Doña Luisa de Borja, hermana de San Francisco de Borja.

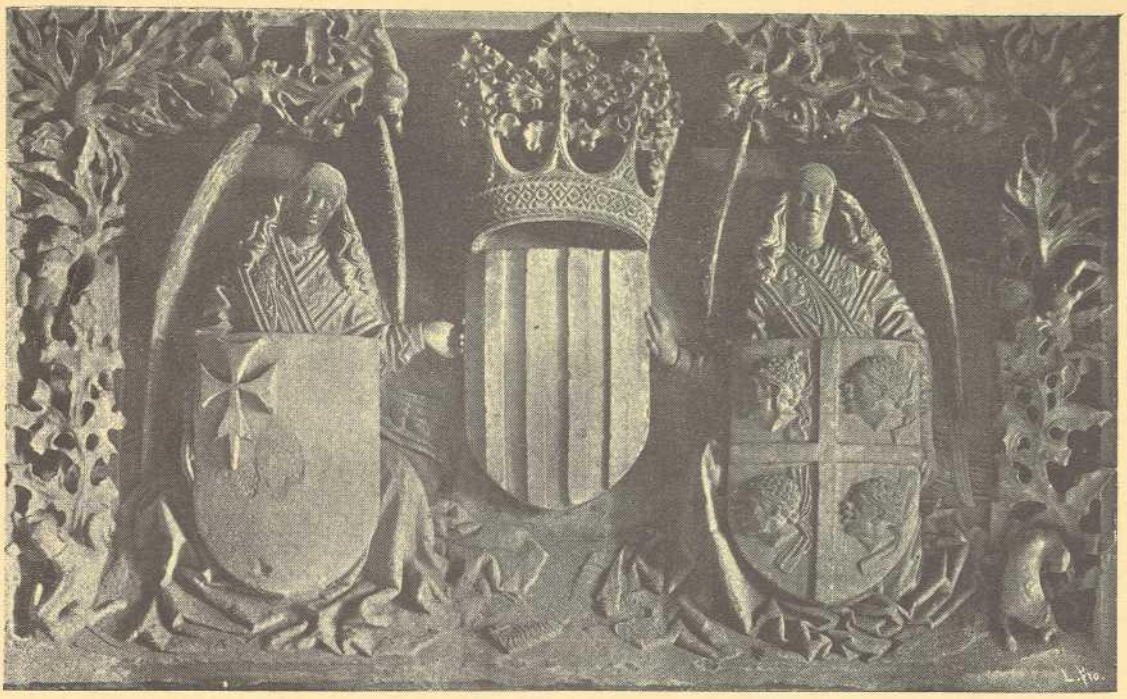
Del salón pasaron los invitados al comedor, tapizado al estilo del siglo XVI, bajo la inteligente dirección de D. Ricardo de Madrazo, con telas recamadas de verde y oro.

Allí les fué ofrecido un magnífico *lunch*, y después, en reunión familiar, pronunciaron palabras elocuentes el señor Rector de la Universidad; señor

Pano, Presidente del Ateneo; Dr. Royo Villanova, y el General Saleta; versos alusivos el Sr. Jardiel, y el Sr. Arista en estilo baturro.

Los invitados volvieron por la noche á Zaragoza encantados de quien de un modo tan espléndido como levantado ha sabido honrar á Aragón y á la patria con motivo del Centenario del *Quijote*.

El Imparcial, Madrid 20 de Mayo de 1905.



Relieve heráldico de la Casa-Lonja de Zaragoza.

VII

HONORES RENDIDOS

A LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS

LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZARAGOZA

EXCMA. SRA.:

La Diputación Provincial de Zaragoza, en sesión de 3 de Mayo, adoptó por aclamación el acuerdo siguiente:

El beneficio de las clases necesitadas y la labor consagrada á premiar la aplicación y el estudio en las Letras como en las Artes y aun en los trabajos de la Agricultura, son ideales comunes á todos, y á los que—en la expresión—nadie deja de rendir culto.

Y en el pensamiento y en las palabras de todos está también el convencimiento de que con ello se solemnizan las grandes fechas y acontecimientos mejor y en forma más propia y digna que con grandes fiestas, amargadas forzosamente por públicas desdichas y tristezas que, para mal de todos, son hoy el más abundante caudal de nuestro patrimonio.

La Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor, Duquesa de Villahermosa, convirtiendo en realidad esos pensamientos generales y dando hermoso ejemplo de nobleza al supeditar su voluntad á los impulsos de su corazón y á los mandatos de su conciencia, conmemora entre nosotros *la primera salida* que España entera celebra del más *Ingenioso Hidalgo*, destinando un capital de cien mil pesetas para instituir una Fundación con los nombres VILLAHERMOSA-GUAQUI, en honor especialmente de su padre y de su marido, y cuyas rentas y ventajas se repartan entre Zaragoza, la ciudad de los mártires y de los héroes, y Pedrola, el hogar querido de la Casa y familia de la egregia dama, á quien actos como éste labran una corona más envidiable—por lo mismo que la motiva galardón más personal—que la de ilustre heredera de sus antepasados, capitanes en Toro y en Granada, combatientes en San Quintín, mártires con Lanuza de nuestras libertades aragonesas, y que dieron su vida defendiendo junto á Palafox la independencia de nuestra madre España.

Pueblos de esta provincia son Zaragoza y Pedrola, y Corporación es la Diputación Provincial, dispuestos siempre al reconocimiento del bien, al aplauso que ese bien merece y á la gratitud que por él siente toda alma bien nacida; por lo que la Diputación, considerándolo así y rindiendo tributo al hermoso

y envidiable acto realizado por la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa—más loable por menos frecuente,—acordó por aclamación:

1.° Que se consigne en actas expresivo testimonio de la satisfacción con que la Diputación Provincial se ha enterado de la Fundación benéfica VILLAHERMOSA-GUAQUI, proyectada y realizada por la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor, Duquesa de Villahermosa.

2.° Que igualmente se haga constar la profunda gratitud de la Diputación Provincial por el motivo y fin de esa Fundación, y por los beneficios que de ella han de recibir hijos ó habitantes de localidades de esta provincia; y

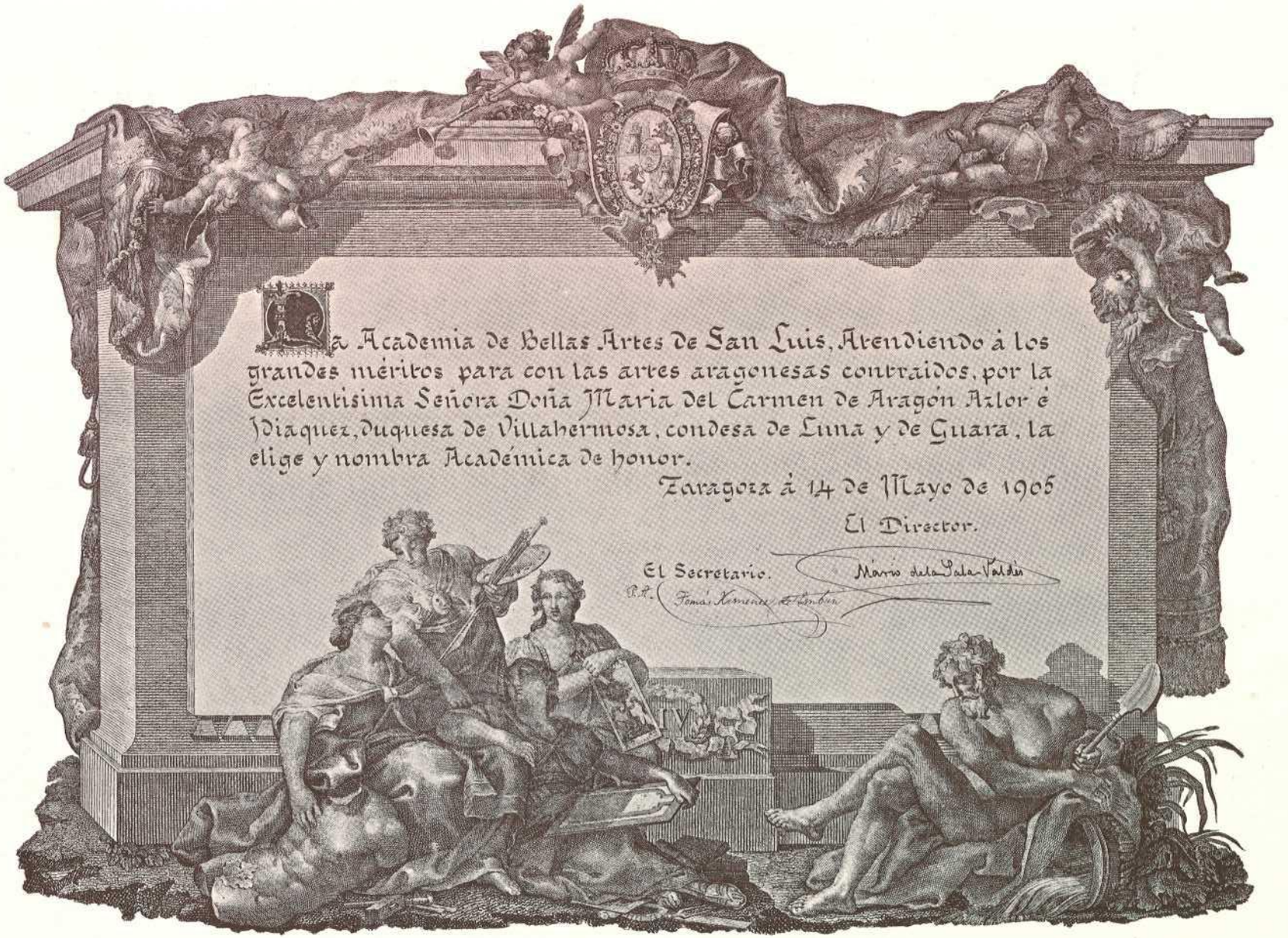
3.° Que la Mesa de la Diputación Provincial, en representación de ésta y con el ceremonial y solemnidad procedentes, visite en su morada á la Excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa; y al comunicarle los acuerdos anteriores, sea intérprete de los sentimientos de respeto que á todos inspira.

Lo que, cumpliendo lo acordado, me honro y complazco especialmente en comunicar á V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. Zaragoza 6 de Mayo de 1905.—*El Presidente,* LUIS PÉREZ CISTUÉ.—Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor, Duquesa de Villahermosa.

Excmo. Sr. D. Luis Pérez Cistué,
Presidente de la Diputación de Zaragoza.

El día 8 de Mayo tuvo lugar la visita de la Diputación Provincial á la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, en cumplimiento del acuerdo adoptado por la Diputación en pleno, para felicitarla y prestarla el debido homenaje de gratitud por la Fundación VILLAHERMOSA-GUAQUI en pro de las Letras, de las Artes y de la Agricultura.



Fotograbado de Laporta.

Imp. de J. Blass y Cía. - Madrid.

Título de Académica de honor de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, concedido por la misma á la Sra. Duquesa de Villahermosa.

Al efecto, trasladáronse al domicilio de la señora Duquesa, á las doce de la mañana, los Sres. D. Luis Pérez Cistué, Presidente de la Corporación; Don Agustín Ruiz Baños, Vicepresidente; D. Julio Blanco, Vicepresidente de la Comisión Provincial; D. Luis Bascones, Vocal de la misma, y el Secretario, D. José Vidal, precedidos de los cuatro maceros de la Corporación, ricamente vestidos.

Recibidos los citados señores Diputados y Secretario por la señora Duquesa, el señor Presidente saludó á S. E. en correcto discurso, al cual contestó la señora mostrando su gratitud por tan cortés deferencia; el señor Secretario leyó el acuerdo adoptado por unanimidad por la Diputación, y entregó la copia del acta, gallardamente escrita en la vitela correspondiente.

Luego, invitados los señores de la Comisión por la señora Duquesa, pasaron al comedor, donde fueron espléndidamente agasajados; terminando la visita con los saludos y ofrecimientos propios de la ocasión.

Acompañaron á la señora Duquesa para asistirla en los honores debidos á la ilustre representación de la Provincia, los Sres. D. Luis G. de Azara, ex-Senador del Reino, y D. Mariano de Pano, Presidente del Ateneo de Zaragoza.

EL AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

En Junta de 5 de Mayo de 1905, el Sr. Cerrada explanó la moción que había anunciado, relacionada con el homenaje que, en su concepto, debía hacer el Ayuntamiento á la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa por la Fundación que, con motivo del tercer Centenario de la publicación del *Quijote*, ha creado en beneficio de las Artes, Letras y Agricultura; ensalzó la obra de tan ilustre dama, la cual prefiere llevar á la práctica ese hermoso pensamiento, en vez de gastar sumas en los festejos que pensaba realizar, con cuyo proceder viene á dar una prueba más de sus sentimientos generosos; y después de recordar los grandes hechos de sus predecesores en nuestra historia aragonesa, pudiendo decirse que á ella va ligada esta noble familia, propuso: primero, que el Ayuntamiento manifieste su más profunda gratitud á dicha señora, haciéndoselo presente por medio de una Comisión numerosa, con los maceros y demás que sea de ritual, presidida por el Alcalde, y visitándola al efecto en su domicilio; y segundo, que se la nombre HIJA PREDILECTA DE ZARAGOZA. Tomada en consideración la moción y declarada urgente, fué aprobada por unanimidad, autorizando al Alcalde para su cumplimiento.

El día 10 de Mayo, una Comisión del Excmo. Ayuntamiento, con acompañamiento de mazas y porteros, visitó á la Excma. Duquesa de Villahermosa, para manifestarle el acuerdo tomado en la sesión de 5 de Mayo, y hacerle entrega del diploma que acreditaba la honrosa declaración de que había sido objeto. Contestó la señora Duquesa al discurso del Alcalde ejerciente con ex-

Excmo. Sr. D. Emilio Soteras, primer Teniente Alcalde y Alcalde accidental de Zaragoza durante las fiestas del Centenario.

quisitas y breves frases de reconocimiento, y después de recibir un delicado obsequio regresó la Comisión á la Casa de la ciudad.

Concurrieron al acto los señores siguientes:

D. Emilio Soteras, *Alcalde ejerciente*.—D. Antonio Royo.—D. Félix Cerrada.—D. Enrique Armisén.—D. Ricardo Martín.—D. Vicente Claro.—Don Roque Palacios.—D. Leoncio Padules.—D. Ricardo Bel.—D. Vicente Galve.—D. Antonio Fleta.—D. José Sancho Arroyo.—D. Manuel Urbes, *Secretario*.

Acompañaban en dicho acto á la señora Duquesa, para hacer los honores debidos al Ayuntamiento, los Sres. D. Luis G. de Azara y D. Mariano de Pano y Ruata.

EL AYUNTAMIENTO DE PEDROLA

DECLARA

HIJA MAS PREDILECTA DE PEDROLA

Á LA Excma. Sra. DUQUESA DE VILLAHERMOSA

D. Ricardo Fraile Gazo, Secretario del Ayuntamiento de la Villa de Pedrola,

Certifico: Que en el libro de sesiones que lleva el Ayuntamiento de esta Villa, correspondiente al año actual, se halla la extraordinaria celebrada el día 18 del corriente, á la cual concurrió la Corporación en pleno, y en medio del mayor entusiasmo y por aclamación unánime se acordó:

1.° Que se consigne en acta el profundo agradecimiento y gratitud que el Ayuntamiento de Pedrola en su nombre, é interpretando los deseos de este vecindario, siente hacia la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, por los beneficios y favores que dispensa á la localidad (cuya relación sería interminable), y entre los que descuella la Fundación benéfica Villahermosa-Guaqui, creada por dicha señora en memoria de sus amados padre y esposo, al objeto de premiar anualmente con su producto y por partes iguales, entre las clases necesitadas de Zaragoza y Pedrola, el estudio y aplicación, así en las Letras como en las Artes, y aun en los trabajos y faenas de la Agricultura; como igualmente el donativo de cinco mil pesetas que para obras ha hecho á la Comunidad de regantes de la Real Acequia de Luceni, por las grandes ventajas que con ellas ha de reportarse á este vecindario.

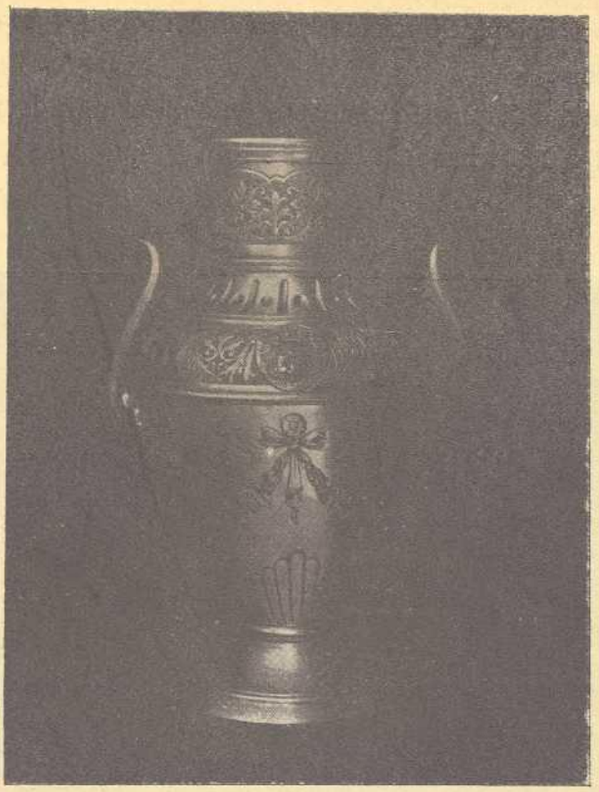
2.° Declarar á dicha señora la Hija más predilecta de Pedrola, toda vez que los habitantes de esta Villa siempre la han considerado como hija de la población, si no por su nacimiento, por las afecciones y recuerdos más íntimos de su alma.

3.° Que se cambie el nombre de la calle de la Tienda, de esta población, por el de la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa.

Y 4.° Que el Ayuntamiento en pleno pase á visitar á dicha señora en su morada, y á la vez que le comunique los acuerdos anteriores y le haga entrega del título correspondiente á que se refiere el segundo acuerdo, sea intér-

prete de los sentimientos de respeto y cariño que inspira á todo este vecindario.

Así resulta del acuerdo original que he tenido á la vista y al que me refiero. Y para su entrega á la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, expido la presente, que visa y sella el señor Alcalde en Pedrola á veintiocho de Mayo de mil novecientos cinco.—V.° B.°—*El Alcalde,* ISAAC TOBAR.—RICARDO FRAILE.—(Hay un sello que dice: «Alcaldía Constitucional de la Villa. Pedrola.»)



Jarrón de plata repujada con esmaltes, construido por la casa «Sucesor de Aladrén,» regalado por la señora Duquesa de Villahermosa al Ateneo de Zaragoza.

EL ATENEO DE ZARAGOZA

En la ciudad de Zaragoza, en el salón de actos del Ateneo y en el día 17 de Mayo del año de 1905, se reunió esta Sociedad en Junta general bajo la Presidencia de D. Mariano de Pano y Ruata.

A las cinco de la tarde comenzó la sesión, siendo leída y aprobada el acta de la última Junta general.

El señor Presidente manifestó al Ateneo que esta Sociedad tenía contraída inmensa deuda con la Excma. Sra. Presidenta de honor de la Comisión del Centenario del *Quijote*, Duquesa de Villahermosa, y que si bien es cierto que todo cuanto haga el Ateneo es insuficiente para corresponder como es debido á las grandes pruebas de cariño y de desprendimiento sin límites ni ejemplos y á los incesantes y valiosísimos obsequios con que la señora Duquesa de Villahermosa ha mostrado á nuestra Sociedad su grandeza de alma, había

creído necesario convocar la Junta general á fin de acordar lo que parezca oportuno para corresponder humilde, pero sinceramente, á la magnanimidad de tan ilustre dama.

Por unanimidad se dispuso que conste en acta el agradecimiento profundo é inmenso del Ateneo hacia la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, por

Jarrón de plata repujada, regalado por la señora Duquesa al Presidente del Ateneo de Zaragoza, D. Mariano de Pano.

los obsequios inolvidables y por la generosidad sin igual de que ha dado hermosas pruebas desde la Presidencia de honor de la Comisión del Centenario del *Quijote*, contribuyendo de tan poderosa manera á que este acontecimiento literario haya sido en Zaragoza esplendoroso.

Por unanimidad fué proclamada la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, *Presidenta honoraria del Ateneo de Zaragoza*, en testimonio del vivísimo agradecimiento que esta Sociedad siente hacia ella; acordándose que con la debida prontitud se extienda, refrendado por los señores Presidente y Secretario, el consiguiente

oficio de nombramiento, así como el diploma que deberá acreditar el anterior nombramiento.

Por unanimidad se aceptó, en principio, la idea de dedicar á la señora Duquesa de Villahermosa un álbum, especie de corona de flores, literario, escrito por todas las personas de prestigio con que Zaragoza cuenta en las Ciencias y en las Letras, autorizándose á la Junta directiva para que disponga la forma que debe darse á este acuerdo y la manera más oportuna de llevarle á la práctica.

Y no habiendo otros asuntos que tratar, á las seis de la tarde se levantó la sesión, de que yo como Secretario certifico.—Fecha *ut supra.—El Secretario primero del Ateneo de Zaragoza*, ENRIQUE DE BENITO.—V.° B.°—*El Presidente*, MARIANO DE PANO.

MENSAJE

EXCMA. SRA.:

La alianza entre V. E. y el Ateneo de Zaragoza, nacida en día venturoso al calor de las fiestas del tercer Centenario del *Ingenioso Hidalgo*, ha sido robustecida con tan hermosos lazos de abnegación y afecto, que no han de poder olvidarse jamás.

La gratitud de la Corporación hacia V. E. quisiera dar á esa alianza carácter permanente, fijarla en forma perdurable, no hallando medio más adecuado que el de suplicar á V. E. se digne aceptar el nombramiento definitivo de *Presidenta de honor del Ateneo*, hecho por voto unánime de sus socios reunidos en Junta general.

Honra grande será para esta Sociedad verse presidida por la ilustre descendiente del Regio Casal Aragonés, en el cual resplandecieron nuestras más legítimas glorias, y honra grande para mí la de participarle el nombramiento mientras se expide el título honorífico á que ha de dar lugar.

Dios guarde á V. E. muchos años. Zaragoza 22 de Mayo de 1905.—*El Presidente*, MARIANO DE PANO.—*El Secretario*, ENRIQUE DE BENITO.—Excma. Señora Duquesa de Villahermosa.

La gigantona de Zaragoza, que representa la Duquesa del *Quijote* con el traje regalado por la señora Duquesa de Villahermosa.

Excmo. Sr. General D. Mario de la Sala Valdés, Presidente de la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN LUIS DE ZARAGOZA

Esta Corporación, en Junta celebrada el día 14 de Mayo de 1905, tomó por unanimidad el solemne acuerdo de elegir y nombrar ACADÉMICA DE HONOR á la Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, Condesa de Luna y de Guara, atendiendo á los méritos por ella contraídos para con las artes aragonesas con la *Fundación Villahermosa-Guaqui*, destinada á premiar los nobles esfuerzos de los aragoneses en pro del Arte, como de la Literatura y también de la Agricultura.

Esta Academia, que ya se honró contando entre los individuos de su seno al Excmo. Sr. D. Juan Pablo de Aragón Azlor, Duque de Villahermosa, ilustre bisabuelo de la agraciada, es la primera de las Corporaciones de su índole que otorga semejante título y galardón á una dama, por lo cual el caso es más singular y extraordinario.

APENDICE

DEL CENTENARIO EN MADRID

El Círculo de Bellas Artes, por mediación de su Presidenta honoraria Excma. Sra. Marquesa de Squilache, y del Presidente efectivo Excmo. Señor D. Eduardo Vincenti, invitaron á la señora Duquesa, Socia de honor de aquel Centro, para que contribuyese á los premios del Concurso del *Quijote*, convocando al propio tiempo la Exposición bienal de Bellas Artes. La señora Duquesa aceptó gustosa la invitación, y, en consecuencia, regaló una artística copa de plata repujada, con su escudo y dedicatoria esmaltados, y enriquecido con piedras finas.

Tan valioso premio fué adjudicado en el Concurso á D. Ricardo de los Ríos, ilustre artista y Profesor de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, por una preciosa colección de grabados del *Quijote*, ejecutados al agua-fuerte.

El Círculo manifestó á la señora Duquesa su gratitud en la siguiente comunicación:

«Excma. Sra.:

Inmensa satisfacción, á la vez que supremo honor, ha recibido esta Junta ante el valioso objeto de arte concedido por V. E. para premiar el mejor trabajo que se presente en la Exposición que el Círculo de Bellas Artes acaba de inaugurar con motivo del tercer Centenario de la aparición del *Quijote*.

La Junta, en nombre de sus socios, é interpretando los sentimientos de cuantos se consagran al culto de las Bellas Artes, eleva á la excelsa Duquesa de Villahermosa sus homenajes de gratitud.

El Círculo hoy, España entera mañana, colocará el nombre de V. E. entre las de aquellas personalidades que mayor protección vienen prestando á los artistas; honrosa y grata misión que Dios encomienda á los espíritus elevados, y que por parte encarna y convive en la señora Duquesa de Villahermosa.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 5 de Mayo de 1905.—*El Presidente*, Eduardo Vincenti.»

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO.—La Duquesa de Villahermosa y el Centenario del *Quijote*, por *D. José Ramón Mélida*. v

I.—PENSAMIENTO DE LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE» EN ZARAGOZA. . 1

La Duquesa de Villahermosa Presidenta de la celebración del Centenario en Zaragoza. 3

Mensaje. 4

Contestación. 4

La opinión. 5

Programa de concurso. 6

El Programa de la celebración del Centenario, por *D. Mariano de Pano*. . . . 7

II.—SESIÓN LITERARIA EN LA ANTIGUA CASA-LONJA DE ZARAGOZA. 11

Programa. 13

Las Comisiones en casa de la señora Duquesa. 13

Fundación Villahermosa-Guaqui.—Discurso de *D. M. de Pano*. 15

Himno á Cervantes. 25

III.—SESIÓN LITERARIA EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD. 27

Programa. 29

Discurso de *D. Enrique de Benito*. 30

Discurso de *D. J. V. Rubio*. 36

Ateneo de Zaragoza. 44

A Cervantes (sátira), por *D. J. Rodao*. 49

Don Quijote y Dulcinea, por *D. M. Sánchez Vera*. 52

El soldado Miguel de Cervantes Saavedra, por *D. Honorato de la Saleta*. . . . 53

Misión sociológica del *Quijote*, por *D. F. Schwartz*. 58

Discurso-resumen, por *D. M. Ripollés* 69

Antecedentes literarios que prepararon, y causas históricas que produjeron, la publicación del *Quijote* de Avellaneda, por *D. T. Ximénez Embún*. 71

Estudio sobre el *Quijote*.—Fundamento religioso-psicológico de su grandeza y popularidad, por *D. J. Marín del Campo*. 99

Estudio del *Quijote*, por *D. José Fernández Bremón*. 120

IV.—HONRAS FÚNEBRES POR EL ALMA DE MIGUEL DE CERVANTES. 137

La solemnidad. 139

Elogio fúnebre en honor de D. Miguel de Cervantes Saavedra y de la Venerable Doña Luisa de Borja y Aragón, Duquesa de Villahermosa, por *D. Florencio Jardiel*, Arcipreste del Pilar de Zaragoza. 140

V.—INAUGURACIÓN DEL MUSEO DE ZARAGOZA. 151

Apertura del Museo Provincial. 153

El Museo de Zaragoza, por *D. José Ramón Mélida*. 156

Los cuadros de Villahermosa en el Museo Provincial, por *D. M. de Pano*. . . . 160

VI.—FIESTAS DEL CENTENARIO EN PEDROLA. 169

Crónica del Centenario en Pedrola. 171

Invitados á Pedrola. 174

Inscripción de la escalera del Palacio ducal. 175

Páginas.

Visita al Colegio de San José de Pedrola.. 176
Discurso pronunciado por una niña del Colegio.. 176
Discurso pronunciado por un niño del Colegio.. 177
Brindis de *D. Mariano de Pano*.. 178
Brindis de *D. Honorato de la Saleta*. 180
Brindis de *D. Ricardo Royo Villanova*. 181
El más agradable de mis sueños, por *D. Enrique de Benito*. 185
A la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, por *D. Florencio Jardiel*. . . . 188
Á la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa.—Zaragoza, por *D. Alberto Casañal Shakery*.. 189
Cantas baturras, por *D. Gregorio García-Arista y Rivera*. 193
Excursiones del Ateneo. Pedrola, por *J. Fabiani*. (De *El Noticiero*, de Zaragoza.). 194
La excursión á Pedrola, por *X*. (Del *Diario de Avisos de Zaragoza.)*. 196
Don Quijote en Pedrola. (Del *Diario Universal*, de Madrid.).. 199
La Duquesa de Villahermosa y el Centenario del *Quijote*. (De *El Imparcial*, de Madrid.). 201
VII.—Honores rendidos á la Duquesa de Villahermosa.. 205
La Diputación Provincial de Zaragoza.. 207
El Ayuntamiento de Zaragoza. 209
El Ayuntamiento de Pedrola. 211
El Ateneo de Zaragoza.. 213
La Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. 217
Apéndice.—Del Centenario en Madrid.. 221

ÍNDICE DE LÁMINAS

PORTADA.—Retrato de Miguel de Cervantes.

I.—Palacio de los Condes de Luna en Zaragoza.

II.—Escalera del Palacio de los Duques de Villahermosa en Zaragoza.

III.—Interior del Palacio de los Virto de Vera, antepasados de los Villahermosa, en Zaragoza.

IV.—E. Mélida.—Felipe II ante el retrato y las hijas del Duque de Villahermosa D. Martín de Gurrea y Aragón en el Convento de Santo Domingo en Zaragoza.

V.—V. Carderera.—Palacio de los Duques de Villahermosa en Pedrola.

VI.—V. Carderera.—Escalera del Palacio de los Duques de Villahermosa en Pedrola.

VII.—C. López Biera.—El Príncipe de Viana se rinde á su hermano el Duque de Villahermosa en la batalla de Aybar (imitación á tapiz).

VIII.—Salón de retratos en el Palacio de Pedrola.

IX.—Gabinete de la señora Duquesa en el Palacio de Pedrola.

X.—Gabinete en el Palacio de Pedrola.

XI.—Comedor en el Palacio de Pedrola.

XII.—V. Carderera.—Alcalá de Ebro (la Insula Barataria del *Quijote*).

XIII.—L. Menéndez Pidal.—Don Quijote ante los Duques.

XIV.—J. J. Gárate.—Don Quijote en casa de los Duques.

XV.—F. Lafuente.—Cervantes y el *Quijote* (composición alegórica).

XVI.—F. Lafuente.—Encuentro de Don Quijote con la bella cazadora.

XVII.—F. Lafuente.—Llegada de Don Quijote al Palacio de los Duques.

XVIII.—F. Lafuente.—Burlas á Don Quijote cuando canta coplas amorosas en el Palacio de los Duques.

XIX.—F. Lafuente.—Túmulo de Altisidora.

XX.—Diploma repartido á los agraciados en el certamen cervantino de Zaragoza.

XXI.—Copa de plata esmaltada.—Premio de la señora Duquesa de Villahermosa en el concurso cervantino de la Exposición celebrada en Madrid por el Círculo de Bellas Artes, otorgado al distinguido artista D. Ricardo de los Ríos.

XXII.—Excma. Sra. Doña María del Carmen de Aragón Azlor é Idiáquez, Duquesa de Villahermosa, Condesa de Luna y de Guara.

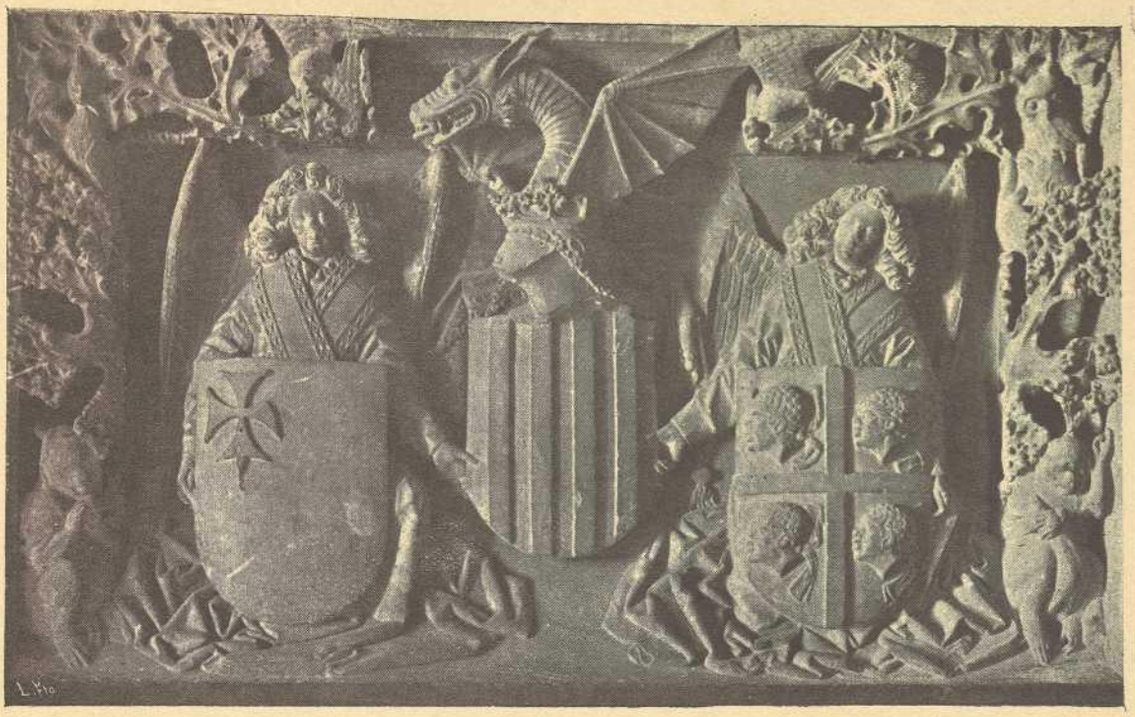
XXIII.—Excmo. Sr. D. José Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldívar, Duque de Luna.

XXIV.—Título de Hija predilecta de Zaragoza, concedido por su Ayuntamiento á la señora Duquesa de Villahermosa.

XXV.—Título de Hija la más predilecta de la villa de Pedrola, concedido por su Ayuntamiento á la señora Duquesa de Villahermosa.

XXVI.—Título de Académica de honor de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, concedido por la misma á la señora Duquesa de Villahermosa.

INSTITUTO BIBLIOGRÁFICO ARAGONÉS



Fué impreso este ALBUM CERVANTINO ARAGONÉS *en la Villa y Corte de Madrid á costa de la Excma. Señora Duquesa de Villahermosa, en la Oficina tipográfica de M. Tello, y en la de J. Blass las estampas sueltas, por fotograbados de Laporta. Acabóse el día de la festividad de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, doce de Octubre de mil novecientos y cinco años.*

✠

IFA.1335